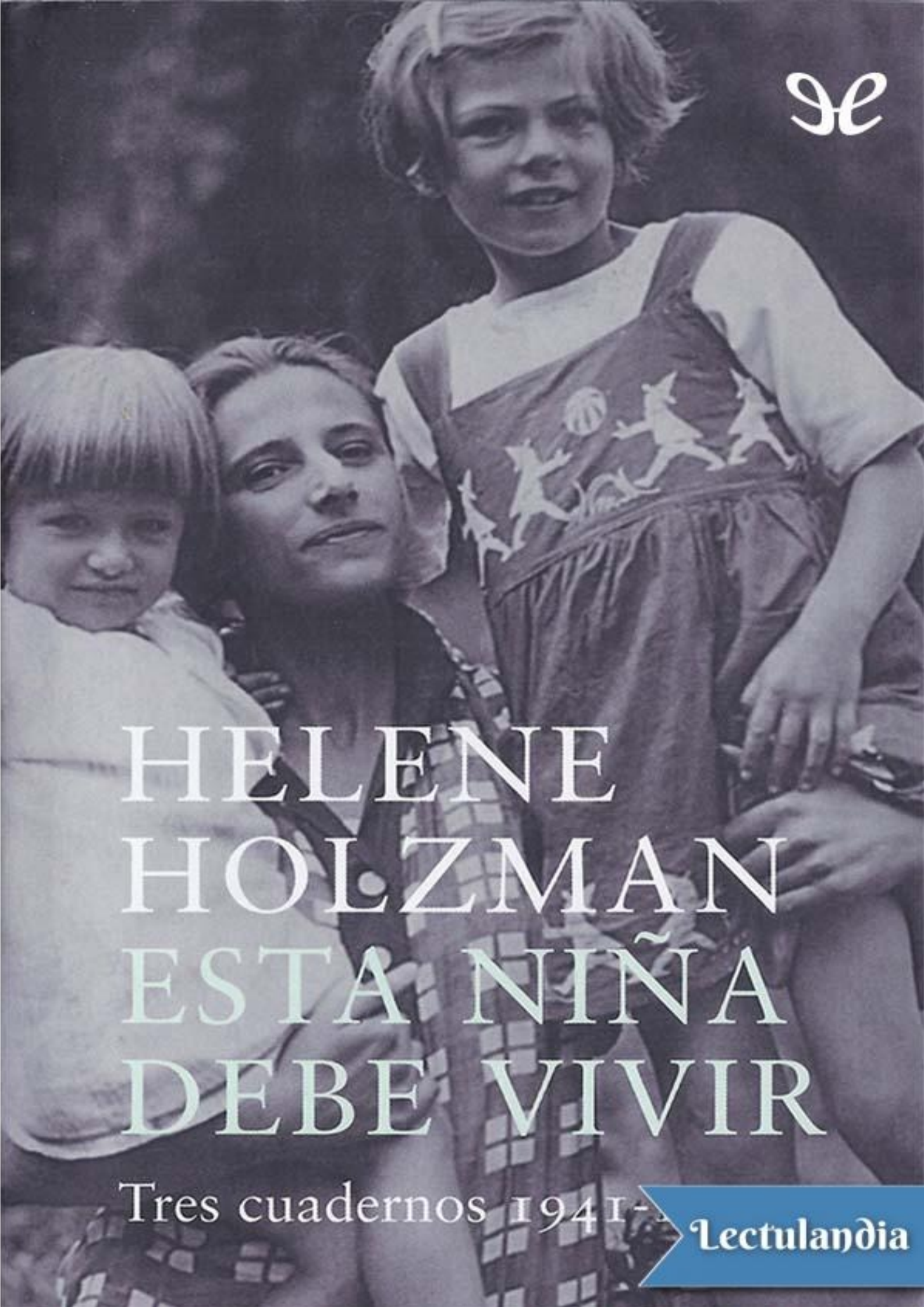




ae

HELENE HOLZMAN ESTA NIÑA DEBE VIVIR

Tres cuadernos 1941-43

Lectulandia

Helene Holzman y su marido Max, librero de origen judío, se creían a salvo en Lituania, adonde habían llegado desde su Alemania natal, pero en 1941 las tropas de Hitler invadieron el pequeño país. Los nazis y sus colaboradores lituanos se llevaron para siempre a Max y a su hija mayor. Pero Helene no se hundió, determinada a salvar la vida de su otra hija, la pequeña Margarete. Su valor no sólo las mantuvo vivas, sino que salvó también las vidas de muchos niños judíos del gueto.

Tras la muerte de su madre, Margarete conservó sus cuadernos, un documento histórico de enorme importancia, testimonio de la resistencia a un terror que llegó a todos los rincones de Europa.

Lectulandia

Helene Holzman

Esta niña debe vivir

ePub r1.0

Titivillus 02.03.2019

Título original: *Título*
Helene Holzman, 2000
Traducción: Carlos Fortea
Editor: Reinhard Kaiser & Margarete Holzman
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Nota editorial

La ortografía ha sido modernizada. Las erratas han sido corregidas. Se han eliminado, en la medida de lo posible, las abreviaturas de algunas palabras (por ejemplo, al.=alemán, j.=judío) y nombres propios (por ejemplo, K.=Kaunas, St.=Stankevičius). A veces se han puesto los números en letra (por ejemplo, «Tercer Reich» en lugar de «3º Reich», «las cuatro» en vez de «las 4»).

Los añadidos al margen, los textos complementarios largos que Helene Holzman insertó posteriormente marcándolos con una referencia, han sido insertados allá donde la autora los quería. Los añadidos que no se integran en el curso de la narración han sido recogidos entre comillas en nota al pie.

Las fechas en el texto que indican cuándo trabajó Helene Holzman en sus anotaciones no han sido recogidas en su versión impresa.

Se han insertado numerosos puntos y aparte para dividir un texto a menudo escrito sin interrupción. Las largas alineaciones de frases separadas tan sólo por comas han sido partidas a veces mediante puntos. Siempre se ha respetado la literalidad y el orden de las palabras del original.

Los añadidos del editor están marcados entre corchetes.

Agradecimientos

Nuestra especial gratitud para con Fruma Viktin-Kučinskiene y su marido, Dominikas Kučinskas, de Kaunas, que nos ayudaron, con gran interés y mucha paciencia, sobre todo a encontrar y aclarar hechos y nombres de personas. También merece enorme gratitud Maria Schmid, de Jena, que desde la exposición de trabajos artísticos de Helene Holzman del año 1991 no se cansó de reclamar una y otra vez la publicación de estas anotaciones. Nuestro agradecimiento también a Jocheved Inčiuvienė, de Kaunas, por la cesión de un plano de la ciudad; a Knut Stang, de Göttingen, por sus útiles informaciones, y a Ruth Kaiser, de Viersen, por la foto del pañuelo con el mensaje bordado de Marie Holzman.

REINHARD KAISER, MARGARETE HOLZMAN
Frankfurt y Giessen, 9 de abril de 2000.

Primer cuaderno

Vitam non mortem recognita

Tres veces batió el agua sus olas,
Tres veces emergiste de ella,
Tres veces hubiera podido salvarte,
Pero, ciego, fracasé.

En silencio te fuiste,
En silencio seguí tus huellas,
En silencio se alisaron los círculos.
Tú y yo pasamos como el tiempo.

EDWIN GEIST: *Réquiem*



Helene Holzman, hacia 1950

19 de junio de 1941. Después de una larga búsqueda, al fin habíamos encontrado una vivienda [en Vilna], y finalmente también un carromato con el que habíamos llevado allí nuestras maletas y demás pertenencias, y [volvimos] a Kaunas en el tren de la tarde.



Helene Holzman en el balcón de su casa de Maunas. Finales de los años treinta

La nueva vivienda consistía en una sola habitación en una casa de estilo antiguo, no lejos de la estación, y era un mal trueque a cambio de nuestra hermosa y reluciente casa de Kaunas. Pero ya nos habíamos conformado y habíamos ideado la forma de repartir la gran estancia para que cada uno tuviera su espacio. En verano se podía estar en el amplio y gran balcón de piedra que formaba parte de la habitación y desde el que se veía la silenciosa calle y un amplio jardín con recios árboles. En invierno los cuatro nos apretujaríamos en torno a la gran estufa revestida de azulejos, y por las noches estaríamos calientes y cómodos.



Marie y Margarete Holzman en el balcón de su casa de Maunas. Finales de los años treinta

Ese viaje de dos horas de Vilna a Kaunas fue divertido y estuvo lleno de planes. Una vez nacionalizada^[1] nuestra librería Pribacis de Kaunas, que habíamos levantado a lo largo de casi veinte años de trabajo, los dos habíamos encontrado trabajo en Vilna, mi marido como director de un gran anticuario estatal, yo como profesora de alemán en el Instituto Pedagógico. Durante algunos meses, habíamos viajado varias veces a la semana entre Kaunas y Vilna. Ahora, esa incómoda vida iba a terminar. Las dos niñas habían terminado el curso e íbamos a vivir todos juntos en Vilna.



Helene, Marie y Margarete Holzman en el balcón de su casa de Maunas. Finales de los años treinta

En el mismo compartimento que nosotros viajaba un alto funcionario policial. Le preguntamos si concedía algún valor a los rumores sobre la acumulación de tropas del Ejército alemán en la frontera lituana. Se rió de nosotros. Ni los alemanes ni los rusos estaban preparados para sostener una guerra entre ellos. Él mismo acababa de empezar sus vacaciones y pensaba viajar a la laguna de Courland. Esa noticia nos tranquilizó por completo. Volvimos a dedicar nuestros pensamientos a nuestros propios asuntos.

En casa, fuimos recibidos con gran júbilo^[2]. Marie había aprobado la reválida con buena nota, lo que no era ninguna tontería en la escuela nocturna, después del trabajo del día en la oficina. Gretchen también había sacado buenas notas. A las dos les hacía ilusión la mudanza a la nueva capital^[3] y todos [estábamos contentos] de volver a vivir juntos los cuatro. Antes de cargar nuestros muebles, queríamos dar una fiesta de despedida e invitar a todos los amigos de Kaunas. A ninguno se nos pasó por la cabeza que ésa era la última hora de alegría que pasábamos juntos.

A la mañana siguiente, las calles hervían ya con la declaración de guerra de Alemania a la Unión Soviética. Nuestros amigos, el doctor Zinghaus y su esposa, vinieron a vernos. Al principio todos estábamos aturridos y en modo alguno preparados para esto. El doctor Zinghaus, que había huido con sus padres de Berlín tres años antes, habló enseguida de la necesidad de huir hacia el interior de la Unión Soviética. Los

sóviets no estaban preparados para la guerra, y probablemente no estarían en condiciones de sostener el frente en Lituania.

Cayeron las primeras bombas. La población pegaba tiras de papel en las ventanas. Nuestros amigos se fueron a casa a buscar a sus padres porque se creían demasiado amenazados en su domicilio, próximo a la emisora de radio.

Yo salí a hacer la compra para la comida. La gente hacía largas colas ante las tiendas. Todo el mundo quería hacerse con algo con rapidez. Estaban pegados a las casas porque por todas partes estallaban las bombas, se alzaban nubes de humo y algunos transeúntes resultaban heridos por esquirlas. Por la Heeresstrasse los soldados marchaban hacia el oeste, hacia el frente, cada vez más, a pie, con cañones, a caballo^[4]. Mi mirada recayó casualmente en un jinete de aspecto infantil que miraba hacia delante con ojos limpios. ¿Resistiréis la furia del enemigo? ¿Sabéis, intuís qué fuerzas se han alzado contra vosotros?



Kaunas. La orilla del Memel, años treinta.



Se oían los más variados rumores. Memel ya estaba en manos de los sóviets. No, al contrario, los alemanes estaban ya en Marijampole. En casa, todos estaban muy excitados. Entretanto, el doctor Zinghaus había estado en la agencia de noticias: sí, el enemigo avanzaba.

Había llegado el momento temible que considerábamos que podía darse desde hacía ya muchos años y que habíamos discutido con los amigos un centenar de veces, sin creer seriamente que se aproximaba. Durante ocho años, el nacionalsocialismo se había hinchado como un fantasma, cada vez más. En nuestros viajes a Alemania, veíamos cómo echaba a perder a la gente, la atontaba, la engañaba con un falso socialismo aparente; y [cómo] el loco antisemitismo segaba implacable la vida de miles de alemanes, tan buenos alemanes como todos los demás, sólo porque, según la nueva locura, no eran «arios».

Los «nacionales alemanes»^[5] de todos los países estaban infectados de esa locura. Vi a mis compañeros del Liceo Alemán de Kaunas, que hasta entonces se habían calificado vivamente como demócratas, sucumbir a la sugestión masiva. Durante los diez años en los que había sido profesora allí, niñas y niños alemanes, judíos, lituanos, rusos y polacos habían ido al colegio en alegre comunidad. También los profesores eran una abigarrada mezcla de pueblos, y a nadie se le había ocurrido nunca desear que fuera de otro modo.

¿Qué pasó en el año 33? Los alemanes que hasta entonces habían florecido y prosperado en el Estado lituano se sintieron de pronto insatisfechos. De pronto pensaron que se les oprimía. Que no se les reconocía, que había que concederles nuevos derechos. Después de los primeros progromos en Berlín^[6], los estudiantes judíos dejaron el Liceo. Para los alemanes, fue un motivo más para alimentar su recién despertado antisemitismo. Los clientes alemanes dejaron de acudir a nuestra librería, a la que venían lituanos, judíos y alemanes por igual. Mi marido, que hasta entonces había sido alemán para todo el mundo, de pronto dejó de serlo para los alemanes: era judío^[7].

En general, la intelectualidad lituana no se preocupaba mucho de tales problemas. Nuestros amigos y clientes lituanos siguieron siendo los mismos, y nosotros logramos adquirir la nacionalidad lituana, que nos protegía en nuestros viajes por Alemania^[8]. Cuando en 1940 el Estado lituano se convirtió en república de la Unión Soviética y los alemanes emigraron en su totalidad «de vuelta al Reich»^[9], los ataques que las niñas y nosotros habíamos sufrido cesaron. Éramos personas entre las personas^[10].

Estábamos sentados, como el día anterior por la tarde, en nuestra hermosa habitación con Marie y Gretchen, con su fraternal parecido, delante de nosotros. Los planes de ayer se habían esfumado. ¿Qué hacer? ¿Huir al interior de Rusia? No sabíamos ruso.

No, queríamos quedarnos aquí, sobre todo seguir juntos, no separarnos en ningún caso. Así superaríamos incluso los tiempos difíciles.

Por la tarde, empezamos a cavar una trinchera delante de la casa junto con nuestro casero. Max, como soldado veterano de la Guerra Mundial, daba las instrucciones.

Nuestro amigo Edwin Geist^[11], el compositor, vino a vernos con su esposa: ¿podían pasarla noche en nuestra casa? Por desgracia no, porque ya estaban con nosotros los cuatro Zinghaus.

Al mediodía siguiente, los Zinghaus se decidieron a huir en dirección a Minsk, en un tren que ya estaba esperando en la estación. Querían ir a casa para meter lo más necesario en una maletita y salir corriendo. ¿No queríamos ir con ellos? Dijimos que no. Apresurada despedida.

A las pocas horas, los padres regresaron. Habían subido juntos al tren repleto. Cada vez más gente se había apretujado en su interior, se había sentado encima de los vagones, colgado de las puertas. A los dos ancianos les había asaltado tal terror a ese viaje a lo desconocido que se habían separado de sus hijos —que no habían querido renunciar a sus planes de huida— y habían vuelto a bajar. Ahora estaban de nuevo con nosotros: el anciano, que ya tenía setenta años y era un hombre achacoso, de espeso y crespo cabello blanco, llorando como un niño; su esposa preocupada por él y llorando también, y nosotros consolándolos.

Pero los ancianos no hallaban la paz. A las pocas horas, decidieron volver a la estación. Quizás el tren todavía no había salido y podían ver de nuevo a sus hijos y darles un poco de dinero. No regresaron esa noche. Así que al fin se han ido con ellos, pensamos, y nos prometimos por enésima vez mantenernos juntos a toda costa, pasara lo que pasase.

Vino el martes^[12]. En las calles se consumó la revolución. Un ejército armado, con ropas de civil y una cinta al brazo, había brotado del suelo: los partisanos^[13]. No teníamos provisiones en casa, y salí a buscarlas. Volvía a haber largas colas delante de las tiendas. Se oían detonaciones y estampidos por todas partes. El Ejército Rojo llenaba la calle, esta vez en retirada. Entre los soldados de caballería que andaban deprisa, creí reconocer al joven jinete que había pasado dos días antes en dirección oeste. El asalto alemán había tenido éxito. Tendrían que transcurrir tres espantosos años antes de que el Ejército Rojo volviera a pasar por esta calle como vencedor.

Una bomba estalló muy cerca. Yo estaba en medio de la multitud, apretujada contra la pared de una casa. Entonces vi venir a Max. Le parecía demasiado peligroso andar por la calle y había venido a recogerme.

El buitre espantoso del antisemitismo había precedido con sus negras alas al Ejército alemán. Antes de que llegaran los soldados alemanes, los partisanos habían recibido ya sus órdenes antisemitas. Muchos de los judíos que trataron de huir en esos días [fueron] detenidos por los partisanos, apresados o forzados a volver atrás. Una visión espantosa: las columnas de judíos que huían de la ciudad. Los más audaces, en bicicleta, querían ir hacia el interior de Rusia. Muchos pensaban retirarse al campo.

Quizás esperaban contar allí con más protección de la población lituana, porque precisamente en el campo las relaciones entre lituanos y judíos habían sido a menudo muy cordiales.

Por la tarde, Marie quiso ir a toda costa a ver a la madre de un amigo que había escapado y le había encargado despedirle de ella^[14]. Quise acompañarla para que no fuera sola. Nuestra calle estaba desierta. Sonaban disparos por todas partes. Cuando giramos hacia la ancha calle que lleva del Grüne Berg^[15] a la ciudad, un partisano nos gritó:

—¿Qué se os ha perdido en la calle?

Le dijimos que teníamos algo importante que hacer, que nos dejara pasar.

Entonces reconoció a Marie:

—¿No eres la comunista? Espera, que ahora te va a ir peor^[16].

Pero nos dejó pasar. Bajamos por una pequeña escalera directamente a la ciudad. Abajo, otro partisano. No nos dejó pasar y tuvimos que volver.

Mi marido ya estaba preocupado por nosotras. Volvimos a alegrarnos de estar juntos y nos propusimos no salir durante un par de días y esperar acontecimientos. Por la noche, los alemanes soltaron un gran globo blanco iluminado, en señal de que la ciudad había sido tomada.

Miércoles (25 de junio)^[17]. Mi marido no aguantó en casa. Quería ir a la editorial de la que era empleado y hablar con ellos. Habíamos oído hablar acerca de matrimonios mixtos privilegiados en Alemania. Mi marido había sido hasta hacía poco un prestigioso miembro de la Asociación de Libreros de Leipzig. Sabíamos por el caso de Holanda que parte de los judíos habían sido mantenidos en sus puestos, y si no, era probable que yo pudiera seguir siendo profesora.

Él y Marie se fueron juntos. Entretanto, yo tenía que hacer algo para comer. Salí al jardín; recogí ortigas y armuelle, ya que no había espinacas. Había patatas en el sótano. Cuando regresé del jardín, los dos ancianos Zinghaus estaban delante de la puerta.

Estaban completamente agotados y desesperados. Cuando llegaron a la estación, el lunes, el tren ya se había ido. En el momento en que iban a regresar, la estación fue bombardeada. Se refugiaron, junto con muchas otras personas, en el sótano de una casa, donde pasaron la noche y también el día y la noche siguientes, incómodamente sentados. Las calles que rodeaban la estación habían sido cortadas. Los civiles tenían prohibido el paso. Pudieron conseguir agua en su escondite y también comprar unos cuantos panecillos. Por la mañana, quisieron ir a su casa.

El portero no quiso dejarles entrar. Creía que habían huido, y unos oficiales alemanes ya se habían incautado de la casa. Después de muchos ruegos y una generosa propina, se mostró al fin dispuesto a dejarles pasar. Hallaron su vivienda completamente saqueada. Todos los armarios estaban vacíos; toda la ropa blanca, vestidos, zapatos, camas, mantas, toda la vajilla y los cacharros de cocina habían desaparecido. En el armario empotrado de la cocina hallaron unos cuantos platos,

cuchillos y tenedores. El portero no tardó en echarlos con groseros insultos antisemitas, así que habían vuelto con nosotros:

—Éramos gente acomodada, y ahora, de la noche a la mañana, nos hemos convertido en mendigos.

Mientras se lavaban y descansaban, hice la comida a toda prisa. ¿Por qué mi esposo y Marie tardaban tanto? La impaciencia me hizo salir a la calle, hasta la calle mayor. Allí me quedé y esperé, esperé... al principio, enfadada porque se retrasaran tanto, pero poco a poco con miedo creciente. Vi a los primeros soldados alemanes. En torno a uno se había congregado gente. Contaba en voz alta cómo había encontrado y matado a rusos escondidos.

—¿Y los judíos? No veo ninguno. O se han ido todos o se han escondido en sus madrigueras.

Todos rieron grosera y ruidosamente. El soldado llevaba el cuello del uniforme muy abierto y un pañuelito de colores al cuello. Era la primera vez que yo veía algo así.

Eran las tres. Corrí a casa, atendí a los dos ancianos huéspedes y meforcé a comer yo también para no inquietarlos con mi miedo. No pude ocultarlo ante Gretchen. Siguen sin venir los dos. Corrí a la ciudad. Ya desde la montaña vi las banderas con la cruz gamada ondear encima del museo de la guerra. La avenida Laisves^[18] llena de gente. Los soldados alemanes eran saludados entusiásticamente como «libertadores». Todo el mundo estaba excitado, y la mayoría de la gente, contenta.

Me encontré al abogado Stankevičius con su hija.

—¿Ha visto a mi marido?

Enseguida se puso a la defensiva. Habían detenido a muchos judíos en plena calle.

Corrí por todas las calles, pregunté a todos los conocidos: nadie había visto a los míos. Luego volví corriendo a casa. ¿Habían llegado entretanto? Nada. Puse la cena a los huéspedes, charlé un poco y otra vez a la calle, hasta que oscureció.

Al día siguiente, se oía hablar por todas partes de grandes persecuciones de judíos. Proclamas: judíos habían disparado contra soldados alemanes. Por cada soldado muerto se mataría a cien judíos. Los periódicos, las octavillas, casi no contenían otra cosa que los más espantosos excesos antisemitas.

Corrí a la policía lituana; encontré delante de la puerta a un funcionario de la policía criminal que conocía bien a mi marido. Prometió informarse de dónde estaban los míos y darme nuevas. No supe una palabra de él. Volví a encontrármelo a menudo más adelante. Evitó hablar conmigo.

Así vagué tres días, teniendo en casa a los dos ancianos amigos, que también querían consuelo. Gretchen me ayudaba en todo. Nos entendíamos sin palabras. Al tercer día, por la mañana, sonó el teléfono. ¡Marie!

—¿Mamá? Soy yo. ¿Está papá con vosotros? Voy enseguida a casa.

Nuestros viejos amigos me abrazaron. Pero yo dije enseguida que era una mala señal que Marie estuviera sola. Ahí estaba la buena de Marie, acalorada, sucia y con los ojos relucientes. Primero que se lavara, que se duchara, que se cambiara y comiera en condiciones. Durante la comida podía contarnos todo.

—Cuando íbamos por la avenida Laisves, un partisano que había sido compañero mío en Sodyba^[19] gritó: «Tú eres la comunista, ahora recibirás tu castigo por eso. ¿Quién es este señor? ¿Tu padre? Que venga él también». Nos llevaron a los dos a la comisaría. Allí nos separaron. Papá me gritó: «¡El que primero salga en libertad se esforzará por liberar al otro!». Luego ya no lo vi más. Me llevaron a prisión con muchas otras mujeres. Nos encerraron a todas juntas en una gran sala. Una mujer mayor, a la que habían detenido por comunista, me gustó especialmente. Consolaba a las otras, y estaba tan contenta y segura que ellas se tranquilizaban. En el suelo había paja para servir de lecho. A mediodía nos daban sopa, por la mañana café y pan. Yo no podía comer, no hacía más que pensar en vosotras y en lo preocupadas que estaríais por nosotros. Al segundo día, le dije al funcionario que vino a hacer la inspección: «Soy alemana. Me han detenido por error. Dejarme salir enseguida». Llamaron a un funcionario de policía alemán, al que hablé en su idioma con tanta viveza que se dejó convencer. Dijo: «Mañana saldrá usted en libertad». Hoy, hacia las diez, me han llamado y han vuelto a preguntarme si de verdad era alemana. Luego me han dejado libre.

Mi niña, la niña de mis preocupaciones, volvía a estar aquí, estaba sentada en la cocina delante de mis ojos y comía con gran apetito.

—Ahora tenemos que rescatar a papá.

Ese mismo día fui a la sede de la policía alemana. «Muéstrate segura como alemana», me había instruido Marie. Tuve que esperar largo rato en una habitación, luego vino un funcionario y me interrogó a fondo. Una alemana en territorio oriental era sospechosa, porque todos los alemanes habían sido repatriados al Reich.

—Ajá. Así que se quedó usted aquí porque su esposo es judío. Traiga mañana una petición escrita de puesta en libertad de su marido.

Al día siguiente, un nuevo funcionario. Otra vez todas las preguntas.

—Deje aquí la petición; averiguaremos si su esposo está en la cárcel. Vuelva pasado mañana.

Pasado mañana... nadie sabía nada de mi solicitud. Más funcionarios de las SS. Otra vez todas las preguntas. Había llevado conmigo la hoja de servicios de mi esposo, de la que se desprendía que en la Guerra Mundial había sido soldado alemán desde agosto de 1914 hasta el final del conflicto, y qué distinciones había recibido entonces. El funcionario de las SS le echó un vistazo, la empujó hacia mí y graznó:

—Puede guardársela. No nos interesa. Un judío es un judío. Vuelva dentro de unos días.

Así no podía ser.

El abogado Stankevičius, que conocía bien a mi marido y lo apreciaba mucho, prometió hacer un intento por su parte. Presentó, junto con el profesor P. [?] y el abogado T. [?], todos ellos hombres conocidos, una petición oficial de puesta en libertad de mi esposo, que era una persona de prestigio, políticamente impecable y apreciada por todos, de modo que su detención sólo podía deberse a un error. Llevó en persona la solicitud a la policía. Jamás fue respondida.

La vez siguiente, topé en la policía con un funcionario que había sido alumno mío en el Liceo Alemán. Me dio la mano. Aquello era inusual, porque estos funcionarios suelen evitar tal cosa. Me envió a otro. No se sabía nada de mi solicitud, ni de la de los tres expertos lituanos.

—Venga dentro de una semana. Si su marido está aquí, lo mandaremos a casa.

Corrí de un despacho a otro. En las calles, se practicaba en toda regla la caza del judío. Los partisanos entraban en las casas judías, disparaban hacia la ventana y detenían o fusilaban a toda la familia con el pretexto de que los judíos habían disparado sobre soldados alemanes. Las casas eran saqueadas. Los partisanos lituanos y los soldados alemanes exigían la entrega de dinero, relojes, joyas, y se quedaban con lo que les gustaba. Por las calles pasaban grupos grandes y pequeños de judíos, camino de la cárcel, viniendo de ella o también directamente camino del Fuerte VII. Por la avenida Savanoriu, la ancha carretera que va en dirección este por la que se había retirado el Ejército ruso, por la que habían huido las desprevenidas familias del Ejército ruso, los funcionarios rusos, por la que cientos de judíos se habían salvado en las últimas horas que precedieron a [la] entrada de los alemanes —muchos incluso después—, por esa calle llevaban constantemente grupos de judíos, hombres, mujeres, hacia el Fuerte VII. Caminaban en silencio, como perplejos ante la oscuridad inconcebible que había caído sobre ellos. Las mujeres a veces con ligeros vestidos de verano, sin abrigo. Los hombres sin sombrero. Otros llevaban [un] abrigo y un hatillo en la mano. Detrás de ellos y a su lado, partisanos, fusil en mano, con rostros duros y crueles y paso convencido, como los ladrones de una crucifixión medieval de Multscher^[20]. Ah, desde ese momento esas vías dolorosas iban a verse miles de veces. Ninguna imagen puede representar esa crueldad animal, esos insondables padecimientos.



El Fuerte VII de Kaunas, donde probablemente fue asesinado Max Holzman.

Yo estaba al borde de la calle y buscaba entre las tristes caravanas, veía a conocidos entre ellos. Algunos saludaban a escondidas. No vi a aquel al que buscaba. Íbamos las tres. También los ojos de Marie y de Gretchen examinaban a los que pasaban. Ninguno de nosotros dijo lo que pensaba.

Me dirigí a las nuevas autoridades, hasta llegar al general Rastikis^[21]; esperé largo tiempo en su antecámara. Allí se abrazaban lituanos de prestigio que se felicitaban por los cargos que les había otorgado el nuevo régimen. Yo estaba rígida junto a ellos y contemplaba su hueca alegría. Algunos de estos nuevos adeptos iban a darse cuenta muy pronto de cuál era la índole de esa «liberación».

No fui admitida en presencia del propio Rastikis. Su lugarteniente. Me di cuenta enseguida de que esa gente no contaba para nada. Actuaban siguiendo las órdenes de los conquistadores. El hombre tomó nota, y sentí que no iba a pasar nada. Pero también había judíos que salían por recomendación. Había oído hablar de varios casos.

Entonces me encontré en la avenida Laisves con el joven arquitecto Moschinskis, le conté a toda prisa mi caso y enseguida se mostró dispuesto a ayudarme. Fuimos juntos a la cárcel. Conocía personalmente al director.

—Bueno —comentó éste—, la cárcel está desde hace dos días en manos de la Gestapo. Ya no contamos para nada.

Fuimos juntos a la policía. También allí saludaron a Moschinskis como una conocida personalidad lituana. Él describió a mi marido como un hombre de elevada cultura, apolítico, etc.

—¿En prisión desde hace una semana? —dijo el funcionario, pensativo—. Quedan pocos de éstos. —Cogió el teléfono y llamó a la cárcel. ¿Max Holzman? Sí. Sigue ahí—. Tranquilícese, señora. Mañana a las doce su marido volverá a estar en casa.

Estreché la mano del funcionario, quedé con nuestro amigo Moschinskis, que vivía fuera de la ciudad, en que viniera a comer con nosotros una hora después y corrí a casa para llevar la buena noticia a las niñas. Nos sentamos en el balcón. Lo importante era volver a reunirnos, luego ya pensaríamos juntos cómo podíamos hacer frente al destino. En Alemania, según habíamos oído decir, había leyes de excepción para los matrimonios mixtos^[22].

A la mañana siguiente fui temprano al mercado. No había verdura ni fruta. Finalmente, al borde de la ciudad, conseguí comprar fresas silvestres a unos campesinos que entraban con su carro. Volví corriendo. Quizá mi esposo ha llegado ya. No, no ha llegado nadie. Salí con las niñas a la calle. Como siempre desde la entrada de los alemanes, se oían disparos próximos y lejanos: caza de soldados rusos dispersos, de judíos. Fuimos arriba y abajo, arriba y abajo por la calle; nos detuvimos durante largo tiempo en el cruce en el que yo ya había esperado antaño durante horas.

Allí, cada cinco minutos, el funicular eléctrico que comunica la ciudad con el Grüne Berg escupe a un montón de gente. A veces creíamos reconocer al padre y esposo. ¿No viene allí corriendo un señor con un panamá blanco? Pero no, es un desconocido. Estuvimos allí horas y horas, hasta que por fin regresamos a casa, mudas, agotadas.

Todavía esperamos todo el día siguiente. Luego, volví a la sede de la policía lituana. Ya no eran amables, hacían como si no supieran nada y daban respuestas vagas que nada prometían. ¿Conseguiría más Moschinskis? Lo conocen en todas partes, y tiene una forma de hablar tan convincente. Algis vivía en Panemune, a hora y media larga de la ciudad. Recorrí la polvorienta carretera bajo el ardiente sol, caminé y caminé. Tropas alemanas cantando, no, chillando *La pequeña Úrsula*. ¿Son realmente estas hordas mis compatriotas?

Algis no estaba en casa. Su guapa mujer estaba sentada, alta y tranquila, delante de la casa, con sus florecientes hijos. «¿Qué sabéis vosotros de mis preocupaciones?», pensé. Pero la pacífica imagen era un espejismo. La señora Moschinskis contó que a su hermano pequeño lo habían asesinado los partisanos por ser miembro de las juventudes Comunistas. Sus padres estaban escondidos en su casa. Su padre, médico en una ciudad de provincias, era conocido como amigo de los sóviets, y por el momento no se atrevía a volver a su consulta.

Entonces llegó Algis, con el torso desnudo, quemado por el sol, de cortar el césped. Prometió ir al día siguiente en bici a la ciudad para volver a visitar conmigo a las autoridades.

—No dejaremos de intentarlo todo hasta que tengamos éxito —me consoló.

Rechacé su invitación de quedarme a comer con ellos; quería volver con las niñas lo antes posible. El camino de vuelta aún fue más agotador; sol ardiente, polvo y muchos soldados. Al borde de la carretera, una bomba de agua. Bebí el agua fría.

Sentí mareos, me agarré a una cerca; veía los soldados por entre un velo blanco, oía palabras alemanas, veía rostros alemanes, tan ajenos, tan ajenos...

Al día siguiente nos encontramos: caminamos, hablamos, pedimos sin obtener una información clara. En la ciudad se habían visto escenas espantosas. En la Bahnhofstrasse, en el patio de un garaje, se había producido una auténtica batalla entre los partisanos y... judíos, en la que los judíos, desarmados, habían sido completamente aniquilados^[23]. Una multitud inmensa se había congregado para ver el horrendo espectáculo y avivar con gritos de aliento la ciega furia de los asesinos. También había voces que manifestaban su indignación por esa bestialidad. «¡Es una vergüenza para Lituania!», se atrevieron a decir los más valientes, pero enseguida se les hizo callar. Las terribles noticias nos llegaban de todas partes.

Las niñas y yo no nos atrevíamos a comentarlas. Allí estaba el cuenco de cristal con las fresas que habíamos preparado para recibir a papá. Hacía mucho que se habían estropeado; nadie las quitaba.

Acudí una vez más a la policía. Se acordaban de mi anterior visita y me dieron una lista de los judíos que había en la cárcel para que la revisara:

—Si le encuentra ahí, le pondremos al instante en libertad.

Su nombre no estaba.

Regresé lentamente a casa, bajo el ardiente sol del mediodía. Ya no está, me decía una y otra vez. ¿Cómo voy a decírselo a las niñas? No tuve que decirles nada. Entendieron y callaron. Tiré las fresas pasadas, hice algo para comer como todos los días...

¿Y si estaba en el Fuerte VII? Allí había estado el archivo de documentos históricos y libros valiosos. Decían que otros habían conseguido hablar allí con sus allegados. Al atardecer, estaba ante las rejas del Fuerte VII. Hablé con el guardia, le prometí un soborno elevado. Bien, buscaría. Esperé, esperé. Finalmente volvió a aparecer:

—No, aquí no hay ningún Max Holzman.

Muy cerca del fuerte había una tiendecita. La propietaria, Wanda, una chica preciosa, era un personaje popular en todo el barrio. Su tiendecita siempre estaba llena de gente. No sólo era muy hábil para los negocios y sabía tratar con todo el mundo, sino que tenía un corazón cálido y un entendimiento claro.

Allí acudían también los partisanos del Fuerte VII a comprar cigarrillos y bromear con Wanda. Wanda entendió enseguida mi situación y medió con ellos. Los partisanos prometieron buscar a mi marido y dejarlo en libertad. Pero no lo encontraron.

—Tendríais que habérmelo dicho antes —dijo uno—. Hay muchos que ya no están aquí.

—¿Que ya no están aquí? —pregunté—. Y ¿dónde están ahora?

No hubo respuesta.

Recorrí a menudo la ancha alameda hasta las cercanías de la tienda de Wanda, a donde habían llevado a cientos de judíos de los que la mayoría «ya no estaban allí». Entre ellos había uno que era Max Holzman, que era mi marido.

¿O quizá no había llegado a estar allí? Muchos judíos habían sido enviados a trabajar a algún sitio en el campo. Quizá viva y regrese. Cuando vuelva a estar con nosotros, cuando volvamos a estar juntos, todos los sufrimientos serán ligeros...

Todos los días nuevos horrores, nuevo espanto. Un cartel en letras gigantescas por toda la ciudad. Todos los judíos tienen que llevar una estrella amarilla en el lado izquierdo del pecho. No pueden ir por la acera, sino junto a ella, por el lado derecho de la calle y en fila india. Se emiten cupones de racionamiento especiales para judíos y se abren tiendas especiales. Se les da menos pan, nada de azúcar, menos carne y manteca que a los demás.

Los dos ancianos Zinghaus, que ahora ya no tenían ni vivienda ni enseres, habían pasado unos días con nosotros.

—De la noche a la mañana, nos hemos convertido en mendigos —decía la anciana.

Lo decía con calma y dulce sumisión al destino que había caído sobre ella de forma tan incomprensible, una sumisión que hacía a los judíos tan infinitamente capaces de sufrir. Y esa fuerza era tan incomprensible para los otros, que éstos les miraban con renovada desconfianza.

Luego, mis dos dignos amigos se trasladaron a casa de unos parientes, en el casco antiguo. Los visitábamos a menudo y les llevábamos pan o verduras del huerto. Habían hecho algunos intentos de recuperar al menos algo de su ropa. En un centro de recogida de propiedades judías administrado por un militar, habían dividido parte de sus antiguas pertenencias. Allí, como en parte también en Alemania, se les trató con gélida y correcta cortesía y, finalmente, aceptaron darles a cada uno un viejo abrigo y algo de ropa de cama... estropeada, vive Dios que no de la mejor. Se les negó la ropa interior.

A mediados de julio volvió a haber grandes carteles: todos los judíos de la ciudad debían trasladarse en el plazo de un mes a Vilijampole, donde se les concentraría en un gueto, separados del resto de la población^[24]. Vilijampole está al norte de la ciudad, al otro lado del Vilija, un barrio pobre en el que sobre todo hay viejas casas de madera sin agua ni alcantarillado. Los judíos podían cambiar sus casas y viviendas por las de Vilijampole. Les estaba prohibida la venta de casas, muebles y objetos de valor.

En Kaunas había alrededor de cuarenta y cinco mil judíos. Unos siete mil debían haber huido antes de la llegada de los alemanes. Treinta y ocho, alrededor de la cuarta parte de la población de la ciudad, tenían que trasladarse en el plazo de un mes^[25]. El área puesta a su disposición era tan pequeña que sólo tocaban a dos metros cuadrados

de vivienda por persona. La mayoría de los judíos dejaron en sus casas la mayor parte de sus enseres. Muchos trataron de vender todo lo posible, explotados a conciencia por compradores que se aprovecharon de su situación de apuro y bajaron los precios. Muchos se lo legaron todo a sus criados, que a cambio prometieron abastecerles de alimentos.

Durante las semanas siguientes, la imagen de la ciudad estuvo marcada por las caravanas que llenaban las calles. Los precios de los vehículos aumentaron de forma horrenda. Iban cargados hasta los topes con lo más necesario, con leña y a menudo con la familia entera. Se veían enfermos y madres con bebés apretujados entre sus pertenencias. Los sanos iban a pie junto a ellos. El tiempo era espléndido. Desde la invasión alemana, un día soleado tras otro. Que el sol iluminara era como una burla al sufrimiento.

Se había formado una comisión de vivienda que debía encargarse de proceder a una distribución justa. Porque junto a las muchas y míseras cabañas había algunos grandes bloques de casas con viviendas nuevas y modernas, hacia las que hubo gran afluencia y cuyos propietarios fueron envidiados por los otros. Pronto se demostraría que no era ningún beneficio tener una de esas viviendas y [que] aquellos que se habían conformado con las más humildes estaban mejor en ellas. Los traslados aún no habían concluido cuando los soldados alemanes y los partisanos lituanos entraron en las casas recién ocupadas, especialmente las bonitas, y se llevaron todo lo que quisieron.

El domingo fuimos al bosque a buscar arándanos para tía Fischel.

—No os adentréis mucho en el bosque —nos advirtieron los vecinos—, allí sigue habiendo rusos escondidos que disparan a todo el que se encuentran.

Nosotras no temíamos a los rusos. El borde mismo del camino bullía de fresas, y bajo los abetos el suelo azuleaba de grosellas. Nadie parecía haber buscado todavía por allí. ¿Sería por miedo a los rusos escondidos? Gretchen se mantuvo pegada a mí, pero Marie se alejó. Tuve que llamarla y buscarla una y otra vez.

Ha descubierto un frambueso en mitad de una fangosa pradera. Nos arañamos los brazos y las piernas para coger los frutos, pero luego podemos sentarnos al borde del camino bajo un gran pino, sentarnos como nos habíamos sentado cien veces en el bosque. A nuestro alrededor se oye zumbir y trinar. La hierba florece, aromática; es un hermoso, muy hermoso verano, julio. Ahora iremos a casa y papá no estará como solía. No sabemos nada de él, nada. La cárcel está llena de judíos. ¿Por qué no encuentra forma de hacernos llegar noticias suyas?

Al día siguiente, en la tienda de Wanda, oí contar a un partisano que casi ninguno de los judíos del Fuerte VII seguía allí.

—Los hemos fusilado —dijo tranquilamente, y le puso el fusil en la mano a un niño, a modo de broma—. ¿Quieres tú también fusilar judíos?

Pero el niño rechazó el arma y dijo:

—No.

—El niño es mejor que vosotros —dijo Wanda—; sabe que es un pecado matar personas.

—Los judíos no son personas —respondió tranquilamente el partisano.

Marie había aceptado un puesto de traductora en un consorcio^[26]. Los empleados alemanes estaban muy cotizados, y el director estaba muy contento con ella:

—No importa que haya estado en las juventudes Comunistas, es una chica amable y capaz.

Trabajaba todos los días hasta las cuatro, hora en la que comíamos, contentas de estar juntas. Pero Marie no aguantó mucho tiempo en casa. Había vuelto a encontrarse con un antiguo amigo, un joven médico que, hombre serio y muy inteligente, imbuido de las ideas de Tolstói, causó una profunda impresión a Marie^[27]. No había que vencer mediante las armas, sino por el amor. Un pequeño círculo de jóvenes se había impuesto la tarea de difundir las ideas de Tolstói. Marie estaba completamente persuadida de su nueva misión. Había que convencer a todo el mundo, sobre todo a los soldados, de que las armas no traían más que desgracia. Tenían que llegar al punto de negarse a prestar el servicio militar.

El entusiasta corazón de Marie quedó profundamente sometido a la nueva influencia: paz, reconciliación, amor. Por las noches, nos sentábamos en el porche y Marie me explicaba fervorosa sus nuevas ideas. Ya había trabado conocimiento con distintos soldados alemanes, y no había dudado en comunicárselas. ¿Causaron las palabras de la heroica joven una impresión tan directa, o es que ellos sucumbieron a su floreciente frescura? Sea como fuere, enseguida encontró cierto número de oyentes que coincidían de todo corazón con ella.

—Ten cuidado, esas ideas pueden malinterpretarse, son peligrosas —le advertí.

Pero Marie me llamó triste realista incapaz de cualquier entusiasmo, y yo a veces dudaba de si tenía derecho a frenar ese audaz impulso.

Estaba continuamente preocupada. Si una noche no venía puntual a casa temía por ella, salía a la calle. Caminaba impaciente arriba y abajo. Al fin llega, pide disculpas. No volverá a hacerme esperar, siempre vendrá puntual en lo sucesivo. «No salgas tanto, quédate más en casa». Pero no, la mueve el juvenil impulso de actuar, el idealismo, las ganas de vivir. Visita a sus amigas judías, promete seguir ocupándose de ellas, quisiera ayudar a todo el mundo, ser buena con todos. Consigue pan, verdura, patatas.

Una nueva amistad hecha a toda prisa, un soldado de Berlín, músico. Le interesan las canciones populares lituanas que a menudo, a pesar de la guerra, se oyen, en melodías corales, provenientes de los jardines de los vecinos. Marie pasa unas cuantas tardes con él, le traduce al muchacho los textos al alemán. Improvisa

versiones, porque conoce y ama la poesía lituana y lleva años esforzándose en traducir poemas y novelas cortas del lituano al alemán y en ilustrarlos con sus propios dibujos originales.

Él está hechizado por la que supone lituana, porque Marie oculta su ascendencia. Una semana después tiene que regresar al frente y escribe una carta de despedida como se han escrito tantas, llena de ansia de amor y felicidad perdurable.

Tenía el don de ganarse el corazón de la gente. Es su forma de ser: productiva en todo lo que hace. Su imaginación no deja de trabajar, tiende a dar forma a las cosas, a encauzarlas. La vida es para ella una serie de espléndidas sensaciones; espera cada día con la emoción de qué podrá depararle. Tiene fe, fe en la victoria del Bien, es audaz, valiente, dispuesta al sacrificio.

—Ten cuidado —le advertía yo entonces con frecuencia—. No hables sinceramente con cualquier desconocido. Ten cuidado, sobre todo con los soldados alemanes.

Marie lo prometió. No tenía por qué preocuparme. Ella no quería que me preocupase.

—No llores. No estés triste —me decía a menudo, y nos sonreíamos y nos ocultábamos la una a la otra el dolor por la oscura e incomprensible desaparición de su querido padre.

Con Gretchen era más sincera que conmigo. En ella tenía a alguien de su plena confianza, porque nuestra pequeña, con su profunda y prematura comprensión de todo lo humano, era superior en juicio crítico a su hermana mayor. Su timidez, su desconfianza frente a los extraños, sus claras dotes de observación eran un complemento perfecto a su intuitiva y crédula hermana. Llenaban las largas y luminosas tardes con sus confiadas e íntimas conversaciones, hasta que Gretchen las interrumpía, brusca e infantil:

—Ahora me voy a dormir.

Pero Marie estaba demasiado sugestionada, demasiado conmovida por todo lo ocurrido y por la gran idea que tenía la misión de difundir. Cuando la pequeña ya dormía, ella venía con su almohada a mi cuarto y se acomodaba en el sofá, y una vez que Gretchen había hecho de confidente de sus asuntos privados, filosofaba conmigo sobre el gran mandamiento del amor al prójimo y de la resistencia pasiva^[28]: convencer a los soldados de todos los países de que se negaran a combatir... entonces ya no habría ningún tirano codicioso capaz de hacerla guerra.

No estaba satisfecha con la advertencia de su madre de que tuviera cuidado. Por ese camino, jamás se alcanzaría nada grande. La lucha resistente de los mansos, de los desarmados, de los amables, los comprensivos... ¿No tendrían el odio y la arrogancia nacionalista que derretirse al soplo de esa idea eterna y salvadora?

—A través de Viktor, he conocido a unos cuantos soldados en el hospital militar. Les hemos visitado y hemos hablado con ellos. Están completamente de acuerdo con nosotros. Es tan fácil convencerles...

Sólo el agudo dolor por nuestra persona más querida pesaba como un velo sobre todas estas conversaciones.

A nuestro alrededor, el mundo se volvía pétreo de crueldad, odio y crimen. Se notaba que el régimen alemán trabajaba conforme a un sistema elaborado con precisión y ya puesto a prueba. La incautación de los abundantes víveres del país, su escaso reparto a la población, el empleo de los civiles en servicios alemanes... todo se ejecutaba con una rapidez sin interrupciones, con un orden modélico. A los lituanos les impresionaba esa energía. Se plegaban de buen grado a las duras leyes que les arrebatában toda su libertad y su autonomía. «El alemán crea el orden»... y no se daban cuenta de que el tan ensalzado orden estaba procurando su esclavitud.

Había que pasar horas haciendo cola en las tiendas para conseguir la ración de alimentos. En Alemania, años de privaciones habían acostumbrado hacía mucho a la gente a una alimentación modesta. Aquí, el cambio fue repentino. Los mercados, antaño repletos de excelentes y baratos productos agrícolas, estaban vacíos. Se prohibió la venta libre. Los carros de los campesinos que venían con sus productos a la ciudad eran detenidos por soldados y confiscados.

El dinero había perdido su valor desde los primeros días: 10 rublos = 1 marco. Los soldados se lanzaron como una plaga de langosta sobre las tiendas y compraron todo lo que no estaba racionado. En pocos días, las bombonerías y las perfumerías quedaron vacías. Las tiendas de ropa y zapaterías, las de objetos domésticos y cacharros de cocina cerraron. La palabra «incautado» destacaba por doquier en los postigos cerrados, mientras los nuevos amos echaban mano de los bien surtidos almacenes.

Muchos lituanos también habían comprendido la situación, y antes de que las tiendas echaran el cierre arramblaron con todo lo que pudieron. Estaban tan ocupados sacando la mayor cantidad de ventajas a la nueva situación que apenas se dieron cuenta de lo que ocurría entretanto con la tercera parte de la población de la ciudad, los 45.000 judíos.

Las caravanas iban de la ciudad al gueto por el puente sobre el Vilija. Los más ricos pusieron a disposición de los pobres medios para contar con un vehículo. Muchos fueron y vinieron varias veces al día para llevar sus cosas. Pero cada cruce del puente era un riesgo. Diariamente cogían allí a judíos para emplearlos en distintos trabajos: retirar los escombros de los edificios destruidos por las bombas, limpiar las cloacas, llevarse los animales muertos y otros trabajos sucios y pesados. Los judíos orientales

no se correspondían en absoluto a la idea general que los alemanes tenían de ellos. Eran un pueblo sano, vigoroso y alegre. Los jóvenes practicaban deporte, no conocían los excesos ni el alcohol. Con frecuencia los alemanes se asombraban de su fuerza y resistencia físicas, que no coincidían con los prejuicios que tenían sobre ellos.

Los judíos habían sido privados de sus derechos, estaban fuera de la ley. Durante las semanas que duraron los traslados, cientos de ellos fueron encarcelados sin motivo alguno; sus viejas o nuevas viviendas, saqueadas; ellos, asesinados, golpeados y torturados. Los soldados alemanes recibieron instrucciones precisas de sus superiores para que no les trataran como si fueran personas, sino que se limitaran a empujarlos a trabajar como esclavos. Aun así, entre los oficiales y los simples soldados hubo algunos que se resistieron a las ordenanzas, las suavizaron e hicieron lo que pudieron para aliviar el espantoso destino de los judíos.

Un oficial alemán ayudó en una ocasión a una judía embarazada que guardaba cola delante de una tienda y estaba siendo apretujada por la gente, exigiendo al vendedor que la atendiera antes que a los otros. Cuando la joven quiso darle las gracias, él desapareció con un escueto saludo. La multitud miraba confundida.

Por el momento, la cuestión de los medio judíos y los judíos de nacionalidad extranjera no estaba clara. Estábamos especialmente preocupadas por un joven matrimonio de músicos, de edad entre la nuestra y la de las niñas, y que hacía años que tenía amistad con nosotros cuatro. Edwin Geist era berlinés: compositor, director de orquesta y pianista. En los primeros años del régimen nacionalsocialista, había podido salir adelante en calidad de medio judío. Gozaba de las mejores recomendaciones como miembro de la Asociación Alemana de la Música, y en 1934 se había estrenado en Berlín una ópera suya. Cuando con los años fueron agravándose las leyes antisemitas, poco a poco se vio rechazado en todas partes. Durante una visita a sus amigos de Kaunas conoció a la que luego sería su esposa. Al cabo de un año regresó, se casó con ella y se quedó. Su acomodado suegro, que estaba muy descontento con la boda de su hija con un pobre artista, no quiso darles nada, y como una ley lituana prohibía trabajar a los extranjeros tuvieron que ganarse la vida a duras penas dando clases particulares de música.

El nacionalsocialismo proyectó su sombra sobre los pequeños países vecinos. El país bullía de agentes y se endurecieron las medidas contra los extranjeros. Ya no podían vivir en Kaunas, así que también nuestro inocente Edwin tuvo que buscarse una habitación en una ciudad pequeña. Ambos llevaban una vida trabajosa, una dura lucha por el pan de cada día. Los músicos locales no reconocían a ese original artista. No veían en él más que a un extranjero y un tipo raro. A eso se añadía el miedo a la policía, porque la mayoría de las veces Edwin estaba ilegalmente en la ciudad, con su mujer o en nuestra casa.

La incorporación de Lituania a la Unión Soviética en 1940 puso fin a las leyes especiales para los extranjeros. Ya no se valoraba a las personas por su nacionalidad, sino por su capacidad. Las composiciones de Edwin Geist fueron emitidas por la

radio, una buena cantante cantaba sus canciones, dirigió un concierto en Vilna, y gustosamente le habrían dado un puesto fijo como director allí o en Kaunas si hubiera sido capaz de aprender una de las lenguas del país: lituano, ruso o polaco. Pero sólo hablaba un recio berlinés, salpicado de expresiones ásperas y agudas. Como buen artista, era un hedonista que disfrutaba de la buena mesa, y ante el vino y la buena comida se volvía tan ingenioso y entretenido que contagiaba a todos los que le rodeaban. Pero ¡ay, si no le gustaba la compañía en la que estaba, si algo perturbaba su sutil sentimiento estético! Entonces podía pasarse la velada mirando sombrío al frente y volver la espalda a la amable anfitriona que quería sacarlo a bailar.

Vivía con su esposa, Lyda, en una fea habitación con una sola ventana, una habitación que parecía enteramente ocupada por el piano de cola. Si estaba de humor, tocaba pasajes de su ópera, cantaba todos los papeles, interrumpiéndose para explicarlos y representarlos, y su joven y hermosa Lyda tenía que participar. También ella era pianista y constituía, como Dios había exigido de la primera mujer que había creado, una verdadera ayuda para su marido.

Ese año feliz, que sin duda había traído pocas realizaciones pero había estado lleno de florecientes inicios y esperanzados sueños, [tocó] a su fin. El padre de Lyda había sido detenido por los esbirros en los primeros días de la ocupación y desde entonces había desaparecido. Lyda no quería dejar sola a su desesperada madre; pasaba la mitad del día con ella. ¿Qué iba a ser de ellos? Edwin, en tanto que alemán del Reich^[29] y medio judío, quizá no estuviera sometido a la ley del gueto. Lyda le convenció para que se quedara en la ciudad. Le resultaría más fácil soportar su terrible destino sola que con él. Vino a vernos, por vez primera con la estrella amarilla. Marie la abrazó tiernamente, la consoló diciéndole que podía dejar a Edwin a nuestro cargo. La visitábamos con frecuencia.

El 3 de agosto era domingo. Decidimos volver las tres a nuestro bosque. Íbamos a buscar arándanos para Edwin y Lyda. El tiempo era brumoso, como si fuera a llover, sin un soplo de aire, bochornoso. Así estuvo todo el día. Volvimos a llenar varias cestitas. A mediodía cayeron unas gotas, luego aclaró.

—Es una buena señal —dijo Marie, y durante el camino de vuelta a casa retomamos nuestra conversación favorita: imaginamos el mundo gobernado por la «ley de los buenos» y cómo cada hombre encontraría en él un sitio adecuado, sin necesidad de coacción ni castigo.

Marie volvió a visitar a los Geist al atardecer y les llevó un cestito de fresas, frambuesas y grosellas. Emanaba un aroma espléndido. Cuando volvió a casa, la reñí por llegar tan tarde. Marie prometió que no volvería a llegar después de las nueve. No quería que me preocupase por ella.

—El trabajo en la oficina es aburrido —decía siempre al cerrar.

Si pudiera encontrar otro trabajo. Le gustaría tanto hacerse enfermera, o estudiar. Yo la consolaba remitiéndola a más adelante:

—Ahora tenemos que pasar lo más inadvertidas posible. Ambas sois jóvenes y veréis tiempos mejores.

Esa noche estuvimos las tres mucho tiempo sentadas en el balcón, charlando íntima y cariñosamente.

Al día siguiente, Marie volvió a salir por la tarde. Tenía una cita con su compañera Nina, a la que daba clases de alemán. Se hizo de noche. Marie aún no había vuelto. Ya pasaban de las nueve. Yo estaba apoyada en el marco de la puerta del jardín, mirando a derecha e izquierda, y después calle arriba y calle abajo. Gretchen se me unió. La espera fue llenándose de miedo. Ella había prometido firmemente no llegar tarde. Poco a poco, había ido oscureciendo. A lo lejos, una figura apresurada vestida de claro subía por la calle... no, no es ella. Cada vez pasaba menos gente. Ya no veíamos mucho, nos limitábamos a escuchar en tensión cuando se oían pasos que se acercaban. Dieron las diez. Después de las diez había riguroso toque de queda. Todavía esperamos una hora, luego regresamos a casa en silencio.

Noche de tormentos, día de tormentos. A la mañana siguiente, fui a su oficina. Nadie sabía nada. Nina dijo que Marie no había estado con ella la tarde anterior. Le pedí al director que llamase a la policía. Se negó fríamente. No quería tener nada que ver. Acudí a los amigos de Marie. Ninguno de ellos la había visto.

A la mañana siguiente, fui a la dirección general de la policía lituana. Tuve que hacer antecámara largo tiempo. Un joven funcionario hojeó una lista. Sí, anteayer, 4 de agosto, Marie Holzman había sido detenida e ingresada en prisión. Trató de tranquilizarme. Ahora se detenía a mucha gente que, si no había nada en su contra, volvía a ser puesta en libertad. De todos modos, si había pertenecido al Komsomol eso empeoraba las cosas. En cualquier caso, mañana jueves podría llevarle algo de comer.



El edificio central de la Clínica Universitaria de Kaunas. Aquí estaba instalado el hospital militar en el que Marie Holzman fue detenida en agosto de 1941.



Restos de la cárcel municipal de Kaunas, en la esquina de las calles Mickevieciaus y Kestuico, donde Marie Holzman estuvo detenida hasta su fusilamiento.

Por espantoso que fuera el hecho, el amable funcionario me tranquilizó un poco. Por lo menos ahora sabía hacia dónde orientar mis pensamientos. Corrí a quitar a Gretchen el tormento de la incertidumbre. A la mañana siguiente preparamos una cestita de comida: mantequilla, cuatro huevos duros, embutido, azúcar, grosellas, pan. Frente a la cárcel había una gran explanada. Allí se encontraba ya una gran multitud, la mayoría mujeres con sus cosas para los presos. Nos pusimos a la cola.

Muchas ya se conocían. Se encontraban allí todos los jueves, y como había que esperar durante horas tenían tiempo de abrirse mutuamente el corazón. Enseguida nos preguntaron a quién teníamos en la cárcel. Todas éramos compañeras de fatigas y comprendíamos las preocupaciones de las demás. Pero nosotras teníamos nuestra especial preocupación, que callamos.

La mayoría traía comida para sus esposos, algunas para sus hijos, sus padres. Muchas eran del campo, muchas habían venido en carros desde cuarenta kilómetros de distancia. Los caballos estaban en la explanada, debajo de un gran árbol. Hacía mucho calor. No había ningún techo que diera sombra a las que esperaban. Por fin llegamos al cobertizo en el que se registraban y recogían las entregas. ¿Holzman? Ése es un apellido judío. A los judíos se les recibe otro día. ¡No, es alemán!, dije yo. El funcionario buscó en su gran libro, encontró, anotó, me dio un número. Con ese número, había que hacer cola ante otro cobertizo. Pesaron lo que habíamos traído. No se aceptaban más de dos kilos. Cortaron el pan y la mantequilla para ver si dentro había algo que no estuviera permitido. Luego tuvimos que cruzar la calle con un porteador, un joven, hasta la puerta de la prisión. Debíamos esperar allí.

Muchas otras esperaban. La mayoría ya tenía experiencia. Pareció pasar un tiempo interminable. ¡Si al menos no la han considerado judía! En ese caso no nos aceptarían. Gretchen y yo nos apretábamos mutuamente las manos. El miedo, ese miedo espantoso debido, una y otra vez, a esa única cosa, nuestro terrible secreto. Entonces vino el mensajero, nos devolvió nuestra bolsa vacía y una notita en la que Marie había escrito su nombre.

—Se ha alegrado mucho —dijo—, quería escribir más, pero está estrictamente prohibido.

Ese saludo directo nos conmovió mucho. Nos fuimos a casa más tranquilas.

Desde ese momento no vivimos más que de un jueves a otro. Durante toda la semana, recogíamos alimentos y golosinas en nuestra bolsa de rafia. Lo más difícil era conseguir mantequilla o tocino, pero siempre lo lográbamos, y también dulces. Y cada vez la cola durante horas en la gran explanada bajo el sol, los ásperos funcionarios, que tuteaban a las mujeres atemorizadas y las trataban casi como a presas. La atemorizada espera de la consoladora señal de vida. En lituano: «Maryte Holcmanaite». Yo la estudiaba en todas las ocasiones, para deducir de ella su estado de ánimo. ¿Conservará mi pequeña su valor, su tenacidad? ¿Soportará con bravura el tormento de la cárcel?

Entretanto, su amigo Viktor se había enterado de que en aquel funesto día ella había ido al hospital militar a visitar a los soldados alemanes que ya conocía. La conversación había vuelto al viejo tema: paz a cualquier precio. Un oficial médico alemán lo había oído, se había mezclado en la conversación. Sospechó que la joven apóstol de la paz era agente del enemigo y la hizo detener.

Volví a acudir a la policía. No era competencia suya; debía dirigirme a los alemanes. No fueron muy amables. Se acordaban de que ya había ido a cuenta de mi esposo. Investigarían si mi hija era realmente tan inocente como afirmaba. No me hizo falta volver; ya sabía que no serviría de nada. Cuando salí, tenía una sensación espantosa: esos rostros duros y fanáticos, ese tono frío, cortante, los odiados uniformes del partido con la repugnante cruz gamada. Esos hombres hablan nuestra lengua materna, y aun así no hay esperanza alguna de entenderse con ellos. Sólo se les puede evitar, huir, salir corriendo. En sus manos está mi Marie.

Entretanto, la administración civil alemana había tomado posesión de la ciudad con su gran séquito de empleados. Se incautaron de las viviendas de los judíos. Muchas familias judías que aún no se habían trasladado fueron expulsadas de sus casas. Tuvieron que dejar en ellas todo lo que gustó a sus nuevos habitantes, de manera que a muchos judíos no les quedó nada, o muy pocas cosas. De todas las cuestiones judías se encargó un personaje al que la ironía del destino había dado el nombre del río de la

tierra prometida: se llamaba Jordan^[30]. A él acudían todos aquellos cuya pertenencia al pueblo judío no había sido aclarada, aquellos que hasta ahora no habían llevado la estrella amarilla y no habían sido trasladados al gueto, los medio judíos, los matrimonios mixtos, los ciudadanos de países neutrales. Jordan los recibía en persona, les dejaba exponer brevemente su caso y gritaba: ¡Al gueto ahora mismo!

Yo buscaba a aquel que pudiera ayudarnos. Pero no importaba a quién acudiera, todos tenían miedo de hacer aunque sólo fuera un intento de mediación ante la Gestapo. Sin duda a los lituanos no les gustaba la actuación de los alemanes, pero sí les impresionaba y atemorizaba a un tiempo. En todas partes me escuchaban con comprensión y me rechazaban con palabras de lástima. Todos los lituanos cultos conocían y apreciaban en alto grado a mi marido. También Marie tenía muchos conocidos, y todos la querían. Pero ahora nadie quería arriesgarse. Su empresa se negó asimismo a hacer gestión alguna.

Cuando hablé de nuestra Marie a Edwin y Lyda, ella respondió con otra noticia espantosa: su madre había salido a la calle y se había olvidado de ponerse la estrella amarilla. Enseguida había sido detenida y llevada a prisión. Lyda le había llevado comida una vez. A la segunda semana ya no permitían llevar nada a los judíos.

El pasaporte de Edwin había caducado. No se atrevía a salir a la calle, ni tampoco a pedir una prórroga. Finalmente, fue a ver a Jordan. En ese momento no estaba. Una amable secretaria prometió presentar el caso del modo más favorable posible. Debía regresar unos días después. Empezábamos a concebir esperanzas. La vez siguiente, Edwin fue recibido por el propio Jordan:

—¿Es usted mixto de primer grado? Casado con una judía, y por tanto judío. ¡Al gueto! ¡Y no se atreva a salir a la calle sin estrella!

Eso puso fin a nuestras esperanzas. Lyda buscó vivienda en el gueto. Entretanto, las mejores habían sido ocupadas. Esperaba que también su madre viviera con ellos. Finalmente, encontró un cuartito. Yo iba a verles casi todos los días, les ayudé a reunir una pequeña cantidad de alimentos, les conseguí velas, cigarrillos, un hornillo eléctrico. Dejaron parte de sus cosas en casas de conocidos, a la criada de su casera.

El camino hasta el gueto era largo. Vivían en el otro extremo de la ciudad. Era infinitamente agotador caminar por el desigual adoquinado^[31]. En una ocasión, ella llegó a casa completamente destrozada. Su hermoso y animado rostro estaba marcado por el más profundo sufrimiento. Como le fallaban las fuerzas bajo el ardiente sol, había pedido a un carretero que la llevara. El camino pasaba por delante de la prisión. Un guardia les detuvo:

—Baja del carro, judía. Vosotros clavasteis a Jesús en la cruz y hay que castigaros por haberlo hecho.

Lloramos juntas ante la desesperada crueldad y ceguera de los hombres.

El traslado de los judíos tocaba a su fin. Algunas calles que ya estaban habitadas tuvieron que volver a ser despejadas, porque los alemanes redujeron el gueto. Los judíos tuvieron que cercarlo ellos mismos con alambre de espino. Se abandonó el plan inicial de levantar un muro.

Unos días antes de concluir el traslado^[32], Gretchen y yo fuimos a visitar a nuestros ancianos Zinghaus. Desde la entrada de los alemanes, todos los días había hecho un tiempo radiante. Era como una burla al dolor que el sol brillara. Las orillas del Vilija estaban bañadas por una suave luz. Muchas personas cruzaban el puente, tranquilas, indiferentes, a salvo del destino de los proscritos tras el alambre de espino.

Por aquel entonces, la cerca aún no estaba completamente cerrada. Caminamos por su lado exterior, a lo largo de la orilla. Ahí trabajaban peones camineros, hombres fuertes y alegres que no se preocupaban de los destinos que se vivían al otro lado de la valla. Entramos en el gueto con el corazón angustiado. Allí, en una casita de madera, vivía un violinista con su familia^[33]. Estaba a la puerta de la casa. Le saludamos; entramos al jardincito, donde crecían remolachas, coles, tomates, flores.

—No son para nosotros —explicó—. El antiguo propietario se lleva los frutos.

Vivía con una segunda familia en la diminuta casita. El abuelo dormía en un catre en la cocina. Las reducidas dimensiones de las habitaciones tenían al menos la ventaja de permitir que cada familia tuviera una. Acudieron otros conocidos. ¿Qué va a pasar? ¿Qué va a pasar? Nadie conocía la respuesta a esa temida pregunta.

Buscamos la casa de los Zinghaus. Estaba en una colonia de casas obreras, pequeñas casas de piedra sin alcantarillado ni agua corriente, pero bastante nuevas y limpias. No hallamos a nuestros amigos en casa. La hermana de la señora Zinghaus nos hizo pasar. Sólo había sitio para una mesa diminuta. Se sentaban en las maletas. Si al menos nos dejan en paz, dijo la anciana, nos acostumbraremos a esta mísera vida. Todos tenían un mal presentimiento.

En el camino de vuelta encontramos a los Zinghaus:

—Según las nuevas disposiciones, también ustedes tienen que venir al gueto. Lea el cartel en la puerta del bloque grande.

Lo leímos: «Los no judíos casados con judíos y los medio judíos están sometidos a las leyes para los judíos y tienen que trasladarse al gueto. La inobservancia de esta ley acarreará la más dura de las sanciones».

Ya no tuvimos fuerzas para quedarnos con nuestros amigos. El corazón se nos había subido a la garganta. De pronto, había oscurecido y hacía frío. Salimos corriendo. Apenas advertimos los saludos de algunos transeúntes. Cruzamos la gran plaza que está en el centro del gueto. Las cornejas alzaron el vuelo y se posaron en los altos árboles que limitaban la plaza.

Así que también nosotras, también nosotras formamos parte de los excluidos. Ahora lo sabemos. No hay escapatoria. Probablemente esa nueva ley se haga pública

hoy en la ciudad en ediciones extra de los periódicos. Nos cogimos de la mano, miramos de reojo a ver si había nuevos carteles. En un callejón de la ciudad vieja nos encontramos a un conocido^[34].

—Tienen que ir ustedes al gueto —dijo—. Yo ya he llevado allí a mi mujer y mis hijos. Yo no estoy sometido a esa ley, porque previendo futuros conflictos me divorcié pro forma de mi esposa judía hace un año.

Así que el decreto parece ser ya conocido en toda la ciudad.

Cuando llegamos a casa ya había anochecido. Encendimos la luz y recorrimos nuestra hermosa vivienda, que ahora teníamos que abandonar en un plazo de días. Ya habíamos repartido nuestras pequeñas reservas. ¿Por dónde empezar, qué llevar con nosotras? Y sobre todo: ¿quién iba a cuidar de Marie?

Tampoco al día siguiente pudimos decidimos a empaquetar unas cuantas cosas, a buscar un sitio en el que vivir. Los Geist, que querían quedarse en la ciudad hasta el último día, no podían, a pesar de toda su comprensión, ocultar su alegría:

—Con vosotras, todo nos resultará más fácil allí.

El funesto decreto aún no se había hecho público en el periódico o mediante proclamas. Dejábamos pasar las horas sin aprovecharlas; estábamos como paralizadas.

El 14, un día antes de finalizar el plazo, fui al Ayuntamiento con un alto funcionario conocido mío. Ante mi pregunta de qué podía hacer, guardó silencio. Decidí intentarlo con el propio Jordan. En el recién instaurado comisariado de la ciudad había funcionarios alemanes y lituanos. Me abrí paso por los muchos pasillos haciendo preguntas; incluso aquí quería hablar con un lituano. Nadie sabía qué hacer en esos casos dudosos, sólo el propio Jordan podía decidirlo.

Delante del despacho de Jordan me encontré al abogado Stankevičius. Me advirtió con énfasis que no entrara a ese despacho. En él, una pregunta equivalía a una respuesta negativa. No debía hacer nada hasta que se hubiera producido una notificación pública. Debía irme a casa y esperar.

En ese momento, se abrió la puerta. Salió por ella un hombre de aspecto delicado, con una cabeza llamativamente pequeña, pálido, de ojos acuosos y labios apretados, y pasó de largo ante nosotros sin mirarnos. Era Jordan.

Sentí que había escapado de un gran peligro. Gretchen y yo decidimos que nos quedaríamos a toda costa, pasara lo que pasara. Teníamos que seguir cerca de nuestra Marie.

Viktor conocía a una funcionaria de la cárcel y a través de ella nos consiguió un contacto ilegal con nuestra prisionera. Le enviamos unas pocas manzanas, un bocadillo, dulces, y sobre todo enviábamos y recibíamos pequeñas cartas. Como también los funcionarios se veían sometidos a rigurosos controles, todo esto sólo

podía hacerse raras veces y con grandes cautelas. Esas escasas noticias eran el centro de nuestra vida. He conservado dos de esas notitas de letra diminuta^[35]:

Queridas mías:

Sería paciente si supiera si esto va a tener fin, y cuándo, y cómo será ese fin. La administración de la cárcel no sabe qué hago aquí, yo tampoco, y seguramente mi juez de instrucción, que por otra parte hace cuatro semanas que ya no se preocupa de mí, tampoco lo sabe. No le importa saber si soy culpable o no, sino que soy culpable. No se me ha atribuido culpa alguna ni se ha dictado ninguna sentencia. Si es posible sacude un poco a la gente, pero si no podéis ayudar no os entristezcáis demasiado por eso; aguanto bien aquí, pero tengo mucho miedo al invierno. ¡Si no fuera por los jueves! Esos signos semanales de lo mucho que pensáis en mí me ayudan al menos a ser exteriormente paciente y fuerte. Me inquieta mucho pensar que también vosotras tenéis problemas. Me gustaría mucho saber qué clase de dificultades son, si no estáis siendo demasiado heroicas a causa mía, si tenéis trabajo, si tenéis comida. No paséis hambre para enviármela a mí: al fin y al cabo yo no trabajo. Lo que más alegría me da es el pan, la mantequilla y las manzanas. También el embutido y esas cosas, pero creo que deberíais comerlas vosotras. A juzgar por las raciones de pan, que cada vez son más pequeñas, más húmedas y más entremezcladas con patata, todo estará escaseando también para vosotras. No se os ocurra enviarme azúcar. El brebaje tibio y gris que nos dan por la mañana no merece añadirle azúcar. En cambio las sopas de la comida y la cena están calientes y son comestibles, sobre todo cuando les echan patatas. Me han gustado mucho las cosas para hacer labores que me habéis enviado. Creo que la semana que viene podré enviarle un delantal a Gretel. Es una idea que me llena de alegría, porque es muy difícil, y conseguir la tela y los hilos llevó semanas. Como no sé cortar ni coser, tenéis que disculpar los defectos. Me gusta especialmente bordar, y la idea de enviaros una señal de mi gran amor y nostalgia. Intentad emplear más a menudo la vía de Viktor, aunque sea con un simple saludo. A lo largo de este mes o principios del próximo, mi compañera de celda quedará en libertad e irá a veros. Si habéis encontrado la nota, cosed una crucecita roja en cualquier prenda y mandádmela el jueves. Os quiero como no os podéis imaginar.

Marie.

Enviad un espejito.

La segunda nota está escrita por una cara, en lituano, para Viktor.

Querido Viktor:

Le ruego que sea usted tan amable de dar a mi hermana este regalo de cumpleaños. Dígales a ella y a mamá que las echo mucho de menos, pero que prometo ser fuerte y paciente. Consuélelas, que no sufran mucho por mí. Para mí, su envío semanal de los jueves es como si llegara la Navidad. Sería estupendo recibir diez marcos a través de la administración de la cárcel, para poder comprar al menos lo más necesario. Pienso mucho en usted. Es fantástico tener amigos al otro lado de las rejas.

Suya, Maryte.

La carta que hay al dorso es para mi hermanita.

Querida, querida Gretelchen:

Quiero que veas esta camisetita y este corpiño como una especie de regalo de Navidad y de cumpleaños anticipado. Si supieras con qué dificultades y peligros se han hecho, pasarías por alto sus muchos defectos. A cambio, tienes que prometerme que cuidarás de que mamá no me envíe uvas ni azúcar y, sobre todo, que no lo haga antes de que vosotras os hayáis saciado de veras. Me dan ganas de llorar cuando como y pienso que vosotras en casa, como pelícanos^[36], trabajáis y pasáis hambre por mí, y yo como y no trabajo nada. En cambio, me alegraría mucho que me enviarais tela (si puede ser, ya cortada para hacer un camisón, un delantal o una blusita para ti) y, si tenéis, hilo para bordar o para cualquier otro trabajo manual. Si los naipes pasan la barrera, podré guardarlos bien. Di a mamá que he cumplido la séptima semana desde el último interrogatorio sin resultado alguno, sin sentencia y sin que desde entonces nadie se haya ocupado de mí. Quizá pueda agitar un poco a la gente. Mirad con cuidado todas las medias que os envíe y los calcetines grises que voy a mandar. Os quiero como no os podéis imaginar.

Marie.

Nos escribió que había pedido que la interrogaran. Fue llevada a la Gestapo. Allí le enseñaron fotos de personas sospechosas de conspiración comunista. Marie afirmó no conocer a ninguna de ellas. No había llevado a cabo ninguna actividad política durante el año de gobierno soviético. Además de su trabajo en la oficina, había ido a la escuela nocturna y hecho el bachillerato. Como miembro del Komsomol, había trabajado una vez a la semana, por la tarde, con un grupo de niños. En ese grupo se hacían trabajos manuales, lecturas, canciones, teatro. Jamás había practicado el espionaje. La funcionaria le contó a Viktor que Marie había vuelto muy deprimida.

Sentía que no le habían dado crédito, que habían malinterpretado sus palabras, que la habían creído taimada y disimulada.

Busqué desesperadamente a alguien que con su intercesión pudiera aclarar esos malentendidos. Acudí a distintas personas, alemanes y lituanos, que tenían buenas relaciones con la policía alemana, pero nadie quería arriesgarse a encargarse del asunto.

Entonces me enteré de que el abogado Baumgärtel, que había vivido en Kaunas, había regresado y trabajaba en la administración civil del comisariado general. Yo lo recordaba como un hombre cálido, pero gran antisemita. Tuve reparos en acudir a él. ¿Cómo me trataría ahora, en tanto que miembro del Partido Nacionalsocialista y funcionario del Tercer Reich?

Al entrar al edificio de la administración tuve que enseñar mi pasaporte, fui interrogada a fondo acerca de por qué quería ver a Baumgärtel y por fin me dieron una nota en la que figuraba la hora exacta y me pusieron una escolta armada hasta su puerta. Dudé, con el corazón oprimido, antes de llamar. Baumgärtel se puso en pie, me saludó con extrema cordialidad, se mostró muy comprensivo, reflexionó acerca de cómo ayudarme. Prometió ir él mismo a la Gestapo, decir que conocía personalmente a nuestra familia y que la sospecha de conspiración política carecía de sentido. Iba a rogar que el caso se tramitara con la mayor rapidez posible y la eventual sanción se redujera.

Hablamos largo rato. Se manifestó de manera muy crítica respecto «al régimen nacionalsocialista».

—Nosotros, los mayores —dijo—, estamos de acuerdo en esto, pero reina el gran terror y nadie se atreve a abrir la boca. Por desgracia, los alemanes somos un pueblo cobarde.

Más adelante, yo pensaría a menudo en estas últimas palabras. Nos despedimos con mucha cordialidad. Yo debía regresar en dos o tres días para saber qué había logrado. Cuando devolví al guardia de la puerta la nota con la hora de entrada, observó desconfiado que había estado allí casi una hora.

Volví a casa completamente transformada. Ya [me] pintaba el reencuentro con nuestro ser querido, cómo estaríamos aún más íntimamente unidas, muy, muy próximas, unidas en nuestra pena por el padre y en nuestro mutuo amor. Esperaba con impaciencia que Gretchen volviera a casa para darle la buena noticia.

Entretanto, ella había aceptado un puesto en una agencia de traducciones. Ya no iba a ir al colegio, y también quería contribuir al sostenimiento de nuestra pequeña economía y a ocuparse de su hermana. Había cambiado mucho en las últimas semanas. Ya no era una pavisosa y pueril quinceañera, [sino] una persona seria, una compañera.

Como aún parecía más niña de lo que era, no esperaban mucho de ella y sólo la habían contratado a prueba, pero aprendió muy rápido; por las tardes estudiaba

mecanografía, y como conocía muy bien las dos lenguas, alemán y lituano, pronto pasó por ser una de las mejores traductoras.

A los tres días, volví a cruzar las puertas del comisariado general. En el pasillo, me encontré al barón von Grotthus, de uniforme pardo, con el brazalete con la cruz gamada. No me saludó. Baumgärtel me recibió completamente cambiado. Estaba apresurado y nervioso.

—Ya temía que la hubieran detenido, al ver que no vino ayer. Me he informado de manera indirecta y he sabido que está usted en la lista negra. Por desgracia, es imposible hacer nada por su hija. Usted misma corre el mayor peligro. Tiene que huir enseguida con su hija pequeña. Le aconsejo ir a Alemania. Allí no la buscarán y su numerosa familia le ayudará. Intente que un vehículo de correos acepte pasarla por la frontera ilegalmente, o hágalo a pie disfrazada de campesina. Aquí tiene un poco de dinero para el resto del viaje. Le insisto en que desaparezca inmediatamente de Kaunas.

Me puso ochenta marcos en la mano y me despidió. Sentí que tenía miedo de seguir hablando conmigo. Bajé lentamente la escalera. Esta vez, el guardia de la puerta no podía quejarse de que hubiera estado demasiado tiempo.

Me buscan. Delante de la puerta paró un coche. El uniformado que salió de él vino hacia mí. Ahora van a detenerme, pensé.

—¿Habla usted alemán? ¿Puede decirme cómo ir a la comandancia?

Recogí a Gretchen en la agencia y me la llevé a casa. No estaba nerviosa y me esforcé por no alterar demasiado a mi pequeña. A pesar de la advertencia pasamos la noche en nuestra casa. Al día siguiente hablé un momento con nuestra casera, que antes de comenzar nuestra desgracia había sido servicial y comprensiva. Por el momento queríamos escondernos en la ciudad. Le di algunos objetos valiosos para que los custodiara. Si preguntaban por nosotras, debía decir que no sabía dónde estábamos. Grete se fue al trabajo. Seguro que allí no la buscarían.

—Encuentra un escondite —me pidió al irse.

Yo me quedé de pie en mitad de la calle, sin saber qué hacer.

Van a destruirnos, van a destruirnos por completo. Según el decreto clavado en las paredes del gueto, teníamos que habernos trasladado allí. Ahora, por incumplirlo, nos esperaba «la más dura de las sanciones» con la que se amenazaba.

¿Dónde voy a encontrar una persona que no tenga miedo de hablar conmigo, que nos aconseje y ayude? Conocía a tantos lituanos prestigiosos, a muchos de los alemanes que habían vuelto, y sin embargo no había ninguno al que pudiera dirigirme. Pensé en Algirdas. Estaba a hora y media de su vivienda. Él no se encontraba en casa. Su mujer me prometió que estaría en la ciudad al día siguiente. Otra vez, una vez más, el largo y agotador camino de vuelta, cargada de miedo y preocupación. Una segunda noche insomne.

Me había citado con Algirdas en casa de Natalia Ivanovna, una rusa cuyo esposo había muerto hacía poco. Lamentó tener a otras personas viviendo con ella, de lo contrario nos habría acogido con gusto. Algirdas propuso otra rusa. La llamaron por teléfono y al cabo de una hora llegó una dama de aspecto delicado que se mostró inmediatamente dispuesta a llevarme a casa de su amiga, donde vivían las dos con una tercera rusa. No hablaba ni alemán ni lituano. Por el camino, traté de entenderme con ella en inglés, porque me habían dicho que había crecido en Manchuria y allí había aprendido inglés, pero no respondió casi nada; era muy tímida y fría. Con esos ojos oscuros y esa piel amarillenta parece una china, pensé. Me resultaba extraña, y también toda la ciudad, esas calles tantas veces recorridas, me resultaba extraña.

La anticuada casita de madera a la que me llevó no se encontraba lejos de la nuestra, pero estaba apartada de la calle, detrás de unos grandes árboles, junto a otras casitas similares que parecían llevar allí olvidadas desde la época zarista. Dentro había una gran sala en la que unos tabiques de madera de mediana altura esbozaban distintas habitaciones. Daban al sur y al oeste y, a pesar de que los cristales de las ventanas estaban rotos y los muebles eran escasos, eran amables y luminosas.

La Natacha china habló con su amiga, la dueña de la casita. Enseguida se mostró dispuesta a acogernos. También se llamaba Natacha, y aunque hablaba lituano un poco mejor que la otra sólo pudimos entendernos a duras penas. Yo me sentía como un cuerpo extraño y desagradable en ese mundo íntimo, precisamente porque la disposición a ayudar se otorgaba tan sin tener en cuenta a la persona. Acordamos que llevaríamos allí a toda prisa lo más necesario y que por el momento no volveríamos a nuestra casa. Cuando recogí a Gretchen y le describí nuestro alojamiento, se acordó de que ya conocía esa casita. Allí vivía nuestra vieja amiga Ludmila.

Hacía años, habíamos pasado con Ludmila un verano pared con pared en un solitario pueblo ruso en el que ella vivía todo el año, curando y aconsejando a los campesinos, dando clase a los niños y haciendo teatro con ellos. Estaba gravemente enferma desde hacía años, y como los médicos la habían desahuciado, ella había encontrado su propia forma de restablecerse. Al principio de la guerra se había trasladado a la ciudad con sus amigas, y ahora había enfermado de nuevo y estaba en cama. Ocupaba un cuarto separado que yo no había visto al principio.

Entre Gretchen y ella enseguida se restableció la antigua y cordial relación. Coincidían en la preocupación común por una buena amiga que se había trasladado con su familia al interior de Rusia^[37]. Qué suerte, se decían ambas, que Beka no esté aquí. Allí vivirá como un ser libre y no tendrá que soportar los padecimientos del gueto.

Nos ofrecieron un sofá para pasar la noche. Gretchen se durmió enseguida. Se sentía protegida por el sorprendente reencuentro con Ludmila en lo apartado de nuestro escondrijo, y respiraba cálida y tranquila a mi lado. Cavilé largo tiempo qué más debíamos hacer ahora. Lo mejor era dejar pasar unos días. Allí no iban a encontrarnos.



Natalija Jegorova, *Natacha*, o también la «queridísima china».



Natalija Fugaleviciute, *Natacha Fedososevna* o *Nataschok*.

Pasaron muchos días de espera sin que tomáramos una decisión. Las dos Natachas eran bondadosas y serviciales, pero muy cerradas. Tan sólo poco a poco llegué a saber que la una era modista y trabajaba en un consorcio. La otra se ocupaba de la casa y de la enferma Ludmila. Comían a deshoras, se levantaban unas veces muy pronto y otras tarde, y se iban a dormir con la misma irregularidad. Su esquema de vida era en todos los sentidos distinto del nuestro.

Habíamos traído nuestro hornillo eléctrico y alimentos, y cocinábamos para nosotras. Queríamos molestar lo menos posible. Gretchen seguía yendo a su oficina. Allí, nadie sospechaba nada de su doble vida. Se iba a casa con sus compañeros de trabajo, se despedía en la calle de nuestra vivienda, esperaba allí un poco en el hueco de una escalera hasta que los otros se perdían de vista y entonces corría a nuestro escondite.

Yo había acordado con nuestra casera que llamaría siempre antes de ir a nuestra casa. Acordamos un código para que me dijera si habían ido a buscarnos. Llamaba todos los días desde una oficina de correos en la montaña. Como no pasaba nada, fuimos tranquilizándonos poco a poco e íbamos más a menudo a nuestra casa a preparar nuestros envíos de los jueves. Mientras hacíamos un pequeño pastel para nuestra Marie, no dejábamos de mirar por la ventana. Si llamaban a la puerta, nos quedábamos mudas e inmóviles.

Algirdas nos apremió a abandonar la ciudad. Se ofreció a prestarnos ayuda en la huida. Conocía gente que a menudo entraba en Alemania y que podía llevarnos con documentos falsos. O si no, debíamos ir a Vilna. En esa ciudad más grande, en la que no éramos tan conocidas, podríamos ocultarnos más fácilmente. Yo dije que sí a cada una de las propuestas, hice todos los preparativos, y aun así no podía decidirme. Mientras no tuviéramos con nosotras a nuestra Marie, no podíamos irnos^[38].

Quizás era mejor buscar una vivienda en el campo, cerca de la ciudad. Nos acordamos del horticultor holandés Stoffel, que tenía su huerta a siete kilómetros de la ciudad. No lo conocíamos muy bien, pero su aspecto distinguido y su forma de ser, tranquila y reservada, nos inspiraban tal confianza que le expusimos enseguida nuestras angustias y le pedimos consejo y ayuda. Él no podía acogernos, pero hablaría con sus vecinos, dijo.

Al cabo de unos días volvimos allí y fuimos juntos a algunas granjas de los alrededores. Los campesinos estaban dispuestos a acogernos por un alquiler razonable. La leña y la comida se podían conseguir aquí con más facilidad que en la ciudad. Una casa recién construida nos gustó especialmente. El campesino prometió traer nuestros muebles con sus caballos. Su mujer esperaba un hijo, así que también a él le resultaba agradable que hubiera alguien más en la casa. Por razonable que pareciera todo, tampoco este plan se llevó a cabo.

Unos días después, el señor Stoffel, al que habíamos revelado nuestro escondite en casa de las Natachas, vino a vernos. El abogado Baumgärtel, con quien había hablado, estaba fuera de sí porque aún estábamos en la ciudad. Corríamos un gran peligro. Debíamos decidarnos rápidamente a huir.

Cuanto más apremiaban las circunstancias a tomar una decisión, tanto más imposible me parecía. Pero tampoco podíamos quedarnos más tiempo con las buenas Natachas. A los vecinos empezaba a llamarles la atención nuestra larga estancia allí. Cuando venían visitas nos encerrábamos en una habitación y no nos movíamos. No nos mostrábamos nunca en las calles principales de la ciudad, nos quedábamos la mayor parte del tiempo en la montaña. Pero también allí arriba reinaba la inquietud. Todos los días se practicaban detenciones en la calle y en las casas. Se cogían personas para que realizaran todo tipo de trabajos, se detenía a comunistas, se sancionaba a especuladores.

Las normas alimentarias basadas en los cupones eran insuficientes. La venta libre estaba prohibida. Pero los lituanos no se dejaban asustar tan fácilmente^[39]. El comercio en el mercado negro florecía, los precios aumentaban. Cuando la policía hacía una redada en los mercados y detenía o ahuyentaba a los vendedores, éstos volvían a aparecer a los cinco minutos y el comercio proseguía alegremente.

Se demostró que la población lituana tenía espléndidas dotes para los negocios oscuros, la elusión de las leyes y la despiadada usura con los productos de primera necesidad. La acusación de que sólo los judíos tenían tales facultades era del todo injusta, porque hasta los más taimados negociantes judíos se atenían en principio a la regla de «vivir y dejar vivir» y se esforzaban siempre en hallar una vía intermedia para satisfacer a ambas partes. Pero incluso ahora que los judíos habían sido eliminados de la vida económica se les echaba, de forma ilógica, la culpa de todas las carencias. El pueblo estaba gustosamente dispuesto a aceptar la propaganda de los alemanes, que con el acoso antisemita distraían la atención de su propio y bárbaro saqueo del país y las gentes.

Ese saqueo, que había empezado nada más producirse la invasión alemana, tenía que haber sido preparado desde hacía mucho. Este rico, y bien cultivado, país agrícola era un buen bocado del que no querían perderse nada. Los altos tributos en productos agrícolas eran enviados en parte a Alemania y, en parte, empleados para el abastecimiento del ejército. «Los países que hemos conquistado tienen que encargarse de mantenernos», se jactaban^[40] orgullosos los soldados. Entonces se hallaban en la embriaguez de la constante victoria, y no necesitaban ni daban importancia a ser queridos. Si acaso, entre los oficiales de mayor edad había algunos que consideraban discutible este desconsiderado proceder contra la población civil. Preveían que hacerse enemigos en todas partes tenía que terminar mal.

Por la avenida Savanoriu venían largas columnas de prisioneros. Iban uncidos a carros, para ahorrarse los caballos. Cargaban con vigas de madera; tenían que ir a pie, descalzos, de una ciudad a otra. Les habían quitado las botas. Estaban cansados y consumidos. Aunque estaba estrictamente prohibido proporcionarles cualquier tipo de ayuda a los presos, se generalizó la práctica de darles alimentos y cigarrillos. Especialmente, los ciudadanos rusos se esforzaban en ayudarles cuanto podían. Para no perder ninguna oportunidad, siempre llevábamos en el bolso manzanas, pan duro, cigarrillos. A menudo, los guardias alemanes se quedaban tan perplejos ante la osadía con la que se infringía una prohibición tan severa que no tenían ánimos para impedirlo. Otros hacían conscientemente la vista gorda. Pero con frecuencia también había peleas y detenciones.

En una ocasión vi a una caravana de prisioneros que avanzaba con lentitud. Uno de ellos cayó al suelo, agotado. El guardia, un tipo tosco y brutal, le gritó que se levantara. El caído no se movió. Al parecer, estaba inconsciente. Entonces el alemán

fue presa de tal furia que saltó sobre el pobre desgraciado y lo pateó con sus pesadas botas mientras rugía:

—¡Levanta, cerdo! ¿Quién está ganando esta guerra? ¡No vosotros, sino nosotros! ¿Quién está ganando esta guerra, quién está ganando esta guerra?

La visión de tal brutalidad fue espantosa. Enseguida se formó una multitud. Una mujer intentó apartar al soldado de un empujón. La policía intervino. Pidieron la documentación [a la mujer]. Con un audaz movimiento, ella les puso el pasaporte delante de las narices. Ésta soy, detenedme si queréis, pero nunca toleraré semejante vileza. Se fue con los policías. Vi cómo la dejaban en libertad. Probablemente, los policías lituanos pensaban lo mismo de ese acto de oprobio que la mujer. Los prisioneros rusos recogieron en silencio a su compañero maltratado y cargaron con él.

Por aquel entonces, se hizo habitual sacar presos rusos de los campos para que ayudaran en las faenas agrícolas. La mayoría de las veces los campesinos les alimentaban bien y los presos se sentían a gusto con ellos. Pero también ocurría a menudo que uno escapara. Por eso, cada vez fue haciéndose más difícil conseguir autorización.

A veces, también los habitantes de la ciudad obtenían permiso para tener un preso. Nuestras Natachas querían que se les concediera uno para que les sirviera de guardia de la casa y cuidara el jardín. Ya habían trabado conocimiento con uno que estaba en el hospital militar. Puesto que había que hablar en alemán con la administración, les acompañé como intermediaria.

Mientras esperábamos en el patio, pasaron presos enfermos y heridos. Repartimos entre ellos lo que llevábamos. Los rusos se mostraron muy agradecidos. Encendieron enseguida los Papirossa^[41] e hincaron el diente al pan tostado. Como les parecía inadecuado el ruido que armaba el crujiente pan, se esforzaron en masticarlo cuidadosamente, sin estrépito. Natacha empezó una conversación con ellos. Entretanto, mirábamos temerosos a todas partes, conscientes de estar infringiendo una severa prohibición. Pero el hospital parecía un medio agradable. Médicos y enfermeros toleraban en silencio las infracciones a la norma, y los enfermos aseguraban que les trataban bien.

En las oficinas hablamos con una señora muy amable —joven, rubia, hermosa y elegante—, que daba a la atmósfera un inesperado brillo. El personal y los pacientes resplandecían cuando ese sol derramaba su luz sobre ellos, y también nosotras nos vimos afectadas por él. La radiante mujer prometió encargarse de asignarnos el preso solicitado. Si queríamos, podíamos echar un vistazo ahora mismo y discutir los detalles con el elegido.

Enviaron un mensajero, y pronto el reclamado cruzó lentamente el patio del hospital. Natacha se sentó con él en un banquito junto a la puerta. Bajo la luz del sol, su severo perfil ya no me parecía chino sino completamente eslavo, una auténtica y

pequeña rusa en conversación con ese hombre alto, un tanto pesado, que llevaba un brazo escayolado y envuelto en gasas atado a un incómodo soporte.

Regresamos a casa complacidas y satisfechas de nuestro éxito.

—¿Cómo podrá ese hombre, que al parecer lleva largo tiempo gravemente herido, ponerse a trabajar dentro de pocos días? —pregunté a Natacha.

—No tiene usted que preocuparse por eso. Iván no está herido, sino en tratamiento por una enfermedad ocular. Lleva esa venda escandalosa con ese soporte, como muchos otros enfermos del hospital, sólo para pasar los controles alemanes. Los médicos y enfermeros lituanos se las ponen por compasión, para que esos pobres diablos puedan quedarse en el hospital un poquito más.

Era la primera vez que oía hablar de un sabotaje bien organizado. Más adelante habría de verlo y admirarlo en muchos sitios más.

Iván no vino el día acordado, y Natacha y yo regresamos al hospital. La estampa había cambiado por completo. El mismo guardia de la puerta quería negarnos la entrada. En la oficina había otras personas. La mujer radiante que con tanto virtuosismo desempeñaba su cargo había desaparecido. Más adelante oí decir a un médico que los alemanes habían descubierto que era polaca, la habían despedido de inmediato y la habían deportado a Alemania. En su lugar había un áspero cabo, que nos dijo sin rodeos que ya no se podían asignar prisioneros a ciudadanos particulares. Mientras Natacha aún hacía el vano intento de hablar una vez más con Iván y yo esperaba de pie en el patio, sacaron dos muertos del edificio de enfrente. Sus pies cerúleos sobresalían de la sábana. Los cargaron encima de un carro y se los llevaron.

«Lo mismo que en mis visitas al abogado Baumgärtel —pensaba yo de vuelta a casa—; la primera vez con tantas esperanzas, y a los pocos días todo ha cambiado».

El gueto había sido cerrado el 15 de agosto. A la puerta había guardias que cortaban el paso. Los judíos sólo podían salir escoltados. Todos los días, grupos grandes y pequeños —«brigadas»— cruzaban el puente del Vilija rumbo a la ciudad con el fin de trabajar para las autoridades militares y civiles alemanas. El día antes, las distintas oficinas reclamaban a la administración del gueto la cifra necesaria de trabajadores.

Los departamentos militares eran los más populares, a pesar de que en ellos el trabajo físico era a menudo más pesado. Pero entre los oficiales y soldados había muchos cuyos sentimientos se sublevaban contra esa manifiesta violación de la dignidad humana, y trataban de compensarla personalmente. La lengua yiddish es tan parecida a la alemana que es posible entenderse sin dificultad. Los soldados alemanes, que con mucha frecuencia tomaban contacto directo con judíos por primera vez en su vida, veían para su inmenso asombro que la desfigurada imagen creada por la propaganda alemana no se correspondía en modo alguno con la realidad. Se encontraban con artesanos hábiles y capaces que conocían bien su oficio, con descargadores de extraordinaria fuerza física, con inteligentes ingenieros. De este

modo, a menudo surgieron relaciones muy amistosas entre los soldados y los judíos. Se desahogaban los unos con los otros, y a veces se desarrollaron verdaderas amistades.

Entre las chicas y mujeres judías encontraron a muchas bellísimas y encantadoras, y también con ellas surgieron con rapidez relaciones humanas, nacidas a menudo con la esperanza de perdurar «después de la guerra» y que desde luego no pudieron hacerse realidad. Los oficiales tomaban chicas judías para atender sus viviendas. Las criadas se convertían en amas de casa y las relaciones íntimas ponían en solfa la aversión racial natural de la que hablaba la propaganda. Si estas relaciones eran descubiertas por los superiores, rápidamente se enviaba al frente a los oficiales implicados.

Desde luego, también había muchos que miraban a los judíos con el prejuicio que les había sido inculcado y no se dejaban apartar de él por razonamiento alguno. Pero esos casos eran mucho más raros entre los soldados que en la administración civil. Quizá también tuvo su efecto el ejemplo, la digna presencia del comandante supremo militar, el mayor general Just^[42], mientras los jefes de la administración civil eran verdaderos monstruos, que en su arrogancia durante los tres años de ocupación no sólo cometieron los peores crímenes contra los judíos, sino también contra los lituanos.

Se ordenó a una brigada de mujeres limpiar los descuidados servicios de los edificios administrativos. A su petición de cepillos y trapos se les respondió: «¡Emplead vuestros vestidos!». También se les negaban los útiles necesarios para limpiar los suelos y las ventanas. Se veía a judíos instruidos barriendo las calles, retirando escombros, reparando el pavimento.

Se supone que estaban destinados a hacer únicamente los trabajos duros. Pero como faltaban trabajadores en todas partes y se vio que los judíos podían aportar profesionales capaces en todos los terrenos, algunos fueron utilizados como traductores en las oficinas, como impresores, ingenieros, contables, al principio incluso como médicos.

Se llamaba a especialistas judíos cuando, en los casos graves, los otros no sabían ya qué hacer. A veces se veía a un famoso cirujano o internista llevado por las calles por un partisano con el fusil en la mano. El partisano por la acera, el médico, con la estrella amarilla, a su lado por el arroyo^[43]. La esposa de un alto funcionario civil, furibundo antisemita, hizo que un ginecólogo judío asistiera su parto de gemelos.

Pronto se prohibió emplear a los médicos. Los alemanes prefirieron renunciar a la ayuda médica salvadora que confesar su necesidad. El odontólogo doctor Quitzner fue una excepción; con su esposa como ayudante, trabajó hasta el final como dentista en la Gestapo. Tenía allí su consulta completamente montada, y los asesinos de miles de judíos se hacían poner empastes, coronas y dentaduras hechas por su experta mano. Todos los días, un coche iba a recogerlo al gueto y lo devolvía después a él.

El 18 de agosto, alrededor de 500 judíos inteligentes y bien vestidos fueron trasladados a un archivo para cumplimentar una misión especial. Debían llevar algo de equipaje, porque iban a ser empleados durante un tiempo largo fuera de la ciudad. Muchos se presentaron voluntarios. Estaban contentos de que se les llamara para un trabajo tan agradable y se despidieron de buen humor de sus allegados. El Consejo de Ancianos eligió a los que faltaban para completar la cifra exigida. Por la mañana, 534 hombres bien educados, en su mayoría jóvenes, salieron del gueto con sus maletas o hatillos en la mano. Se los llevaron, y nadie volvió a saber nada de ellos. Más adelante, miembros de la Gestapo confesaron en una borrachera que los habían fusilado en un fuerte. Necesitaban trajes y ropa blanca, fue el cínico argumento. Ésa fue la primera gran acción de exterminio^[44]. En el gueto siguieron creyendo durante mucho tiempo que volverían, hasta que poco a poco comprendieron que no había ninguna esperanza.

El terror continuó. A finales de agosto llegó la orden de entregar todo el dinero salvo 10 marcos por cabeza, además de todos los objetos de valor, oro, plata y joyas, todos los aparatos eléctricos, todas las pieles. Muchos hicieron el intento de esconder una parte de sus tesoros. La mayoría se sintió intimidada por el hecho de que inmediatamente se fusilara a unas veinte personas por haber escondido sus cosas. La policía alemana y los partisanos lituanos registraban casa por casa, granjas y cobertizos. Iban a cada casa varias veces, lo revolvían todo y a la vez saqueaban a placer. Algunos consiguieron pese a todo enterrar algo a toda prisa u ocultarlo de alguna otra manera a los ladrones, pero muchos entregaron sin reservas todo lo que se les pidió y se quedaron completamente sin recursos.

Igual que para la población de la ciudad, el reparto de alimentos tenía lugar en tiendas estatales, sólo que las raciones eran mucho más escasas. Había que hacer cola largo rato para conseguir 200 gramos de pan al día. No había mantequilla, manteca ni carne. El que trabajaba en la ciudad traía consigo verduras y patatas. A la ida y a la vuelta de los centros de trabajo se aprovechaba para comprar en los mercados. Pero también en los centros de trabajo, los patios de las fábricas, obras, oficinas, se desarrolló con rapidez un vivo intercambio. Como en la ciudad se habían incautado de todas las mercancías de valor, había gran demanda, especialmente de prendas de vestir. Algunos judíos aún tenían muchas. Los que no tenían nada ganaban con la intermediación. Naturalmente, estos negocios y cualquier otra relación con los judíos estaban prohibidos, pero había muchos guardias, especialmente entre los soldados alemanes, que hacían la vista gorda. Aun así, ese comercio era un serio peligro para ambas partes. Muchos lituanos fueron detenidos; algunos pasaron semanas en prisión. Un ciudadano que se había atrevido a dar la mano a un judío en la calle fue castigado con una semana de prisión, y su nombre fue citado en la prensa como ejemplo disuasorio.

Jordan sorprendió en el mercado de la ciudad vieja a un judío que había comprado cuatro carros llenos de verdura para llevarlos al gueto, donde quería pasar la mercancía por entre las alambradas. Sacó su revólver y mató al comprador ante los ojos de todos los circundantes. La verdura fue repartida entre las mujeres presentes que, en vez de indignarse ante la vileza, se marcharon contentas con las coliflores y zanahorias que les habían tocado inesperadamente. Todavía semanas después oí a una de ellas jactarse del botín que había obtenido.



La antigua comandancia a la entrada del gueto de Kaunas, en la calle Kriciukaicio, en el barrio de Vilijampole.



El lugar de la calle, a la orilla del Neris, en el que estuvo antaño el cementerio del gueto.



El puente sobre el Neris, visto desde Vilijampole. Al otro lado está el Grüne Berg.

También en la alambrada se hacían negocios. Los campesinos venían con sus carros por la carretera que pasaba ante el gueto. Sobornaban a los guardias, que a menudo participaban en los negocios. Grandes muebles, sofás, máquinas de coser se cambiaban directamente por manteca, mantequilla, carne. Al cementerio adjunto llegó una mujercita con un cochecito de niño. Se inclinó murmurando, como si rezara el rosario, pero en vez de piadosas oraciones lo que se oía era la proclama de sus mercancías:

—Tengo mantequilla, tengo tocino, gansos, pollos.

Los judíos traían telas, ropa interior, y los productos del cochecito de niño eran lanzados a toda prisa por encima de la alambrada.

Los especuladores lituanos explotaban ampliamente la necesidad de los judíos y elevaban los precios del mercado negro. A menudo, con gran audacia y sin el menor respeto a las leyes alemanas, se mezclaban con las brigadas, donde con seguridad podían vender sus productos a buenos precios. Si alguno era ocasionalmente atrapado y condenado, no lo consideraban «ni la mitad de grave»; pasaba sus pocas semanas en prisión y seguía después especulando animadamente. Para los judíos, en cambio, cada violación de la ley representaba un peligro mortal. Comprar un periódico en un quiosco, estrechar la mano en plena calle a un conocido que pasaba, ignorar la llamada de un guardia costó a muchos la vida. Sin embargo, también entre ellos el optimismo, la fe en la vida eran tan grandes que incluso en su desesperada situación luchaban por las pequeñas alegrías del placer y hallaban, incansables e ingeniosos, el camino hacia ellas. En cualquier caso, en los primeros meses aún no pensaban en recorrer esos caminos. Ya era bastante trabajoso y amargo adaptarse a la nueva situación y mantenerse a duras penas día tras día.

Llevábamos ya dos semanas escondidas en casa de las Natachas sin que nuestra situación se aclarase. Íbamos casi todos los días a nuestra casa, nunca sin antes asegurarnos por teléfono a través de nuestra casera de que todo estaba en orden. Durante toda la semana preparábamos nuestro envío de los jueves, horneábamos pan blanco, hacíamos mermelada, salíamos al campo a comprar leche y huevos. Y cada vez la atemorizada espera, y el alivio cuando por fin habíamos entregado todo y teníamos su firma en la mano.

En cada ocasión enviábamos ropa interior, un pañuelo y algunas pequeñeces: lápices, un juego, una labor. Pero los controles rechazaban por «superfluas» muchas cosas. Por mucho miedo que tuviéramos al salir a la calle, por el temor a ser repentinamente detenidas, en el patio de la cárcel me sentía segura entre mis muchas compañeras de fatigas. Precisamente aquí, me parecía, no iba a pasarme nada. Una joven se ocupaba de su hermana, que compartía celda con Marie. Sabíamos que las dos compañeras de infortunio compartían fraternalmente lo que les llevábamos.

En una ocasión en que estábamos en nuestra casa llamaron con fuerza a la puerta. No abrimos; nos quedamos calladas como muertas. Al cabo de un cuarto de hora vino nuestro casero^[45]. Acababa de ir a visitarle un funcionario de policía preguntando por nosotras. Había tomado nuestros datos personales del libro de registro de la casa e interrogado al respecto al casero, imponiéndole estricto silencio ante nosotras sobre sus averiguaciones. Mi casero se había apresurado a romper esa prohibición. Nos aconsejó evitar nuestra casa durante algunos días. Regresamos a nuestro escondrijo.

La avenida Savanoriu se extendía tan ancha, tan larga ante nosotras. La gente caminaba tranquila, indiferente. Nosotras mirábamos temerosas a nuestro alrededor. Nadie nos seguía. Tropas de soldados pasaban por mitad de la calle. Cantaban en voz alta y metálica *La pequeña Úrsula* y nuevas canciones de marcha carentes de expresión alguna. No había alegría ni sentimiento en sus cantos.

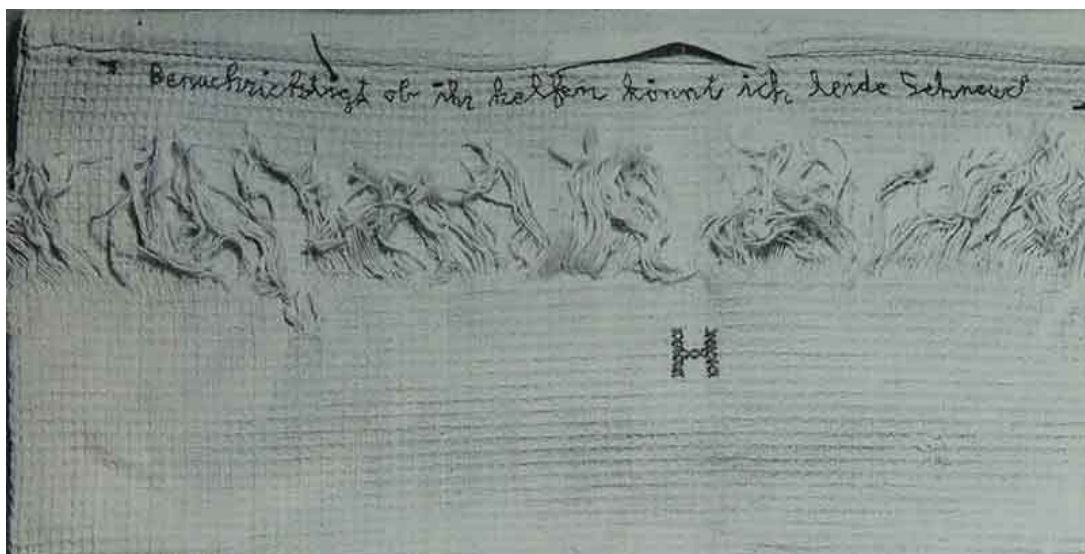
Las amables Natachas nos tranquilizaron. Podíamos quedarnos en su casa tanto como quisiéramos. No querían que nos diéramos cuenta de los sacrificios que les causaba darnos cobijo. Habían tenido visita, y les faltaban espacio y lechos. Cedimos nuestro sofá y dormimos sobre una piel de oveja, en el suelo. Gretchen, que estaba cansada por el extraordinario trabajo en la oficina, durmió profundamente toda la noche. Yo yacía despierta junto a ella, buscando una salida para nosotras. Si tan sólo hubiéramos tenido con nosotras a nuestra Marie, habríamos huido las tres a cualquier parte.

Ninguna visita sospechosa acudió de nuevo a nuestra casa. Nosotras volvimos a ir y nos quedamos allí. Sólo a veces, cuando al atardecer nos asaltaba el miedo a que esa noche fueran a buscarnos, huíamos a refugiarnos con nuestras benefactoras, que

siempre nos acogieron cordialmente. Ludmila seguía enferma en cama. Los reconocimientos médicos no habían dado un buen resultado. Faltaban los recursos para el tratamiento necesario. Ella y sus dos amigas soportaban esta gran preocupación, como las otras muchas pequeñas, con la alegre paciencia de las personas devotas. Nos habíamos ido haciendo amigas, más allá de la dificultad de la lengua desconocida, y su permanente buena disposición y dulzura nos calmaban profundamente. Cuando nos íbamos, teníamos la tranquilizadora sensación de poder volver siempre que fuera necesario.

Llegó el otoño. ¿Pasaría frío nuestra pobre, nuestra querida niña, entre los helados muros de la prisión? Le envié una chaqueta guateada, medias y guantes. En las puntas de las medias le metimos pequeñas cartitas. Al cabo de una semana nos devolvieron las medias gastadas con las puntas llenas. Palabras de consuelo, de ternura, cautelosas alusiones, nada embarazoso, en previsión de que el secreto correo pudiera ser descubierto. Le enviamos lino gris y mucho hilo de colores, para que se distrajera haciendo labores.

Los jueves ya no estábamos en el amplio patio, sino en fila ante la puerta de la cárcel. Hacía frío, y las tardes eran largas. En una ocasión vino una mujer. Había salido de la cárcel y había prometido a Marie que lo primero que haría sería visitarnos para llevarnos sus saludos. Las celdas tenían calefacción, la comida era soportable si se le añadían los envíos semanales del exterior, pero el ansia de libertad era insufrible. En un pañuelo, Marie había bordado con hilo negro: «Si no podéis ayudarme, me moriré de nostalgia y de pena». También nosotras lloramos ardientes lágrimas de nostalgia y de pena.



En este pañuelo, Marie Holzman bordó un mensaje que sacó de la cárcel con la ropa sucia para hacérselo llegar a su madre y su hermana. Septiembre/octubre de 1941.

Me dirigí al Comisariado General para hablar una vez más con el abogado Baumgärtel. Ya no trabajaba allí; pronto sería trasladado a Alemania. A través de un conocido común, le pedí permiso para visitarle en su domicilio privado. Se negó a recibirme. Poco antes, había pedido una entrevista al antiguo director del Liceo Alemán de Kaunas y también había recibido una respuesta negativa. Un pueblo cobarde, los alemanes.

Me dirigí al domicilio privado del policía lituano de la brigada criminal al que conocía. Quería visitarle sin previo aviso y pedirle su mediación ante la Gestapo. Su casa estaba cerrada.

—Ya puede llamar todo lo que quiera —dijeron los vecinos—; lo detuvieron hace unas semanas.

Entonces abandoné toda prudencia y fui en persona a la casa de los horrores de la policía alemana, a la que tantas veces y tan inútilmente había acudido ya durante las primeras semanas de la guerra. En el pasillo estaba mi antiguo alumno. Esta vez no tomó la mano que le tendí, sino que dijo, a media voz y muy deprisa:

—Estamos enterados. ¡No puede usted hacer nada, márchese rápido!

Me fui.

Tenía ahora más alumnos particulares, y daba mis clases de manera correcta y concienzuda. Ninguno advirtió mis preocupaciones. Algunos días se me iban en conseguir leña y patatas. Se decía que lejos, en un suburbio, había llegado un tren cargado de patatas. Cuando llegué ya había oscurecido. Los vagones estaban abiertos. La gente cargaba sacos llenos en cochecitos de niño y carretillas. Acordé con un carretero que llevara mi saco hasta la ciudad. Pero cuando iba a ponerme a llenarlo, el ferroviario me lo impidió. Era demasiado tarde. Cerró el vagón. Ya no se entregaba nada.

Una tropa de prisioneros grises desfiló con paso lento detrás de las vías. Llevaban a un compañero muerto a la tumba. Empezó a llover. Se me saltaron las lágrimas. Lloré por el ruso muerto y desconocido, por la maldad de los hombres, por pura nostalgia y desesperación.

Finales de octubre. Por las tardes, nos quedábamos en nuestro cuarto y no hacíamos nada, estábamos tristes e inquietas. [Entonces] vinieron a vernos dos muchachas, ¡con un saludo de Marie! Habían estado detenidas unos días por violar la prohibición de bailar y habían compartido celda con Marie. Rápidamente habían hecho amistad, habían jugado y bromeado juntas y se habían divertido mucho. Marie esperaba ser puesta pronto en libertad. Entonces proseguirían su nueva amistad. Estaba sana y contenta. La visita de esas chicas guapas y radiantes nos animó y consoló.

Cuando se marcharon, Gretchen trajo la cajita con el juego chino del mikado. Tiró en un montoncito sobre la mesa las finas varillas de marfil y tratamos de levantarlas una tras otra con un delicado ganchito, sin mover las demás. Jugamos y hablamos de nuestra querida Marie, que nos echaba de menos como nosotras a ella.

El jueves siguiente, yo estaba más tranquila que de costumbre en la cola de las que esperaban delante de la cárcel. Las chicas habían contado muchos detalles de las distintas guardias: las buenas, que gozaban de la confianza de las presas, y las malas, ante las que escondían sus secretas actividades. De camino a la cárcel había comprado manzanas y vuelto a meter en las puntas de las medias una cartita tierna y consoladora. Por fin, me tocó el turno de pasar por registro.

—Maryte Holcmanaite... H, H, no tenemos a nadie con ese nombre.

—Quizá lo tengan mal registrado. Mire por la Ch, o por la G^[46].

—No, no está —cambió una mirada significativa con otro funcionario—. Vaya a la inspección; pregunte allí.

El inspector se mostró malhumorado:

—Vaya usted a la policía alemana.

Otra vez a ese amplio y odiado edificio. Pedí ser recibida por Stütz, y me hicieron pasar al instante. Un joven moreno de uniforme negro. La cruz gamada del brazalete limpiamente cosida con una cinta de seda negra. Estaba sentado a su escritorio. Yo seguía de pie.

—Su hija, bueno, ya no está.

—¿Que ya no está? ¿Dónde está? ¿Se la han llevado? ¿Ha muerto?

—Telefonaré.

Pidió comunicación y habló con otra oficina; habló de cosas completamente distintas, con muchas expresiones incomprensibles. Yo le sacudí por el brazo, le imploré:

—Dígame pronto dónde está. No me martirice más.

Él no se dejó alterar, siguió hablando largo rato, luego colgó y me miró:

—Su hija está muerta... Era una comunista peligrosa, y su padre un judío. Estamos acabando con todos los judíos. No nos manchamos las manos haciéndolo, para eso tenemos a los lituanos. Hasta ahora aún no lo hemos hecho en el Reich. Tampoco allí quedará ninguno. No nos ocuparemos de inmediato de los medio judíos, pero habrá que liquidar a los más peligrosos.

Entró aún más gente en la habitación. Un gordo mensajero en uniforme pardo sacudió la cabeza y dijo:

—Sí, sí, pobre mujer alemana.

Vi a esos hombres delante de mí, les miré:

—¡Asesinos! Sois unos asesinos.

Stütz cogió el revólver que tenía encima de la mesa y lo guardó en la funda que pendía de su cinturón.

—Le aconsejo que no vuelva a decir eso. ¿Cuál es su dirección? En los próximos días le haré una visita, por la mañana, hacia las nueve y media.

Me fui a casa, con la cestita de los dones del jueves al brazo, con los ojos secos; dejé la cestita en la cocina y me quedé de pie. Al cabo de una hora, Gretchen regresó del trabajo. No lloramos, no hablamos.

El día tocó a su fin, y [vino] uno nuevo. Gretchen se fue como siempre a su trabajo, yo me fui con mis alumnos. No hablamos con nadie del horror, sólo Ludmila y [las] Natachas lo sabían. Nos levantábamos, tomábamos un trozo de pan, a mediodía poníamos patatas en el hornillo eléctrico, por la noche nos tumbábamos en nuestras camas en la habitación común. Que venga, ese Stütz. Ya no vamos a escondernos. Que nos lleve. Ella se ha ido... se ha ido. Nosotras también queremos irnos... No vino.

Los días se hicieron más cortos y más oscuros. En noviembre fui al Comisariado General. Cramer había amenazado a las mujeres de hombres judíos con que, de no divorciarse enseguida, las metería en el gueto. Daba igual que los hombres hubieran huido, vivieran en el gueto o estuvieran muertos. Hasta entonces yo no había podido decidirme a tomar parte en esa vergonzosa comedia, pero entonces fui. Una funcionaria tomó nota de los datos. Al día siguiente recibí una notita escrita a máquina, me pusieron un sello con una anotación en el pasaporte y pagué cinco marcos. Con eso quedaba consumado el «divorcio».

Al despacho de traducciones había acudido una antigua condiscípula de Gretchen, [llamada] Robaschenski, a pedir a Jordan la escritura de una petición, en la que el padre Robaschenski con sus dos hijas solicitaban poder seguir viviendo en la ciudad. La señora Robaschenski, protestante pero de ascendencia judía, no se había trasladado al gueto. Su caso se había conocido por una denuncia. Un día la policía apareció y exigió que no sólo la mujer, sino también el marido «ario» —por no haberse divorciado—, así como las hijas mestizas, se trasladasen al gueto en un plazo de tres días. La solicitud fue rechazada por Jordan.

—Al gueto —gritó la hija mayor con amarga ironía.

Recogieron sus cosas a toda prisa, se prepararon [para] el traslado, pero la última noche tomaron otra decisión. Por la mañana, los encontraron muertos a los cuatro en su casa. Se habían suicidado con dos revólveres. El padre había matado a la hija menor, y luego a sí mismo. La mayor, una muchacha seria y con carácter, había matado a su madre antes de suicidarse. La tragedia de esta familia —matrimonio mixto con hijas adolescentes, educadas como alemanas—, que en su gran unión tenía cierta similitud con la nuestra, no sólo nos causó una profunda impresión a nosotras. También en la ciudad se comentó excitadamente, reprobando la dureza y arbitrariedad de Jordan.

Pasaba despierta las largas noches. En cualquier momento podían venir a llevarnos. Ahora ya conocíamos sus toscas figuras, brutales y débiles a un tiempo, sus duras y sonoras voces. Vendrían, nos llevarían, nos torturarían y nos matarían, pondrían fin a nuestro sufrimiento. Basta. Junto a mí oía a Gretchen respirar profunda y suavemente. Cada aliento es vida. Aquí duerme mi pequeña, viva, intacta.

Una vez Natacha Feodosevna me mandó decir, a través de Ludmila, que no debía olvidar lo rica que era al tener a mi Gretchen. Sin que hubiéramos hablado de ello, había sentido y sufrido conmigo mis tormentos nocturnos.

Durante el día todo era más fácil. Decidimos que Gretchen huiría sola a Alemania. No era difícil encontrar a un soldado que estuviera dispuesto a llevarla en su camión al otro lado de una frontera apenas controlada. Hicimos preparativos, pero no iban en serio. Finalmente dejamos de hablar de ello.

El Ejército alemán penetraba hacia el interior de Rusia con paso victorioso. Unos días más y habrían tomado Leningrado, o quizás antes Moscú. Son los conquistadores eternamente victoriosos. El mundo lo veía con asombro y admiración. Los soldados alemanes se pavoneaban. Los países que invadían se postraban a sus pies. Se incautaban de las cosechas, saqueaban los almacenes de las ciudades, talaban los bosques, esclavizaban a la población. Sorprendían a los pueblos con un sistema administrativo completo, ideado hasta el mínimo detalle, que ponían en vigor inmediatamente. Eran irresistibles, y sin embargo, sin embargo... desde el principio se sentía que esa brillante estructura tenía un fallo en su construcción. Fallaba algo en sus dimensiones. No se podía confiar en sus cimientos. La fe obediente en la infalibilidad del régimen, la desmedida arrogancia frente a todos los demás pueblos, sin olvidar su loco antisemitismo... al final, de todo eso no podía salir nada bueno.

Así que no hacíamos más que esperar el momento en que se hiciera manifiesto. La enfermera jefe de un hospital, que quería comprarme mi chaqueta de piel, terminó desistiendo de tal compra con el argumento de que Alemania ganaría la guerra en otoño y ella no necesitaría el chaquetón de piel en su tierra natal, en el sur de Alemania. Por aquel entonces, nadie podía imaginar que el invierno iba a traer la primera gran derrota, de la que Alemania ya no podría recuperarse. Y sin embargo, nosotras estábamos seguras de que tal derrumbamiento se produciría. Estábamos unidas a nuestros amigos y hermanos de patria en esa esperanza. Recibíamos de allí escasas y atemorizadas noticias, esquelas de amigos caídos en el campo de batalla. Un hijo de mi hermana había caído ante Leningrado, al otro se le habían congelado los pies. Estuvo meses muy grave en un hospital.

El invierno había empezado tan pronto, con un frío tan gélido, que los campesinos aún no habían recogido y vendido las patatas y las verduras. Una gran parte se congeló y pudrió en el campo. Pasábamos horas delante de las tiendas oficiales, en las que había coliflor y remolacha a los bajos precios fijados. Nos turnábamos, porque en la ventosa avenida Savanoriu hacía demasiado frío para una sola persona. Aguantábamos y aguantábamos con paciencia en la larga cola, oyendo la cháchara de

las mujeres, que esperaban con la misma sumisión con la que condenaban por impío el suicidio de la familia Robaschenski y con la que hablaban de los espantosos acontecimientos que se habían producido en el gueto.

A principios de septiembre empezó la total erradicación de los judíos en la provincia lituana. Se procedió conforme a un plan ideado hasta los más mínimos detalles, de forma que en todas las ciudades el cruel proceso de aniquilación se desarrolló de la misma manera.

La policía alemana enroló partisanos de entre la población lituana de los pueblos y ciudades pequeñas, verdugos de sus inocentes conciudadanos, con los que habían convivido durante toda su vida. A pesar de muchas pequeñas tensiones, en las ciudades pequeñas lituanos y judíos habían vivido en la mejor de las armonías. Los judíos eran artesanos, comerciantes, empresarios, hosteleros, médicos, y representaban una parte importante de la vida económica. Los funcionarios lituanos mantenían buenas relaciones con los capaces médicos, abogados e ingenieros judíos, y los lituanos se ufanaban de que en su país nunca había habido progromos como en Rusia y Polonia.

Un trabajo de zapa sistemático llevado a cabo durante años por el régimen nacionalsocialista había preparado el terreno. Todas las desigualdades, las dificultades de la vida, la carestía y el paro causados por el signo de la guerra que se avecinaba, todo fue atribuido a los judíos. Había llegado el día de la venganza, fustigaba la propaganda los oscuros ánimos, el momento en el que era posible apoderarse sin daño alguno de las propiedades de los judíos, que para muchos eran motivo de envidia. Se presentaron los peores entre la población: los vagos, los inútiles, los ansiosos de botín. Los alemanes prometieron a los partisanos rica participación en el inminente latrocinio, y para animarles les dieron aguardiente en grandes cantidades. Se podía levantar el telón.

Entraron en las viviendas de los judíos y sacaron a todos los habitantes de las casas a la plaza del mercado o a la sinagoga. Se llevaron en brazos a enfermos y bebés. Se les dijo que se les necesitaba en otro sitio para trabajar y que iban a trasladarse temporalmente, y se les mandó llevar consigo las prendas necesarias. En las calles, plazas [y] sinagogas tuvieron lugar las más espantosas escenas. Golpearon a los judíos con porras y culatas, les arrebataron las cosas que llevaban consigo, [separaron] a los niños de las madres, les escupieron y escarnecieron. Luego, los sacaron en bloque de la ciudad.

En muchos lugares, unos días antes, se habían llevado a ingenieros judíos con personal auxiliar y, con el pretexto de la necesidad de excavar pozos, les habían hecho abrir grandes fosas en el bosque o en campo abierto. Una vez terminado el trabajo, fueron fusilados allí mismo.

Los judíos fueron conducidos hasta esas fosas. Tuvieron que dejar sus pertenencias en un montón y quitarse la parte de arriba de la ropa. Así, semidesnudos, fueron empujados en grupos hasta el borde de las fosas y fusilados con ametralladoras. Primero los enfermos, los ancianos, luego los niños y mujeres, por último los hombres. Los fusilados caían a las fosas, de unos dos metros de profundidad. Los heridos eran rematados a golpes o bayonetazos.

En muchos lugares, la matanza duró todo el día. Antes de que les tocara el turno, los infelices eran testigos de cómo masacraban a los otros. Cuando las fosas en las que los muertos se amontonaban en muchas capas estaban llenas, los judíos se veían obligados a rellenarlas de tierra, después de haber rociado los cadáveres con cal viva por «motivos higiénicos». Los niños pequeños eran echados vivos a las fosas y enterrados. Algunos hombres se defendieron, agarraron a los ejecutores por los correaes y los arrastraron consigo a la espantosa fosa común.

Los ejecutores fueron en todas partes partisanos lituanos «voluntarios». La Policía y el Ejército alemanes dirigían y supervisaban la acción. Cuando los lituanos flojeaban, se les animaba dándoles alcohol. En muchos lugares, las escenas fueron filmadas por cámaras alemanes. En las tomas, se tuvo cuidado de que sólo aparecieran en escena ejecutores lituanos. Los alemanes se esforzarían después en falsear los hechos, como si la iniciativa lituana hubiera causado la matanza «en justa ira contra los saqueadores judíos».

Todo ocurrió a plena luz del día. Miles de lituanos fueron testigos. Clérigos lituanos, altos funcionarios, antiguos oficiales trataron de intervenir. Algunos valientes que trataron de impedir el horror lo pagaron con su vida. La embriaguez de sangre condujo a espantosos excesos. Muchachas judías fueron arrastradas al bosque por sus verdugos y deshonradas antes de ser asesinadas. Uno de esos asesinos se volvió loco, y posteriormente describía una y otra vez cómo su víctima se había quitado en silencio los zapatos y los había puesto uno al lado del otro, lo inocente y amable que había sido... no pudo soportar la estampa y se suicidó.

Cuando los primeros relatos llegaron a Kaunas, no queríamos creerlos. Más adelante, he hablado con muchos testigos presenciales de distintas ciudades. Me contaron con toda precisión muchos detalles. Las ejecuciones tenían una espantosa similitud entre ellas, y terminaron en todas partes con la total aniquilación de los judíos. Sólo en cuatro ciudades, Vilna, Kaunas, iauliai y Semelikes^[47], se instalaron guetos, pero no para proteger la vida de los judíos. No; ya entonces se alzó la mano contra ellos, pero se necesitaba mano de obra, a la que se quería explotar antes de su aniquilación.

Por caminos indirectos recibimos cartas de nuestros amigos del gueto... cartas de angustia, de nostalgia, de desesperación. Lyda hablaba de un «indecible sufrimiento».

No tenían nada que comer ni calefacción, pero esas eran las menores de sus preocupaciones.

Les enviábamos paquetitos a través del hermano de Lyda, que trabajaba en una brigada en la ciudad. Mediante esa y otras brigadas estábamos en contacto permanente con los judíos del gueto y sufríamos con ellos los espantosos crímenes de los que eran inocentes víctimas. Esa sucesión de fechorías era tan diabólica, tan indescriptiblemente horrorosa, que el lenguaje se resiste a plasmarla. A muchos les parecerá increíble, y, sin embargo, es obligación de todo alemán no cerrarse a ella y tener fuerzas para cargar con la culpa y así expiarla.

El contacto entre las instancias alemanas y el gueto se llevaba a cabo a través del Consejo de Ancianos elegido por los judíos^[48]. Para las negociaciones, se llamaba a la ciudad a su presidente, el doctor Elkes, o un representante suyo. En estas conversaciones, los representantes de los judíos eran tratados con corrección y cortesía. Los ruegos, objeciones e intercesiones eran escuchados atentamente, y a menudo se desistía de alguna medida referente al gueto. Se comportaban con humanidad respecto a unas disposiciones inhumanas, y precisamente en ese cinismo se revelaba su diabólica mentalidad.

A mediados de septiembre se emitieron alrededor de cinco mil «certificados profesionales»^[49], que fueron repartidos por el comité. Se entregaron en primer término a especialistas, hombres y mujeres, pero también a otras personas en condiciones de trabajar, entre ellas algunos médicos, con las que se formaban las brigadas de trabajo. Algunas personas habían escapado a las matanzas de las ciudades de provincias y se habían refugiado en el gueto de Kaunas. Ellas fueron las que dieron a conocer las monstruosidades con todos sus detalles, y esperábamos todos los días sufrir igual destino. Los certificados profesionales fueron vistos como una cierta garantía. Los alemanes dejaban entrever que se preservaría a sus titulares y a sus familias. Por eso, todo el mundo se esforzó por conseguir uno.

El 17 de septiembre, pocos días después del reparto de los certificados, el llamado «pequeño gueto» fue rodeado a las seis de la mañana por partisanos lituanos con ametralladoras. El pequeño gueto era la parte situada más allá de la calle Paneriu, una vía principal de comunicación con la provincia, a la que no se quería renunciar para el transporte público, y sobre la que, por esa razón, se había tendido un viaducto que establecía la conexión entre los dos guetos. El pequeño gueto tenía alrededor de tres mil habitantes. Allí se encontraban el orfanato, el hospital y otras instituciones sociales.

Los partisanos fueron casa por casa, sacaron a la gente de la cama y ordenaron a todos concentrarse en la plaza. A muchos ni siquiera les dejaron tiempo para vestirse. No dejaron que nadie se quedara; hubo que llevar a los enfermos en brazos. En la plaza, fueron divididos en grupos por soldados alemanes al mando de Thornbaum,

quienes empezaron a llevarlos al Fuerte IX, a casi media hora de distancia a espaldas del gueto. Un día antes, había corrido la voz de que prisioneros de guerra rusos habían excavado en el fuerte largas fosas, cuyo significado era inequívoco después de los acontecimientos de las provincias. Todos tenían claro que no regresarían de ese camino, y esta vez los verdugos no se esforzaron en despertar ilusiones. En la plaza había cámaras de cine que trabajaban sin cesar.



El fuerte IX, a las afueras de Kaunas, agosto de 1944.



La calle que conduce al Fuerte IX, agosto de 1944.

Entonces, de repente, apareció un coche en la plaza. De él bajó un oficial superior con un papel en la mano. Tras breve negociación con el director de la acción, Thornbaum, el oficial se volvió a los congregados con las palabras:

—La acción ha quedado anulada. Podéis dar gracias al Ejército alemán por salvaros la vida.

La palabra «anulada» corrió de boca en boca. Muchos no entendieron al principio que esa palabra no existe en yiddish. Pero a todos les quedó claro enseguida que tenía una enorme fuerza mágica. Los grupos que se encontraban ya en camino fueron devueltos, los técnicos de cine detuvieron sus cámaras, y a todos se les ordenó volver a casa con la misma indiferencia que si se tratase de un paseo suspendido por la lluvia.

Tras este acontecimiento, Jordan aseguró al comité que no habría más «acciones» y los judíos fueron lo bastante ingenuos como para creerlo. Tomaron el hecho de que la acción fuera «anulada» como un signo de que el Ejército alemán había intervenido a favor suyo y había provocado un cambio de principio por motivos humanitarios. En realidad, es probable que el motivo fuera de orden práctico: hacía falta mano de obra y no se quería prescindir de los esclavos judíos.

La mayor parte de los trabajadores judíos, unos mil doscientos hombres y quinientas mujeres por aquel entonces, fue empleada en el aeródromo. Tenían que cubrir un largo camino hasta su lugar de trabajo. Se tocaba diana hacia las cinco y media de la mañana. A menudo tenían que pasar una hora de pie, en la oscuridad y el frío de la madrugada, antes de que la columna se pusiera en movimiento. El camino llevaba por el puente del Vilija a través de las calles más animadas del casco antiguo, pasando por las dos plazas del mercado, el gran puente del Niemen y luego la montaña que conducía al aeródromo. La policía judía, identificada mediante un brazalete, era responsable del orden. Cada una de las oscuras figuras estaba marcada en el pecho y la espalda con una estrella amarilla que relucía entre las filas a la luz de la aurora otoñal.

Fue amargo ver con cuánta rapidez la población se acostumbró a la conmovedora imagen y cómo pasaba ante los marcados con toda indiferencia. ¿Por qué no se indignaban ante ese desprecio escarnecedor a toda dignidad humana? ¿Por qué toleraban esa vergüenza, esa vileza? Por el contrario, los alemanes habían especulado de forma enteramente correcta. Hasta el más miserable de los lituanos era un ser superior comparado con los judíos, y la administración alemana podía permitirse cierta dureza contra los lituanos porque resultaba suave comparada con las atrocidades que aplicaba a los judíos.

Y aun así, hubo muchos, y no sólo entre la intelectualidad, que contribuyeron a aliviar el destino de esos desdichados. Cuando, al atardecer, esperábamos junto al puente del Niemen a los que regresaban, siempre había algunas mujeres con bolsos

que acechaban como nosotras, mirando temerosas a su alrededor, a que llegaran al fin los esperados. Muchos de ellos nos conocían. Nos saludaban discretamente. Por fin, llegaban también nuestros amigos. No temíamos a los guardias judíos, pero entre los soldados alemanes que flanqueaban la columna había algunos que eran peligrosos. La mayoría toleraba esas relaciones prohibidas y casi siempre lográbamos entregar a toda prisa nuestros paquetitos y cartas. Nunca había tiempo para hablar. Sólo mucho después conocimos detalles de la vida en el aeródromo.

Allí se trabajaba en tres turnos, día y noche, sin interrupción. Dos constructoras alemanas eran las empresarias de la obra del aeropuerto. Los judíos eran empleados para todos los trabajos físicos subordinados. Tenían que acarrear piedras, aplanar el terreno, lavar la ropa, descargar los vagones. Los capataces de las constructoras eran gente dura y despiadada, que rebajaban el trabajo a esclavitud. El jornal diario era de cincuenta céntimos, un escarnio teniendo en cuenta los precios de los alimentos por entonces (la mantequilla y el tocino llegaban a los 25 marcos el kilo). Durante los primeros meses no les dieron nada de comer, en invierno instalaron cocinas. Había que aportar los productos.

En una de esas cocinas trabajó también mi Lyda, y así al menos estaba en un lugar caliente durante unas horas al día. Edwin también estaba en el aeródromo, como sanitario. La «cocina» era un cobertizo con un fogón de hierro. Allí, unas treinta mujeres se ocupaban de preparar la comida, que se cocinaba en grandes ollas, tres veces al día, para alrededor de mil quinientas personas cada vez. Las marmitas estaban fuera de la cocina, al aire libre, cubiertas con un techado de tablas. El suelo de barro en torno al cobertizo y las marmitas estaba reblandecido por la lluvia. Al terminar el trabajo, todos tenían que chapotear en el lodo, ordenados en brigadas, para recibir su cazo de sopa de la olla en el cuenco que habían traído consigo.

Estaban congelados y mortalmente agotados, y aun así siempre había alboroto. Uno decía haber recibido demasiado poco, otros estaban descontentos de que sólo se les hubiera echado caldo, sin carne ni patatas. Los guardias alemanes, que también estaban cansados y malhumorados, metían prisa, les daban culatazos y les instigaban: ¡más deprisa! ¡más deprisa! A veces, su rudeza sólo era exterior. A menudo llamaban a los trabajadores a pegarse a la pared del cobertizo, para estar protegidos contra el viento mientras comían, [o] junto al fuego, para que se calentaran, y mostraban profunda comprensión ante el hecho de que se trabajase lo menos posible. En cambio, los capataces de las constructoras instigaban a lograr el mayor rendimiento posible. Golpeaban sin piedad a los que no trabajaban y [los] sometían a una esclavitud y servidumbre egipcias.

También trabajaban en el aeródromo prisioneros rusos, silenciosos y debilitados por el hambre. De vez en cuando los judíos, que entendían casi todos alemán y ruso, tenían que hacer de intérpretes. Por pobres y míseros que fueran, veían en los rusos a otros aún más necesitados que ellos, y deslizaban secretamente en las manos de los presos algún trozo de pan.

Cuando el turno de noche bajaba la montaña hacia sus casas a la turbia luz del amanecer, el nuevo turno ya estaba allí; cogía las palas, paletas y cestos y continuaba la odiada obra con repugnancia y esfuerzo. ¿Por cuánto tiempo?, se preguntaban todos los días. Diariamente corrían nuevos rumores. En el fuerte volvían a cavar fosas. Por las noches, los guardias disparaban sin razón al aire para intimidar aún más a los asustados. Se hacían nuevos cálculos, repartos. Negociaciones con el Consejo de Ancianos, sobre cuyo resultado circulaban las más variadas versiones. Los soldados tranquilizaban a los trabajadores del aeródromo: aunque vuestro trabajo sea más duro que el de los demás, también os da mayor seguridad. El aeropuerto no estará terminado antes de tres o cuatro años, los trabajadores serán necesarios todo ese tiempo.

A los habitantes del gueto no les quedó mucho tiempo para tranquilizarse por la acción «anulada». En la noche del 16 de septiembre, un ruido de disparos especialmente intenso los preparó para nuevos crímenes. Desde las cuatro de la mañana se repitieron las escenas del 17 de septiembre. Policías alemanes, hombres de las SA y partisanos lituanos entraron en las casas de un cuadrante^[50] del gueto y sacaron a los durmientes a una plaza, otra vez con niños, ancianos, enfermos. En los tejados de las casas circundantes se habían instalado ametralladoras con su dotación. Los titulares de un certificado profesional fueron enviados de vuelta a sus casas junto con sus familias. Los otros fueron ordenados en una tropa y llevados del gueto al Fuerte IX bajo severa vigilancia. Los que no podían caminar fueron cargados en camiones. Se les dijo que les llevarían a otro gueto.

Allí [en el Fuerte IX] se llevó a cabo el mismo espantoso procedimiento que con los judíos de las ciudades de provincias. Unos tres mil fueron fusilados con ametralladoras y enterrados^[51]. Sus ropas, que habían tenido que quitarse antes, fueron llevadas en camiones a un centro de desinfección. Los habitantes del gueto, que tuvieron que ver cómo se llevaban a sus hermanos sin posibilidad de defenderse, de huir, de ayudarles, fueron presa del pánico y la desesperación. Jordan, que había dirigido la acción, les prometió que sería la última y que no habría más ejecuciones. Se aferraron a sus palabras, aun sin confiar en ellas.



El Fuerte IX, a las afueras de Kaunas, con un monumento de la época soviética.



El campo junto al Fuerte IX, en que tuvieron lugar los fusilamientos masivos junto a las fosas previamente abiertas.

El 2 de octubre, Jordan volvió a presentarse ante el comité con su caravana. Visitaron los centros sociales que había en el gueto pequeño, especialmente el hospital. Ordenaron cavar fosas junto al hospital.

En la noche del 4 de octubre volvieron a oírse muchos disparos, que prepararon a los habitantes del gueto para una nueva desgracia. Cuando las brigadas del aeródromo, que vivían en el gueto pequeño, iban a regresar del turno de noche, encontraron cortado el viaducto que unía los dos guetos. Una ametralladora apuntaba hacia el gueto pequeño, que estaba rodeado de soldados por todas partes. La gente fue sacada de sus casas, congregada, clasificada; se escogió de entre ellos a los capaces

de trabajar y se llevaron a todos los demás al Fuerte IX. Entre ellos a todo el orfanato, unos ciento cincuenta niños, con todos sus maestros y el resto del personal. Para todos estaba claro cuáles eran las intenciones respecto a ellos. Los niños gritaron y se negaron a irse. También hubo adultos que intentaron huir de camino hacia su patíbulo. Fueron golpeados con culatas y porras de goma. Algunos cayeron muertos.

Hacia el mediodía, el hospital fue rociado con gasolina y se le prendió fuego por todas partes. Cuando el personal trató de salvar a los enfermos —los llevaron al patio en camillas—, se le impidió hacerlo. Las llamas prendieron con rapidez. La casa entera ardió con todos los enfermos. Dos enfermeras y un médico (el doctor Davidovich) fueron fusilados en el patio mientras intentaban salvar a los enfermos. Todos los ocupantes del pabellón de infecciosos, cuarenta y cinco enfermos, fueron quemados vivos. El grupo lo mandaba el jefe de asalto de las SA^[52] Thornbaum. El comisario general Cramer presenció el espantoso espectáculo y dijo que la quema del hospital era una «medida de prevención higiénica» para evitarla expansión de la lepra. En realidad, allí no había enfermos de lepra. Los infecciosos tenían escarlatina, tifus, tuberculosis, difteria. Con el hospital, se quemaron valiosos aparatos médicos, uno de rayos X, diez electrocardiógrafos.



El puente peatonal entre el gueto grande y el gueto pequeño, en Kaunas, otoño de 1941.

La gente vio desde el gueto grande lo que sucedía al otro lado de la calle Paneriu. Trataron de forzar el paso sobre el viaducto. Los guardias los rechazaron y amenazaron con llevar al Fuerte IX a todo aquel que no se mantuviera tranquilo. Desde el gueto grande se podía ver cómo la triste caravana de condenados a muerte, unas dos mil personas, se movía montaña arriba, flanqueada por guardias alemanes y lituanos, que los empujaban a golpes. Muchos de los que habían venido del aeródromo sabían que sus padres, mujeres e hijos iban entre ellos. Los verdugos se burlaban de su desesperación.

Aquellos del gueto pequeño que por el momento se habían librado para seguir siendo explotados como esclavos tuvieron que abandonarlo. No pudieron llevar nada consigo. Las casas al otro lado de la calle Paneriu quedaron vacías. Partisanos y soldados alemanes saquearon a placer. También la población civil se escurrió por entre la alambrada y robó. A los dos días, se permitió a los antiguos habitantes coger de sus viejas viviendas tanto como pudieran llevar encima. Entre ellos estaban nuestros amigos. Edwin había vivido la quema del hospital como sanitario. Lyda sacó unas cuantas cosas de la casa saqueada. Se trasladaron a vivir con su hermano.

Cuando los judíos se quejaron de que se les había prometido que ya no habría más ejecuciones, Jordan respondió que ésta había sido una «medida especial», pero que era verdaderamente la última, y que los supervivientes no tenían nada que temer siempre que se portaran bien. Una vez más los infelices, que no veían otra posibilidad de salvación, se aferraron a la falsa promesa.

Los sutiles amos alemanes pronto inventaron un nuevo pretexto para sus diabólicos crímenes. En las cercanías de las puertas, un día, sonó un disparo. Se afirmó que un joven había atentado contra el jefe de la guardia del gueto, Koslowski. El cuadrante fue cerrado y unas mil personas fueron detenidas y conducidas al Fuerte IX como sospechosas del atentado o de complicidad con él^[53].

La gente del gueto esperaba la muerte con cada nuevo día. El otoño había llegado. Hacía frío y llovía mucho. El 26 de octubre, el Consejo de Ancianos fue llamado a consultas por Jordan. Después de largas negociaciones, el consejo dio a conocer mediante carteles que el 28 de octubre a las seis de la mañana todos los habitantes sin excepción tenían que reunirse en la gran plaza. Había que llevar ropa de abrigo y alimentos para todo el día. Se trataba, según se aseguraba expresamente, de una medida pacífica; no había motivos de alarma. Se rumoreaba que iban a trasladar a los incapaces de trabajar al gueto pequeño, vacío desde el incendio del hospital y la evacuación. Allí se les darían cupones de racionamiento, más escasos que los de los trabajadores.

Gran cantidad de guardias llenaron las calles, cuidando de que nadie se quedara en casa. Los guardias fusilaron in situ a unos cuantos enfermos que encontraron. A las seis en punto, todas las casas y calles estaban vacías. En la pelada planicie se habían concentrado unas dos mil ochocientas personas. La policía judía del gueto, identificable mediante brazaletes, cuidaba del orden.

Se formaron columnas, que tuvieron que ponerse una junto a la otra mirando al noroeste. En la primera columna estaban los miembros del Consejo de Ancianos, cada uno con su familia. En la segunda la policía, luego los empleados de la administración y finalmente todas las brigadas, ordenadas por puestos de trabajo y todas con sus familias. Así esperaron dos horas, tiritando, en la turbia y fría mañana, hasta que, hacia las ocho, llegó la comisión alemana. Jordan, el comisionado de asuntos judíos de la administración civil, Thornbaum, Stütz, Rauca, representantes de

la Gestapo, otros alemanes, un oficial de la fuerza aérea lituana. Se plantaron delante de las columnas e hicieron desfilar lentamente una columna tras otra.

De las dos primeras, se escogió y apartó a la derecha tan sólo a unos pocos. A los demás se les mandó ponerse a la izquierda. Pero de la siguiente ya sacaron más. Al principio, nadie entendió el sentido de esta división en churras y merinas. Pero poco a poco el principio fue quedando claro: a la izquierda iban a parar los fuertes, capaces de trabajar, bien vestidos; a la derecha los viejos, enfermos, pobres, especialmente aquellos con marcada fisonomía judía.

El más celoso era Rauca. Supervisaba cada columna con mirada aguda, separaba con especial placer a las familias grandes, hacía resonar incansablemente sus órdenes. Entretanto mordisqueaba un bocadillo, llamaba a su perro, que recogía las migajas caídas del desayuno de los judíos. Ese trabajo de clasificación le ponía de un humor estupendo. También a los otros «caballeros» les proporcionaba el mayor placer. Los judíos comprendieron que «derecha» significaba algo malo. Algunos aprovecharon un instante de descuido para pasarse a la «izquierda» antes de que les llegara el turno. Otros protestaron cuando se les quiso condenar a la derecha, mostraron sus certificados profesionales o reclamaron la protección de los funcionarios de policía judíos, que tenían cierta influencia.

Corrían los rumores. La comisión los tranquilizó como siempre: se necesitaba a una parte de ellos para trabajar fuera, construyendo carreteras. No sonó convincente, porque era obvio que los elegidos no servían para hacer un trabajo duro. Entre los «salvados» a la izquierda se abrazaban familiares y amigos. Llantos y lamentos cuando se separaba una parte de la familia. Así pasó el día entero. Poco a poco, también la comisión se hartó de su sombría actividad. Finalmente, columnas enteras se enviaron en bloque a uno u otro lado.

—Me vais a dar las gracias por libraros de esta basura —consolaba Rauca a los de la izquierda.

Los de la derecha fueron conducidos por el viaducto, bajo estricta vigilancia, al gueto pequeño. Aun así, durante la noche algunos lograron pasar al otro lado. La guardia también se dejaba sobornar. «¡Corred, rubias!», ayudaban a algunas a cruzar los guardias alemanes, sorprendidos de encontrarse no con el arquetipo de *Stürmers*^[54], sino con chicas muy bonitas.

A la mañana siguiente, llevaron a todos los del gueto pequeño al Fuerte IX. Algún tiempo antes, los prisioneros rusos habían cavado fosas, que se habían medio llenado de agua con las lluvias de otoño. Arrancaron los niños a sus madres y los arrojaron a las fosas delante de sus ojos. Las mujeres les siguieron. Las abatieron con ametralladoras. Cayeron sobre los niños. Por último los hombres. Otra vez se cuidaba de la higiene. Antes de cubrir las fosas, se rociaba abundantemente a los cadáveres con cal viva.

Así se masacró de manera diabólica a diez mil inocentes en un día. Con ellos, a muchos otros presos [y] todos los judíos que entonces estaban en prisión, entre ellos

también mi propia hija, mi Marie^[55].

La noticia del crimen pronto llegó a la ciudad. Los intentos del clero y la intelectualidad de reclamar ante las autoridades alemanas fracasaron. A todo mediador se le atribuían intenciones «comunistas» y se le amenazaba con el castigo. A través de soldados y partisanos que habían recibido la orden de colaborar en la espantosa tarea, todos los detalles se conocieron también en el gueto. El horror, la desesperación fueron ilimitados, y aunque los asesinos volvieron a asegurarles que con toda certeza había sido la última «acción» y que a los que quedaban no iba a pasarles nada, hubo muchos que ya no se calmaron. Por entonces, algunos empezaron a preparar su huida del gueto.

En Kauen^[56] había no pocas personas profundamente indignadas con los crímenes, pero pocas estaban dispuestas a acoger y salvar a alguno de los desdichados. La Gestapo había sabido intimidar a la población. Un pueblo de campesinos predominantemente rusos, en el que había judíos escondidos, fue reducido a cenizas; los campesinos con sus familias, en parte fusilados y en parte enviados a trabajos forzados. Detenían a gente que iba a parar a las brigadas, se les ponían carteles con la honrosa inscripción «siervo de los judíos» y se les paseaba por las calles. Si se hallaba un judío en la ciudad, era fusilado junto con aquel que lo tenía escondido.



Elena Kutorgiene-Buivydaite.

Aun así, hubo valientes que lo hicieron. Una judía vivió durante semanas en la cocina de la doctora Kutorga, la oftalmóloga, la madre de Viktor, hasta que con ayuda de su esposo alemán y de un funcionario de ferrocarriles que era paciente de la doctora se la pudo enviar con documentos falsos a Berlín, donde siguió viviendo como alemana sin ser reconocida. La doctora Kutorga mantuvo ininterrumpidamente sus relaciones con sus colegas judíos. Llevaba a las brigadas casi todos los días alimentos que pacientes campesinos le traían del campo, les guardaba objetos de valor y les ayudaba a venderlos. Cada palabra que intercambiaba con sus pacientes, con conocidos, era información dirigida contra los criminales. Cada uno de sus actos y [cada una] de sus palabras era pura humanidad.

Esto no podía mantenerse oculto por mucho tiempo. Vecinos envidiosos la acusaron. Por las noches había registros, se la citó ante la policía para ser interrogada. Como hablaba muy bien alemán y representó de manera creíble el papel de una inocente injustamente acusada, volvieron a dejarla en libertad, no sin antes declarar por escrito que en el futuro se mantendría al margen de toda actividad antialemana, sobre todo de cualquier relación con los judíos. Ella firmó y mantuvo impertérrita sus relaciones prohibidas. Cuando yo iba a verla, escuchábamos juntas las emisoras extranjeras. Por aquel entonces, el Ejército alemán seguía avanzando a paso de marcha. Pero no nos dejamos arrebatar la fe en que esas victorias, esos incansables crímenes contra otros pueblos, esa arrogancia, crueldad, bestialidad, terminarían algún día.

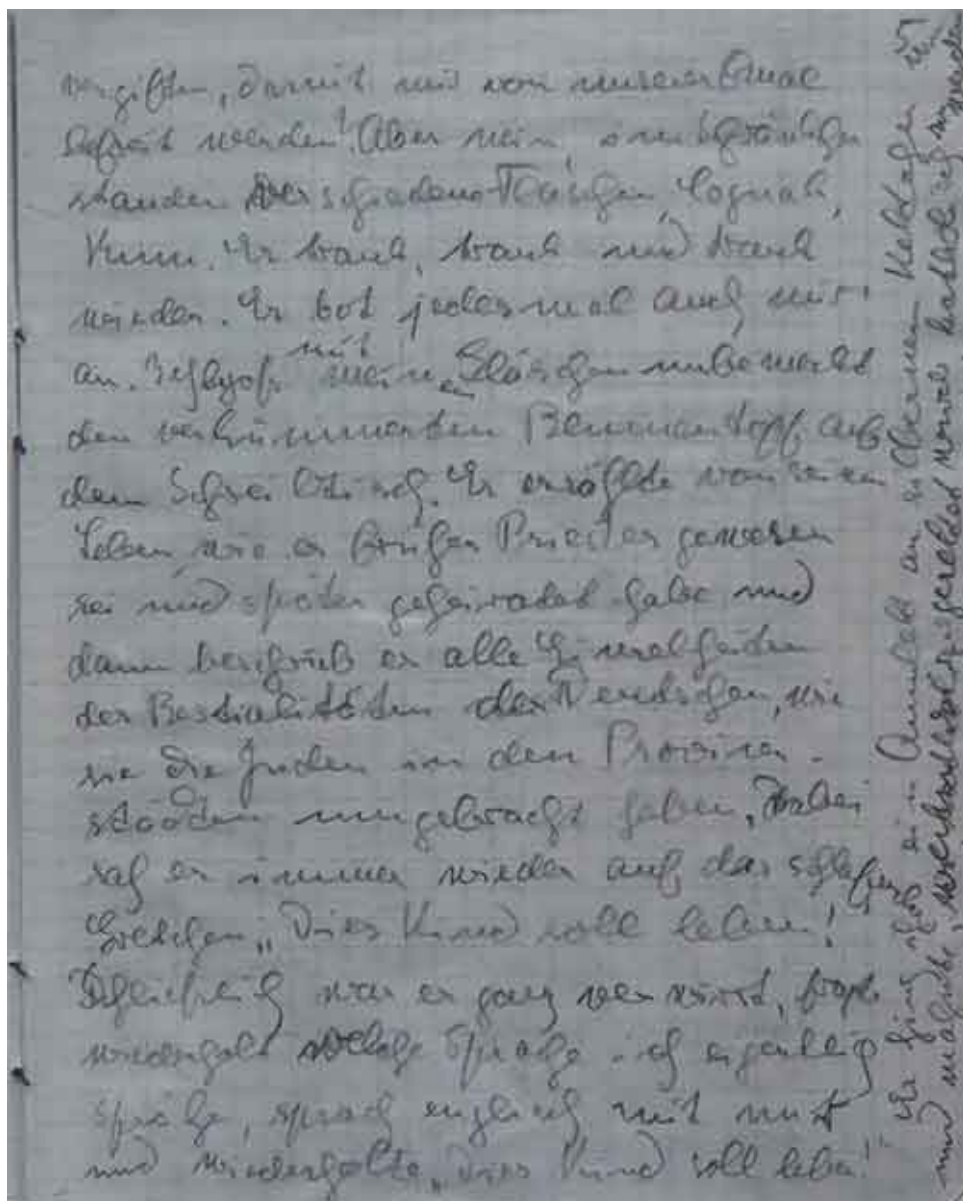


Soldados del ejército alemán avanzando. Junio de 1941.



Kaunas el día de la ocupación por el ejército alemán, 24 de junio de 1941.

Segundo cuaderno



El otoño nunca había sido tan frío, tan oscuro, tan desolado como ese año. Hacíamos nuestro trabajo diario de manera mecánica. En la oficina de Gretchen nadie sospechaba lo que la niña soportaba. Su conducta, sus gestos eran tan reservados como su boca. Yo veía la señal que el sufrimiento estaba marcando en su joven rostro, cómo estaba más pálida cada día que pasaba. Diariamente, esperaba con impaciencia su regreso a casa. Si no era del todo puntual salía a la calle, a su encuentro. Espantosos temores me oprimían la garganta. Los mismos miedos la asaltaban a ella cuando yo no llegaba puntual a casa. Esta mutua preocupación, el permanente temor a que pudiéramos ser separadas, no nos dejaba ni un minuto.

Permanecía. Nos mantenía en suspenso, determinaba nuestro pensamiento y nuestra acción.

Así que creímos que para Grete sería mejor trabajar en una oficina pública, en vez de en una agencia privada de traducciones. Me confié a uno de los consejeros generales, del que sabía que a pesar de su elevado cargo era un apasionado enemigo de los nazis^[57]. Tomó a Grete como secretaria privada en su oficina y prometió ponerla bajo su especial protección.

Durante unos días estuvimos tranquilas, pero entonces sus colegas empezaron a cuchichear. Preguntaban desafiantes quién era su padre y dónde estaba.

—¿En el gueto, quizá? —preguntó una impertinente señorita rubia platino, y el traductor Bukauskas sucumbió al antisemitismo general.

El consejero general, que en los últimos tiempos estaba permanentemente sumido en una seria embriaguez alcohólica, había revelado el secreto.

Al cabo de una semana, Gretchen volvió a casa aún más pálida que de costumbre.

—Estamos acabadas. Lo saben todo sobre mí. Todos hablan de ello. El consejero general quiere hablar contigo.

Estaba tan excitada, tan débil, que no pudo comer. Dejamos plantada la sopa y fuimos a visitar al consejero general a su domicilio privado, que se encontraba en el mismo edificio que su oficina. Nos llevó a sus habitaciones.

—Las cosas van mal. La policía os busca. No podéis seguir aquí, tenéis que huir. Por el momento quedaos conmigo, aquí no os buscará nadie.

El consejero escribió una carta a sus hermanos, que tenían una finca en un bosque solitario en el territorio de Memel^[58]. Debíamos escondernos allí. Sus hermanos eran simples campesinos pero, dijo enseguida, nos acogerían a cambio de un buen pago. Le respondí que no tenía dinero, sólo el reloj de oro de mi esposo y algunas joyas. Me dijo que se lo diera todo y a cambio él nos enviaría dinero. Pasamos la noche en su casa, durmiendo vestidas en la gran cama, y Gretchen se durmió enseguida a mi lado, con su profundo sueño infantil. El consejero dormitó en su sillón.

Por la noche, se levantó sigiloso y abrió un armario cerrado con llave. Gretchen despertó sobresaltada. ¿Quizás iba a envenenarnos para liberarnos de nuestros tormentos? Pero no, en el armario había distintas botellas, coñac, ron. Bebió, bebió y volvió a beber. En cada ocasión me ofrecía. Yo vaciaba sin ser vista mi copita en el tiesto moribundo que había encima del escritorio. Me contó su vida, cómo antaño había sido sacerdote y después se había casado. Y luego describió todos los detalles de las bestialidades de los alemanes, cómo habían matado a los judíos en las ciudades del interior. Al hacerlo, miraba una y otra vez a la dormida Gretchen:

—¡Esta niña debe vivir!

Por fin, totalmente confuso, preguntó repetidas veces qué idioma hablaba en verdad, se dirigió a mí en inglés y repitió:

—¡Esta niña debe vivir!

Le colgó un amuleto con una cadena de plata y la exhortó a convertirse al catolicismo si se salvaba.

Por la mañana se quedó dormido en su sillón. Corrí a casa y cogí los objetos de valor prometidos. Cuando volví, me encontré ya a los empleados del Consejo General, que iban al trabajo despreocupados y bien dormidos. Discutimos los detalles de la fuga. El consejero habló por teléfono con el director del Consorcio de Alimentación. Al día siguiente, un camión nos llevaría a Krottingen. Nos dio una autorización en la que decía que teníamos que ir a Krottingen «por razones del servicio». Desde allí, tendríamos que buscarnos nuestros propios medios de transporte.

Volvimos a prepararnos para la fuga. Nuestras maletas estaban hechas desde hacía tiempo. Pero de pronto, a esa hora luminosa de la mañana, todo se me apareció bajo una luz diferente. Quizás en su embriaguez el consejero lo había visto todo más negro de lo que era. ¿Adónde íbamos a huir? ¿Qué íbamos a hacer durante el largo invierno con esos campesinos desconocidos? Puede que ni siquiera nos aceptasen. Y decidimos quedarnos. Ahora estábamos muy tranquilas. El pálido sol de noviembre iluminó por breve tiempo la cocina. No habíamos comido nada desde el día anterior por la mañana. Encendimos el fogón, calentamos nuestra sopa y nos la comimos. El día anterior parecía un mal sueño. Estábamos demasiado débiles para huir, pero de algún lugar incomprensible nos llegó de pronto un profundo consuelo y tranquilidad.

A la mañana siguiente acudí sola a ver al consejero, le expliqué nuestra decisión y le pedí que me devolviera los objetos de valor. En esta ocasión estaba sobrio, y también a él la fuga prevista le resultaba ahora demasiado fantástica, de manera que estuvo satisfecho con nuestra decisión. Pero Gretchen debía dejar de ir al trabajo. Él temía las malas lenguas de sus colaboradores. Se había permitido coger una de mis joyas para regalársela a una actriz, esposa de un empleado. «Para comprar su silencio», explicó. Era un broche que me había gustado llevar, una pequeña flor de oro y perlas, una antigua herencia de la familia de mi esposo. Si nos encontráramos en peligro, dijo, podríamos pasar unos días con él, y si fuese necesario podíamos ir con sus parientes más adelante. Algún tiempo después fue depuesto de su cargo, detenido y llevado a un campo de concentración en Alemania. Nunca volvió a saberse nada de él.

Un empleado de la editorial del Estado había venido a verme varias veces. Necesitaban urgentemente un librero con experiencia para ordenar el gran almacén del anticuario. Al principio había rechazado el trabajo, pero ahora me dejé convencer para aceptarlo. Sólo se necesitaba la aceptación del administrador fiduciario alemán, autor de una espantosa novela que iba a imprimirse allí y ser distribuida en cada quiosco y papelería. El señor Herbert Eisentraut, con una cruz gamada limpiamente cosida en el brazo, me saludó condescendiente. ¿Habla usted alemán? La primera pregunta habitual, que tan bien conocía ya por la Gestapo. Vaya, vaya, así que mi marido era judío. Entonces tenía que preguntar primero en el Comisariado General si

se me consideraba digna de confianza. La respuesta llegó con rapidez, y fue una negativa de plano.

La preocupación por nuestros amigos del gueto era nuestra principal tarea. En las brigadas encontramos a muchos conocidos de antaño e hicimos nuevas amistades. Muchos nos pedían que hiciéramos compras para ellos en la ciudad o visitásemos a familias lituanas con las que tenían escondidas sus cosas.

Era frecuente que, al hacer tales encargos, tuviéramos sorpresas desagradables. Algunos afirmaban no haber recibido jamás cosa alguna, otros, que se las habían robado o las habían entregado por requerimiento oficial a los alemanes. Ocurría que nos amenazaban con denunciarnos por ser amigas de los judíos si no nos íbamos de allí enseguida. Muchos que antes habían tenido las más amistosas relaciones con los judíos consideraban ahora un derecho moral robar hasta lo último que les quedaba a los excluidos. El mercado negro estaba lleno de esas prendas robadas, joyas y ajuar doméstico.

Por suerte, también había aquellos que habían custodiado fielmente los bienes confiados y se esforzaban en ayudar en lo que podían. Nos daban tocino, harina y pan e iban ellos mismos a ver a las brigadas. Ocurría que al principio desconfiaban de nosotros y nos tomaban por provocadores alemanes. Las proclamas oficiales prohibían una y otra vez del modo más severo cualquier contacto con los judíos. Todos los objetos de los judíos, incluso los adquiridos, tenían que ser denunciados a la policía y eran confiscados en registros domiciliarios. Los vecinos envidiosos se denunciaban entre sí. La codicia de la población lituana no era menor que la de las instancias oficiales alemanas. Esos ladrones se robaban y desconfiaban mutuamente. En muchos registros en el gueto se habían llevado todo lo que les había parecido de valor.

Vagones enteros con prendas de vestir, sobre todo trajes de hombre, partieron hacia Alemania. Los judíos tenían que desinfectar ellos mismos en el centro de desparasitación las cosas que les habían quitado, lavarlas y repararlas en los talleres. Así se trataban también todas las prendas que habían dejado los asesinados. Las madres tenían que arreglar para los asesinos las prendas de sus hijos.

Los empleados de la administración civil tenían el dudoso privilegio de poder comprar pieles y trajes a precios reducidos. Algunas de esas refinadas damas se compraron varias pieles elegantes, y no se avergonzaban lo más mínimo de salir a pasear con ellas por la avenida Laisves. En una ocasión oí decir que las mujeres alemanas que no tenían la suerte de ser empleadas de la administración las envidiaban por ese dudoso privilegio, y ni siquiera se inmutaban ante la vileza de esos saqueos. En su embriaguez victoriosa, reclamaban el derecho moral a cometer cualquier canallada.

Jordan tenía a su servicio una brigada especial, que explotaba a conciencia para sus fines personales. Era sabido que había apartado para sí objetos de valor, relojes, metales nobles y brillantes. Hizo que en los talleres del gueto le cosieran muchos trajes nuevos de las mejores telas inglesas, docenas de camisas y pijamas. También los otros capitostes, especialmente el jefe de la comandancia de la ciudad, Cramer^[59], llamaban a su casa a los trabajadores judíos, se hacían tomar medidas y de vez en cuando se hacían llevar en sus elegantes coches al gueto para probarse, y sus mujeres encargaban allí sus vestidos y sombreros, porque las peleteras y modistas judías eran muy populares por su destreza y buen gusto. A veces, una de esas damas le regalaba a la judía, que a menudo era muy superior a ella en formación, gusto y cultura, un pan o unas manzanas para sus hijos, alimentos que con mucha frecuencia la guardia le quitaba al llegar a la puerta.

Aparte de estas miserables limosnas, jamás un signo de compasión femenina, nunca un intento serio de aliviar, y lo que era más espantoso, lo más incomprensible, ni un solo sentimiento para lo monstruoso de la situación, para la vileza con la que personas por completo inocentes eran aniquiladas moral y físicamente de manera bestial. Se hacían traer peluqueras del gueto, que les hacían la manicura y les daban masajes, y se iban así arregladas a sus fiestas mientras sus silenciosas esclavas volvían a recorrer el largo camino hasta el gris gueto. ¿Por qué a ninguna de ellas le acometía el sentimiento natural que normalmente se establece con tanta facilidad entre mujeres?

Jamás los derechos humanos han sido escarnecidos y pisoteados en el barro de tal modo. Daba tentaciones de gritar, cuando una se encontraba a la triste tropa con la estrella amarilla, pisando el desigual adoquinado de la calzada en su trabajoso camino a casa. Gritar, gritar... era demasiado angustioso ver aquello. Era insoportable. Pero la mayoría de los transeúntes ya se había acostumbrado a lo monstruoso. No gastaban una sola mirada, un solo pensamiento en sus míseros congéneres, empujados por la ciudad ante sus ojos por guardias armados como un rebaño de animales.

Aunque los judíos no tenían ningún interés en rendir en sus puestos de trabajo, su superioridad como artesanos, su habilidad para cualquier trabajo práctico y su inteligencia gozaban de la mejor reputación. Se apreciaban todas sus cualidades, se les explotaba y se les trataba humanamente peor de lo que nunca unos seres humanos hayan sido tratados en el mundo.

Detrás del Ayuntamiento había unos grandes almacenes con muebles y objetos domésticos, vigilados por la brigada de Jordan. En una ocasión fui a parar casualmente allí cuando buscaba al responsable del reparto de material para calefacciones, que tenía su despacho en las cercanías. La puerta estaba abierta y en un primer momento no entendí lo que significaban esas largas filas de aparadores, armarios, sofás y camas recién pulidas. Altos espejos de pared, mesas y estanterías,

todas en buen estado, pero usadas. Miré a mi alrededor. Sobre un colchón yacían montañas de cortinas y visillos, todos cuidadosamente plegados, y en los armarios de cocina había vajillas. Servicios de hermosa porcelana, copas de vino, jarras y jarrones. ¿Qué significaba ese gran almacén de hermosos muebles?

Oí voces en [la] habitación de al lado, y por la puerta entreabierta vi a un alto dignatario del partido, un pavo real, y con él una joven señora. Al parecer, estaban escogiendo su ajuar. Otro alemán de uniforme tomaba las correspondientes notas. Yo me retiré sin ser observada. Al salir, vimos en el patio a hombres y mujeres con estrellas amarillas que confirmaron nuestra suposición acerca del inesperado almacén.

Seis meses después, Jordan, que golpeaba con sus propias manos a los judíos por la menor falta, que ordenó muchas ejecuciones y se hacía servir personalmente por sus víctimas como un pachá, fue repentinamente desposeído de su cargo y enviado al ejército. Se dijo que sus estafas y rapiñas habían suscitado el disgusto de sus compañeros de partido y que el reclutamiento militar significaba una especie de castigo. Algunos meses más tarde, su esquila salió en el periódico. Había caído en Rusia. Lástima, dijeron los lituanos, ese truhán hubiera debido terminar en la horca.

Cuando salimos del patio vimos a una muchacha judía arrastrando algo pesado, arrojándose con premura a un costado de la plaza del Ayuntamiento. De pronto el hatillo se le abrió, y patatas y zanahorias saltaron ante nuestros pies sobre el pavimento. La ayudamos a recogerlas a toda prisa, lanzando miradas temerosas a todas partes. Qué tiempos espantosos, pensamos: aquí almacenan las propiedades que les han robado, y si se les encuentran unas cuantas patatas tienen que temer los peores castigos.

Ahora las dos estábamos sin empleo. Hacíamos traducciones del lituano al alemán. Yo daba clases de alemán. Por las noches aprendíamos juntas francés, leíamos a Daudet, Maupassant. Pero las dos estábamos tan inermes, tan agotadas, que a menudo nos quedábamos dormidas en el sofá alrededor de las seis... dormíamos, dormíamos y luego nos íbamos a la cama y seguíamos durmiendo.

Desde que Gretchen no tenía trabajo, estaba aún más agobiada que antes. La apunté a un curso de gimnasia. Sólo fue una vez. Le resultaba imposible convivir con esas chicas despreocupadas que no pensaban en nada. Sólo nos sentíamos bien con Ludmila y las dos Natachas, y cuanto más las conocíamos más las queríamos. Las tres eran tan pobres que carecían de lo más necesario en vestidos, ropa blanca y objetos domésticos. Pero apenas se daban cuenta de esa carencia. Sólo pensaban en ayudar a otros. Cuidaban de sus amigos judíos y siempre conseguían establecer contacto con los prisioneros rusos. Nosotros las llamábamos «los ángeles», y su bondad y desinterés nos reconfortaban.

Conocimos por primera vez las calles oscurecidas, que ya eran costumbre en Alemania desde hacía años^[60]. A nosotras nos venían bien. Cuanto más oscuro estaba, más seguras nos sentíamos. Las brumosas tinieblas eran pesadas como agua. Nos envolvían, y nos protegíamos en ellas. También los judíos aprovechaban esa protección. Los puestos de vigilancia no se daban cuenta cuando por las noches, en vez de regresar con sus brigadas, se quitaban la estrella y pasaban la noche en casa de algún amigo. Si nunca volviera a amanecer, decía Gretchen con frecuencia. Temíamos el verano, su luz y el recuerdo del pasado. Que siempre hiciera frío y estuviera oscuro, que un día gris se sumara al otro y nada removiera nuestro dolor.



Una brigada regresa al gueto después del trabajo.

Por las noches ya no estaba despierta, con los sentidos alerta escuchando cualquier ruido, ya no me imaginaba que iban a entrar armando ruido y a llevársenos. Los sentidos estaban agotados de seguir una y otra vez la misma oscura senda. Me dormía como un tronco, indiferente a todo lo que pasaba y podía pasar. Y precisamente en ese momento vinieron.

Una noche, a la una, oí que abajo llamaban a la puerta, que el casero abría, que hablaban en voz alta. Me levanté de un salto y me vestí en la oscuridad. Entonces subieron y aporrearon la puerta. No eran de la Gestapo... un policía lituano, pesado y esquinado como una viga, y otro de paisano. Que quién era, de qué nacionalidad, de qué religión, que dónde estaba mi marido, mis hijas. Entraron en la habitación. Gretchen estaba en la cama y no se movió. Me pidieron los papeles, pasaporte, certificado de bautismo. Abrieron los cajones de la mesa, el armario. El de paisano escribía lenta y minuciosamente: marido judío, hija comunista. Ni siquiera miraron a la pequeña, que dormía. Siguieron preguntando acerca de todo, escribieron, escribieron, se levantaron y se marcharon.

¿Qué significa esto? El casero confesó que agentes de la policía criminal habían ido a verle varias veces durante el día. Siempre las mismas preguntas. ¿Por qué a medianoche? No lo entendíamos, pero no estábamos alteradas. Gretchen yacía de cara a la pared. No dormía, había escuchado cada palabra.

En una ocasión una mujer vino a vernos. Que si yo era la madre de Marie Holzman. Le pedí que pasara. Estaba tan nerviosa; que si yo no tendría un cigarrillo. Entonces empezó a hablar. Había estado en la cárcel con Marie. Estuvo allí por haber abandonado a su esposo alemán y haber seguido a Kaunas a un judío, con el que había vivido muy feliz. En la cárcel, tenía una celda junto a la de Marie. Durante las salidas diarias, habían hecho amistad con rapidez. Se habían confiado mutuamente todas sus penas y se escribían cartitas de celda a celda.

El 28 de octubre, ambas fueron encerradas en una celda especial, junto con otra mujer judía. No esperaban nada bueno. La guardiana les había dicho: «Pobres, no podéis hacer nada». No durmieron, trataron de calmarse mutuamente. Por la mañana las sacaron al patio. Allí había ya muchas mujeres reunidas, sobre todo judías. Todas comprendieron que iba a ser su último viaje.

Entonces la narradora se dio cuenta de que el intérprete que mediaba entre los alemanes y los lituanos era un buen conocido suyo. Intercedió por ella ante los hombres de la Gestapo y volvieron a llevarla a su celda. No había podido hacer nada por Marie. «Salude a mi madre y a mi hermana pequeña, las quiero tanto»^[61].

La habían puesto en libertad una semana después, e iba a volver a Alemania. Sólo entonces había logrado decidirse a recorrer el difícil camino hasta mí.

La vida era un tormento insoportable. Lloramos amargamente durante días y noches. No había ningún consuelo, ningún alivio. Sólo la muerte puede calmar nuestro dolor. Enfermé, con fiebre alta. Luchaba con espantosas fantasías recurrentes. Siempre que la fiebre subía me sentía bien... más, más, más aún, y me sentiré del todo bien. Pero ya no subió más. La fiebre bajó y yo me hundí en una miserable apatía, un insípido malestar. El edredón pesaba sobre mí como el plomo y cada arruga me molestaba, me atormentaba.

En una ocasión soñé con un oscuro manantial en una gruta, que corría burbujeante sobre las piedras. Me incliné profundamente y busqué un zapato. Llevaba uno, pero no podía encontrar el segundo. El agua se lo ha llevado, pensé. Me incliné aún más y de pronto estaba en una profunda fosa, como una trinchera, y a ambos lados había personas apiladas. Una infinidad de muertos. Desperté y enseguida entendí el sombrío significado. Estaba tan conmovida que durante mucho tiempo me guardé de no tumbarme del mismo lado, para no volver a soñar lo mismo.

Los muertos me salían al paso con frecuencia en los sueños, y esa vida onírica impregnaba también los días. Aprendí a entender que en el ser humano pudiera despertar la fe en un reencuentro después de la muerte. Unos cuantos días, o unos cuantos años, y el tormento llegaría a su fin.

Luego volví a levantarme, anduve como un fantasma por la casa y vi que Gretchen estaba aún más pálida y tenía cercos azulados en torno a los ojos. Un análisis bacteriológico demostró que estaba muy anémica. Tomó hierro, pero no mejoró. El médico prescribió leche, mantequilla y sémola. Fui con la receta a la administración del seguro social para confirmarla. Tacharon de la receta la leche y la mantequilla. No había tanta como para dársela a los anémicos; era únicamente para los tuberculosos. Autorizaron cuatro dosis de un cuarto de kilo de sémola.

Gretchen, mi pequeña, vas a cumplir diecisiete años. «Esta niña debe vivir», había dicho el viejo consejero, y me prometí ayudarla más, cuidar mejor de ella, guiarla cuidadosamente hasta que llegara una nueva era. No dudábamos de que llegaría. No nos dejábamos deslumbrar por la arrogante conducta de los conquistadores. Precisamente esa conducta autocrática era sospechosa. Yo miraba por la calle los bestiales rostros de los pardos y veía en ellos algo de blando, de incapaz. El brutal paso de sus pesadas botas encubría su debilidad. Las fuertes nucas eran inmóviles, la firme mirada, insegura. Casi todos son bebedores. Temíamos su perverso fanatismo. «Asesinos», pensaba yo siempre que pasaba por delante de ellos.

El año tocaba a su fin. Habíamos enviado a Edwin y Lyda, al gueto, un paquete de Navidad con cosas ricas, además de cuatro gruesas velas rojas. «Hemos superado el día más negro, no dudéis, tened esperanza en el nuevo año, aguantad».

Una noche, en los primeros días de enero, vino a vernos un empleado del consejero general, con un compañero al que presentó como subdirector de la fábrica metalúrgica Neris. En la fábrica se necesitaba una taquimecanógrafa y traductora, y querían emplear a «Margarita». Sabían las dificultades que había en este caso, pero se superarían. El director y el subdirector la protegerían en la medida de sus fuerzas.

Al día siguiente Grete ocupó el puesto, y se quedó en él mientras estuvieron los alemanes... dos años y medio. El director tiró sencillamente a la papelera la declaración de plena condición aria exigida a los empleados y guardó silencio hasta el final ante los otros empleados. Ahora ella pasaba ocho o nueve horas diarias en el pequeño despacho de madera que había en el ancho patio, ante las naves de la fábrica. Los trabajadores eran pequeños burgueses y por tanto, naturalmente, antisemitas. La pequeña sufría, pero no dejaba que se le notase nada. Aguantó allí dos años y medio.

En los últimos días de diciembre había vuelto a hacer mucho frío. La esclavitud de los judíos se volvió aún más dura que en los días de lluvia. Edwin escribía que se

le habían congelado los pies. Le enviamos calcetines de lana, y el tierno poeta lituano Benediktas Rutkunas, que nos ayudó lealmente a sostener a los amigos comunes, trajo un par de toscos zapatos que había comprado en el mercado. En los últimos tiempos nos encontrábamos más a menudo al hermano de Lyda en la ciudad, y a través de él manteníamos una constante conexión con el gueto. Nos escribíamos pequeñas cartas, tan íntimas, tan tiernas como sólo se escriben en tiempos de miseria, cuando se pierde el pudor que normalmente oculta los afectos. Recogíamos y ahorrábamos durante toda la semana, y compartíamos fraternalmente lo que teníamos.

En Navidad, la hermana de Natacha, la señora Lyda Golubova, vino en trineo desde su finca de Kulautuva. Trajo grandes panes de pueblo redondos, queso blanco y una gran cesta de manzanas. En la cocina de esos ángeles prepararon montañas de bocadillos que metieron en una segunda cesta. Sin tardanza, cargadas con ella, las dos hermanas fueron al campo de prisioneros rusos de la calle Maironis.



La señora Lyda y alguno de los niños salvado en Kulautuva. De pie: Rosian Bagriansky, Fruma Vitkin (*Danute*), Vytukas Jagminas, Tania. En el centro: Lidija Fugalevic-Goluboviene (*La señora Lyda*) y Klaudija Šatunova. Delante: Liuda Šatunova, Mose Lafer (*Kolja*), Vitia Šatunov, Rima Šatunova.

No sólo estaba rigurosamente prohibido entrar allí, ni siquiera se podía caminar por el lado de la calle que lindaba con el campo. El guardia de la puerta se quedó tan perplejo ante la audacia con la que las dos mujeres pidieron entrar que no las echó, sino que comunicó el insólito caso a un oficial, que acudió a hablar con ellas en persona. Un intérprete le transmitió que traían bocadillos y manzanas como regalo de Navidad para los presos, y pedían que para festejar la santa fiesta del amor se hiciera una excepción y se aceptaran sus dádivas.

El oficial se dejó conmover y llamó a algunos prisioneros, que recibieron los donativos. Estaban felices con el inesperado regalo, y al borde de las lágrimas por poder cambiar unas cuantas palabras en ruso con las mujeres. Finalmente, las donantes también quisieron mostrar su agradecimiento al oficial, pero éste rechazó las manzanas y los cigarrillos e hizo que también repartieran entre los presos lo que le ofrecían, y lo mismo hizo el guardia de la puerta.

Las hermanas estaban tan contentas con el inesperado éxito de su inusual empresa y la humana conducta de los guardias, que corrieron a casa para llenar otra cesta de manzanas, que llevaron al hospital militar alemán.

Otra vez asombro porque las mujeres, que apenas hablaban unas pocas palabras en alemán, llevaran regalos de Navidad a los soldados. Las dejaron ir de cama en cama para repartirlos ellas mismas. Entonces, por azar, el mismo oficial alemán que había permitido la visita a los prisioneros rusos llegó al hospital. Encontró allí a las benefactoras, que repartían sus dones de amor sin hacer distinción entre naciones. Quedó profundamente conmovido y estrechó sus manos con gran cordialidad para expresar lo que el lenguaje no le dejaba.

Poco después de Navidad, los ángeles recibieron un nuevo huésped. El hermano de nuestra Lyda había huido del gueto con su esposa y una amiga suya. La huida había sido larga y minuciosamente preparada. Habían hecho que un hábil dibujante les falsificara los pasaportes en el gueto y venían con nombres nuevos como católicos, miembros [de la] religión «permitida». Se habían sacudido el yugo para arriesgarse a llevar una vida peligrosa y aventurera.

El hermano, Paul, al que muchos conocían en Kaunas, quería irse a Vilna. Su esposa se llamaba ahora Gabrielle, se había convertido en una francesa casada con un lituano y quería encontrar trabajo como profesora a domicilio. Regina, que había sido una antigua compañera de trabajo de Pawlascha, se quedaría con los ángeles. Nadie tenía una idea clara de cómo iban a hacer todo eso, pero estaban decididos a intentarlo. Antes, ya habíamos encontrado a menudo en casa de los ángeles judíos escapados de su esclavitud durante unas horas, que descansaban junto a esas amables y dulces mujeres. Por eso, no nos pareció inusual ver un día a Regina sentada junto al fuego. En cualquier caso, en ese momento no podíamos imaginar que pasaría allí dos años y medio, hasta que llegara la hora de la liberación.

El gran paso estaba dado. Las llamas de la chimenea iluminaban su seco rostro y enseguida se planteó la candente cuestión que siempre venía en primer lugar: ¿parece muy judía? ¿La reconocerán enseguida?

—En absoluto, hasta ahora yo ni siquiera lo sabía. He pensado que era usted rusa.

Sin embargo, Regina es llamativa. Su aspecto está, dentro de lo posible, alejado del mundo. Parece una sibila de Miguel Ángel, femenina y masculina a la vez, y se distingue así de esas damiselas que parecen salidas por docenas de una tienda de

confección. Ningún disfraz, ningún pañuelo campesino en la cabeza evitará que la reconozcan por la calle. Los ángeles resplandecen de bondad, entrega, disponibilidad al sacrificio. La casita es de las Natachas, pero al otro lado de la fina pared de la habitación empieza la propiedad de su hermana^[62], que vive allí con su esposo e hijos y a aquél no le gustan nada tales experimentos.

—Con amor se puede superar todo —dice Natacha, con tal seriedad, que esa palabra no suena banal, como en boca de otros.

Primera preocupación: ¿cómo conseguir una cartilla de racionamiento? No por las escasas raciones, sino como certificado de residencia. Algún buen conocido tiene un buen conocido que trabaja en la oficina que emite las cartillas, pero al que no puede contarse para quién se necesita. Pasan semanas antes de lograr una. Ahora ya puede ir tranquilamente a inscribirse ante la policía.

Pronto se añaden nuevas preocupaciones, la necesidad de trabajar. Todo el mundo tiene que inscribirse en la oficina de trabajo. El que no tiene trabajo es deportado al Reich. Natacha logra inscribir a Regina como aprendiz en una sastrería. En otra ocasión, hay que presentarse en persona ante no sé qué oficina. Nuevas fintas. Conseguimos un certificado médico que disculpe la incomparecencia. Luego vienen controles policiales y de la inspección de trabajo, y en cada ocasión temblamos y tememos. Poco a poco adquirimos experiencia. Regina sólo ha sido un caso entre muchos, y un pequeño círculo de conjurados aconseja y aporta ayuda mutua.

En la habitación de Ludmila había un día una niña de unos seis años, de largos cabellos castaño claro, una descarada y puntiaguda naricilla y ojos oscuros. Hablaba ruso, pero se le notaba un acento extraño. Le hablé en lituano y respondió sólo a trompicones. En alemán, y fue sobre ruedas. Pero no tenía ninguna respuesta para las preguntas: ¿quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes?

Enseguida di con la pista correcta, porque se parecía a mi Lyda. Es la hija de su hermano. La pequeña Rosian se llama Ira desde hoy. La valerosa Bronia la ha pasado por entre el alambre de espino y ahora está aquí, y aún no sabemos dónde alojarla. «Esta niña debe vivir»; trasladé las palabras del viejo consejero al pequeño ser que tenía delante. Pero ella no quería saber nada de esa mujer desconocida, y Regina y los ángeles tuvieron que convencerla durante largo tiempo antes de que me diera la manita y viniera conmigo.

Temblaba ante cada inofensivo soldado alemán, e imitaba sus ásperas voces de tal modo que engañaba: «Vamos, hombre, adelante, más deprisa, más deprisa, o te daré en los dientes». La pequeña Ira no parecía judía, y hablaba un puro y hermoso alemán. Pero curiosamente, cuando entré con ella en una tienda la gente cuchicheó y preguntó desafiante desde cuándo tenía una hija tan pequeña. Al cabo de una semana, la señora Lyda vino en trineo y se llevó a la niña a su finca. Conmigo no estaba segura.

Los padres no lograron encontrar acomodo tan deprisa. Paul fue reconocido enseguida en Vilna como judío. No le quedó más remedio que buscar refugio temporalmente en el gueto. Gabrielle respondió a un anuncio en el periódico y encontró un puesto de ama de llaves y preceptora en una gran finca en provincias. Allí daba clase de música, gimnasia, alemán y francés a dos niños pequeños, y como además se encargaba del jardín, todo el mundo la llamaba «la bella jardinera». Representaba su papel con tanto desparpajo y convicción que nadie sospechó quién era en realidad. Coqueteaba con los vecinos y con los soldados que se alojaban allí. Pero albergaba en su corazón una loca añoranza de su hija, de su propia y natural vida, y sus cartas cautelosamente redactadas —nunca se podía saber en qué manos iban a caer— eran una mezcla de gusto por la aventura y ardiente nostalgia.

Lyda y Edwin aún se habían quedado más solos. Nuestro contacto regular con ellos se había interrumpido desde que su hermano Paul ya no estaba. Sabíamos que les iba peor que nunca. El control en la puerta del gueto se había endurecido. Cada cual estaba contento de poder pasar algo para sí y nadie estaba dispuesto a llevar nada a nuestros amigos.

En otoño, delante de la cárcel, una joven rubia se había dirigido a mí:

—¿No me reconoce? Fui alumna suya en el Liceo Alemán. Emmi Wagner. Mi familia se ha apartado de mí porque me casé con un Lifschitz. Pero en la familia de mi marido me han acogido como a una hija.

Ahora vivía completamente sola, pero apenas pasaba un día sin que estableciera contacto con su esposo. Trabajaba a menudo en la ciudad. Ella sobornaba a su jefe de brigada y le llevaba comida. A menudo, él lograba escaparse de su brigada en la oscuridad de la noche y quedarse con ella en su casa hasta el día siguiente. Ella conocía a todos los guardias del gueto y a la policía.

En una ocasión vino a mí corriendo para decirme que le cosiera rápido en el abrigo una estrella de David: quería ir al gueto en un transbordador que transportaba leña. Se llevó patatas, verdura, manteca y medicamentos. Tuvo en cuenta los pequeños deseos de sus suegros y llevó tabaco e hilo de zurcir. Lo llevamos todo juntas al puerto del Niemen. Allí esperaba el transbordador y lo escondimos todo apresuradamente bajo la leña.

Pasó días en el gueto y luego se disculpó en su oficina alegando un viaje imprevisto al campo. En la Organización Todt^[63], donde estaba empleada como taquimecanógrafa, nadie sospechaba de la doble vida de la «señorita» Emmi. No le importaba decir «Heil Hitler» cien veces al día y escuchar sin pestañear las peores manifestaciones antisemitas de sus compañeros. Pero si a veces yo iba a visitarla a su oficina me enseñaba con sonrisa pícaro los tesoros que había recopilado en el cajón de su escritorio para su próximo viaje al gueto, y me contaba en susurros cuánto se habían alegrado su marido y sus suegros cuando les sorprendió con ellos.

Había alquilado un cuarto de su gran casa a un policía lituano que a menudo servía en la guardia del gueto y que estaba dispuesto a hacer cualquier servicio, como

un conjurado. Traía y llevaba cartas y paquetitos, y bajo su protección Emmi podía cruzar las puertas sin ser reconocida. En el gueto ya la conocían y todos la querían. Otros miraban a esa «loca» con desconfianza. La consideraban una espía y advertían al marido. En cada ocasión, ella tenía en cuenta también a los vecinos, les llevaba cigarrillos o manzanas para los niños.

En una ocasión, fue sorprendida por un policía alemán cuando estaba levantando la alambrada para salir. Se hizo la tonta. Era de provincias, se había extraviado en la oscuridad y no podía encontrar el camino a la ciudad. Cabe dudar que la creyera. Probablemente le conmovió su agradable presencia y la dejó ir. En algunas épocas venía casi a diario a vernos, pasaba la noche con nosotras. Luego tardaba semanas en venir, decía que iba a venir y no venía, y en cada una de esas ocasiones yo tenía el gran temor de que la hubieran cogido.

Estaba como loca. Su mente elaboraba sin cesar nuevos planes para salvar el abismo abierto entre su esposo y ella. Acudió a las más altas personalidades para lograr que hicieran una excepción con ella y le dejaran a él vivir en la ciudad. La amenazaron diciendo que interceder por un judío no sólo era una vergüenza para una mujer alemana, sino también objeto de grave sanción. Ella no se dejó intimidar. Valoraba a las personas únicamente por su actitud ante la cuestión judía. Cualquier antisemita le era odioso, cualquier amigo de los judíos era también su amigo.

Conocía sin cesar nuevas personas que podía emplear en su tarea: una monja, su antigua chica de servicio, partisanos, soldados alemanes... no podían por menos de ayudarla, sobre todo a conseguir alimentos, que en la ciudad escaseaban y eran caros. Muchos la explotaban, se hacían pagar bien por sus servicios y desaparecían después. Vendió su hermoso abrigo de piel y pronto su habitación estuvo completamente desnuda. Desaparecieron un mueble tras otro. Era frecuente que pasara mucho tiempo sin comer nada caliente, porque podía encontrarse con su marido precisamente durante la pausa laboral para la comida.

A principios del nuevo año, encontró una compañera igual a ella en disponibilidad a prestar ayuda y que la superaba en ansias de aventura. Yo ya conocía a Dora Kaplan, una llamativa alemana, rubia platino, alta, rodeada siempre por dos perros y un montón de hombres, casi siempre judíos.

Su esposo era uno de los muchos que habían desaparecido justo al comienzo de la guerra. No había abandonado la esperanza de volver a encontrarlo y se había trasladado al gueto de forma voluntaria y completamente sola para esperarle allí. No quiso acceder a un divorcio formal. Protestó expresamente contra semejante pretensión. En el gueto, se identificaba por entero con los judíos. Por otra parte, era tan llamativa, destacaba de tal modo de su entorno, que se la reconocía de inmediato como alemana. Estaba dispuesta a ayudar a todo el mundo y tenía muchos amigos. La admiraban, y por otra parte desconfiaban de ella aún más que de la dulce Emmi. En

enero, me la encontré en la ciudad. Estaba a punto de dejar el gueto. Había hecho que su madre le enviara desde Königsberg un certificado de plena condición aria y obtenido el permiso para trasladarse a la ciudad. Había hecho amistad con Emmi en el gueto. Las dos mujeres, de aspecto tan marcadamente alemán, que sólo vivían para los judíos y siempre les calificaban de «nuestra gente», pegaban entre sí a las mil maravillas.

Emmi ayudó a Dolly en el traslado. Alquilaron un trineo, mostraron a la guardia un papel afirmando que era el permiso oficial para la mudanza y entraron así en el gueto para asombro de los judíos, cargaron y estuvieron entrando y saliendo hasta llevarse todas las propiedades de Dolly, incluso a su malcriado perro.

Este golpe de mano despertó expectación. Ahora parecía completamente claro que ambas eran agentes de la policía. Dolly había alquilado un cuartito trasero en una vieja casita de madera. Era frío y carente de sol, pero ella lo llenaba con su burbujeante vitalidad y sus muchos objetos. Se había traído un montón de cosas para cambiarlas por productos^[64] en la ciudad. Su único pensamiento era que afuera podía hacer más por los judíos que «en el pueblo». Ése era el vocablo que empleábamos en nuestro lenguaje secreto, igual que sólo llamábamos «los héroes» a los habitantes del pueblo.

Dolly aún no llevaba dos semanas en la ciudad cuando su casera me dijo, misteriosa:

—Quiero decírselo sólo a usted, porque es amiga suya... Esta mañana, temprano, vino un coche de policía. La señora Kaplan tuvo que vestirse y se la llevaron. Ella quería llevarse al perro a toda costa, pero no se lo permitieron. Me encargó que le dijera que fuera usted a ver al mayor X^[65]. Que él podría hacer algo por ella.

Se me aflojaron las rodillas, pero pensé que no podía perder ni un segundo. No sabía dónde encontrar al mayor X, y corrí a la oficina de Emmi para comunicarle la espantosa noticia. Cuando subía sin aliento la escalera, vi a Dolly y Emmi sentadas en el banco de la antesala, radiantes. Después de un saludo entusiasta, Dolly me contó que les había gustado mucho a los caballeros de la Gestapo, que le habían perdonado la mudanza ilegal y que Rauca quería conocer más a «la mujer que se ha trasladado voluntariamente al gueto» y la había invitado el día siguiente. Luego la habían puesto en libertad, no sin advertirla severamente contra todo contacto con el otro lado del puente del Vilija.

—¡Y qué me van a hacer!

Esa frase favorita de Dolly volvía a venir magníficamente a cuento. No ocultó su contacto con Rauca, y en las semanas siguientes les contó a todos sus amigos que le habían encargado, bajo el sello de la mayor discreción, prestar servicios secretos para la policía.

¿Podrían aprovecharse esas relaciones a favor de mis Geist? Quizás ella podría decir a Rauca que Edwin Geist gozaba de muy buena reputación en los círculos musicales alemanes, que sus obras habían sido estrenadas en distintos lugares y que se le consideraba uno de los compositores modernos más importantes.



El compositor Edwin Geist.



Lyda Geist.

Sorprendentemente, Dora no recibió una respuesta negativa. Indagarían en Berlín acerca de él. Al cabo de una semana, Geist fue llamado a la sede de la Gestapo e interrogado a fondo. Había la posibilidad de dejarlo salir del gueto, en tanto que medio ario, si se divorciaba de su mujer y, naturalmente, interrumpía todo contacto con ella. Él lo prometió todo sin pensar. Por el momento, sólo quería ser libre. Sufría más que todos los demás por la vida en el gueto. En tanto que berlinés de pura cepa, cuyo padre judío había muerto pronto y que había crecido con su madre y su tía en un ambiente burgués típicamente alemán, se sentía completamente perdido allí. En tanto que auténtico artista, sólo encontraba el equilibrio espiritual en las horas productivas, y exigía con ingenuo egoísmo que su entorno lo tuviera en cuenta. Naturalmente, en

tales circunstancias nadie tenía la menor comprensión por ello, aunque le quisieran y se notara que no era una persona corriente.

Como era completamente incapaz de especular, le iba mal. Vivía con su esposa y «tía Emma», una hermana de la madre de Lyda, en la mitad de una habitación. La otra la ocupaba el psiquiatra profesor Dr. Lazerson con su familia. A Lazerson también le iba muy mal. Sus antiguos compañeros de la universidad recolectaban de vez en cuando algo de dinero para él. Era un signo de compañerismo, pero demasiado poco como para facilitarle la vida.

Ni Geist ni Lazerson podían comprar leña. Pasaron todo el duro invierno en una habitación sin calefacción. La humedad rezumaba de las paredes, no había ventilación que mejorase el aire viciado y enmohecido. En la habitación que servía de cocina se quemaban ahorrativamente unas pocas virutas para hacerla comida. A veces no tenían otra cosa que comer que peladuras de patata tostadas con malta. En los últimos tiempos, nuestros envíos eran desiguales. Faltaba el antiguo contacto y a veces nosotras tampoco teníamos nada. Al menos podíamos ocuparnos de que tuvieran ropa caliente, enviábamos ropa interior, calcetines, guantes, porque era más fácil encontrar alguien que transportara cosas de ese estilo.

Después de la citación de Geist, durante algunas semanas no pasó nada. Yo no creía que fuera a pasar nada, pero Dolly estaba completamente segura:

—Hago lo que quiero con Rauca. Sólo tiene que cubrirse las espaldas mediante algunas formalidades.

Las cartas de Lyda en aquella época eran conmovedoras. Deseaba ardientemente que Edwin saliera libre y por otra parte su propia vida le resultaba inimaginable sin su esposo. Estaba decidida a sacrificarse, y sólo pensaba en facilitarle la separación.

Entretanto, algunos otros habían abandonado el gueto. A principios de enero, una tarde, vinieron a vernos dos mujeres jóvenes. Nos dimos cuenta enseguida de dónde venían, no tanto por los rasgos como por la inseguridad con la que entraron. Traían saludos de los ancianos Zinghaus, que les habían dado nuestra dirección y, a pesar de su miseria, se mantenían asombrosamente bien en el gueto.



Sofía Binkiene, la señora Binkis.

Una lituana, la señora Binkis^[66], que vivía sola con sus hijas, había acogido temporalmente [a las dos jóvenes] y ahora se esforzaban por obtener documentos falsos y conseguir un lugar a donde ir en el campo. La primera cuestión, ay, tan candente: ¿parecían muy judías? ¿Las reconocerían de inmediato?

En general, aquí se presta más atención al acento que a la fisonomía, y en ese sentido se defendían bien. Beba era de Riga y hablaba un ruso puro e instruido. Sonja había ido a un instituto lituano, y su pronunciación en nada se diferenciaba de la de un «auténtico» lituano. En todo caso, la expresión y el perfil revelaban su raza, pero sus espesos cabellos rubios y sus ojos azulados difuminaban esa impresión, y nos pareció que, especialmente si se vestía como hoy con un grueso tocado de lana, podía muy bien pasar por lituana.

Beba era morena, pero no tenía nada típicamente judío. A pesar de que iba muy tapada, se le veía la elegancia natural. No hubiera servido de nada disfrazarla de campesina. Ahora que se había puesto un pañuelo en la cabeza parecía, con esos ojos grises y trágicos, una Mater Dolorosa de El Greco.

Habían pasado el examen. Por el momento, no teníamos nada que sugerirles. Nos citamos para una de las noches siguientes. La siguiente vez ya venían como viejas amigas, y estuvieron hablándonos toda la noche de la inconcebible desgracia que habían sufrido y de la que ahora querían salvarse.

Las dos se habían casado jóvenes y ahora habían perdido a sus maridos. Se habían aferrado la una a la otra en las horas más bajas de la desgracia. Se apoyaban y consolaban mutuamente, y habían dado juntas el salto sin mirar previamente si encontrarían tierra firme en la que apoyarse. Beba cuenta:

Algunos meses antes de empezar la guerra, habíamos venido de Jonischkis a Kaunas y yo vivía con mi marido en una habitación del hotel Noblesse, en la avenida Laisves. La primera noche de la guerra, todos los ocupantes del hotel la pasamos juntos en el refugio antiaéreo. Durante la segunda, la actitud de los «arios» hacia los judíos se había vuelto tan amenazadora que el martes por la mañana decidimos dejar el hotel e ir a casa de nuestros amigos los Wulff-Lurje, en la calle Kestucio. Llevábamos una maletita cada uno, el dinero y los objetos de valor.

Pronto tuvimos que dejar las habitaciones que daban a la calle, porque disparaban sin cesar contra las ventanas. Creíamos que se luchaba en las calles. Por aquel entonces, aún no se nos pasaba por la cabeza que se tratase de excesos antisemitas. Pronto dispararon también a las habitaciones interiores desde el patio. El portero vino a decirnos que todos los habitantes judíos de la casa habían sido detenidos. Con Wulff-Lurje, que gozaba de mucho prestigio entre los lituanos —era el único juez de instrucción judío del país— se había hecho una excepción. Estuvimos toda la noche tumbados al pie de las ventanas para protegernos de los disparos.

Por la mañana, oímos en la radio que se prohibía a los judíos salir de las habitaciones de sus hoteles. Al mismo tiempo llegó el famoso anuncio: «¡Cien judíos por cada alemán!». Me acordé de que tenía un manuscrito antifascista en una maleta, y decidí regresar al hotel para destruirlo. Mi marido no quería dejarme ir. Todavía lo veo ante mí, sentado en un sillón en la habitacioncita de las niñas, mirándome largamente en silencio. En aquel momento, yo no sospechaba que sus ojos se posaban en mí por última vez.

Por la calle, se llevaban a judíos solos y en grupos. Vi cómo disparaban a sus ventanas y luego asaltaban las viviendas afirmando que los judíos habían disparado sobre los soldados alemanes. Para evitar que me pidieran el pasaporte, yo me acercaba a todos los partisanos y les preguntaba en ruso: «¿Puedo ir a mi casa?». «Pase». Así llegué al hotel. También pregunté al guardia que estaba ante él. En ese

momento pasó un camión lleno de hombres armados y me estremecí. El guardia debió de darse cuenta. Exigió mi identificación:

—Ajá, judía. ¡Venga conmigo!

Pedí, imploré, le ofrecí grandes sumas de dinero... No se dejó ablandar:

—Primero tenemos que comprobar que no es usted comunista.

Fui llevada al patio del edificio de la policía. Allí había cientos de judíos, todos ellos de pie cara a la pared. Así estuvieron todo el día, hasta el anochecer.

Beba calló, pero mis pensamientos se quedaron pegados a esa imagen de horror. Así pusieron también a mi marido y mi Marie. Exactamente así fue también el preludio de nuestra tragedia. Así aniquiló en aquel funesto momento la diabólica locura del Führer alemán, que la chusma ha acogido con tanto gusto, a miles de familias... buenas, malas, nobles y corrientes, pero en cualquier caso absolutamente inocentes. Y una y otra vez asfixia la pregunta: ¿Cómo pudo ser? Son alemanes, nuestra propia gente, nosotros mismos. Nos aniquilamos a nosotros mismos, nos trituramos en rabiosa autodestrucción. El mundo nunca ha visto tal locura. Beba siguió hablando:

No di descanso al hombre que me había llevado allí, exigí ser interrogada inmediatamente.

—Bien, ¡venga conmigo!

Y me llevó, bajando una escalera, a un calabozo en el sótano del edificio de la policía. Estaba tan oscuro que no podía ver nada. Al principio creí que estaba sola. Pero pronto escuché gemidos y lamentos. En ese calabozo, además de mí, había otras seis mujeres. Estaban sentadas en el suelo, casi inmóviles, pero yo no quería rendirme. Grité, golpeé la puerta, sin éxito alguno.

Por la noche, hacia las diez, nos llevaron a todas a un cuarto anexo. Allí, un funcionario de policía nos preguntó cuánto dinero teníamos. Yo llevaba conmigo una suma bastante grande. Me dejó una pequeña parte y me quitó lo demás. Luego fuimos cargadas con muchas otras en un camión y llevadas a la cárcel. Estaba tan agotada que me dormí enseguida.

Sin embargo, [cuando] al amanecer abrí los ojos me vi abrumada por una espantosa estampa. Todo estaba gris de suciedad. Sacos grises sobre los que yacían unas cincuenta mujeres, presas todas ellas de una inconsolable desesperación. Llegó la mañana y nos trajeron un agua tibia en la que flotaban cortezas de pan. Nos dieron además un mendrugo. Ninguna posibilidad de lavarse o peinarse. Nos llevaban al baño, a todas juntas, sólo una vez al día. Como se puede imaginar, reinaba la mayor suciedad. A mediodía y por la noche había una sopa clara, hecha a base de col agria del año anterior, medio podrida. Durante los primeros días, muchas no comieron nada. Poco a poco, el hambre se fue conformando con cualquier cosa.

Varias veces al día venían a nuestra celda soldados alemanes a ver a las «judías». Como estábamos completamente sucias, desgredadas, les servíamos, en nuestra miseria, de la mayor diversión. Se partían de risa.

—Así que éste es el aspecto de esta chusma. Bellas damas, ¡brrr, qué porquería!

Algunos enmudecían ante la conmovedora visión. Pero sólo eran casos aislados.

Al cabo de algunos días nos distribuyeron por otras celdas, siempre alrededor de diez mujeres en cada una, de manera que siempre estábamos con distintas compañeras. Pero ya el primer día conocía Sonia. Era más fuerte que yo, y me alentó en mi desesperación.

Al día siguiente fui a parar a una celda en la que había una muchacha que, a diferencia de nosotras que estábamos desesperadas, era alegre e incluso chistosa, y alentaba a todas las demás con su buen ánimo. Se llamaba Nunia Rein. Cuando le hablé de Sonia, que había ido a parar a otra celda, dijo que era su mejor amiga. En los días siguientes, conseguimos ir a parar a una misma celda, y desde ese momento soportamos en estrecha compañía la larga cadena de sufrimientos que tan sólo acababa de empezar.

Estuvimos siete días en la cárcel. Durante ese tiempo, no sólo no pudimos cambiarnos de ropa... no teníamos ninguna posibilidad de lavarnos. El aire en los angostos locales era espantoso. Hacía un calor agobiante, y todas estábamos empapadas de sudor. Y todos los días nuestra visión servía de diversión a los soldados, a los que nos mostraban como animales repugnantes pero dignos de ver. Entraban en nuestra jaula, manifestaban su repugnancia y volvían a irse satisfechos.

Al principio, también había muchas lituanas entre nosotras. En los últimos tiempos separaron a las «católicas» de las demás. De pronto, me di cuenta de que el viernes anterior había pasado con mi marido por delante de allí y le había preguntado qué clase de edificio sería ése. Estaba asombrada de que la cárcel estuviera en mitad de la ciudad. En realidad, todo el mundo debería pasar por la cárcel alguna vez, dije frívolamente. Desde entonces habían pasado cuatro días.

Por las noches oíamos gemidos, gritos y ásperas voces que daban órdenes. Muchas mujeres creían reconocer las voces de sus maridos, hermanos, hijos. Se oía cómo empujaban a los hombres a golpes, y nos retorcíamos las manos con impotente desesperación.

Al principio, los días y las noches pasaban en uniforme tormento. Al tercer día, nos dijeron que quien quisiera podía apuntarse para trabajar. Nos apuntamos enseguida. En la cocina pelábamos patatas, llevábamos las ollas de comida a la sección de hombres y, a veces, funcionarios compasivos nos daban un bocado extra. No teníamos ocasión alguna de hablar con los hombres, pero nos llegaban algunas noticias suyas, ninguna buena. Todos los días se llevaban a cientos de ellos y corrían los más espantosos rumores. Por aquel entonces, aún no podíamos creer que la realidad los superaría.

En una ocasión en que barríamos el patio de la cárcel, Nunia me apretó de pronto la mano. Había reconocido en el partisano de la torre de vigilancia a un buen amigo, y también él la había visto ya y le arrojaba un paquetito de cigarrillos. Se entendieron cautelosamente por señas, para que ningún funcionario lo advirtiera. Él le indicó un lugar para que dejase una carta. Nunia escribió a toda prisa unas pocas líneas a su madre. Según supo después, se las habían hecho llegar.

Ese partisano era, como muchos otros, presa de la desdichada locura de que todos los judíos eran una plaga para la humanidad que había que erradicar por todos los medios... a excepción de los pocos a los que él conocía personalmente, que eran todos excelentes personas.

Gretchen y yo preguntamos dónde estaba Nunia ahora. Seguía en el gueto. Pero esperaban que también pudiese huir pronto de allí. Beba y Sonja se turnaban para contar, se complementaban, se recordaban detalles la una a la otra. Al principio, Sonja se había contenido porque no hablaba bien el alemán. Le pedimos que hablara en lituano. Tenía una cara muy expresiva y un lenguaje muy gráfico, pero las dos sufrían de tal modo al volver a traer a la memoria las espantosas imágenes del pasado que estaban completamente agotadas. Nos citamos para otra velada. Desde entonces vinieron a menudo, y en cada ocasión hablábamos de nuestras inconcebibles y espantosas experiencias.

En aquella ocasión habían estado diez días en la cárcel. Al final, habían metido a doce en una habitación diminuta en la que estaban apretujadas como arenques sobre sus sucios sacos, y se habían vuelto indiferentes al escarnio de los soldados. Al undécimo día, todas las mujeres fueron cargadas en grupos en autobuses y se las llevaron. Los autobuses regresaban cada veinte minutos y se embutía en ellos un nuevo grupo. Las que quedaban no supieron el destino del siniestro viaje hasta que les tocó el turno. Sonja:

Subimos por el Grüne Berg hasta el Fuerte VII. En el patio había ya miles de mujeres, y en las colinas detrás de los cuarteles vimos algo tendido inmóvil bajo un sol estridente. No nos dimos cuenta enseguida de lo que significaba, hasta que advertimos que eran los hombres... nuestros hombres.

No hacían más que traer grupos nuevos. Traían carros enteros. Judíos atrapados en la carretera que habían intentado huir de la ciudad. Enseguida separaban a los hombres. A los niños, chiquillos de hasta doce años, los dejaban con las mujeres. Pasamos horas bajo el ardiente sol. Por la tarde sonó una orden: todas las mujeres deben entrar en los cuarteles.

Los cuarteles eran demasiado angostos para acogernos a todas. Había un lastimoso griterío y empujones. Todo el mundo se había traído de los carros lo que había podido. Se arrancaban de las manos mantas, cojines, prendas de vestir. El suelo de los cuarteles estaba indescritiblemente sucio. No había sacos ni paja, sólo

los duros tablones y, a lo largo de los muros, estrechos bancos. Cada cual intentó acomodarse lo mejor que pudo, y ya estábamos empezando a tranquilizarnos un poco cuando ocurrió lo más espantoso de todo.

Entraron partisanos, desfigurados como bestias por la embriaguez. Alumbraron con linternas a las yacentes y escogieron a las que les gustaron. Las muchachas se resistieron, lloraron e imploraron. De nada sirvió. Fueron arrastradas afuera, y luego oímos en el cuarto de al lado sus gritos de dolor y desesperación. Éramos presas de un terrorífico pánico. Las chicas se escondían entre las mujeres mayores, pero las bestias volvían una y otra vez. Las linternas olfateaban entre las que temblaban de miedo, y se escogían sin piedad nuevas víctimas que se resistían, se lamentaban, imploraban clemencia y eran arrancadas de los brazos de sus madres, que gemían de impotencia.

Esos monstruos mataron después de su fechoría a unas veinticinco mujeres y muchachas, entre ellas la joven doctora Ka., y otras regresaron tambaleándose. Entre ellas estaban las dos encantadoras jóvenes Garfunkel. Una joven me dijo al día siguiente: «Tres de esos demonios abusaron de mí bestialmente, y sin embargo tengo que seguir viviendo, porque él todavía me necesita». Y al decir eso señalaba a su hijo de tres años. La noche siguiente se repitió lo mismo. Las puertas estaban cerradas, no había ninguna posibilidad de escapar.

Durante el día nos dejaban salir al patio. Estábamos constantemente bajo rigurosa vigilancia. Aun así medíamos con los ojos las colinas circundantes, con sus hermosos y altos árboles, para ver si ofrecían una posibilidad de huir. De hecho, algunas consiguieron sobornar a los guardias y escapar.

Trajeran ollas y cocinamos una sopa. Sólo había agua para cocinar, ninguna posibilidad de lavarse, ninguna letrina para las necesidades naturales. Para eso había que ir a unos matorrales detrás de los cuarteles, lo que con varios miles de personas, entre ellas muchos niños de todas las edades, suponía, como es natural, un continuo desfile. Allí había soldados alemanes, que se daban el repugnante placer de contemplar esas tareas y hacer sus sarcásticas observaciones. Me acuerdo bien de un oficial de guantes blancos que, con los ojos entrecerrados y la boca apretada, estaba allí de pie ininterrumpidamente y no podía apartarse del espectáculo. Su gran perro estaba a su lado, como hechizado por el mismo placer perverso.

También a los cuarteles venían soldados y hacían, exactamente igual que en la cárcel, sus glosas acerca de las sucias y repugnantes mujeres judías. También aquí, como en la cárcel, por lo primero que nos preguntaron fue por el dinero y las joyas.

—Quien oculte algo —amenazaron— será fusilada, y todas las que estén con ella.

También hacían botín por cuenta propia. Nosotras se lo dimos todo, pero otras se arriesgaron a esconder y conservar sus objetos de valor: relojes, anillos.

Para negociar con el comandante del fuerte se eligió a la doctora Eppel. Esta médica, que hablaba muchas lenguas e intervino con mucha habilidad e inteligencia, logró del comandante que en las noches siguientes cesaran las espantosas visitas de

los borrachos. A cambio, los alemanes se permitían de día otras bromas brutales. En una ocasión dieron la orden:

—Id rápido al otro lado del patio. Allí van a repartir pan blanco [y] bombones para los niños. Pero deprisa. Sólo la que se apresure recibirá algo.

Todas corrieron por el patio, crédulas, sucias, despeinadas, desfiguradas por el hambre y el sufrimiento. Allí habían puesto cámaras de cine, que captaron la grotesca imagen. Ni rastro de buena comida. Las rechazaron a todas entre risas de escarnio y los celosos cámaras también immortalizaron esa triste retirada de las estafadas.

Al tercer día, vimos de lejos a un grupo de hombres que traía agua del pozo, y de pronto reconocía mi marido. Traté de hacerle señas, pero no miró hacia donde yo estaba. Le pedí tan apasionadamente al guardia que me dejara ir con él que se dejó ablandar hasta acompañarme. Ese reencuentro, el único y último, fue tan conmovedor que hasta los toscos guardias sollozaron con nosotros.

Sonja lloró amargamente al contarlo, y nosotros lloramos con ella y por nuestra propia desgracia. Había sido detenida el segundo día de la guerra por uno de sus antiguos compañeros en un consorcio, un tal Podzius, que estaba bajo sus órdenes; ese hombre vanidoso e insignificante sufría por que su superior fuera una mujer, y además una judía. Ahora había llegado su gran momento. Había entrado en su casa con el brazalete de los partisanos y había llevado a la policía, con burlona satisfacción, a su jefa y al marido de ésta.

Beba también se había enterado de que su marido estaba en el fuerte. Vio al director de la filial de Shell, un buen conocido de ella. Empujaba una pesada carretilla a través del patio, con gran esfuerzo y profundamente encorvado. Al pasar, dijo en voz baja, sin que los guardias se dieran cuenta:

—Él está aquí.

Beba dijo, también en voz baja:

—Salúdele.

Eso fue todo.

Esa noche no nos contaron nada más. Nos abrazamos, profundamente unidas por el destino común.

Al tercer día, algunos niños que hasta entonces habían estado con los hombres fueron enviados con las mujeres. A través de ellos, las mujeres supieron lo que había ocurrido entretanto con los hombres. Ya habíamos oído hablar de esas monstruosidades por distintas fuentes. Humillaciones y torturas. Todos los hombres tenían que tumbarse inmóviles en el suelo durante horas, bajo el ardiente sol. El que se movía era fusilado. Un hombre se volvió loco. Se puso en pie de un salto y empezó a gritar. No sólo le dispararon a él, sino a todos los que estaban tumbados a su alrededor.

Luego tenían que hacer ejercicios, correr a cuatro patas, hacer flexiones hasta caer rendidos. Asistían a eso gentes de las SS, que se burlaban, se reían y competían con los partisanos lituanos en incubar nuevas monstruosidades. Todos estaban borrachos e inventaban sin cesar cualquier pretexto para ejecutar a distintos individuos. O disparaban sin ningún pretexto sobre la multitud, al azar. Otros tenían que cavar las fosas para enterrar a los muertos, y después también eran abatidos a tiros.

Un día, cuando su número ya había disminuido mucho, apareció Bobelis, el comandante del Fuerte IX^[67]. Por intercesión suya, sesenta y nueve hombres que hacía veinte años, cuando se instauró el Estado lituano, habían formado parte de los llamados «combatientes de la libertad» fueron separados de los otros. Al día siguiente los llevaron a la cárcel de Kaunas. Cuando se creó el gueto, los enviaron allí. También algunos otros consiguieron salir libres gracias a sus contactos. Todos los demás fueron ejecutados. Sonja y Beba:

Nos tuvieron cuatro días en el Fuerte VII. Al quinto, todas las mujeres, unas dos mil, fuimos llevadas al Fuerte IX. La marcha empezó a las cuatro de la mañana. Se nos dijo que allí estaríamos mucho mejor, pero desconfiábamos de las promesas.

El largo camino, montaña abajo, a lo largo del río, sobre el puente del Vilija y, pasado Vilijampole, otra vez montaña arriba, fue infinitamente trabajoso. Teníamos que llevar por turnos a algunas enfermas. Los niños lloraban y ya no podían más, y los guardias que nos acompañaban nos acosaban sin cesar: «Más deprisa, más deprisa». Cuando pasamos por las afueras de la ciudad, sus habitantes estaban mirando y se burlaron de las miserables con palabras soeces.

El Fuerte IX está rodeado por un alto muro de ladrillo. No cabe pensar en huir. El patio es pequeño, las casamatas [son] como una cárcel. Grandes espacios estrechos con catres unos encima de otros. La canalización estaba destruida, no había agua corriente, ni un pozo. El agua para cocinar se traía de fuera, no había posibilidad de lavarse. Las letrinas estaban tan sucias que había que pisar los excrementos.

Lo peor eran los piojos. Pasábamos horas ocupadas en quitarlos de los vestidos y de la ropa interior. Nos examinábamos unas a otras. En los sucios sacos que nos servían de lecho encontramos cientos de esos bichos blancuzcos.

En medio de esa suciedad dos mujeres dieron a luz. La doctora Eppel había dispuesto una pequeña estancia como paritorio. Ayudó al parto lo mejor que pudo, sin higiene alguna, incluso sin agua. Una mujer y un niño murieron, los otros dos siguieron con vida. Una anciana estaba sentada, moribunda, en el umbral de la puerta. Nadie se fijó en ella hasta que se desplomó muerta.

Nos ofrecimos a ayudar en la cocina. El personal del fuerte se portó amablemente con nosotras. Allí no había partisanos. Pero el comandante amenazaba todos los días: «Mañana vamos a fusilaros a todas». Al tercer día llegó, totalmente inesperada, la orden:

—Iros al infierno, sois libres. Pero salid sólo en pequeños grupos, de manera que no arméis alboroto^[68].

Cuando salieron las primeras, escuchamos temerosas a ver si sonaban disparos. Pero todo siguió tranquilo. Por fin nos tocó el turno también a nosotras. Caminábamos como en sueños. Después de diecisiete días de prisión, otra vez libres, y sin embargo no liberadas. Nos habíamos convertido en apátridas, estábamos abandonadas, y la intuición de nuevas desgracias pesaba sobre nosotras. En el camino a la ciudad, volvimos a ser objeto de la burla del populacho: «Mirad qué aspecto tienen ahora las judías». Éramos proscritas y teníamos que estar contentas de que no nos agredieran. La burla no podía hacernos nada. Nuestro dolor era tan grande que abría un abismo entre nosotros y los otros, que ni sospechaban el peso que teníamos en el corazón. Fue casi compasión lo que sentimos ante su ceguera: «Porque no saben lo que hacen».

En Nunia hallamos una madre y una hermana. Nos cambiamos, nos lavamos y peinamos, por primera vez desde hacía semanas.

Una cadena de padecimientos se sumó a lo que acababan de vivir. Hallaron a sus familias y amigos expulsados de sus casas y saqueados. En muchas familias faltaban algunos. Beba, que procedía de Riga, estaba completamente abandonada.

Nos hablaron del traslado al gueto, del trabajo en el aeródromo con sus continuas humillaciones, y por fin de la fuga. Sonja regresó una vez más al gueto durante una semana, para cuidar de sus hermanos, que estaban allí con sus familias.

Se habían hecho razias en la ciudad y también en el campo, y se había fusilado a las familias en las que se habían encontrado judíos. Eso intimidaba, y nadie quería acogerlos. La señora con la que vivían tenía una buhardilla en un lugar apartado. Ella y su hija, que era estudiante, gozaban de muy buena reputación y eran lo bastante cuidadosas como para esconder en el desván anexo a sus habitantes secretos cada vez que venía alguien. Ni siquiera los invitados que pasaban algún tiempo advirtieron nada. En una ocasión estuvieron escondidas durante días en una gran cama o tuvieron que sentarse sin moverse en el frío desván. Solamente salían en medio de la oscuridad. Se ocupaban de la casa y compensaban abundantemente a su benefactora con las cosas que habían salvado. De este modo, valiosas pieles, vestidos, ropa blanca pasaron con rapidez a las manos de la señora Ruskiene.

Gretchen y yo las visitábamos a menudo en su escondite, les llevábamos pan y otros alimentos, pero sobre todo lo más valioso: pasaportes nuevos en los que poder insertar hábilmente sus fotos y nuevos nombres. Ahora Sonja se llamaba Onyte y era campesina. Beba se convirtió en Marianne, una rusa blanca abandonada por su marido. Pero pasaron meses hasta que lograron empezar una nueva vida.



Sonja Gink Schabad, *Onyte*, años cincuenta.

A finales de febrero Sonja, ahora Onyte, trajo malas noticias del gueto. El 19 de febrero habían vuelto a cercarlo^[69]. Una vez más, gente de las SS había ido casa por casa con partisanos lituanos, seleccionando personas con un fin desconocido.

Después de la última ejecución masiva, a finales de octubre de 1941, una parte de los habitantes del gueto había empezado a construirse refugios subterráneos. Había suficientes ingenieros y obreros capaces de hacer aquel trabajo, pero había una gran dificultad: ¿qué hacer con la tierra excavada? La construcción de un escondite así no sólo tenía que quedar oculta a los guardias, sino también a los vecinos. Sólo podía hacerse con gran lentitud. Algunos llevaban todos los días en sus mochilas algunos kilos de tierra hasta el aeródromo, donde la vaciaban sin ser vistos. La adquisición de vigas, cemento, etc. también avanzaba con lentitud. Pero una vez forjados, los planes no fueron abandonados. Se trabajó con total secreto, con lentitud, con esfuerzo.

Cuando se dio la alarma de la acción de febrero, algunos escondites aún no se había terminado, pero ya hubo casas en las que los esbirros no encontraron a nadie. Todos estaban en su nuevo escondite hasta que pasara el peligro. En una casita, detrás del lavadero, había un sótano del tamaño de una habitación, iluminado por un ventanuco. En invierno, cuando la nieve casi cubrió la ventana, fue tapiada por dentro. También la puerta que daba al lavadero fue tapiada y revocada. Encima del sótano había un oscuro baño sin ventanas. Levantaron la tapa de chapa del calentador, rompieron la tarima y construyeron una escala que llevaba a la estancia, ahora invisible desde el exterior. La chapa protectora se levantaba con un alambre y podía sujetarse por dentro de tal modo que era imposible que alguien que no estuviera al tanto lo advirtiera. Limpiaron y encalaron la estancia, le pusieron un cable eléctrico y construyeron un sistema de ventilación. Constantemente se rellenaba una cuba con agua fresca, y se guardaron allí algunos alimentos imperecederos. Cada vez que amenazaba peligro, los treinta habitantes de la casa desaparecían sin hacer ruido en su escondite. Encima de ellos oían el alboroto de los esbirros, que buscaban en vano una puerta escondida.

Otros lograban esconderse de forma más primitiva. Si había peligro, nuestra tierna Lyda trepaba a un palomar en el tejado de su casa y pasaba allí inadvertida, y Edwin se salvó simplemente tumbándose en la cama y no moviendo un músculo bajo el alisado edredón.

El 11 de febrero atraparon a unas seiscientas personas. Según se supo pronto, fueron llevadas a Riga^[70]. Los judíos locales habían tenido en su mayor parte la posibilidad de huir al interior de la URSS con el Ejército ruso en retirada. Los alemanes habían matado enseguida a los pocos que se habían quedado. De modo que faltaban trabajadores esclavos, y ésa era la laguna que debían cubrir los de Kaunas. Entre ellos se encontraban nuestros amigos, los viejos Zinghaus.

Yo pensaba que no sobrevivirían a las fatigas del traslado, pero al cabo de algunas semanas recibí una cartita por caminos indirectos. Los dos vivían. La señora Zinghaus estaba empleada con su hermana en la cocina comunitaria, y su marido, que dominaba el ruso, el alemán y el letón, trabajaba en las oficinas. Les iba mejor que en Kaunas. Me dieron una dirección discreta en Letonia y enviamos de inmediato algunas pequeñeces útiles y nutritivas. No hubo respuesta. Luego oímos decir que todos habían sido exterminados.

Las cartitas que recibíamos de nuestros amigos del gueto sonaban cada vez más desesperadas. «Edwin se hunde con esta vida», escribía Lyda, que era la más fuerte de los dos. Ya casi no podía andar, con sus pies congelados.

En una ocasión tuvo que llevar, junto con otros, somieres de hierro al barrio de Schanzen, a las afueras. Por el camino se derrumbó. El guardia se apiadó y le envió a casa. Mientras cojeaba, completamente solo, por el largo camino de unos cinco

kilómetros, me lo encontré en medio de la ciudad, con la estrella amarilla en el pecho y en la espalda, caminando por el desigual pavimento de la calzada, a un paso de la cómoda acera, cuya utilización le estaba prohibida bajo pena de muerte. Caminaba tan encorvado, tan vacilante, que apenas le reconocí.

Corrí hacia él.

—¡Edwin!

Estaba tan ensimismado que no oyó el grito, y como la calle estaba llena de gente no me atreví a detenerle. Estuve mirándole largo rato, vi cómo tropezaba en silencio, profundamente conmovida por la mísera estampa en que nuestro original, ingenioso y vitalista amigo se había convertido.

Hablé con Dolly acerca de él, le pregunté si no había ninguna posibilidad de facilitar su vida allí^[71]. Dolly opinó que «facilitar» no bastaba. Había que sacarlo del gueto; usaría para ello sus contactos con Rauca. La idea me pareció fantásica, pero Dolly supo presentar el caso a Rauca como [el de] un músico importante, medio ario, de forma que él prometió tratarlo como un «caso especial».

Una semana después hizo llamar a Geist, le interrogó a fondo sobre sus composiciones, su antigua actividad, y le pidió direcciones en las que pudiera recabar referencias. Al cabo de otras cuatro semanas volvieron a citarle. La información recibida sobre él había sido muy positiva. Se estaba considerando la posibilidad de darle, como mestizo, permiso para vivir en la ciudad. En cualquier caso, con la condición de que se divorciara de su esposa y se comportase por lo demás de forma digna a la gran excepción hecha con él.

Geist lo prometió todo sin pensar. Se le permitió escribir a su tía a Berlín para que le enviase un certificado de plena condición aria de su fallecida madre. Vivíamos en gran tensión y llenos de dudas de que lo lograra. Sólo Dolly era optimista y afirmaba que Rauca hacía todo lo que ella le pedía.

Su intimidad con ese hombre terrible, jefe de asalto de las SS, no le impedía hacer con Emmi las más aventureras visitas al gueto. Ya tenían mucha confianza con algunos de los guardias, pero a menudo venían de forma inesperada otros nuevos y con frecuencia escaparon por poco a la detención. Siempre estaban dispuestas a llevar consigo paquetitos míos. Pero cuando por dos veces sucesivas les quitaron los bolsos con todas esas cosas y mis cartas cayeron en manos de los guardias, ese contacto se me hizo demasiado peligroso. Me esforcé en encontrar otro.

En el patio de una casa de la avenida Laisves, una brigada más numerosa trabajaba constantemente para un centro militar, la Organización Schuh. Allí trabajaba un montador y mecánico de coches que antaño había tomado clases de música con Edwin^[72]. Se mostró dispuesto a llevar cartas y paquetes pequeños. En el mismo patio, en una casita de madera, vivía la modista Mendelskyte, con la que los judíos tenían las mejores relaciones. En su cocina se encontraban con sus conocidos de la

ciudad. La puerta trasera de su casa estaba junto a los cobertizos y era posible escurrirse por ella sin ser visto.

En dicha cocina se sentaban con frecuencia para tomar una sopa caliente personas que llevaban la estrella. Las chicas planchaban algo a toda prisa y se calentaban las manos frías en la estufa y el ánimo con la amabilidad de la dulce modista Elena y su hermana Manja, un poco más áspera, pero bondadosa. Las damas de la sociedad alemana que entraban por la puerta delantera a probarse no sospechaban nada de lo que entretanto ocurría detrás, en la cocina. Las dos Mendelskyte no conocían el antisemitismo. Su pura humanidad les resultaba tan evidente que, con todas las cautelas, no tenían ningún miedo.

También la hermana de Hermann, el discípulo de Edwin, trabajaba allí. Las chicas se encargaban de la casa en la Organización Schuh. Limpiaban los cuartos de los oficiales, cortaban la leña, hacían el trabajo de la cocina y en verano trabajaban en el jardín que había detrás de la casa. Yo veía a menudo a los soldados mirando tumbados por el suelo mientras las muchachas aserraban la leña y traían agua. Hermann y su hermana Esther eran hijos de terratenientes del territorio de Memel. Tenían otros dos hermanos, Max y Sonja, casada, a los que pronto tuve ocasión de conocer también. Veía a Esther tres o cuatro veces por semana y le llevaba bocadillos y cartitas para Lyda. Sobre todo, había encontrado por fin a alguien a quien podía confiar también encargos verbales, ya que había que redactar las cartas con mucho cuidado porque siempre podían ser encontradas por los controles del gueto.

Desde ese momento, nuestro servicio secreto de información funcionó a las mil maravillas. A través de Esther, volvimos a establecer contacto con otros viejos conocidos. Las modistas tenían una paciencia infinita. A veces la cocina estaba llena de gente oscura. Se acordaban trueques. Otros se acurrucaban un poco en la esquina del fogón o se limitaban a tomarse un respiro con las buenas mujeres.

En nuestras citas, cien miradas temerosas iban desde la ventana al otro lado del patio, para ver si alguno de los severos guardianes de la Organización Schuh había descubierto nuestro punto de reunión. Por suerte, también entre ellos los había bondadosos, que hacían la vista gorda. La mayoría de las veces yo entraba por la puerta delantera, como si viniera a probarme. Pronto todos los judíos de la brigada supieron para quién eran mis visitas, y le hacían señas. A veces ocurría que en ese momento había controles y ella no podía venir. Entonces yo esperaba largo tiempo antes de que ella cruzara el patio con sus zuecos de madera, y en cada ocasión nos abrazábamos y pasábamos media horita cálida y cordial juntas. Ella me hablaba de sus padres: de su buen padre, que ahora estaba enfermo y necesitaba Prontosil; de su valerosa madre, que en su finca llevaba toda la casa y el cuidado del ganado, y de cómo ella y sus hermanos también tuvieron que trabajar allí hasta que con la llegada de los alemanes tuvieron que huir de Memel y ahora, en el gueto, vivían en una choza enmohecida y ruinosa, y sin embargo estaban contentos de seguir todos juntos, y de

lo hogareña que resultaba la casa a pesar de toda la pobreza. Su tierno rostro pequeñoburgués de oscuros ojos resplandecía de ternura para con su familia.

Me enteré de todo lo ocurrido con Edwin a través de las notitas de Lyda. En marzo escribía: «He convencido a Edwin de que se divorcie. Es la única posibilidad de salvarnos los dos, porque aquí se está viniendo abajo...».

El... de marzo^[73], por la tarde, llamaron a la puerta. Abrí. Edwin estaba en pie... no, en pie no, cayó dentro de la casa, como un animal que busca refugio en su madriguera. Ya no era el mismo del que nos habíamos despedido en agosto. Ese hombre antaño un poco cachazudo, hedonista, lleno de humor, estaba seco, con marcadas arrugas en torno a la nariz y la boca, cerúleo y con un rasgo asustadizo e histérico en los ojos saltones; los rizados y oscuros cabellos clareaban. Y sin embargo, era el viejo Edwin. Una ola de alegría me inundó al ver que lo inverosímil había realmente sucedido y que, aunque el tiempo le hubiese cambiado, él volvía a estar de verdad allí. También él me encontró completamente cambiada. ¿Qué importaba? Éramos los viejos amigos, nos abrazamos y nos besamos y no hablamos más que de Lyda y de cómo podíamos ayudarla.

Sólo disponía de una hora, porque quería regresar, recoger sus cosas y quedarse dos días con Lyda. Le cargamos de paquetitos y nos despedimos ligeros de ánimo.

Para ese día preparamos una buena comida, y cuando vimos que no venía empezamos a tener miedo. Pero llegó al atardecer. Comimos, fumamos, bebimos café cargado y hablamos, como en los viejos tiempos, sobre los eternos problemas de la forma, de la creación, y nos transmitimos lo que el uno y el otro habíamos pensado al respecto, y hablamos de nuestro viejo tema favorito: las formas de producción en los distintos ámbitos del arte.

Geist era músico y poeta a un tiempo. En sus óperas, perseguía la total fusión de música y contenido, y pulía cada palabra como cada sonido. Como una auténtica persona productiva, trabajaba sin cesar, e incluso en el gueto había reelaborado cosas viejas y empezado otras nuevas, pero sin posibilidad de profundizar, dadas las espantosas circunstancias externas. Veía sobre todo su liberación como un paso hacia una nueva productividad, y el cuartito que yo le ofrecí —por desgracia sólo por unos días, porque estaba alquilado— le estimuló inmediatamente para el trabajo, al que se lanzó con la auténtica pasión del artista. Apartaba, por incómodas, cuestiones tales como de qué vivir o cómo integrarse en su nuevo entorno.

—De todos modos, en otoño la guerra habrá terminado, y todo se resolverá por sí mismo decía para consolarse, sin tener el menor argumento para tal esperanza.

Se quedó una semana con nosotras, luego pasó unos días con su viejo amigo Benediktas, no aguantó el ruido de los niños y volvió a trasladarse con nosotras.

Me apremiaba a echar a mi arrendatario para poder quedarse a vivir allí, y no había forma de hacerle entender que eso no podía ser. Por el momento el inquilino

estaba de viaje y él podía quedarse con nosotras. Extendió sus partituras sobre la mesita y aprovechó la calma y la ausencia de molestias, pero era incapaz de entender ningún orden doméstico, salía a la calle a la hora de comer, olvidaba la llave y se disgustaba cuando no había nadie para abrirle a su regreso, y se quejaba al oír la radio en casa del vecino.

Discutíamos todos los días como hermanos, y estábamos tan unidos como si lo fuéramos. «Hoy he escrito cosas muy malas sobre usted en mi diario», decía, y me lo enseñaba para que yo misma leyera cómo se quejaba de mí. Su vivo pensamiento no tenía un instante de reposo, y a menudo decía que quería llegar a ser muy viejo para poder dar forma a todas las melodías que tenía en su interior. Nuestro huésped nos ocupaba de tal modo que la preocupación y el peligro que nos habían agobiado durante todo el invierno pasaron a segundo plano.

Entonces, otra vez a las tres de la mañana, los rudos golpes contra la puerta. Policía. Dos lituanos:

—Tiene usted judíos escondidos aquí. ¿Dónde están? Si no los entrega voluntariamente los sacaremos nosotros, pero entonces a usted le irá mal.

Entraron a nuestra habitación, buscaron en el armario, detrás de las cortinas, en la cama, debajo de la cama. Luego abrieron maletas, cajones, las pequeñas gavetas del escritorio. Lo mismo hicieron con las otras habitaciones, abrieron el escobero, la puerta del balcón, molestaron a nuestro arrendatario y finalmente fueron a parar a Edwin.

—Aquí está.

No sirvió de nada que Edwin les enseñara su permiso policial. Tuvo que vestirse e ir con ellos a la comisaría. Estaba tan nervioso que apenas podía vestirse. Como no tenía nada que fumar, me pidió que les pidiera un cigarrillo a los policías. Se lo dieron de buen grado, y de pronto cambiaron de tono. El registro obedecía a una denuncia. Me tranquilizaron, mi huésped sería puesto en libertad una vez comprobados sus papeles. De hecho regresó a las pocas horas. Le habían dejado libre con la inocente advertencia de que no se había inscrito en comisaría.

Dolly, que estaba orgullosa y feliz por su éxito, le consiguió un cuarto grande y un poco más prosaico en la ciudad. Había recuperado su piano, que había dejado en casa de una cantante, y se instaló de manera pomposa en el cuarto con algunos muebles y objetos domésticos que nosotras le dimos.

—No estaré mucho tiempo solo en este cuarto —dijo con visionaria convicción—, porque voy a sacar a mi mujer del gueto.

Después de la visita policial nocturna, nosotras teníamos la sospecha de que quizá ya conocían mi conexión con la brigada Schuh, y durante unos días no me atreví a ir allí. Decidí llevar directamente noticias a Lyda y me cité con Emmi.

Las dos llevábamos pesados bolsos y fuimos pisoteando la nieve alta hasta el río. El Vilija aún estaba congelado, pero la nieve empezaba a fundirse y por todas partes salían arroyuelos del blanco manto, formaban arroyos y pequeños lagos, de los que ya sobresalían oscuros montículos. Saltamos de uno a otro para llegar a la orilla. Allí nos quedamos largo tiempo sobre una pequeña elevación mirando al río, en cuya otra orilla se encontraba el gris gueto, y esperamos.

A lo lejos, donde el río describe una curva, se acercaban oscuras figuras. Poco a poco, se fueron distinguiendo trineos tirados por caballos, acompañados de hombres. Venían hacia nosotras cruzando el hielo. Reconocieron a Emmi y le gritaron que su marido estaba con ellos. Uno con un abrigo de piel marrón se apartó de los otros y corrió directamente a los brazos de su esposa, sin pensar en el peligro de tales demostraciones públicas.

Me aparté un poco para no molestar y ambos estuvieron hablando largo tiempo. El hombre del abrigo de piel miraba transfigurado a su pequeña y rubia Emmi, y ella le devolvía la ternura de sus miradas con tanta inocencia como si fuera lo más natural del mundo encontrarse a las afueras de la ciudad, en medio de los charcos de la nieve derretida.

Al parecer, las otras personas que llevaban estrellas ya estaban acostumbradas a tales encuentros. Les alegró que pudiéramos darles un panecillo recién hecho a cada uno. Mientras Lifschitz hablaba con su mujer, nosotras fuimos un poquito más allá y empezamos a picar el río y cargar los bloques de hielo en los trineos. Sólo cuando todos los trineos estuvieron llenos, les llamamos para emprender el viaje de vuelta.

Escondimos nuestros paquetes bajo el hielo, que estaba destinado a una cervecería de detrás del gueto. Por el camino, atravesando el gueto, iban a descargar lo que habíamos llevado sin que los guardias se dieran cuenta. El sol de la tarde brillaba en mil colores sobre la nieve en deshielo. Lifschitz dedicó a su mujer una mirada indescriptiblemente tierna y la abrazó una vez más a la vista de todos.

Volvimos contentas a casa. Una vez más, el contacto prohibido había salido bien. Ya al día siguiente recibí una cartita de Lyda. Lifschitz se lo había llevado todo esa misma tarde. Sobrellevaba su soledad con heroica energía. Las buenas noticias de Edwin daban contenido a su vida.

A finales de marzo logramos vernos, una sola vez. Las brigadas que trabajaban en la ciudad aceptaban a disgusto gente nueva. Había que tener contactos con los jefes de brigada para ser incluido. Volvía a hacer frío y había mucha nieve. Tuve que ir a un gran colegio al borde de la ciudad, que iba a ser [transformado^[74]] en hospital militar y que limpiaban mujeres judías. Había oído decir que el conserje del colegio era un furioso antisemita y que ya había denunciado varias veces a personas que se reunían allí con judíos.

Les dije a los guardias alemanes que quería visitar la biblioteca, que se encontraba en un ala del colegio. Dentro, un judío me hizo una seña para que fuera a un cobertizo en el patio. Él llamaría a la señora Geist. Hacía un frío gélido. El cobertizo estaba cochambroso, lleno de trastos y era desagradable. No encontré ni un rinconcito limpio en el que dejar lo que había traído. Entonces vi a mi Lyda que corría hacia mí desde la casa.

Llevaba un grueso pañuelo rojo a la cabeza y estaba delgada, ay, tan delgada. Mi buena y querida Lyda: nos abrazamos y lloramos ardientes, amargas lágrimas por nuestra desdicha y la de los otros. Durante largo rato no pudimos pronunciar palabra, tanto nos conmovía el reencuentro. Otra Lyda, marcada con las cicatrices de un profundo sufrimiento, una figura emocionante, conmovedora.

—Muerda esta manzana —dije, para llevarnos de vuelta a la vida cotidiana.

Pero ella no podía comer nada. Sollozaba de tal modo que su delicada figura era presa de sacudidas, y yo lloraba con ella y nos prodigábamos muestras de afecto. Hasta que de pronto empezamos a hablar tranquilamente. ¿De qué, sino de Edwin? Lyda conocía sus defectos, su incapacidad de cuidar virilmente de él y de ella, su incapacidad para todas las cuestiones prácticas y su ingenuo egoísmo de artista, que inconsciente de todas las personas de su entorno exigía que cuidaran de su bienestar físico. ¿Cómo iba a salir adelante sin su esposa? Y ¿cómo saldrá usted adelante sin él, Lyda mía? Sí, era una vida sin esperanzas. Era una suerte que ella también tuviera que cuidar de su tía, esa espléndida y valerosa anciana que no se consumía en el dolor, sino que incluso en medio de la mayor miseria mantenía su alegre indiferencia y su natural dignidad.

El jefe de la brigada abrió la puerta:

—¡Más deprisa, más deprisa! Los guardias alemanes volverán enseguida.

De pronto, recuperamos toda la sensatez y fuimos conscientes de la fealdad de ese maloliente cobertizo. Un apretón de manos y salimos corriendo en direcciones opuestas. ¿Cómo puede ser tan helador un día de finales de marzo? El viento me lanzaba nieve ardiente a los ojos. Pero en casa Edwin ya esperaba impaciente y no se cansaba de oír hablar de su cielo, de su corazoncito. La excitación le hacía darle nombres completamente tontos.

No, no pensaba instalarse aquí sin ella. Su desnuda habitación iba a convertirse en un radiante palacio cuando volviera a tenerla con él. Ya había estado en la casa de las SS, de triste reputación, se había presentado audazmente a Rauca y había afirmado allí que su esposa también era mestiza y también una gran música, y que por eso había que liberarla también de su prisión.

Era un juego peligroso. Pero Edwin no se dejaba disuadir. Estaba tan poseído por su idea que no teníamos valor para advertirle y contenerle. Quizá su fanática fuerza de voluntad sea lo bastante recia como para alcanzar lo inverosímil. Esperábamos expectantes el ulterior desarrollo de esa fantástica empresa.

Los días se hicieron largos y luminosos, y seguía sin haber rastro alguno de la primavera. Un gran número de alemanes trasladados al Reich el año anterior regresaron con todas sus pertenencias^[75]. Ahora eran los grandes señores. Hasta el más ínfimo se sentía vencedor, a años luz de los lituanos. No hacían más que presumir de ser algo mejor.

En las tiendas de alimentación de los alemanes había panecillos blancos, mantequilla, aguardiente, verduras. En sus almacenes se vendían las cosas que las hábiles manos de los judíos habían fabricado en los talleres del gueto. Las damiselas alemanas salían a comprar con sus hijos. Hacía mucho que dentro del Reich ya no se podían comprar juguetes tan bonitos, muñecas y peluches tan encantadores, pelotas, trabajos en madera, bolsos de mano. ¡Y todo tan barato, y sin puntos^[76]! Los veo salir de las tiendas y quisiera gritarles: «¿No sabéis con cuántas lágrimas se han hecho esas cositas tan lindas? ¡Avergonzaos de vuestra inconsciencia, de vuestro necio atrevimiento!». Ni rastro de vergüenza. Se han acostumbrado, con asombrosa rapidez, a la nueva situación. La avenida Laisves se ha convertido en la calle de los alemanes. Los amargados lituanos la evitan y las brigadas de personas con estrellas amarillas recorren sólo las calles secundarias.

Los que trabajan fuera son llevados a los lugares de trabajo apretujados en camiones. Los guardias, fusil en mano, se encargan de que ni por un momento se sientan hombres libres. A menudo hay entre ellos conocidos que saludan con disimulo. Una joven esposa va delante, en el camión, y apoya el brazo en el hombro de su marido. ¡Qué hermoso, íntimo gesto! Y en cada ocasión se me ahogan los gritos en la garganta: es insoportable tener que mirar cómo se pisotean los derechos humanos. No hay palabras para estas indignantes fechorías. A veces, la ira impotente me acomete en mitad de la calle. Me fallan las rodillas. Entro en un portal, me apoyo en la barandilla de la escalera y vuelvo rota a casa. Gretchen está profundamente ensimismada. También ella lo ve todo.

—No quisiera llorar, sino gritar —dice también, y carga con el pesado yugo de la indignación reprimida.

Principio alemán: nosotros, el pueblo de los amos, tenemos a nuestros esclavos para que hagan los trabajos sucios. Los judíos capaces de trabajar tienen que vivir tanto como podamos explotarlos. Y luego están los prisioneros rusos, los «infrahombres», que tienen que hacer el trabajo físico más extremo con la más ínfima de las dietas. Se ve por doquier a esas tristes figuras. Tiran y empujan pesados carros. Estiban cargas en el puerto del Niemen. Cavan en el embarrado talud del ferrocarril. Ay, si un corazón compasivo trata de darles algo. Sin embargo, hace poco, he descubierto una granja en la que sierran madera y lavan la ropa de los soldados, y donde nadie se da cuenta cuando uno les lleva cigarrillos y manzanas. Y cada vez disfruto viendo cómo las comparten fraternalmente.

El espantoso Fuerte VII, detrás de la tienda de Wanda, es ahora un campo de prisioneros. Al pasar corren a la tienda y Wanda le da a cada uno un pan entero o cigarrillos. En una ocasión vi cómo repartía de una vez quince panes. Entre los guardias alemanes hubo algunos que golpearon a los prisioneros en la cabeza con las culatas de los fusiles. Uno tropezó. El pan cayó al suelo. El alemán dio una patada al pan, que voló como una pelota de fútbol al arroyo lleno de agua. El prisionero rescató su botín reblandecido. Otros guardias se alegraban de que sus prisioneros consiguieran alguna cosa.

Con el tiempo, Wanda había desarrollado un inusual talento comercial y se había hecho famosa en toda la comarca. Tenía contactos con los más redomados especuladores, y llevaban bueyes y cerdos enteros y sacos de harina y azúcar a su tienda al lado de la carretera, en cuya parte trasera se hacían los negocios. La tienda siempre estaba repleta. Allí, Wanda se sentaba en el sofá en medio del esplendor de la corona de su trenza, cruzando los brazos desnudos y vigorosos. Sus precios eran altos y [sin embargo] se libraba rápidamente de su mercancía. A cambio, daba a todos los necesitados, y con su recta humanidad convirtió a más de un alemán o partisano que venía a su trastienda a coquetear con ella.

Más de una vez, la policía acudió a su local a hacer una razia. Cualquier otro especulador que hubiera almacenado tantas mercancías prohibidas habría sido detenido y condenado sin compasión. No eran sólo el aguardiente y los sabrosos purés de patata con los que atendía a los funcionarios de policía... lo que les conquistaba era la irresistible naturalidad de su carácter, de forma que los amenazadores registros se disolvían en complacencias. Después, revelaba con guiños socarrones cómo se había burlado de ellos.

Marzo fue frío y nevado, abril, frío y lluvioso, hasta que de pronto llegó el verano y los árboles florecieron a toda prisa como era su deber y brotaron en ellos pequeños frutos, verdes y apenas visibles. Nosotras también sembramos nuestras cebollas y rábanos como era nuestro deber, plantamos una docena de míseros tomates en nuestro huerto y escuchamos sin alegría el trino de los páridos.

La luminosidad, la alegría de las otras personas nos atemorizó de nuevo. Evitamos en lo posible mostrarnos en las calles principales, porque cada vez venían a la ciudad más alemanes retornados. Profesores que durante años habían sido compañeros míos nos eludían. Hice llegar al doctor Strauch, que había venido de Königsberg, el ruego de que me visitara o me permitiera ir a verle. Quería pedirle que llevara unas cartas a mis hermanas. Lo rechazó espantado. El trato conmigo podía perjudicar su carrera. En todo caso, podía llevarle las cartas al coche de correos. Allí lo encontré en conversación con otros alemanes. Cuando me vio venir, me conjuró con un celoso «Heil Hitler», a la vez que alzaba la mano en el saludo nazi. Me acordé

de las palabras del abogado Baumgärtel: «Por desgracia, los alemanes somos un pueblo cobarde».

La visión de esos pavos reales pardos cubiertos de entorchados, con sus peligrosos rostros ebrios y sus terribles botas, siempre me estremecía, y más aún la de los escolares con las rodillas al aire que representaban su pobre papel de amos: «No podéis tener ningún trato con los niños lituanos», les insistían en el colegio. En las calles luminosas, me acometían el horror y a la vez una ardiente compasión por esos ciegos. Esto terminará mal. Y mientras ellos tomaban, durante la primavera, ciudad tras ciudad de Rusia, no nos dejábamos confundir. Estábamos al acecho del vuelco.

Los soldados se jactaban de sus fechorías en los territorios ocupados. La población rusa estaba formada por «infrahumanos», a los que había que deportar, saquear, exterminar para construir con eficiencia alemana un nuevo imperio.

En la fábrica Neris, en la que trabajaba Gretchen, se fabricaban trilladoras y arados para Ucrania. Pero la dirección lituana de la fábrica no tenía prisa. Ya no había que ejecutar los encargos. Incluso entre los soldados, los había que no estaban interesados en lo más mínimo en la victoria y el rendimiento elevado. Emmi encontró a uno que nos contó en confianza que habían tenido que pasar por las armas a gente de sus propias filas por sabotaje.

La propia Emmi era presa de gran agitación. Había pasado la noche con nosotros. Había dejado su cuarto a un conocido durante una noche. La mujer de un policía que vivía al lado tomó al desconocido por un ladrón y llamó a la policía. El judío fue detenido, Emmi, interrogada a fondo. Pudo arreglárselas para disculparse y la dejaron ir con la severa advertencia de que interrumpiera sus relaciones con los judíos.

Pero Emmi no formaba parte del «pueblo cobarde». Al día siguiente volvió a encontrarse con su esposo. Fuimos juntas al campo a comprar huevos. Emmi pensaba recogerlos en mi casa al día siguiente. No vino, ni ése ni el siguiente. Fui a su casa... Había sido detenida. La habían atrapado a las puertas del gueto y se la habían llevado. Casualmente, me encontré a su marido en la calle. Se apartó de la brigada sin ser visto y me dijo:

—Haga usted lo que sea para liberar a mi mujer. No escatime dinero, se lo devolveremos todo.

Conocía al abogado Novickas de antes. Aún era joven. Hablaba bien alemán, y era hombre de confianza de las SS. Prometió hacer todo lo que estuviera en su mano. Volví a ir los jueves, como hacía un año, con una bolsa cargada, y estuve durante horas ante la cárcel para llevar a la pobre Emmi, de la que nadie más se cuidaba, comida y sobre todo cigarrillos.

Pasó cinco semanas allí. Cuando salió, se había convertido en otra persona. Contó cómo en prisión la habían interrogado una y otra vez sobre sus relaciones con su marido, cómo ella las había negado firmemente y cómo el funcionario alemán, señor Strusch, le había ofrecido la libertad inmediata si estaba dispuesta a mantener relaciones íntimas con él.

Había algo confuso y sobreexcitado en ella. Su antigua energía, la confianza en sus propias fuerzas, con las que quería conservarse a sí misma y a su esposo para una vida posterior y mejor, estaban rotas.

Ahora venía raras veces a vernos. En una ocasión, fui a visitarla y encontré con ella al corresponsal de prensa Adolf Gedamke. Volví a verle en una segunda ocasión. Un rostro blando, una figura blanda, un hombre carente de rasgos distintivos. Pobre Emmi. A pesar de esa nueva amistad, siguió preocupándose por su esposo, lloró la muerte de su suegro en el gueto. Ella ya no iba allí. Seguía siendo guapa, pero a la vez, sus ojos inquietos y la boca pintada de color estridente daban miedo. Me acordé de que años atrás había estado en tratamiento psiquiátrico. Rechazó mi pregunta, hija de la preocupación. Cualquier cosa menos acudir al médico: podía encontrarle algo realmente serio.

Decididamente, Dolly soportaba la vida aventurera mucho mejor que la pequeña Emmi. Rauca se había apartado de ella. A cambio, ella favorecía a su colega Stütz y a algunos oficiales al mismo tiempo, y en su casa siempre se encontraba gente distinta. En una ocasión, estaba ocupada tiñendo el pelo con agua oxigenada a una muchacha. Esa chica se había quedado completamente sola después de una matanza en una ciudad de provincias. Había visto cómo mataban a su madre y a su hermano de manera diabólica, y no había salvado más que un gran chal de colores de su madre. Un partisano la había rescatado y llevado a un convento. En el convento la habían acogido durante unas semanas y después también allí las cosas se habían puesto feas. Había vuelto a ponerse en contacto con el partisano. Él la había escondido durante un tiempo consigo y finalmente, como no encontraba dónde meterla, la había llevado al gueto de Kaunas. Dolly la había conocido allí y ya entonces le había prometido sacarla.

Con sus cabellos rubio platino, la joven y guapa Tanja parecía de veras cien por cien aria. Dolly le consiguió una partida de nacimiento a través de un cura, y la carrera pudo empezar. Tanja consiguió un puesto de niñera en una familia alemana que tenía una dacha en Kulautuva. Se quedó todo el verano. Sus anfitriones eran furiosos antisemitas, pero no reconocieron en modo alguno al lobo bajo la rubia piel de cordero. Tomaban su yiddish por el torpe alemán de una lituana, y estaban tan contentos con su niñera que al final del verano quisieron llevársela con ellos a Alemania. Tanja se negó.



La dacha de Kulautuva en la que Helene y Margarete Holzman vivieron el final de la guerra.



La finca de la señora Lyda a las afueras de Kulautuva, en el valle del Memel.

Desde abril, me encontraba con Lyda todas las semanas en el gran colegio, pero ya no en el cobertizo, que entretanto había descendido inequívocamente a la condición de cloaca. En la escalera de un ala lateral trabajaban algunos albañiles y pintores lituanos, que no se preocupaban de nosotras. Nos sentábamos en los peldaños, nos cogíamos de las manos y hacíamos planes para el futuro. A la vez, teníamos un constante miedo al portero y a los guardias. Por inaudita, por fantástica que fuera la empresa de Edwin, parecía casi como si fuera a salir bien.

Edwin estaba sentado en su habitación, grande y desnuda, en la que sólo el espacio de la ventana con la mesita parecía pertenecerle... dos metros cuadrados, los

otros estaban en barbecho. En su mesa yacían las partituras abiertas y grandes pentagramas. Trabajaba en una obra sinfónica, basada en *La leyenda del baile*, de Keller, cuya mezcla de beatería y humor le gustaba especialmente. En los primeros tiempos, pasaba allí más tiempo que al piano. Esto es lo que decía su diario^[77]:

Las manos se me han quedado rígidas, ya no me apetece tocar. Me he acostumbrado tanto a componer sin instrumento que el sonido del piano parece rasgar mi hechizado mundo interior. No se debe despertar al durmiente, y si las palomas oyeran de pronto sentirían sin duda también, a pesar de la gracia del don, una pizca de intensa amargura. No puede ser de otra manera para el que de pronto ve; al principio, la más bella luz del día tiene que resultarle pálida.

Poco después vuelve a reconciliarse con su instrumento. Se pasa las horas sentado al piano, tocando los grandes clásicos y ensayando sus propias composiciones. Sigue llevando su diario... para Lyda, cuando vuelva a estar con él. A veces me lee —una especie de autocontrol— lo que ha escrito:

21 de abril, temprano. La Leyenda suena muy bien. Espero dar suficiente expansión al futuro *Adagio*... pero ¿y para la última pieza, el *Te deum*? ¿Si tú no estás conmigo, si me faltas? [...] A menudo camino sin descanso por mi habitación carente de sol, quisiera preguntarte algo, quizá sin importancia, secundario, y es entonces cuando de verdad me doy cuenta, precisamente ante esas muchas y ridículas pequeñeces, de que me faltas y de lo que significas para mí.

23 de abril. Estoy luchando mucho con el *Adagio*, y mientras trabajo mis pensamientos viajan constantemente hacia ti. De verdad que no es una distracción, al contrario, busco tu fuerza, que fertiliza toda mi actividad.

25 de abril. ¡Cariño! Sólo unas pocas palabras hoy. Acabo de terminar, en líneas generales, el *Adagio*. Creo que me ha salido bien... Para el *Te deum* he encontrado una pequeña melodía; ¿la emplearé? Quizá sólo de pasada, porque me falta humor para hacerlo. ¡Lo grande sólo llegará, tendrá que venir, con tu llegada, tu regreso!

Así, todo su diario es un reflejo de su apasionado trabajo y de su apasionada lucha por la «liberación» de su esposa. Al ser él puesto en libertad, había tenido que prometer una vez más que se divorciaría de ella enseguida, y de hecho dio los pasos necesarios para esa triste farsa. Al mismo tiempo, había una denuncia de la fiscalía

alemana contra él por delito racial, ya que como mestizo de nacionalidad alemana se había rebajado a casarse con una judía.

El normalmente tan temeroso Edwin no se dejó intimidar por la desdichada situación. Fue a Prienai, el lugar de nacimiento de Lyda, y buscó allí a los viejos conocidos de la familia, a quienes, con hipnótica insistencia, presentó los acontecimientos tal como los necesitaba: Lyda era la hija de un matrimonio desdichado. El padre había viajado mucho, y cuando se trasladaron a Kaunas Lyda no vivía en su casa, sino con la misma tía con la que ahora vivía en el gueto. La madre, que era sencillamente rubia, no sabía hablar yiddish y sí un buen alemán, y era vista como una extraña por los judíos. Por eso, ahora había diversos viejos conocidos dispuestos a testimoniar por escrito que el origen judío de la madre era dudoso, y que además Lyda probablemente no era hija de su esposo sino de un polaco. El viejo médico doctor Brunza atestiguó en toda regla que, antes del nacimiento de la niña, la señora Bagriansky le había comunicado confidencialmente el nombre del verdadero padre.

Con esos documentos, eran seis o siete, Geist fue a la Gestapo y se los presentó al terrible Rauca, que se quedó completamente perplejo y despidió a ese «espíritu inocente», como le llamó, no sin amabilidad.

Sobre todo había que instruir con exactitud a Lyda, y no siempre era posible hablar con ella en el colegio. Pusimos al corriente a *Cervatillo* de la brigada Schuh con las modistas, y tuvo que transmitir mensajes verbales y escritos. Entonces ocurrió la desgracia de que el control de la puerta se incautó de una cartita en la que Edwin había hecho una observación despectiva referente a Rauca. Todos estábamos horrorizados ante tal adversidad, pero curiosamente fue para bien. Edwin fue llamado a presencia de Rauca. Le enseñaron la cartita. Edwin, que estaba ya bastante preparado, se mostró muy asustado ante la glosa. Había calificado a Rauca de «peligroso mujeriego»; pudo calmarlo con habilidad pero, como evidentemente estaba destinado sólo a su esposa, el resto del contenido de la carta resultó tanto más verosímil, y hablaba de la ascendencia aria de Lyda como de un hecho probado. Rauca despidió a Edwin sin amabilidad pero, como éste decía posteriormente, ya medio convencido.

El abogado Novickas, que había contribuido a sacar a Emmi de la cárcel, se empeñó con gran energía también en esta causa. Habló del insólito caso con otros hombres influyentes (entre otros, con Just). La cosa se extendió a lo largo de la primavera y de todo el verano, y en varias ocasiones pareció que todo iba a terminar mal. Rauca prohibió a Edwin volver a tomar iniciativa alguna y exigió que se acelerase el divorcio, que aún no había sido decretado. También prohibió a Edwin hacer más viajes a provincias.

Edwin no le hizo caso. Se presentó de un modo tan exigente en la taquilla que incluso le dieron un billete sin salvoconducto, y regresó a Prienai con el abogado Novickas. Esta vez los certificados fueron autenticados oficialmente. Novickas se

los entregó a Rauca, acompañados de convincentes comentarios. Lyda y la tía Emma fueron interrogadas en el gueto por J.^[78] otro miembro de las SS. Casualmente, J. conocía bien al profesor de música vienés de Lyda, y Lyda le causó la más favorable de las impresiones.

¡Nuevo sobresalto! Uno de los guardias nos sorprendió viéndonos en el colegio y nos detuvo a las dos. Una compañera de fatigas, la señora Oretschkin, cogió con destreza la cartera de Edwin, que llevaba alimentos, de modo que al menos esta vez pudimos ocultar un indicio [de infracción] contra la prohibición. Imploramos al hombre, le prometimos quién sabe qué, pero se mantuvo en sus trece. Por desgracia, yo no llevaba encima identificación alguna y eso me hacía doblemente sospechosa.

Yo sólo tenía un pensamiento: ¡Gretchen! Me imaginaba cómo llegaría a casa, ya un poco asustada por no encontrarme, cómo su tormento aumentaría cada vez más y cómo se quedaría completamente sola y desesperada en la desnuda vivienda. Quién sabe, podían tenerme presa cinco semanas, como a Emmi o a la señora Landau, a la que tuvieron en prisión... semanas^[79] porque ella, una alemana, había llevado comida a su marido. Me arrepentí de mi ligereza. Si esta vez quedaba sin castigo, desde ahora tendría más cuidado. Pero precisamente mi ardiente súplica le parecía sospechosa al bávaro. Anotó el nombre de Lyda. Ella se quedó en su brigada y a mí me condujeron a la policía.

Así empezó con Marie, así con Max. Ahora me toca a mí. Ah, Gretchen, Gretchen, es demasiado para ti. Me ahogaba, no veía más que un parpadeo luminoso. La gente pasaba corriendo como en una pantalla de cine.

Entonces distinguí a una conocida, la bibliotecaria del colegio. Le pedí que explicase a mi acompañante que me conocía y sabía que era alemana. El bávaro reflexionó, todavía desconfiado. Quizá tampoco le apetecía especialmente recorrer el largo camino hasta la jefatura, bajo el calor del mediodía... De pronto, dio la vuelta y me dejó con la mujer. Fue como despertar de un terrible sueño, y es curioso... regresé a la nueva vigilia sin especial emoción.

No le conté a Gretchen una sola palabra de mi experiencia. Tan sólo se lo dije enseguida a Edwin y me enfadó que su preocupación sólo les alcanzara a él y a Lyda, y que no pensara en el peligro en el que yo misma me encontraba. Luego, Edwin se fue de la lengua y Gretchen se quedó inconsolable, de forma que le prometí compartir en lo sucesivo con ella hasta el más mínimo acontecimiento. Por suerte, entretanto el bávaro había olvidado mi nombre, y también Lyda se escapó con una reprimenda. Pero suspendimos las citas en el colegio.

Desde luego que no todos los soldados eran tan furibundos como el bávaro. Ahí estaba Etzich, de Aquisgrán, medio francés, que llevaba la guerrera como un mártir. Era nuestro fiel intermediario cuando Lyda aún trabajaba en el aeródromo. Otro, un viejo miembro del partido nazi, el señor Lorenz, de Dresde, se enamoró hasta las

cachas de la encantadora Lyda, compartía con Edwin «el tuteo de la amistad» y afirmaba orgulloso haberse dado cuenta de que Lyda era aria desde el primer momento.

Por mucho que a Edwin y a mí nos alegraran su mediación y su buena opinión, pronto su aburrida presencia se convirtió en una plaga para nosotros. Se pasaba las horas en el sofá, ensalzando los espléndidos logros del Tercer Reich. No admitía réplica. Por eso, nos quedamos muy aliviados cuando de pronto lo trasladaron.

El contacto a través de *Cervatillo* era el mejor. Ahora trabajaba en el jardín que había detrás de la casa, y a una señal convenida venía cruzando el patio con sus manos embarradas, su vestido de indiana y sus zuecos de madera. Su interés por el destino de los dos Geist era cálido y desinteresado. Nunca salió de su boca una queja acerca de su propio destino. Estaba entregada a su familia, especialmente a su enfermizo padre, con un cariño indescriptible, y ese amor hacía olvidar a esa chica antaño malcriada toda la presente miseria. El trabajo diario en el jardín enrojecía sus mejillas, fortalecía su delicada figura. Podía alegrarse tanto ante cada plantita que brotaba bajo sus cuidados que casi se olvidaba de quién gozaba de los frutos de su trabajo.

Un cabo de la Organización Schuh venía todos los días al jardín a efectuar el control y dedicaba a Esther y a su compañera de trabajo Nina denominaciones entre las que «podrida chusma judía» era la más suave. Cuando los niños de la vecindad cogían grosellas o rabanitos colándose por los huecos de la cerca, las culpables siempre eran esas «ladronas judías». En su profunda inocencia, *Cervatillo* no se sentía afectada por los insultos. Los alemanes le daban pena por la abismal ceguera en que vivían. Aunque sus melancólicos ojos se empañaran, jamás salió de su boca una palabra de odio, jamás un deseo de venganza por los grandes crímenes y las pequeñas humillaciones cotidianas. Esa inquebrantable dulzura siempre me conmovía. Guardaba tan profunda contradicción con su entorno, que me parecía inconcebible que la brutalidad de los soldados no se derritiera en su presencia.

Las semanas y meses pasaban en la diaria expectativa de la liberación de Lyda. Yo ya no tenía ocasión de hablar con ella. Edwin, que no podía arriesgarse a acercarse a una brigada, la acechaba en la calle para, por lo menos, verla pasar. Una cabezada sin llamar la atención, una mirada, eso era todo. Edwin perseguía su objetivo con apasionada tenacidad. Su imaginación elaboraba más y más la idea de la ascendencia de ella. Aportó nuevos testigos. Iba a jefatura cada pocos días y, si Rauca le echaba, volvía al día siguiente.

Nosotras veíamos con escepticismo sus extravagantes planes y, con gran admiración, cómo su inmensa energía hacía avanzar lo inverosímil. Si se le aconsejaba mayor precaución, se enfadaba. Si se le recomendaba obedecer a la exigencia de Rauca y ocupar un puesto, se salía de sus casillas. Quería tener a su

Lyda... todo lo demás ya se andaría. Nos veíamos casi todos los días y en cada ocasión discutíamos como hermanos que no se soportan y aun así se quieren más que otros.

Así pasó el verano entero. Yo ya no creía que de esa loca empresa fuera a salir algo, aunque Novickas no dejaba de darnos esperanzas. Como Geist no tenía recursos económicos, le había pedido por sus servicios una vieja y valiosa cubertería que la tía de Edwin había de enviar desde Berlín. Afirmaba que Rauca había dicho que Geist pronto podría adornar su habitación con flores, y el buen Edwin, que no tenía nada y nada ganaba, pidió prestados a sus amigos unos cuantos marcos para comprar rosas o claveles, que se marchitaron tristemente sin que llegara la anhelada. Compró medicamentos para curarla, tocino para alimentarla y, en vez de las flores marchitas, otras nuevas para celebrar su llegada.

De pronto, el 31 de agosto, estaba allí. Llegó en un taxi atiborrado de objetos extravagantes, entre ellos un sillón de dentista que alguien le había dado en el gueto para que lo vendiera. Así llegó, cansada, polvorienta, atemorizada. El casero y su sobrina, a los que Edwin había contado que esperaba a su esposa que venía de Berlín, se asombraron no poco cuando descargó su feo equipaje. Lyda se derrumbó en una silla y rompió a llorar. Lloró, lloró de un modo que rompía el corazón, no podía calmarse y sollozaba, y Edwin estaba completamente desvalido y no sabía cómo tranquilizarla. Le enseñó su ramo de flores, que estaba ya en estado de putrefacción, le trajo de comer y abrió el piano. Lyda ya sonreía, pero todo era distinto de lo que habíamos imaginado.

—Mucho más hermoso —dijo Lyda—, sólo que tengo que acostumbrarme.

No era tan fácil acostumbrarse. ¿De qué iban a vivir? Edwin ya había vendido lo prescindible y contraído muchas deudas con propios y ajenos. Aunque durante los primeros días sus amigos les invitaron y les trajeron regalos, eso no podía aplazar la cuestión candente. La esperanza de contar con alumnos de música no se había hecho realidad. Se habían apuntado algunos, pero después de un par de clases se habían esfumado. ¿Quizá por antisemitismo? La esposa del jefe de la comandancia de la ciudad, Cramer, quería que enseñara a sus hijos. El pobre Edwin, que no sabía cómo comportarse, le llamó la atención sobre el hecho de que era medio ario. Naturalmente, las clases quedaron en nada.

Lyda aún no llevaba dos semanas con él cuando ya había conseguido un empleo de intérprete en la oficina de alimentación y abastos. Nueve horas diarias en la oficina, a cambio de las cuales conseguía una nómina del valor de dos kilos de mantequilla de entonces. Pero había algunas primas extra, prendas de vestir, jabón y sobre todo aguardiente, que se podía vender. Su compañera era la tierna poetisa Eva Simonaityte, que en poco tiempo se hizo íntima suya.

No era el trabajo lo que la agobiaba. Habría hecho por Edwin alegremente otros aun más pesados. Pero había un siniestro asunto sin resolver. Se le había puesto en libertad con la condición de que se divorciara de su marido y viviera en otra ciudad, o

que ella o su esposo se hicieran esterilizar, porque si se les había sacado del gueto «con carácter de prueba» había que tener una garantía de que no tuvieran hijos. En aquel momento lo habían prometido todo sin pensar, pero ahora que la cosa se ponía seria, tanto una como otra solución les parecían de un cinismo tal que estaban paralizados ante la espantosa decisión.

Les aconsejamos separarse temporalmente. Uno de ellos debía aceptar un puesto en Vilna para escapar a los ojos de los torturadores. Pero especialmente Edwin no quería saber nada de tal plan. Preguntaron a médicos lituanos, pero se habían conjurado para negarse a hacer tales intervenciones criminales sin necesidad médica. Transmitieron esta información a Rauca y, como no hubo respuesta, se tranquilizaron un poco.

Incluso sin eso, la vida era difícil de sobrellevar. Ambos pasaban constantemente de un extremo al otro, se amaban como nunca se había amado antes. Su amor era pasión y ternura, entrega y egoísmo. Y discutían como niños maleducados por las cosas cotidianas, que a los dos les resultaba tan indescriptiblemente difícil superar. Pero la pequeña y fuerte Lyda quería superarlas. Decoró la triste habitación, conseguía tocino y mantequilla, cuidaba de su esposo y se fortalecía ella misma.

En su oficina cuchicheaban acerca de ella. Se habían enterado de dónde venía. Pero estaba bajo la protección de la noble Simonaityte, que no admitía ningún cotilleo. No tenía ningún pasaporte, ninguna identificación, que entonces se exigía tan rigurosamente en todas partes, y no había ninguna posibilidad de conseguir una. Y tampoco Edwin tenía más que su pasaporte berlinés, caducado hacía mucho tiempo. Pendían de un hilo. La sociedad humana se negaba a aceptarlos. Fueron a los tribunales alemanes porque, de manera grotesca, la vieja demanda de divorcio que Edwin había presentado en primavera seguía su curso. En el tribunal, trataron a esa conmovedora pareja, que esperaba en vano en todas partes comprensión humana, con la gélida cortesía en la que esos grandes señores eran unos virtuosos. Luego oímos decir que esos miserables virtuosos se habían reído no poco del desvalimiento y despego del mundo de la pareja, y que contaron su visita como una diversión extraordinaria en una reunión social.

En medio de este caos, la concentración floreció en forma de nueva productividad en Edwin. Terminó la *Pequeña leyenda del baile*, compuso nuevos lieder, rescató del recuerdo una obra perdida. Ya antes de llegar Lyda, había formado un trío. El violín era Vocolka, un profano musical y lleno de gusto. Püschel era chelista en la orquesta de la ópera. El trío no sólo se había formado por razones musicales: se entendían como compañeros de fatigas, porque los dos tenían esposas judías.

Al cabo de pocos meses, Vocolka había sacado ilegalmente del gueto a su esposa y sus tres hijos y los había alojado de modo temporal en casa de unos conocidos. Alquiló en el casco viejo, en la parte trasera de una casa, una cueva que no merecía el nombre de vivienda pero que era un escondrijo muy adecuado para quitarse de la vista de la policía, porque no se veían ni su entrada ni ventana alguna. Eran dos

cuartos que se encontraban detrás del lavadero de otra vivienda. Las ventanas daban a una alta y pelada pared, de manera que había que [dejar] la luz encendida casi todo el día. Vocolka llevó allí a sus hijos, y pocos meses después también a su mujer. No registró a los niños y no los mandó al colegio, pero llevaban una vida semipública, eran conocidos por los vecinos y en la calle. Sin embargo, sólo los más cercanos sabían de la presencia de la mujer. Después de su horario de trabajo, Vocolka se encargaba de conseguir todo lo necesario para la casa, mientras la mujer llevaba su existencia en la sombra.

Püschel también tenía tres hijos. Al principio, los dos varones adultos se habían escondido en el campo. La mujer y el hijo menor consiguieron, debido a una protección especial, permiso para abandonar el gueto y vivir con su esposo. Como ella ya no era joven, en contra de la exigencia inicial se la eximió de la esterilización.

El trío de los «judíos» pronto consiguió una muy buena fama oficiosa. Se les llamaba a distintas fiestas y en cada una de esas ocasiones los tres se alegraban de distraerse un poco de sus preocupaciones domésticas y recibir, en recompensa por su actuación, alguna cosa buena de comer y de beber, a las que todos ellos eran muy receptivos. Tenían un programa para todos los gustos: tocaban los clásicos a las mil maravillas pero, si se les pedía, también cualquier canción de moda. Ensayaban sus composiciones en el cuarto de Edwin, y muchas semanas antes de que Lyda apareciera ya habían preparado un programa especial para recibirla. El estreno del concierto, del que Lyda, Dolly y yo fuimos las únicas oyentes, fue un completo éxito, y durante una hora todos nos vimos libres de nuestras sombrías preocupaciones.

En el caso de Dolly, los problemas no eran obra de la fatalidad, como para nosotras, sino algo elegido por ella misma, a medias por ansia de aventura, a medias por compasión. Había alquilado un hermoso cuarto parecido a un estudio, en el que recibía día y noche las visitas más heterogéneas. Si venía inesperadamente gente de las SS, los judíos que estuvieran en ese momento se escondían en el desván anexo. Pero ante sus amigos del ejército no los escondía en absoluto. Tenían que acostumbrarse a ese ambiente inusual. Ayudaba a todos en lo que pudieran necesitar y al mismo tiempo los explotaba con ingenua naturalidad. Tenía siempre los más hermosos vestidos, conseguía muebles y obtenía siempre lo mejor para comer, y lo compartía generosamente con otros. Ni se le pasaba por la cabeza trabajar y ganar dinero de alguna manera, pero gastaba mucho.

Su inseparable amiga era la señora Hickson, que era en todos los sentidos lo opuesto a Dolly. Esta inglesa de los círculos más elevados se había divorciado de su esposo, que había sido un alto diplomático^[80], y había sido repudiada por su conservadora familia por esa acción. En París, se había casado con un judío de Kaunas, había venido aquí con él y había vivido en circunstancias modestas, pero tan feliz que se sentía compensada de sus vivencias anteriores. Su esposo también había

muerto en el Fuerte VII, y si Dolly no se hubiera hecho cargo de ella habría estado completamente sola.

Por eso dependía de Dolly con exaltado afecto, y aunque en el fondo no encajaba con ella ni respondía a sus inclinaciones naturales, se adaptó con encanto a la vida bohemia de su amiga. Era una lady de moral muy estricta, se esforzaba en no ser una carga para nadie y se ganaba la vida dando clases particulares de inglés.

Para mejorar su torpe alemán, tomaba clases de conversación conmigo y me las daba a cambio de inglés. En esas ocasiones, yo iba a su cómoda y diminuta buhardilla. Ella estaba sentada muy erguida, vestida siempre con impecable corrección, el cabello ya gris teñido de dorado, con su fox terrier *Pixi* en brazos... la esencia misma de la inglesa aristócrata.

Durante sus clases, cocía casi todos los días en el horno un pan blanco para Dolly y al terminar corría a llevárselo. En una ocasión fuimos juntas y encontramos cerrado el cuarto de Dolly: «He perdido la llave. Id al desván, os mostraré el camino para reuniros conmigo».

No entendíamos cómo íbamos a poder pasar al cuarto desde allí. Pero enseguida aparecieron en el tragaluz las largas y hermosas piernas de Dolly y la entera y flexible Dolly descendió hacia nosotras como caída del cielo. Desde el desván se podía pasar hasta el cuarto por el tejado. La señora Hickson estaba horrorizada ante la idea de ese camino de gatos, pero la sujetamos fuerte y subimos con cuidado, e hicimos felizmente el vertiginoso recorrido. En el cuarto ya había unos cuantos huéspedes jugando a las cartas; todos habían entrado de esa arriesgada manera y tuvieron que volver a usar ese mismo camino para salir, hasta que al día siguiente uno de los muchos amigos trajo una llave nueva.

En verano, Dolly enriqueció su panal de abejas con un nuevo huésped, un chiquillo de diecisiete años cuyos padres vivían en el gueto, pero que como hijo de un varón ario se había quedado en la ciudad. Dolly quería organizar con la madre de Serjocha lo que había logrado con Edwin y Lyda. Le consiguió documentos que demostraban que sólo era de ascendencia judía a medias. La señora Oretschkin fue interrogada concienzudamente por Rauca y Stütz, y casi parecía que también le iban a dar el salvoconducto. Dolly estaba orgullosa de haberlo conseguido una vez más, pero no salió bien. Las investigaciones policiales emprendidas en su lugar de nacimiento, Varsovia, documentaron que era plenamente judía, y le explicaron que «por el momento» tenía que quedarse en el gueto.

A Dolly le pareció que Serjocha no estaba bien donde había estado hasta ese momento y se lo llevó consigo. Le daba igual que pareciera escandaloso que el muchacho viviera con ella en una misma habitación. Precisamente lo extravagante le gustaba, y recalcó que su propio hijo, que vivía en Palestina, tenía la misma edad que su pequeño amigo.

Serjocha se veía malcriado y mimado por ella, y a la vez reprendido y explotado. Al cabo de algunos meses, el exceso de intimidad le resultó molesto a Dolly, sobre

todo porque le perturbaba al recibir a otros huéspedes, construyó para el chico un pequeño cobertizo en el desván que, al menos en verano, le proporcionaba un cuarto utilizable. No ocultaba su relación con el muchacho a los caballeros de la Gestapo, que entraban y salían de su casa igual que los judíos del gueto, aunque ellos encontraban su presencia aún más perturbadora que la de su perro.

Desde hacía algún tiempo estaba construyendo un segundo y misterioso cuartito en el desván. Lo amplió hasta convertirlo en una verdadera habitación, encalada y dotada de una estufa. Allí viviría Mositchen, la mujer de Hermanitos^[81]. Era amiga suya desde hacía tiempo, y hacía mucho que había concebido el plan de sacarla del gueto de Vilna. Fue a Vilna, la visitó en el gueto y lo acordó todo con ella.



Ilse Kaufmann, de soltera Moses (*Mositchen*), después de la guerra, en Londres, con una sobrina.

Dolly regresó muy satisfecha de su viaje. Lo había arreglado todo con Mositchen y, en cuanto el cuartito estuviera listo, quería volver y traerla.

Dolly también había ido a visitar a nuestra amiga la señora Engert, la esposa del catedrático alemán. Por mediación de su marido, que había sido separado de su puesto de germanista en la universidad y ahora trabajaba en la comandancia, ostentaba un puesto elevado. Durante largo tiempo ni siquiera había vivido en el gueto, sino en una casita fuera de él, y con el consentimiento tácito de sus superiores el profesor tenía ocasión de ver casi todos los días a su esposa, hablar con ella y procurarle alimentos.

Como ella hablaba alemán, lituano, ruso y polaco, la emplearon como traductora en la oficina de una compañía pública de exportación. Para la joven esposa, que siempre había representado con cierta repugnancia el papel de esposa de catedrático alemán, por más que la halagara, la vida en el gueto fue una especie de retorno a su

pueblo y lo disfrutó por entero. Se había salvado de las graves privaciones y humillaciones de los otros, y esperaba poder volver a vivir pronto con su marido gracias a las buenas relaciones de éste.

También había en Kaunas algunos judíos que tenían permiso para vivir en la ciudad. Serebrovicz^[82], un hombre de unos cuarenta y cinco años que en el momento de la invasión alemana estaba en la cárcel, se presentó enseguida a la Gestapo y le ofreció sus servicios. Representó el papel de mediador entre la Gestapo y el gueto, y probablemente habrá revelado más de una cosa a sus amos. Era un sujeto oscuro, en el que no se podía confiar. Aun así, sabía tratar a la gente de los servicios de seguridad, y a menudo tuvo éxito como intercesor por los judíos.

Entraba y salía del edificio de las SS con toda libertad, y los más peligrosos antisemitas trataban allí con él en tono confidencial. También tomó parte en las negociaciones con Lyda. La interrogó varias veces en nombre de la policía alemana. Hasta donde se podía apreciar, tenía buena voluntad y se esforzaba en ayudarla. También su familia, mujer y dos hijos adolescentes, vivían libremente en la ciudad, y mientras los demás pasaban privaciones y vivían presos de un miedo cotidiano, ellos tenían una hermosa vivienda y todo lo que necesitaban.

Se debió ante todo a la intercesión de Serebrovicz que también el doctor Heuer se quedara en la ciudad con su familia. El doctor Heuer era un emigrante de Austria. Se había especializado en el tratamiento de las varices mediante inyección de una solución salina y obtenía grandes éxitos con su método curativo. Entre sus pacientes había personalidades influyentes que recomendaban dejar al médico en su actividad debido a la importancia de su tratamiento de las piernas para la guerra. Seguía teniendo abierta su consulta y por lo demás vivía tan retirado como podía, y toda la familia evitaba mostrarse en la calle. Él mismo daba clase a sus dos hijos. Su mujer se ocupaba de la casa y se envolvía en un chal cuando iba a buscar sus compras a la tienda de ultramarinos. Sus pacientes le ayudaban en la lucha por la vida.

Siempre le daban permiso para vivir fuera del gueto por un trimestre, y en cada ocasión aportaba una lista de solicitantes que pedían que siguiera en la ciudad. Esa dependencia de la piedad de la policía alemana, el aislamiento y el constante miedo le atormentaban de tal modo que a veces decía que estaría mejor en el gueto que allí.

En julio, Serebrovicz recibió la orden de trasladarse a Vilna, donde se le prometió emplearlo también como órgano de la policía. Para la mudanza, pusieron a su disposición un camión grande, capaz de acoger todos sus muebles y objetos domésticos. Se despidió ceremoniosamente de sus conocidos de Kaunas, entre otros de Dolly y la señora Hickson, que había dado clase de inglés a sus hijos.

En Vilna le esperaba una hermosa vivienda. Apenas se había instalado cuando los vecinos vieron un coche cerrado que paraba delante de la casa, y de él salieron algunos miembros de la Gestapo. Poco después, en la vivienda de Serebrovicz se

escucharon algunos disparos. El piso fue sellado y a la noche siguiente se llevaron los cadáveres. Eso contaron los vecinos. Nadie sabía nada preciso acerca de su desaparición. Otros contradecían la versión anterior: no los habían matado en su casa, sino en el edificio de la policía de Vilna.

Con él, el doctor Heuer había perdido a su intercesor. Cuando en julio presentó su nueva solicitud de permiso de residencia, no obtuvo respuesta por el momento. Se le dijo que necesitaban la casa en la que tenía su residencia, que debía buscarse otra. Al cabo de una semana, Stütz se presentó allí y dijo que le iban a proporcionar otra vivienda. ¿Cuántas habitaciones necesitaba? Quizá dos fueran demasiado pocas; tenía una consulta grande.

Al día siguiente, un pequeño carromato se detuvo delante de su casa. Tenía tiempo hasta las dos para dejarla y trasladarse al gueto. Stütz apareció en persona al cabo de una hora, echó un vistazo a los hermosos muebles vieneses, los valiosos cuadros y alfombras, y decidió que se quedaran todos en la casa. En el gueto no iban a necesitar más que lo imprescindible. Cuando el doctor Heuer le preguntó por qué le había dado falsas esperanzas, él sonrió perverso:

—No quería inquietarle innecesariamente.

Habíamos superado julio y agosto. Cada día, con su inacabable luminosidad, era un sangrante recuerdo del año anterior. Gretchen siente lo mismo que yo. No es un dolor que cicatrice con el tiempo. Es una pena rabiosa y corrosiva que muerde más profundo cada día.

De nada sirve hacer acopio de fuerzas, resistirse, aturdirse. Los gritos se ahogan en la garganta de la mañana a la noche, y por la noche la sábana no sirve para secar las lágrimas.

Gretchen había pasado dos semanas de vacaciones con su encantadora e ingenua amiga Nina, cuyos padres —lituanos— tenían una pequeña granja. Allí había tomado leche, se había bañado en el riachuelo y el sol había dado un poco de color a sus mejillas. Pero allí también hay un bosque al que habían llevado a judíos para fusilarlos. No hay ningún sitio, por pequeño que sea, que no esté manchado de sangre. No hay distracción que pueda apartar el horror de nosotras ni por unas horas. Es demasiado grande y espantoso como para poder compartirlo con otros. Es una enfermedad devoradora que se oculta a los ojos de la gente. A menudo me da la impresión de topar por la calle con miradas de desconfianza. No sólo es como una enfermedad, es como una culpa. Ahora entiendo muchas cosas. El mundo no pregunta. Es tu destino, sopórtalo...

Todavía pudimos llevar a nuestra Marie los tomates del año anterior. Los jueves delante de la cárcel... Entonces sufríamos y temíamos más, pero aún teníamos esperanza. Los días se acortan. Edwin y Lyda han vuelto a la vida. Regina está a salvo en casa de los ángeles. La pequeña Ira corre descalza como una campesina por

la finca de la señora Lyda. Emmi ha salido de prisión. El *Cervatillo*, Mositchen y la señora Engert van a salvarse. Cada día trae nuevas sensaciones y reclama nuestra participación.

Es difícil ganar suficiente dinero. En verano, los estudiantes desaparecieron. Algunos, precisamente aquéllos en puestos altos, ni siquiera habían pagado. Sé que somos gente sin derechos y a veces casi me sorprende que no nos exploten mucho más.

En una ocasión me encontré a un antiguo alumno, Sokolski, en el mercado. Quiso evitarme, pero le retuve, le dije que ahora que el dinero se había devaluado tanto ya no cobraba un marco por hora, sino cuatro, y le pedí que me pagara de una vez su deuda. Afirmó que no tenía dinero, pero de pronto sacó el monedero y arrojó toda la deuda sobre el mostrador de un puesto del mercado. A la vez, gritó que estaba muy al tanto acerca de mí, y que pronto tendría otra clase de noticias tuyas. Las mujeres del mercado miraban asombradas esa disputa entre dos «inteligentes», y aunque no tomé en serio la amenaza, sí dejó un malestar dentro de mí.

Hice mis compras, malhumorada, y luego fui un momento a ver a Edwin. Lyda estaba en el trabajo. Edwin, sentado ante sus pentagramas.

—Tendré que llegar a ser muy viejo para poder escribir todo lo que resuena en mí.

Al decirle que sería mejor no componer nada ahora, sino aceptar cualquier puesto en una oficina para satisfacer las exigencias de la Gestapo, se enfadó mucho. Estaba firmemente decidido a seguir llevando su vida privada como hasta la fecha, y lo conseguiría. Yo seguí mi camino, pensativa.

Cuando iba a hacer una última compra me di cuenta de pronto de que me faltaba la cartera. Me asusté. Contenía mis documentos, que nunca podría volver a conseguir. Volví corriendo a casa de Edwin. Allí no había nada. Probablemente me la habían robado en el mercado. No había esperanzas de recuperarla. Vuelta a la tienda en la que había advertido la pérdida. Nada. Pero en medio de la calle relucía una hermosa herradura nueva. Esto significa suerte, jugaron mis pensamientos. La cogí. Los relucientes clavos aún estaban puestos. Me la llevé a casa. Cuando ya casi había llegado, se me ocurrió de pronto dónde había dejado la cartera. Otra vez montaña abajo, a llamar a la puerta de la doctora^[83]. Allí estaba la cartera perdida, en el respaldo de un sillón, pero la doctora estaba transformada. Había tenido buenas noticias de su hijo. Nos abrazamos y nos alegramos juntas.

Así se llenan los días, con pequeños acontecimientos desgraciados y alegres. Están tan repletos de ellos que apenas se puede aprehender su plenitud. Nuestros enemigos son alemanes, como nosotras^[84]. Nuestros asesinos son nuestra propia gente. Los alemanes se matan a sí mismos. Miro a mi alrededor. Por todas partes hay traición, peligro. A menudo me asalta el horror. Quisiera salir de casa a la calle, y cuando estoy en la calle, esconderme en casa.

Enemigos a mi alrededor. Qué ha sido del trabajador y pacífico pueblo lituano... esbirros de los verdugos, que se apresuran a ayudar al crimen, oscuros especuladores, envidiosos denunciadores.

Amigos a mi alrededor. En medio de esta maraña florecen las uniones secretas, la gran confianza mutua, las cálidas amistades femeninas. Por ocultas que estén hacia el exterior, se abren sin reservas cuando estamos juntas, porque sabemos que una sola no puede nada, que tenemos que ayudarnos si queremos conseguir algo. El número de nuestros protegidos crece cada vez más, y a un tiempo la lucha se va haciendo cada vez más peligrosa.

Las calles de la ciudad se iban llenando de alemanes retornados y de otros venidos por primera vez. Las sucursales de las empresas alemanas abrían sus oficinas. Los lituanos simplemente eran echados de las mejores casas, tiendas y talleres. Muchas empresas pasaron a manos alemanas o tuvieron que trabajar para los alemanes bajo control alemán. Las casas ocupadas por los alemanes fueron remontadas^[85] como en tiempo de paz, dotadas de muebles elegantes, y las calefacciones centrales no ahorraban combustible. Estampillaban todo lo que les caía entre manos con su marca de «pueblo de amos».

Los campesinos no sólo tenían que satisfacer elevados tributos por sus productos, sino que además toda venta libre fue prohibida. La población urbana se pasaba a menudo semanas sin recibir manteca ni carne. Podían contemplar cómo los alemanes iban a sus tiendas y compraban mantequilla, pan blanco, huevos, leche. En las carnicerías lituanas se vendía carne de caballo, carne de mala calidad, las alemanas en cambio estaban repletas de carne de primera, embutidos, jamón. En los mejores restaurantes sólo se podía comer con cupones alemanes. Sólo en las farmacias alemanas había medicamentos.

En el verano del 42 tuvieron lugar lo que se llamaron primeras movilizaciones voluntarias^[86] de lituanos. Creían poder atraer a los lituanos con alcohol y cigarrillos. Pero ellos entendieron muy bien lo insultante de esa forma de cortejo. En las ciudades de provincias ocurrió que los jóvenes se apuntaron, tiraron al suelo los cigarrillos recibidos, vertieron el aguardiente y se fueron decididos de allí. Los alistadores estaban tan perplejos que no intervinieron.

En el campo empezaron a instalarse campesinos alemanes. Se les dieron reses y equipos. Como mano de obra, se les asignaron en parte prisioneros rusos o familias rusas de los territorios ocupados. Las granjas lituanas que se encontraban en un estado especialmente bueno fueron requisadas y transformadas en fincas públicas. A parte de los campesinos desplazados se les dio tierra en otros lugares. No pocos de estos expulsados se resistieron a la violencia. Se unieron a los nuevos partisanos, los enemigos del régimen alemán. Vivían en los bosques y amenazaban a los colonos que se habían instalado contra todo derecho en sus tierras.

Se repartieron armas entre los colonos, pero eso aún irritó más a sus enemigos. A pesar del apoyo estatal, los colonos no podían disfrutar de sus posesiones, y más de uno tuvo ya entonces el presagio de que su dominio no sería muy largo.

Nuestros parientes de Alemania nos escribían cartas cautelosamente redactadas de las que se desprendía todo el terror. Todos ellos, junto con un amplio círculo de amigos, eran apasionados enemigos del régimen, que sufrían por la profunda degradación del pueblo alemán. Habíamos acordado tiempo atrás un pequeño código de palabras secretas, con las que ahora nos entendíamos a duras penas. Enviábamos paquetitos de alimentos, y de la pasión con que eran recibidos deducíamos lo necesario que les resultaba ese pequeño suplemento nutritivo.

Mi suegra vivía en casa de mi madre, que hasta el momento había conseguido protegerla de ataques directos^[87] en la ciudad. Mi madre se había resistido valerosamente a las exigencias y amenazas del partido respecto a limpiar su casa de la inquilina judía. La nueva ley, según la cual también en Alemania los judíos debían ir señalados con una estrella de David, apenas afectó ya a la anciana, que raras veces abandonaba la casa y el jardín. Los vecinos y los viejos amigos seguían visitando a la bondadosa mujer, siempre servicial, y por su parte ella prestaba tan poca atención a sus propios problemas que siempre estaba abierta a oír las preocupaciones de los otros y les daba consuelo con su casi ingenua fe en la bondad del género humano. Tenía una profunda formación, verdaderamente alemana, y, en la pureza de su corazón, no podía entenderlo que estaba ocurriendo en torno a ella. Y estaba tan inmoviblemente convencida de la cercana «victoria del Bien», que creía en un pronto reencuentro con su hijo y sus nietas. Nosotras no podíamos decidarnos a decirle toda la verdad sobre el destino de sus seres queridos.

A finales de septiembre, hombres de las SS entraron en su casa y se la llevaron. Esta vez, mi madre no pudo protegerla, como había logrado hacer ya muchas veces. Le dejaron hacer su maletita y se la llevaron. A Lublin, dijeron, donde iban a concentrar a los judíos. La valiente anciana no adivinó las diabólicas intenciones de sus verdugos. Así que tampoco entonces tomó el veneno que había preparado para un caso así. No sabemos dónde y de qué forma fue asesinada^[88]. El ejemplo de tantos otros no dejaba lugar a dudas. La noticia de lo ocurrido nos afectó dolorosamente. Nos sentíamos vacías de amor y abandonadas sin [los] preocupados pensamientos de nuestra abuela. Continuábamos bajo esa presión cuando recibimos la primera visita de Alemania.

Un sábado, en el que Gretchen terminó su trabajo a la una, habíamos peregrinado hasta el huerto de nuestros amigos holandeses y regresábamos cargadas de verdura y manzanas, con los zapatos sucios y los miembros cansados. Ya había oscurecido cuando, desde nuestra casa, nos llamó una suave voz de mujer:

—¿No me reconocéis?

Vimos la silueta de una figura ancha, sin imaginar quién podía ser.

—¡Suse!

Mi vieja compañera de estudios, con la que había pasado años de amistosa unión^[89]. Sus hijos habían jugado de niños con mis hijas, y a pesar de todas las diferencias en nuestros caminos se había mantenido entre nosotras la intimidad de dos amigas de la juventud que no se miran tanto con ojo crítico como confían mutuamente en su antigua amistad.

Como escritora, había tenido que luchar duramente muchos años. Pero el Tercer Reich le había traído éxito, fama y dinero y, acrítica como había sido siempre, poco a poco se había deslizado hacia la senda de los nazis. Ya no había ninguna posibilidad de entendimiento entre nosotras y hacía años que no respondía sus cartas, rebosantes de himnos de alabanza al régimen. Ahora que la tenía delante de mí nos inundó una alegre sorpresa, y al vernos a la luz, en casa, cada una de nosotras no vio en la otra más que a la vieja y fiel compañera de la juventud.

A pesar de su figura de matrona, yo veía en ella a la hermosa, enérgica y fogosa criatura de antaño, y los recuerdos me recorrieron como una cálida ola. Había sido enviada como periodista a las provincias del Este por la Asociación de Escritores Alemanes y pensaba pasar unos días en Kaunas. Cansada del viaje, quería irse pronto a su hotel, y quedamos citadas para el mediodía del día siguiente. En nuestra alegría al ver a esa persona de confianza a la que podíamos tutear, Gretchen y yo habíamos olvidado todo lo que nos separaba.

La mañana se fue en preparativos y luego permanecimos sentadas junto a la ventana, en nuestra cálida cocina, y dejamos pasar las horas. Anocheció. El aire estaba lleno de humo de cigarrillos y olor a café. No oscurecimos las ventanas, sino que nos limitamos a no encender la luz. Estuvimos sentadas, hablando y hablando, hasta muy tarde. Fue como si se nos abrieran esclusas contenidas, y lo que temíamos hablar entre nosotras lo compartimos relajadas con la tercera. Hablamos sincera y apasionadamente, sin tener en cuenta la fila de condecoraciones en el pecho de nuestra amiga, y como no creíamos sino que los testimonios de los terribles crímenes que la Gestapo había cometido en nombre del pueblo alemán harían cambiar al fin a nuestra Suse, la convencimos de que se convirtiera en miembro del partido y dedicara bajo esa cobertura todas sus energías a luchar contra el régimen. Estábamos dispuestas a ayudarla a recoger ahora, en su viaje, material para esa nueva tarea.

En los días siguientes, la llevé a casa de las Natachas y le presenté a Regina; la llevé a la modista, donde le presentamos al amable *Cervatillo*, Esther. La llevé al aeródromo, donde unos centenares de hombres con la estrella hacían su trabajo de esclavos; al gueto, con sus espantosas ventanas tapiadas hacia la calle y los carteles de advertencia en la alambrada, en los que cada frase amenazaba con la pena de muerte. Acababa de surgir una nueva prohibición: dar a luz. Madre e hijo estaban condenados a muerte por eso. ¡Las embarazadas tenían que abortar el fruto de su vientre, atendidas por un médico del gueto! Suse quedó horrorizada ante esta

vergonzosa vileza y, aun así, me pareció que reaccionaba a todo de un modo distinto al que yo había esperado.

Siguió viaje en dirección al frente y prometió venir a vernos de nuevo en el viaje de vuelta. Al cabo de unos días recibimos una larga carta que nos desilusionó como una ducha fría. Nos habíamos equivocado profundamente en nuestra creencia de que podríamos convertirla. Su corazón y su entendimiento estaban blindados contra toda comprensión con eslóganes nacionalsocialistas, y lo que por un momento pareció haber penetrado esa coraza ya había sido absorbido entretanto y se habían restablecido las rígidas paz y comodidad espirituales. ¡Qué profunda, nos dijimos, tiene que ser la ceguera del pueblo alemán, si la cálida y maternal Suse ha podido sucumbir de tal modo a ella como para no ser ya accesible a comprensión alguna!

Cuando vino a vernos en el viaje de vuelta, la magia del primer reencuentro se había esfumado. Nos enzarzamos en interminables y estériles disputas, y no nos acercamos ni un solo paso al entendimiento. Al despedirnos, buscamos en vano una palabra que pudiera unirnos como antaño por encima de ese abismo.

Esa experiencia nos enseñó mucho. Veíamos a nuestra radiante Marie hablando inútilmente a los soldados del hospital militar, hasta que la hicieron detener. Comprendimos que es ocioso polemizar contra el nacionalsocialismo, que sólo hay un arma contra él: las armas.

Alrededor de seis meses después tuvimos otra visita de este tipo, a la que ya de antemano recibimos con más frialdad: un arquitecto al que el régimen había ascendido a director de obras públicas, que sin duda se avergonzaba un poco ante nosotras de su uniforme pardo y testimoniaba su compasión y lamento ante todo el espanto que le narramos, pero que aun así no nos ocultó su orgullo por lucir su cargo y título, sus relaciones personales con Sch. y casi con Göring. Estaba especialmente orgulloso de que hubieran propuesto a su hijo para un «Colegio Adolf Hitler», y no se daba cuenta de lo fuera de lugar que estaba presumir de esa distinción precisamente ante nosotras.

Octubre había terminado; trescientos sesenta y cinco días desde el gran crimen, desde nuestra desgracia, a la que nunca podremos acostumbrarnos. Los gritos se han quedado en nuestra garganta y no encuentran salida. Cuando Gretchen vuelve de la oficina, a las cuatro y media, ya anochece. A veces, la silenciosa vivienda me angustia de tal modo que bajo desde la montaña hasta su oficina en la fábrica para verla un momento.

Por las calles pasan los miserables prisioneros. Imploran pan y cigarrillos. Las hojas de arce amarillas sobre la tierra húmeda parecen las estrellas de las oscuras ropas de los judíos. ¿Es que esta miseria no va a tener fin, no va a haber compasión? Por las calles resuenan las botas de los SS. La campaña triunfal de los alemanes ha

alcanzado las cumbres del Cáucaso y la confianza de los vencedores en sí mismos, las cumbres de la arrogancia.

Teníamos miedo al sonido brutal de sus botas, a sus miradas fijas y sus nucas perversas y testarudas, pero no dudábamos ni por un momento de que ese falso imperio terminaría pronto, y con esa creencia respondíamos a las atemorizadas preguntas de los judíos y los consolábamos con la espera de tiempos mejores.

Nuestras protegidas, Marianne y Onyte, habían conseguido puestos de criadas con sus documentos falsos. Un pequeño funcionario lituano y su esposa, que habían cuidado cerdos en su juventud, veían con profunda satisfacción que la judía, la intelectual, tuviera que servirles de criada. Disfrutaban tanto de ese sentimiento que no podían imponerle trabajos lo bastante pesados y humillantes. Pero la hermosa confianza natural de Onyte no se quebraba por eso. Se medio mataba a trabajar, pero conservaba su enérgico humor. Un importante objetivo la mantenía en pie: sacar del gueto a su hermano y su familia.

En el gueto reinaba una relativa calma. Ya no se producían grandes carnicerías. Comparada con las lamentables condiciones de vida, la situación sanitaria no era mala, la mortalidad, baja. Se veía que lo que había quedado era realmente una selección natural: hombres y mujeres duros, y cuanto más duras las condiciones, tanto más fanática era su voluntad de vivir, su fuerza para superar todos los peligros.

Detrás de la casita de las modistas había un lavadero en el que la Organización Schuh había instalado un taller. Allí trabajaban metalúrgicos judíos y un relojero especialmente dotado que arreglaba los relojes de bolsillo de los alemanes. En ese taller del lavadero hacía siempre un agradable calor, y nada era más agradable que sentarse un poquito con los obreros y charlar. Qué gente recia, esa mezcla de melancolía y humor, esa dulzura a la hora de soportar sus infinitos padecimientos y a la vez esa destreza para la vida práctica.

Había que tener mucho cuidado de que esas visitas secretas no fueran descubiertas. Sobre todo había un cabo, un tipo repugnante empeñado en que sus esclavos no establecieran contacto con «personas» y especularan. Antes de salir, por la tarde, revisaba sus bolsas y carteras en busca de mercancías prohibidas. Pero eran más listos que él y le engañaban a conciencia.

Edwin creía firmemente en los medicamentos. Se había comprado toda una farmacia de vitaminas, concentrados de ternera, neuroreforzantes y antirresfriados. Se los hacía tomar a su mujer y él los tomaba constantemente y sin orden alguno. Aun así, en noviembre fue poniéndose cada vez más enfermo. Dijo que los medicamentos eran una porquería y llamó al médico alemán doctor A., que constató la existencia de una

pulmonía grave. Lyda pidió permiso en el trabajo y le cuidó. No era ninguna pequeñez, porque ella no [tenía] ni idea de cómo cuidar enfermos.

La fiebre subía y de pronto las cosas se pusieron serias. Lyda acudió a mí llorando. El médico había prescrito compresas.

—¿Qué son compresas? —preguntó.

Yo cogí un paño de franela, papel de Billroth^[90] e imperdibles, un frasco de zumo de frambuesa [y] un pequeño cojín, y me fui con ella. Hicimos una cama en la cocina para la agotada Lyda. Era un poquito dura, pero después de las noches pasadas en vela la atrajo tanto que se tendió en ella enseguida.

La fiebre subió a 41 grados. En la casa vivía un médico lituano. Le hice venir entrada la noche. Preparó inyecciones de estricnina. El corazón estaba afectado, volvería por la mañana. Yo me senté junto al lecho del enfermo, que deliraba a gritos. Se revolvía, se incorporaba de golpe, quería levantarse, chillaba, escupía, tosía de un modo que daba pena. Se arrancó la compresa. Le ahogaba. Hice una nueva, arreglé el cojín, le di Elendron, Prontosil, limón, zumo de frambuesa. Retiré, a la velada luz de la lamparilla de noche, los innumerables medicamentos inútiles, cerré el piano, aparté el polvoriento ramo de siemprevivas y me acerqué cada pocos minutos al lecho del enfermo.

—Me muero, me muero —gritaba él a cada ataque de tos—. No quiero morir, aún tengo que escribir muchos dramas musicales. Todas las melodías están ahí, no necesito más que tiempo y salud. ¡Qué idiotas, los médicos, todos idiotas! Ahora la compresa está muy bien puesta. Lenchen^[91], es usted la mejor de las personas, no, la segunda, porque Lyda va antes. Deje dormir a mi cabritilla, mi amor. ¿No tendrá frío en la cocina?

Así pasó toda la noche y todo el día siguiente. El médico preparó sus inyecciones, auscultó el corazón, los pulmones. Su estado es preocupante, el corazón, el corazón. Lyda está como loca. ¡Tiene, tiene, tiene que curarse! Había estado corriendo todo el día, había conseguido esas ampollas tan difíciles de conseguir, había comprado a los soldados naranjas y limones, conseguido pan blanco en algún sitio. Se inclinaba sobre él y volvía a salir corriendo. No podía soportar ver los estertores del enfermo.

Él gime, grita, canta, ríe y llora a la vez. De pronto, se queda muy callado. Tengo miedo al verlo allí tumbado, blanco como las sábanas, le toco la frente. Está empapada de sudor. Duerme, y respira tan rápida y silenciosamente como un bebé. Su pecho sube y baja, sube y baja, igual que una bomba. Al cabo de una hora le quitamos la ropa empapada. Froto el torso flaco y estrecho con una toalla, [le] pongo una camisa limpia, que he calentado antes. Duerme, mi niño grande y maleducado, duerme hasta curarte.

Durante toda la noche, nuevos estallidos de sudor. Hace mucho que [ya] no tenemos ropa suficiente, la secamos, en contra de las normas, en el radiador de la calefacción de vapor. La noche es interminable, y tengo tanto sueño que ya no me tengo en pie. Cabeceo en mi silla, olvidando mi deber, hasta que el día gris se cuele

por las rendijas del oscurecimiento. El enfermo sigue durmiendo, resopla ligeramente. No sabemos... ¿Es buena o mala señal? El médico iba a venir pronto. ¿Dónde está? Lyda quiere llamarle. Pero ya no está en casa. Recogemos el cuarto y esperamos. A mediodía, viene el médico. Ha llamado a la puerta muy temprano, pero estábamos dormidas y no lo hemos oído. Mira al paciente, le toma el pulso, le ausculta:

—La crisis ha pasado.

Y se va. En nuestro interior reina una silenciosa solemnidad, como si hubiéramos tenido un hijo. Las dos somos las madres, pero sin una chispa de celos la una de la otra.

¡Es asombrosa la rapidez con la que un ser humano puede recuperarse de una enfermedad tan grave! Al cabo de una semana Edwin vuelve a andar y la pobre Lyda parece más afectada que él. Tiene problemas en casa y problemas en el trabajo, y las dos cosas juntas superan sus fuerzas. Tose lastimosamente y por fin es ella la que yace con fiebre en cama, y le toca a Edwin cuidarla. Gracias a Dios no se convierte en pulmonía, tan sólo es una seria gripe, no hay crisis... A cambio, se recobra muy despacio. A finales de noviembre, un domingo por la tarde, vamos a verlos. Están sentados a la luz del atardecer y no hacen nada.

—¿Qué hacéis?

—Nos alegramos de tenernos el uno al otro —respondió Lyda.

La habitación ya está recogida y limpia. En medio de la mesa redonda siguen estando las marchitas y amarillas siemprevivas, que recuerdan la enfermedad de Edwin. Pero Lyda no deja que las retiremos.

Yo había traducido una novela corta de nuestro amigo común Benediktas, y se la leí. El tono lírico y melancólico de ese cuadrito invernal nos gustó mucho a todos. Estábamos excitados, seguimos charlando mucho rato acerca de otras obras lituanas y comentamos la posibilidad de hacer más traducciones. Lyda nos habló de la magnífica novela de su actual compañera de trabajo leva Simonaityte, en la que el problema del territorio de Memel se contempla desde el punto de vista lituano y que había sentado muy mal a los habitantes germanos de Memel^[92].

De pronto se levantó, fue al piano y tocó un movimiento de una sonata de Mozart. Hacía tiempo que no la oíamos tocar y quedamos sorprendidos ante su magistral habilidad.

—¿Verdad que son voces de ángeles? —preguntó mientras tocaba.

Ella misma parecía un ángel transfigurado, con su dolorosa y animada sonrisa.

—La primera tarde hermosa desde que estalló la guerra —dijo Edwin—. Tenemos que reunirnos mucho más a menudo.

Tercer cuaderno

Poco antes de la enfermedad de Edwin vino a vernos el profesor Engert, de Vilna. Se habían llevado del gueto, detenida, a su mujer, y la habían ingresado en la cárcel de Vilna. ¿Por qué? Engert no había disuelto su matrimonio, como la mayoría de los mixtos, y no hacía mucho había presentado ante la Gestapo de Vilna una solicitud para que permitieran a su esposa abandonar el gueto y vivir con él. Dado que en otros casos tales solicitudes habían sido admitidas con la condición de la esterilización, y que él y su esposa estaban dispuestos a cumplir ese requisito, creía que sus esperanzas de éxito estaban justificadas.

Se le ordenó acudir a la Gestapo. Pero en vez de darle la esperada autorización se emplearon a fondo con él. Le echaron gravemente en cara que, siendo un alemán que como germanista universitario tenía que representar a la germanidad, se hubiera rebajado después de 1933 a casarse con una judía oriental. Les parecía especialmente reprochable que incluso ahora no hubiera cambiado de opinión y no quisiera separarse de ella, de modo que no cabía pensar en que se aceptara su solicitud. Además, sabían muy bien que en distintas ocasiones se había manifestado contra el régimen en tono despectivo. Por ejemplo, había manifestado ante lituanos que hoy en día no podía por menos de avergonzarse de ser alemán. Lo despidieron con la clara amenaza de que se encargarían de que cesaran sus relaciones secretas con su esposa.

Engert quería pedir en Kaunas la intercesión del general Jost, con el que [tenía] estrecha relación ya que la hija de Engert era la secretaria privada de Jost en Kaunas. Acompañado de su hija^[93] y equipado con la recomendación de Jost, Engert acudió a la policía de Kaunas, y desde allí llamaron por teléfono a Vilna. La respuesta fue: ya no tiene por qué preocuparse de su esposa, ha sido fusilada. Le aconsejamos cambiar radicalmente de actitud en el futuro o tomaremos medidas enérgicas.

La forma en que se lo comunicaron, con la amenaza adjunta, tenía una espantosa similitud con lo que nosotras habíamos vivido allí. Para eso no hay palabras de consuelo... sólo la torturante pregunta sin respuesta: ¿por qué? Pasamos la tarde juntos, desconsolados por lo ocurrido.

Regresó roto a Vilna. Curiosamente, allí le dijeron que su mujer no había sido fusilada, sino enviada a un lugar desconocido, y más adelante oyó decir que se hallaba en un «concen»^[94] de Alemania. El pobre Engert se aferró a esa vaga noticia y vivió durante años de la esperanza en un reencuentro. Nosotras estábamos ya tan familiarizadas con la red de mensajes contradictorios con la que los asesinos ocultaban en cada ocasión sus fechorías, que no les hacíamos caso. Mucho después llegó la terrible confirmación.

Una compañera de sufrimientos que fue más adelante liberada de la cárcel contó que habían pasado ocho días en celdas contiguas, que habían hablado durante las salidas de cada día y se habían entendido mediante un código de golpecitos de celda a celda. Un día se habían llevado a la señora Engert, que al pasar había golpeado su puerta y gritado: «¡Me llevan a fusilarme! ¡Salude a mi marido!».

Debido al miedo que habíamos pasado con las enfermedades de Edwin y Lyda, la alegría de su curación y quizá también la triste costumbre de los horrores y espantos diarios, en ese momento no vivimos tan intensamente la tragedia de Engert. Éramos presas de la idea que últimamente se había extendido por el gueto: no doblegarse más ante el látigo, sino emplear todas las energías en sustraernos y sustraer a otros de él. El hecho de tener a nuestros dos Geist libres nos impulsó a rescatar a otros. Un pequeño grupo de conjurados trabajaba con celo en esa labor subterránea.

Con la ayuda de la doctora Kutorga, la esposa judía de un alemán fue escondida en una locomotora y llevada al otro lado de la frontera, al Reich, donde en lo sucesivo vivió con documentos falsos sin ser molestada.

Ella misma no podía albergar judíos. Habían registrado varias veces su casa, y como comunista y filojudía era sospechosa y había sido advertida por la policía. En otoño habían detenido a su hijo, que trabajaba en un hospital militar en Minsk, por tener relaciones con la población civil rusa y trabajar contra los ocupantes alemanes. Tuvo la suerte de enfermar gravemente de tifus y tener que ser trasladado a un hospital. La valerosa médica logró al cabo de meses liberar a su hijo y traerlo de vuelta a Kaunas.

10 de diciembre del 42^[95]. Hacía algunos días que no habíamos visto a nuestros amigos y por la mañana pasé por delante de la oficina de Lyda. Vi su chaqueta de punto granate a través de los grandes ventanales. Me reconoció y salió a mi encuentro en el vestíbulo. Paseamos arriba y abajo, con la mayor confianza. Tenía las manos heladas y las froté con las mías, calientes de llevarlas en el manguito.

Esa mañana hay una alegría especial en su rostro. Cuenta que le ha dicho a Edwin que les va demasiado bien como para creer que su dicha actual durará. Edwin se ha enfadado por sus dudas acerca de la solidez de su suerte y le ha respondido con irritación:

—No seas gafe, nos irá aún mejor, mucho mejor, sólo con que me dejen tiempo para mi trabajo.

Mientras Lyda charla tan alegremente, una compañera la llama al teléfono. Pero aún no podemos separarnos y Lyda ruega que vuelvan a llamarla dentro de diez minutos. A los tres minutos vuelven a llamarla con urgencia, Lyda corre y a los pocos instantes regresa. Una llamada de su casero: acaban de detener a su esposo.

¿Cómo puede encajarse una desgracia tan repentina? Corremos juntas a su casa, a la habitación vacía y desolada. El casero: «Hace una hora, un coche de las SS se

detuvo delante de la casa. Stütz y otro entraron. Requirieron a Edwin, que aún estaba en la cama, para que se vistiera. Se veían obligados a devolverlo temporalmente al gueto hasta que se aclarasen ciertos puntos oscuros acerca de su persona. Mientras Edwin se vestía, Stütz había echado un vistazo sin vergüenza al cuarto y se había metido en el bolsillo un valioso reloj de oro, un legado del padre de Edwin».

—Estaba aquí, en la mesa.

El casero imitó el codicioso gesto de metérselo en el bolsillo. Stütz había dado un golpe despreciativo al montón de pentagramas que había en la mesa de trabajo, junto a la ventana, de modo que cayeron al suelo.

—¿Son éstas sus obras? Ya no las necesita.

Cuando Edwin fue a ponerse el sombrero, Stütz había vuelto a decir:

—No lo necesita, coja una gorra vieja. Ahora, en el gueto, va a aprender a trabajar de una vez.

Ya en la calle, habían subido juntos al coche y se habían ido^[96].

No, no podíamos entenderlo. Ahí estaba la cama aún abierta, el pijama tirado encima de la silla. Edwin se ha ido, se ha ido. Yo ya conocía esas palabras indeciblemente dolorosas, los gritos de horror que ahogan la garganta y no pueden salir.

Fuimos a ver a Dolly. ¿Podría ella mediar? Fuimos a ver al abogado Novickas, para ver si podía hacer algo. De vuelta a la oficina de Lyda, a disculpar su ausencia. Todos estaban horrorizados con lo ocurrido, trataban al mismo tiempo de consolarla y querían hacer lo posible para ayudar. Me llevé a Lyda conmigo. Tenía miedo de ir sola a su desolado cuarto.

Al día siguiente volvió a irse temprano a trabajar. En las brigadas ya se habían enterado del inusual acontecimiento. Edwin había sido llevado a la cárcel del gueto, con órdenes estrictas de que nadie hablara con él.

Esa prohibición pronto fue rota. La policía judía tuvo compasión de su prisionero. Permitieron a la tía de Lyda visitarle en secreto y llevarle comida. Durante los primeros días él se mantuvo optimista, creía en su pronta liberación. Cuando ésta no se produjo, se entregó a una desesperación sin freno. Se negaba a comer, gritaba furioso, lloraba y se lamentaba. El Consejo de Ancianos prometió interceder por él.

Al cabo de una semana reapareció Stütz. Edwin pensaba que para ponerlo en libertad, y le recibió alegremente. Lo sentaron en un coche descubierto en el que había algunos miembros de la Gestapo armados. Los circundantes lo vieron con horror. Sabían lo que eso significaba. El coche tomó la dirección del Fuerte IX^[97].



El portón del Fuerte IX.

Todo esto no lo supimos hasta más adelante. Entonces, tampoco los judíos a los que nos encontramos en las distintas brigadas sabían nada. Dolly se enteró directamente por Stütz, que le dijo fríamente que le habían «liquidado». No queríamos creerlo. Lyda fue en persona a las temidas SS:

—Su marido está muy bien. Le hemos separado de usted porque no quería esterilizarse.

Todos los días, después del trabajo, Lyda venía a nuestra casa. Se sentaba callada, callada en un rincón del sofá, y miraba al frente mientras yo daba clases o trabajaba. Hablaba de Edwin, con dulces y torturantes recuerdos en cada palabra, cada cosa buena, cada cosa mala, cada ínfimo acontecimiento. El presente era una noche oscura, su vida era el pasado.

Leíamos juntas el diario de él, los textos de sus dramas musicales, que adquirían sentido al mirarse en el espejo de los acontecimientos. El conmovedor texto del tercer movimiento de su réquiem, que había dedicado a la memoria de su madre y que él mismo calificaba de «canción popular»:

Cómo no llorar,
si me has abandonado;
mi corazón se quiere endurecer,
si no estoy a tu lado.

Estábamos a salvo,
a pesar de todo lo sufrido.
Ahora callan las penas,
pues la Muerte ha vencido.

Qué alegre era el verano,
antes que la helada te alcanzase;
vuelve a la escalera que conduce
al cielo del que bajaste.

Y el quinto movimiento:

Estáis ahí, todo el tiempo
estamos cerca, listos para la muerte.
¡Seguid!
Un oscuro pasillo, preñado de dolor,
desemboca en el miedo, en el mar.
¡Seguid!
La llama se abre paso entre la noche.
La llama da fruto, plena.
¡Seguid!
En él, sentido último
del río eterno, se convierte en beso.
Amén.

De su diario:

16 de abril del 42 ¿Por qué el ser humano creativo teme más a la muerte que el hombre medio y el que está por debajo de la media? Esa cuestión me ha estado ocupando todo el día. (*Diarios*, 11, pp. 7 y ss.)

La verdad es que él era un hombre que temía especialmente a la muerte. Durante las alarmas aéreas, que en primavera y verano perturbaban las noches con frecuencia, bajaba siempre al sótano antiaéreo de la casa vecina y se quedaba allí, sudando de miedo y temblando, hasta que pasaba la alarma. Como raras veces se producían ataques aéreos y en la mayoría de las ocasiones los aviones se limitaban a sobrevolar la ciudad, nosotras hacíamos poco caso a la alarma, lo que siempre enfadaba mucho a Edwin. Calificaba de tosquedad tener tan poco miedo de un peligro tan evidente.

Estaba lleno de creencias y supersticiones, veía en todo secretas relaciones, especialmente astrológicas. Pero también en la vida diaria su imaginación construía todo el tiempo símbolos y fetiches, que derribaba cuando le fallaban.

También Lyda jugueteaba mentalmente con los mágicos hilos que unían las pequeñas cosas, como las estrellas, con el destino. Así, en aquellos días pedía repetidas veces a una compañera de trabajo que le echara las cartas, naturalmente sólo los viernes, y siempre, contaba cada vez, le había salido el revelador as de picas,

que significa la Muerte. Su compañera se asustaba, volvía a barajar, pero la inquietante carta siempre quedaba encima. A veces tenía momentos de más valor. Entonces era capaz de reír con Gretchen, para de pronto volver a hundirse en sus oscuras cavilaciones.

Una importante astróloga le había predicho en una ocasión que tendría ante sí cinco pesados, pesados años, en los que la angustia, las preocupaciones y el dolor aumentarían cada vez más hasta llegar a un punto culminante, pero luego, de pronto, todo el dolor desaparecería. Después, sólo habría luz y paz a su alrededor.

—Pronto habrán pasado los cinco años. ¿Cómo será esa nueva felicidad sin Edwin? Quizá todo esto no sean más que embustes, y él esté vivo y regrese pronto.

Un día me pidió que le diera una dosis de veneno. Sabía que nos la habíamos procurado para el caso de ser detenidas. Unos días después preguntó cómo actuaba el cianuro, si producía una muerte rápida o causaba tormentos prolongados. Yo me reí de ella, pero íntimamente estaba muy asustada por esos pensamientos. Me propuse no perderla de vista.

A finales de diciembre, nuestro amigo Vocolka vino muy preocupado. Su segunda hija, la alegre y rubia Maritchen, había sido ingresada en el hospital con difteria grave. Como no podía llevar a un médico a su casa porque tenía a su mujer escondida, la inyección de suero había llegado demasiado tarde. Unos días después murió.

El 24 de diciembre, Lyda y yo fuimos a la sombría cueva en la que vivía con su pálida esposa y los otros niños aterrorizados. Una lastimosa desesperación pesaba sobre toda la familia. Cuando volvíamos a casa, Lyda se acordó de la Nochebuena de hacía dos años, cuando todavía estábamos todos juntos celebrándola con alegría.

El año tocaba silenciosamente a su fin. Tampoco esperábamos nada del nuevo. Y sin embargo, mirábamos con renovada expectación los acontecimientos del escenario bélico. La primera, la tan ardientemente anhelada victoria del Ejército soviético en Stalingrado fue la sorprendente noticia del nuevo año^[98]. Incluso Lyda se reanimó. Aún queda algo fuera de nuestro propio destino. El punto de inflexión que nos arrastrará consigo ha llegado. También tú, Lyda mía, empezarás una nueva vida, porque los días de nuestros asesinos están contados.

Nos alegramos demasiado pronto, aún prosiguen su obra diabólica. El ansia de sangre de los asesinos aún no se había calmado. Vino un golpe tras otro. Unos días después del asesinato de Edwin, dos familias mixtas fueron sacadas de su casa en el 78^[99] de la avenida Laisves. Helen Frock, que estaba casada con un persa, Homajonni, vivía allí con sus dos hijos, una niña de diez años y un niño de siete. Su marido vivía en París, donde trabajaba como veterinario. Como era de nacionalidad

persa, ella se creía con derecho a vivir fuera del gueto. Su hermano, Jacques Frock, de nacionalidad francesa, también se había quedado en la ciudad con su familia. Su esposa era francesa. Tenía tres hijos: Riquet, de diez años, Suzanne, de dos, y un bebé. Aparte de esos cinco niños, tenían consigo a Bernard, de unos dos años.

Aquel día, el 16 de diciembre, a las siete de la mañana, Stütz fue con otros dos hombres y detuvo a la señora Homajonni, a Jacques Frock y a su esposa, la francesa Suzanne. Encomendó a la señora Landau, que tenía un cuarto con su hija en la misma vivienda, el cuidado de los niños. A mediodía se llevaron también a todos los niños. Uno de los hombres del servicio de seguridad acarició el pelo al encantador Bernard y dijo:

—Un auténtico niño judío.

A lo que la señora Landau replicó:

—No, un francés.

Ese mismo día, toda la familia, es decir, tres adultos y los seis niños mestizos, fue fusilada en el Fuerte IX. A la mañana siguiente, Stütz fue a la vivienda abandonada con maletines y maletas, revolvió todos los cajones y armarios y se guardó todos los objetos de valor. El intérprete francés-alemán, miembro también de la policía, hizo la selección, vació los armarios e hizo que lo llevaran todo al piso de arriba, donde en adelante vivió con las cosas de los asesinados.

La señora Landau y su hija fueron testigos de todos estos acontecimientos. Habían ido al gueto con su marido, un judío alemán, pero lo habían abandonado ya en noviembre del 41 con permiso del servicio de seguridad^[100].

La señora Landau, que había tenido amistad con sus vecinos, se asustó indescriptiblemente con lo ocurrido y enseguida temió por ella y por su hija. Ya era conocida en la Gestapo y había estado en prisión dos semanas, puesto que a pesar de las estrictas advertencias había enviado alimentos a su marido al gueto.

Cambió de domicilio y aceptó un pequeño empleo en el periódico *Kauener Zeitung*. Siguieron espiándola. Como ella lo sabía era muy cautelosa, pero siguió ayudando a su marido e incluso, un año después, se lo llevó consigo a su casa, donde lo mantuvo oculto durante diez meses, hasta el final del dominio alemán.

En esa época, otras familias judías mixtas fueron liquidadas de la misma manera. El chelista Püschel, alemán, compañero de trío de Edwin y cuya esposa tenía permiso oficial para vivir con su familia, fue detenido con ella y sus tres hijos. Según testimoniaron los vecinos, al detenerlo le dijeron que se trataba de una corta prisión preventiva y que volverían a ponerlos en libertad al cabo de pocos días. Los cinco fueron fusilados.

En la familia Poleski, la esposa judía y el hijo mayor fueron ejecutados, el marido alemán llevado a un campo de concentración cerca de Berlín. Sus ancianos padres, que vivían en Berlín, le procuraban alimentos, que Vocolka les enviaba regularmente.

Ese terror, dirigido especialmente contra las familias mixtas, hizo a la señora Landau temblar nuevamente por su Marion, y a mí por mi Gretchen. No había un

minuto en el que ese miedo terrible nos abandonara. Cada hora del día y de la noche podía traer el horror. Por aquel entonces Gretchen y yo llevábamos constantemente encima una dosis suficiente de un veneno que un médico nos había procurado, y nos prometimos mutuamente hacer uso de él en el momento en que fuéramos detenidas^[101].

También Dolly estaba muy nerviosa. Aún no había encontrado sitio para su protegida rubia oxigenada, Tanja. Sus relaciones con Rauca y Stütz se habían roto. Se sentía insegura y planeaba huir a Finlandia. Tampoco el caso de Mositchen avanzaba.

A principios de enero Lyda recibió por correo un escrito de la policía de seguridad en el que, con una escueta frase, se le intimaba a hacerse al fin la esterilización largamente pendiente. Jamás se nos habría pasado por la cabeza que se lo pidieran después de la muerte de su esposo. Y aun así ella volvió al profesor Maylis, que no ocultó su compasión y su furia ante esa cínica perversión y rechazó hacer la intervención. Lyda volvió a visitar a Stütz y a Rauca, en medio de sus espantosos tormentos. Estaba dispuesta a someterse a la intervención exigida, pero no encontraba ningún médico dispuesto a realizarla.

—A nosotros nos da igual cómo y dónde la haga. Búsquese algún médico. ¡Nuestro hombre de confianza, el doctor Obst, ha de estar presente en la operación, para que vosotros, judíos, no tratéis de engañarnos!

Era demasiado. Lyda se había convertido en una sombra gris. ¿Cómo iba a superar ahora una operación? Estaba sentada en el rincón de nuestro sofá y miraba silenciosamente al frente.

—Si vuelven a llamarme, no iré —dijo.

El 10 de enero, Stütz la llamó al trabajo, ordenándole presentarse ante él a las tres. Lyda regresó a su puesto de trabajo, escribió una carta y se la entregó a Simonaityte, para que me la diera al día siguiente. Luego se disculpó en la oficina y se fue a casa.

Yo había tratado en vano de hablar por teléfono con Lyda, estaba preocupada y fui con Gretchen a visitarla. Antes nos dirigimos a la casa de al lado, a ver a Dolly. Lyda había estado con ella y le había dicho una y otra vez: «No iré a ver a los asesinos, ya sé lo que haré». Desde allí volvimos a telefonar. La casera respondió:

—Por favor, vengan. La señora Geist no responde a mis llamadas.

Rompimos el débil cerrojo de la puerta. La luz eléctrica estaba encendida. Ella yacía encima de la cama, pálida, exánime. En el suelo, como si acabara de caer de su mano, un frasquito roto.

El médico al que llamamos certificó la muerte por envenenamiento. El casero lo comunicó a la comisaría. Un funcionario lituano vino al día siguiente, preguntó relajado si la suicida tenía parientes e hizo un inventario. La habitación fue

precintada. Nuestro ruego de poder enterrar a la muerta fue rechazado. El cadáver iría a parar al instituto anatómico-forense.

El 13 de enero volví a la casa. Hacía un tiempo frío y nublado, sin nieve. La puerta estaba abierta y dos hombres estaban sacando un ataúd cerrado. Era tan plano que apenas se podía imaginar que envuelto en el sudario hubiera un cuerpo humano, el cuerpo de mi Lyda, de la bella y amorosa Lyda. Pusieron el ataúd en un carro de tablas y un caballito blanco con bridas rojizas fue traqueteando con su ligera carga por el callejón que había detrás de la cárcel, hasta la puerta trasera del anatómico-forense. Yo iba tras él, única y solitaria acompañante del más mísero de los cortejos fúnebres.



El parque entre la avenida Vytauto y la calle Traku. Aquí se encontraba antaño el cementerio en el que Lida Geist fue enterrada en secreto.

Con ayuda de Natacha, que habló con una médica del instituto, logramos que nos dieran el cadáver. Sobornamos al enterrador del cementerio para que la enterrase en un huequecito sin registrar, entre dos viejas tumbas.

Simonaityte nos dio la tierna y conmovedora carta de despedida de Lyda:

—Creo que no necesito decirles nada, porque ustedes saben más que yo.

Nunca se ha martirizado hasta la muerte a dos personas como a estas dos, amantes, plenas.

Mientras guardábamos luto por nuestra Lyda, fuimos acosadas por nuevos horrores. El 17 de enero, la Gestapo organizó una gran razia nocturna, dirigida contra los ciudadanos lituanos de nacionalidad polaca. Fueron cargados en camiones y deportados a territorio polaco. Se afirmaba que se había descubierto [una] conspiración polaca contra el Estado y que esas deportaciones eran necesarias para la seguridad de los lituanos. Con algunos se procedió de forma algo más suave. Se les

dejó tiempo para empaquetar sus bienes y se les exigió trasladarse en un plazo de tres días al territorio de Vilna^[102].

Una parte de los lituanos hostiles a los polacos quedó de hecho satisfecha con esa medida inhumana y absurda, y echó mano, codiciosa, a los bienes dejados atrás para enriquecerse con ellos. Y, como siempre, los alemanes fueron aún más codiciosos y tomaron para sí la mejor parte.

Yo fui al día siguiente a ver a la señora Hickson, a preguntar por sus amigos polacos. Su puerta estaba cerrada... precintada por la policía. Temiendo lo peor, corrí a ver a Dolly. Allí había un hombre de los servicios de seguridad:



El edificio en el que estuvieron durante la ocupación alemana las SS, el servicio de seguridad y la policía lituana, en la esquina de las avenidas Laisves y Vytauto.

—¿A quién está buscando? ¿Qué se le ha perdido en casa de la señora Kaplan? Está detenida.

Murmuré una excusa y salí corriendo.

En la calle me encontré a un tal cabo primero Müller, al que había visto a menudo en casa de Dolly. Estaba completamente trastornado, ya se había enterado de todo: durante la noche, la misma en la que [se] detuvo a los polacos, habían ido a casa de la señora Hickson y se habían llevado a Tanja, alojada allí por una noche, junto con la señora Hickson. A la misma hora eran detenidos Dolly y Serjocha. Dolly había pedido que al menos la dejaran llevar rápidamente a su perra *Daisy* a casa de los vecinos. Se lo habían denegado.

Una vez conocidos los acontecimientos, Müller había ido enseguida a la Gestapo. Pero en vez de poder ayudarlas, se encontró con que sospechaban gravemente de él debido a su relación con la señora Kaplan. Resultó que conocían hasta el menor de los detalles, tenían que haber estado espiándola largo tiempo. Ninguno de sus amigos, ni el abogado Novickas ni el reverendo padre Fulst, que como hombre de confianza

del servicio de seguridad tenía no poca influencia allí, pudo ayudarla. El proceso fue breve: falsificación de documentos, constantes relaciones con judíos y con otros elementos hostiles al Estado, a pesar de haber sido advertida repetidas veces en contra. Novickas, que se movía muy bien en ese ambiente, nos contó todos los detalles: Que [Dolly] se había defendido valientemente a sí misma, a la señora Hickson y a Serjocha, de tal modo que casi había parecido que iban a ponerla en libertad. A Serjocha querían enviarlo al gueto con su madre.

Sin embargo, al cabo de una semana su amiga, la señora Kohn, antigua ciudadana alemana cuyo marido judío había muerto, vio pararse un coche delante de la cárcel. La puerta estaba abierta y la señora Kohn vio a Dolly, con el pelo revuelto y las manos esposadas. Trató de hacerse entender mediante gestos. Dos hombres armados se lo impidieron. De pronto gritó:

—Se acabó.

El coche se fue. Le siguió enseguida un segundo vehículo con la señora Hickson —sentada correctamente, erguida, sin señal alguna de agitación— y Tanja. La señora Hickson había sido condenada con ellas como inglesa, auxiliar de Dolly y protectora de los judíos. Los judíos que trabajaban en el Fuerte IX fueron testigos del fusilamiento. También Serjocha fue fusilado. Trajeron del gueto a su madre y a su padrastro. De camino al fuerte, Oretschkin tuvo un ataque cardíaco y murió. Los ejecutores se ahorraron un tiro con él y tuvieron que conformarse con el chico y la madre.

Con la ausencia de la bella y fogosa Dolly amenazaba con extinguirse toda actividad en el círculo que habíamos forjado. El pánico, el miedo creciente a sufrir el mismo destino que teníamos presente en todos sus detalles pesaba sobre nosotras. No estábamos dispuestas [a aceptar sin más ese destino] y nos propusimos escapar como Oretschkin a la ejecución anticipando nuestra muerte.

Enero tocó a su fin, y también febrero. Después de su despido del hospital, el doctor Viktor Kutorga había salido también de la cárcel. Por esta única vez había salido bien, gracias a la energía de su madre.

En el «pueblo» la situación se había estabilizado un poco. No había habido otras grandes ejecuciones. La policía del gueto cuidaba concienzudamente la limpieza y la higiene. Todos los habitantes del gueto tenían que bañarse por lo menos una vez al mes. Una oficina de desinfección se encargaba de la eliminación de parásitos, que se habían extendido mucho durante los primeros meses. Los policías iban casa por casa controlando la limpieza de las viviendas. También las brigadas parecían siempre limpias a pesar de la creciente pobreza de sus ropas, porque muchos vendían todo aquello de lo que podían privarse a cambio de comida. Otros lograban llevar a cabo florecientes especulaciones, especialmente con soldados alemanes, y algunos vivían mejor que muchos en la ciudad, es decir, comían mejor. Porque la vida bajo la férula

de sus torturadores era tan degradante y penosa que parecía casi inconcebible poder soportarla por mucho tiempo.

Las calles también estaban puntillosamente limpias. Pero ¡qué desolada limpieza! Si se miraban a través de la alambrada esas desoladas calles, el espanto se apoderaba del espectador. Una prohibición mantenía las calles desiertas hasta la una del mediodía. Los trabajadores estaban en los talleres, en el aeródromo o en la ciudad, y los otros no podían salir de casa. La mayoría de las casas eran pobres chozas de madera podrida, las ventanas y puertas que daban a la calle estaban cerradas con postigos y cerrojos.

Y fuera de la alambrada la vida seguía su curso normal, y los transeúntes apenas echaban una mirada al barrio espantosamente cercado cuyos habitantes estaban expuestos a los sádicos caprichos de unos dementes.

Toda enseñanza escolar estaba rigurosamente prohibida en el gueto. Pero después de las pesadas jornadas de trabajo los maestros daban clase en secreto. No había un programa estrictamente regulado, y algunas asignaturas habían sido abandonadas por completo, pero a pesar de los esfuerzos de los alemanes los judíos mantenían despierta su inteligencia. Hablaban yiddish entre sí, pero enseñaban a los niños hebreo y lenguas europeas, matemáticas, música. Resulta casi incomprensible que ellos, que tenían la muerte presente a diario, ofrecieran los conciertos más selectos, a los que, de manera grotesca, asistían los altos funcionarios alemanes, que en cada ocasión se llenaban la boca de loas y de asombro. Estrechaban la mano a los músicos y les prometían toda clase de favores.

Este programa^[103] me lo envió Lea Scheinberg, la maravillosa pianista. Había sido, como Lyda, alumna mía en el Liceo Alemán. Había estudiado música en Suiza y en Londres, y a lo largo de muchos años, sus auténticas cartas de artista habían mantenido el contacto entre nosotras. Trabajó durante un tiempo en Radiophon^[104], porque entre los lituanos y alemanes faltaban expertos en música. En cualquier caso, este trabajo pronto fue prohibido, porque los judíos sólo podían ser empleados en [trabajos pesados]^[105]. Fue enviada a una brigada en la que tenía que realizar un duro trabajo en una fábrica. Nos encontrábamos a menudo en la ciudad y de vez en cuando venía a vernos a casa a escondidas aprovechando la oscuridad del invierno. La trágica mirada de sus ojos oscuros, el labio inferior un tanto adelantado, el cabello profundamente oscuro la distinguían a primera vista como judía. Por eso, resultaba especialmente difícil encontrar un puesto para ella. Durante un año entero, cada vez que nos veíamos hablábamos de su fuga, hasta que encontramos una posibilidad para ella.

Desde la muerte de Edwin y Lyda sentíamos nuestra soledad aún más torturante. Estábamos tan trastornadas que ya no encontrábamos la forma de comunicarnos con nuestros viejos amigos. Recibíamos cartas cariñosas de la patria, pero no alcanzaban nuestros oídos. Sentíamos que nos querían, pero era como si ese mundo estuviera cerrado para nosotras. En años anteriores habíamos echado de menos la patria, la

familia. Ahora, la mera idea de los muchos recuerdos de un tiempo feliz nos atemorizaba. «Podrías venir con nosotros», escribían bondadosos, pero nosotras no queríamos ningún reencuentro ni la menor agitación espiritual, porque cada alegría estaba más unida al dolor de lo que podíamos soportar.

Aun así, nos alegraba cada carta que recibíamos, y los conmovedores paquetitos con los poquitos cachivaches que todavía se podían comprar en el Reich sin cupones y con los que agradecían nuestros sólidos envíos de mantequilla y tocino. Después de Navidad, llegaron de mi madre pañuelos y ropa blanca para Gretchen y para mí, una botella de agua de Colonia como una delicada exhortación y una carta indescriptiblemente cariñosa. Estábamos conmovidas hasta lo más hondo. El abismo que nos separaba de nuestros seres queridos aumentaba aún más nuestra ternura, y estábamos llenas de dulce nostalgia de tener a la abuela con nosotras. Se había propuesto visitarnos en primavera, pero no le dieron permiso para el viaje y el asunto quedó en nada.

En marzo del 43 vino a vernos una señora alemana, cuyo rostro fresco y joven guardaba un llamativo contraste con sus blancos cabellos. Traía saludos de mi madre, a la que había conocido y visitado hacía poco con ocasión de una estancia en Jena. Estuvimos, como siempre ante alemanes desconocidos, muy contenidas. Pero la señorita se declaró de los nuestros inmediata y abiertamente en sus manifestaciones, y pronto tuvimos confianza en ella. Prometimos ayudarla a encontrar una habitación y le propusimos como casera a la esposa del poeta Binkis, fallecido hacía poco.

La señora Binkis tuvo reparos a la hora de acoger a una alemana en su casa. Con ella vivía desde hacía ya un año una niña judía de doce años. Tenía documentos falsos y oficialmente pasaba por ser hermana de su yerno^[106]. Además, desde hacía poco también Marianne vivía con ella. Marianne había tenido distintos empleos como camarera, pero a pesar de sus nuevos documentos todo el mundo temía tenerla consigo mucho tiempo. En un primer momento, pensó quedarse poco en casa de la señora Binkis, pero llegaron a ser siete meses.

Al principio se guardó el secreto de los dos ocupantes de la casa, pero pronto todos cobraron tan gran confianza con la señorita Jörsch que no tardaron en contárselo sin reservas. Ella se unió enseguida a los conjurados. Cuando la señora Binkis, al llegar la primavera, fue echada bruscamente de la casa con toda su familia por el anterior propietario, un repatriado alemán, la señorita Jörsch tomó otra habitación, presentó a Marianne como «una amiga de Vilna» y se la llevó a vivir con ella. La señora Binkis no sólo se llevó a Walia, de doce años, sino también a su abuela, de aspecto marcadamente judío, a su finca natal, y aunque los vecinos cuchichearon, ninguno tuvo la desvergüenza de denunciar a la valerosa mujer. Toda la familia estaba unida en su repugnancia hacia las atrocidades de los alemanes. Los judíos entraban y salían de casa de su sobrina, la señora Tussia Likevičius, que vivía en una casita apartada en el extremo de la ciudad.

Aquella también fue una mala época para la población lituana. Sólo una pequeña parte obedeció los llamados llamamientos «voluntarios» a ponerse a disposición del ejército y los atractivos carteles que invitaban a trabajar en Alemania. En las calles, especialmente delante de los cines y el teatro, se llevaban a cabo razias. Se pedía la documentación, y el que no tenía permiso de trabajo era cargado directamente en un camión, llevado a un punto de concentración y al día siguiente mismo enviado a una fábrica en Alemania^[107]. Los hombres en edad militar eran embutidos en uniformes y asignados como fuerzas auxiliares a la Organización Todt u otras organizaciones paramilitares. La resistencia de los intelectuales condujo al cierre de la universidad, con la excepción de las facultades de Medicina y Tecnología, del conservatorio y del instituto para adultos.

La política alemana era inequívoca. Querían reprimir a la intelectualidad con todas sus fuerzas. El lituano debía ser en primer término trabajador de la tierra y, en la ciudad, auxiliar de los alemanes, con los que se pensaba cubrir poco a poco todos los puestos dirigentes. En las comunidades alemanas, en conversaciones abiertas y privadas, se insuflaba a todo alemán la idea de que allí representaba a la casta dirigente y como tal tenía que comportarse. La autosuficiencia era tal que incluso en las filas alemanas en general no se daba gran valor a tener una concienzuda formación intelectual y profesional, de forma que en numerosos casos no se convirtieron en mucho más que en toscos y jactanciosos capataces de esclavos, que empleaban para todos los trabajos sucios a personas pertenecientes a otros pueblos.

En el colegio, a los niños se les prohibía tratar con los niños lituanos como si fueran sus iguales. También a los funcionarios, que en su mayoría eran repatriados y tenían amigos lituanos y rusos de épocas anteriores, se les desaconsejaba el trato con ellos.

Muchas personas de la primera fila de la intelectualidad lituana fueron detenidas. El poeta profesor Balys Sruoga y el consejero general profesor Vladas Jurgutis fueron llevados, junto con otros, a campos de concentración alemanes. El profesor Grinius fue desterrado de Kaunas a provincias. De los nueve consejeros generales lituanos de 1941, sólo quedaban seis en 1943. En 1944 únicamente quedaban en sus puestos tres: Kubiliunas, Germanas y Paukstys.

En el campo, seguía la colonización. Cuando en una ocasión, en vista de la constante retirada alemana, manifesté mis reparos sobre los planes de colonización de Ucrania a uno de los directores de una de las mayores fábricas lituanas, me miró sin comprender: esa retirada era precisamente una prueba de la hábil estrategia alemana, y su fábrica seguiría manufacturando maquinaria agrícola para las zonas de colonización rusas.

Había pocos entre los alemanes que previeran con amplitud de miras la catástrofe que se avecinaba. La mayoría, y precisamente los directivos, seguían representando el papel de eternos vencedores. Las viviendas eran restauradas y elegantemente

amuebladas. En los locales alemanes, a los que los lituanos no tenían acceso, había alcohol en cantidades ingentes. Un juego popular entre los que llevaban revólver: se traían cuadros, espejos y jarrones para usarlos de diana, se hacía todo picadillo a tiros y luego se brindaba por el Führer.

En verano vinieron tropas de muchachas, la mayoría estudiantes del Reich, a prestar «servicio en el Este». Impartían clase de lengua alemana a las distintas instancias administrativas. Con ellas vino Susanne, la hija de mi hermano de Berlín, que era estudiante en Friburgo^[108]. De sus labios oímos, para nuestro asombro, cosas muy distintas a las que estábamos acostumbradas a oír a los alemanes de aquí. Que entre los estudiantes y profesores, especialmente en el sur de Alemania, reinaba un apasionado rechazo al régimen, que incluso se sufrían los graves bombardeos con una cierta satisfacción, porque aceleraban el anhelado fin del imperio del terror. Iniciamos a Susanne en nuestros secretos.

Con ella visitamos incluso a nuestro Especi, el especialista en falsificación de pasaportes^[109] con cuya ayuda muchos consiguieron pasar por pertenecientes a otros pueblos y de esa manera salvar su vida. Desde la muerte de su hijita a finales de diciembre, desde las muertes de Edwin y Lyda, ya no tocaba el violín y vivía aún más retirado que antes. Su esposa judía había vivido unos meses escondida en casa de amigos, pero pronto él se había llevado a sus hijos, y luego también a su mujer, con él.

Había alquilado una oscura vivienda interior en la ciudad vieja, cuyas ventanas daban a un elevado muro cortafuegos situado a dos metros de distancia. La vivienda era húmeda, oscura, insana, pero magnífica como escondite^[110]. La entrada, subiendo por una oscura escalera a un patio, luego por un pasillo y atravesando una especie de cocina que se utilizaba como leñera, era difícil de encontrar, y cuando se llamaba a la puerta primero preguntaban «¿Quién es?» y luego descorrían los cerrojos. La señora Vocolka estaba sentada, pálida y silenciosa, con su hijo pequeño en el cuarto de atrás. Si venía un desconocido, no había forma de verla. Se podían registrar las dos habitaciones hasta el último rincón sin encontrar rastro de ella, porque ¿quién iba a suponer que la madera apilada detrás de la estufa revestida de azulejos era, a excepción de la capa superior, un mero decorado, extremos de tronco cuidadosamente pegados sobre un tablero, y que detrás había un espacio en el que cabía exactamente una persona de pie? El peor problema era hacer pasar previamente al niño a la habitación delantera para que no conociera el secreto. Sólo la hija mayor, quinceañera, morena y de aspecto no tanto judío como exótico, estaba al tanto de todo.

En el cuarto trasero estaba también el gran aparato de radio, y exactamente igual que en casa de Natacha los habitantes de la vivienda devoraban las noticias de las emisoras extranjeras, que les daban fuerzas para resistir. Nosotras no teníamos radio en casa e íbamos a menudo a visitar a nuestros amigos para oírla. Las voces alemanas de la emisora rusa Alemania Libre llegaron a sernos tan familiares que casi creíamos

estar oyendo a amigos, y nuestros corazones les respondían con nuestras preocupaciones y esperanzas.



El callejón junto a la avenida Savanoriu en el que, detrás de la casa que hay en primer plano, se encontraba la de Natacha.

Para Susanne fue una alegría completamente nueva tomar contacto con esas voces. Cuando al cabo de dos meses regresó a Friburgo para continuar sus estudios, llevaba consigo a la patria una confianza nueva y estaba llena del propósito de comunicar a sus compañeros lo que había vivido y preparar con ellos una Alemania mejor.

Fue [también] con nosotras a las brigadas y a casa de las Natachas, donde Regina ocupaba el cuarto de atrás y a donde Gabrielle había huido desde el gueto de Vilna hacía unas semanas.

Gabrielle había tenido que escapar ya en otoño de su puesto de trabajo en la finca. El dueño había sido detenido por los alemanes y deportado por ser polaco. Gabrielle había suscitado sospechas de ser una espía. Había vuelto a Kaunas decidida a regresar voluntariamente al gueto de Vilna, donde estaba su marido.

El gueto de Vilna tenía un carácter completamente distinto del de Kaunas. El nuestro estaba hecho principalmente de pequeñas y míseras chozas de madera. Era una gran finca y muchas casas estaban rodeadas de jardines cuidadosamente cultivados. Una gran plaza de arena en su centro lo ensanchaba aún más. A pesar de toda su pobreza, en verano, con tanto verde, daba una impresión amable. Por las tardes se celebraban en la plaza partidos de fútbol que hasta los guardias alemanes seguían con emoción. Como ocurría en infinidad de casos, no podían ocultar su admiración por la fantástica capacidad deportiva de los encerrados.

El gueto de Vilna era un barrio viejo del centro de la ciudad. Estaba cercado por un muro. Aun así, era fácil entrar ilegalmente en él. Ya en los primeros tiempos habían masacrado a un gran porcentaje de sus habitantes, y vivían aun con más estrechez que en Kaunas. Pero cuanto más espantosas eran las condiciones de vida, tanto más se aferraban a ella.

Lo que se había creado allí en el curso de un año era indescriptible. La policía del gueto cuidaba con gran severidad de que hubiera una rigurosa limpieza en las calles, patios y casas. En los talleres se elaboraban obras maestras de artesanía. He visto diseños, trajes y modelos de sombreros que hubieran satisfecho a las grandes ciudades más exigentes, y las damas y caballeros alemanes aprovecharon a fondo la oportunidad de adornarse y adornar su casa con ellos. Pero no todo iba a parar a esas manos. Se fabricaba mucho sin ser detectado, y se mantenía un vivo comercio con los polacos de Vilna, que también conseguían el material para nuevos trabajos, de forma que la industria jamás se paraba. En Vilna también sabían conseguir alimentos de mejor manera que en Kaunas, y a veces incluso se disfrutaba de auténticos caprichos... aunque sólo en un pequeño círculo, porque la mayoría se veía obligada a realizar durante todo el día pesados trabajos y se daba por satisfecha si disponía de un trozo de pan. A lo largo de la primavera y el verano se habían retirado los escombros, allanado y convertido las plazas en florecientes zonas verdes. Se daban conferencias y conciertos y se organizaban veladas deportivas. Entre los encerrados había cantantes de importancia.

Habían pasado catorce meses, de febrero del 42 a abril del 43, en relativa calma. Durante ese período habían sido fusiladas en el gueto de Vilna unas doce personas, entre ellas la maravillosa soprano Liuba Levickaja.

El comisario de zona, Murer, ideó una estupenda novedad. En la Navidad del 41 se proclamaron en la ciudad «Diez días de antisemitismo». Durante ese período, la ciudad hirvió de monstruosos carteles antisemitas y estaba prohibido con especial rigor mantener cualquier tipo de relación con los judíos. Precisamente durante esa ominosa semana Murer sorprendió a la cantante comprando dos kilos de guisantes. El sadismo del «bello» Murer era tristemente famoso. Gozaba especialmente torturando y humillando a muchachas y mujeres. Las hacía andar a gatas debajo de las mesas, les ordenaba «¡sentada!», «¡de pie!», «¡tumbada!» hasta que sus víctimas caían medio muertas. Obligaba a las chicas a echarse agua por el escote y disfrutaba con perversa alegría viendo cómo se escurría por las piernas.

Levickaja trató de escapar al ver a Murer. Pero él la hizo detener y la llevó al gueto. Allí ordenó a la policía judía azotarla en su presencia. «Veinticinco azotes» era la medida habitual. Luego fue llevada a prisión. Estuvo allí algunas semanas con otras diecinueve personas, y como sabía que la administración judía se emplearía a favor suyo con todas sus fuerzas, estaba convencida de que la pondrían en libertad. En la cárcel, cantaba para sus compañeros de padecimientos, inventaba canciones con las que pensaban celebrar más adelante su liberación, animaba y consolaba a los

demás. Pero como siempre, nada odiaban más los alemanes de los judíos que su gran talento. En la noche del 27 al 28 de febrero del 43 fue fusilada. Los otros diecinueve salieron en libertad^[111].

Había otra cantante, Maja Rosental, de género ligero. La señora Gerschkowitsch era una destacada pianista y profesora de música. Luego estaba el compositor y director Durmaschkin. Él tenía una posición especial. Trabajaba en la ópera de la ciudad haciendo acompañamientos. Su coro del gueto, formado por alrededor de noventa cantantes, interpretaba incluso obras en hebreo. *La Novena Sinfonía* la cantaron con el texto alemán. Las palabras de Schiller «Todos los hombres serán hermanos» habían animado al poeta judío Pérez a componer un poema.

Oficialmente, cualesquiera centros de enseñanza y empresas culturales estaban prohibidos. La exacerbación de la vida intelectual no era desconocida para las autoridades, pero no era bondad el que la tolerase tácitamente: la sentencia de muerte sobre los judíos ya había sido dictada y también se quería sacar beneficio de sus logros intelectuales hasta su definitiva liquidación. Había un gran número de colegios, la mayoría en lengua yiddish, algunos en polaco y uno en hebreo. El conservatorio tenía un nivel como raras veces se encontrará, y acudían a él un gran número de estudiantes. Además, había un coro infantil que también estaba dirigido por jóvenes y daba espléndidas representaciones. Parte de los chicos mayores ya iban a trabajar a la ciudad o a los talleres, los más pequeños tenían que hacer el trabajo doméstico. Por las tardes florecía el club infantil de entre diez y dieciséis años, que organizaba las más fantásticas representaciones de Perez, Scholem Aleichem y otros autores judíos.

En el gueto había un teatro que se utilizaba para todas las representaciones públicas. En la Nochevieja del 42, se montó en él una gran revista con las más selectas manifestaciones artísticas. Inspirados pintores habían hecho los decorados. A la entrada estaba representado el viejo y oscuro año huyendo, y luego el nuevo, una puerta abierta por la que entraba una clara luz.

La obstinada voluntad de sobrevivir pintaba así una visión del futuro optimista, igual que en general todas las conversaciones se movían en torno a la atemorizada pregunta: «¿Qué va a pasar?». De todas esas personas fuertes, capaces, con ganas de vivir, sólo una pequeña parte cruzó el umbral del año siguiente y muy pocos sobrevivieron también al 44.

En Vilna se encontraba la famosa Biblioteca Straschun^[112], que acogía muchos miles de volúmenes. Los alemanes emplearon en ella a tres eruditos judíos que debían separar los libros más valiosos para enviarlos al Instituto Científico judío de Frankfurt am Main^[113]. El sabio bibliotecario Kalmanowicz opinaba que se debía acceder plenamente a la exigencia alemana para que se salvaran los insustituibles tesoros de la biblioteca, aun en el caso de que el gueto fuera aniquilado. Pero los más

jóvenes no quisieron saber nada de eso. Escondieron los libros más valiosos y allí se perdieron todos, tal como Kalmanowicz había predicho.

Una parte de la biblioteca se incorporó a la biblioteca de préstamo, que estaba formada principalmente por donativos de librerías privadas y contenía textos literarios, científicos y de bibliografía especializada en todas las lenguas. Todos los escritores modernos estaban representados en ella. La biblioteca estaba catalogada, se llevaba de forma muy concienzuda y se utilizaba mucho. Todo el mundo podía sacar un libro en préstamo a cambio de una escasa aportación. Si alguien no cuidaba bien los libros, se le retiraba el permiso de préstamo. Cuando se prestó el libro número cien mil, se organizó una fiesta.

El mundo exterior nada sabía de la rica vida intelectual que había detrás de las alambradas. Muy pocas personas penetraban en ese mundo aislado. Ona imajte, de Kaunas, que vivía en Vilna desde hacía algunos años, logró mantener un contacto tan continuo y estrecho que participó completamente de la vida de [los^[114]] proscritos. La guardia ya la conocía. Si había algún guardia nuevo, lo sobornaba. Todo el mundo la conocía y respetaba, se convirtió en la intermediaria con el mundo exterior. Llevaba cartas al correo, traía noticias verbales.

«Siempre he admirado a los judíos —escribió en una ocasión a las Natachas—, pero ahora mi admiración no conoce límites». Describió una fiesta deportiva que había tenido lugar en una placita, en la que una maestra había despejado con los niños los escombros de una casa derruida y había allanado una zona de juegos rodeada de flores. Ona también estuvo en la fiesta del préstamo del libro número cien mil y consiguió lo que estaba vedado a la mayoría de los judíos: ver la famosa maqueta de la ciudad de Vilna.

Los militares habían confeccionado un relieve en plástico de la ciudad de varios metros de extensión, en el que se había reproducido cada casa con minuciosidad y precisión plásticas. Varios artistas trabajaron durante años en esa obra de arte. Los propios solicitantes estaban asombrados. Prohibieron a los otros judíos entrar al estudio, y los artistas sólo dejaban entrar a privilegiados, entre ellos también Ona.

En mitad del gueto había un quiosco de prensa en el que se podía adquirir cualquier periódico y semanario. Todos los transeúntes compraban allí, pero los alemanes nunca se habían enterado. Si alguno se acercaba, todo ese esplendor periodístico se veía cubierto por un decrepito tablero que no dejaba ver lo que ocultaba.

Entre los soldados alemanes de Vilna había no pocos, como en Kaunas, que se habían ido haciendo amigos de los judíos, les hacían favores prohibidos y les apoyaban contra la Gestapo.

La forma en que estaba diseñada la vida en el gueto se desprende de esta hoja, que se repartía a todos los empresarios^[115]:

¡Confidencial!

Directrices e instrucciones para el empleo de trabajadores judíos:

1. El gueto se encuentra bajo la inspección del comisario de distrito de la ciudad de Vilna. Éste es el único con capacidad para impartir instrucciones y es competente en todas las cuestiones relativas al gueto.

2. Los trabajadores judíos se consiguen a través de la oficina «Comisario de distrito de Vilna — Oficina de Asuntos Sociales». De ahí que las peticiones para emplear judíos sólo deban dirigirse a esta instancia. Está prohibida la contratación independiente de trabajadores judíos a través del Consejo judío.

3. La asignación de trabajadores judíos a través de la Oficina de Asuntos Sociales del comisario de distrito seguirá las directrices dictadas al efecto. La Oficina de Asuntos Sociales no tiene obligación alguna de asignar trabajadores judíos.

4. Para los servicios del ejército se aplicará la disposición del Mando Supremo del Ejército para el Este de 20-9-1941, que tiene el siguiente tenor:

«Está prohibida toda cooperación del ejército con la población judía, hostil a los alemanes abierta o disimuladamente, y el empleo de judíos concretos para cualesquiera servicios auxiliares preferentes. Las autoridades militares no expedirán en ningún caso documentos identificativos que confirmen a los judíos su utilización con fines militares. Tan sólo estará excluido de esta disposición el uso de judíos en colonias especiales de trabajo, que sólo se hará bajo inspección alemana».

5. Si la Oficina de Asuntos Sociales considera justificada la contratación de judíos, su uso sólo podrá producirse si se vigila el transporte de los judíos del gueto al puesto de trabajo y de vuelta, así como la estancia de los judíos en el puesto de trabajo.

6. La asignación de trabajadores judíos sólo tendrá lugar cuando se pida un mínimo de diez trabajadores. Está prohibido el uso individual de judíos. Excepcionalmente, podrá producirse asignación cuando se trate de especialistas y trabajadores cualificados que no puedan ser sustituidos por trabajadores nativos.

7. Los judíos proporcionados para un trabajo tendrán que acudir al lugar de trabajo y regresar de él en grupo, bajo vigilancia del empleador y del jefe de columna judío. El lugar de trabajo no podrá ser abandonado por los judíos durante el tiempo en que se les emplee, incluyendo la pausa del mediodía. Los judíos que anden solos por la calle sin autorización del comisario de distrito serán reo de sanción y serán detenidos.

8. La jornada de trabajo de los judíos será completa, es decir, los judíos proporcionados para un trabajo tendrán que salir del gueto entre las 6 y las 9 de la mañana y regresar entre las 3 de la tarde y la caída de la noche, a más tardar antes de las ocho.

9. El trabajador tendrá que cuidar de que los judíos que trabajan con él no hagan negocios, e impedir que compren alimentos, leña y otras cosas y las lleven consigo al gueto. Llevar consigo bienes de consumo, especialmente artículos racionados, está prohibido del modo más riguroso.

10. Los judíos empleados tendrán derecho:

a) a salario, que para los hombres de más de dieciséis años será de 0,15 marcos, para las mujeres de más de dieciséis años, de 0,12 marcos, y para los jóvenes de menos de dieciséis años, de 0,10 marcos por hora de trabajo. Las instancias privadas civiles, consorcios, cooperativas, etc., a excepción de las instancias alemanas y la administración municipal, pagarán, además de los jornales arriba indicados a los judíos, la misma cantidad a la caja del comisario de distrito de Vilna-Ciudad.

b) Para mantener la fuerza de trabajo de los judíos, habrá que proporcionarles una manutención suplementaria. Por eso, el trabajador tendrá que aportar una sopa caliente por valor de hasta 0,30 marcos. Esta suma podrá deducirse del salario.

11. El judío es nuestro enemigo y el único culpable de la guerra. De ahí que no haya distinción entre ellos, todos son iguales. Su utilización para un trabajo es trabajo forzoso y por tanto está rigurosamente prohibido el trato extraoficial con judíos, así como toda conversación y negocio privado con ellos. Quien mantenga trato privado con judíos tiene que ser consiguientemente tratado como judío. Lo mismo que los ciudadanos alemanes, también la población nativa estará sometida a las medidas sancionadoras dictadas al respecto en caso de infracción de esta actitud básica respecto a los judíos.

12. Se exigirá responsabilidades a las instancias y empleadores que infrinjan estas disposiciones, y serán excluidos de una ulterior asignación de trabajadores judíos.

*El comisario de distrito
de la ciudad de Vilna
p.o.*

Fdo.: Murer

Vilna, 7 de abril de 1942

En mayo^[116] nos llegaron noticias de la liquidación del gueto de Varsovia. Allí los judíos no se habían dejado llevar a las grandes «acciones», igual que aquí, como ovejas indefensas, sino que se habían atrincherado en sus casas y, apoyados por los polacos, habían combatido heroicamente durante semanas, en una lucha sin esperanza cuyo desdichado final era previsible. Ese trágico final proyectó su sombra hasta nosotros. Te saludaban en las brigadas con la atemorizada pregunta: ¿Qué va a pasar aquí?, y ya se veían los sombríos presagios. Los últimos guetos de provincias fueron liquidados, sus habitantes fueron traídos en parte a Kaunas, en parte a Vilna.

De Vilna se organizó un transporte a Kaunas. Eran cinco mil personas, la mayoría de provincias; unas trescientas eran de Vilna. El tren partió el domingo 4 de abril, al atardecer. Los atiborrados vagones estaban precintados. El tren se detuvo en el arrabal de Paneriai, al borde del bosque. Abrieron un vagón tras otro, llevaron en grupo a sus ocupantes hasta las fosas preparadas en el bosque y allí los masacraron conforme a su acreditado sistema.

Los encerrados en los demás vagones oyeron los disparos y comprendieron lo que significaban. Fueron presa del pánico. Trataron inútilmente de romper las paredes del vagón. Cuando les tocó el turno y abrieron su vagón, corrieron en loca fuga en todas direcciones. Casi todos fueron abatidos por el camino. Unos setenta lograron escapar. La carnicería duró toda la noche.

A la mañana siguiente, los pasajeros que llegaban a Kaunas en tren vieron el bosque sembrado de cadáveres. Enseguida comprendieron de qué se trataba. Entre ellos estaba también la mujer de Gens, comandante del gueto de Vilna^[117], que al ser lituana vivía con su hija fuera del gueto, pero mantenía constante y estrecho contacto con su marido. Por ella nos enteramos en Kaunas de la atrocidad, y de los detalles unos días después^[118].

La carnicería en plena vía férrea había sido irregular. A la Gestapo le quedó la tarea de llevar los cadáveres hasta las fosas comunes a las que las víctimas se habían negado a ir. Estaban inusualmente mutilados y se dijo que se habían empleado balas dum-dum. Se ordenó a veinticinco policías judíos clasificar el equipaje de los asesinados, en presencia de funcionarios de las SS, y llevarlo al edificio de la Gestapo. Lo que no tenía valor fue enviado al gueto.

Este sangriento acto después de unos meses tranquilos abrió la puerta a otros. El misterioso entusiasmo intelectual palideció, la angustia vital asfixiaba toda floración. Desde ese momento, la fantasía productiva de los habitantes del gueto siguió otros caminos. Lo que hasta entonces sólo les había ocupado casi como en un juego se convirtió en apasionada lucha por la vida.

Bajo las viejas casas, que a menudo disponían de sótano, se construyó una ciudad subterránea. Se llevó a cabo con tal secreto que los que lo hacían incluso se ocultaban sus planes entre sí. Pero todos los habitantes de la casa que querían utilizar la «malina» en caso necesario tenían que colaborar. Al principio, se habían conformado con reforzar los sótanos existentes, limpiarlos y hacerlos utilizables para una estancia de varios días. Pero las noticias llegadas de Varsovia demostraban que con escondites tan sencillos no se hacía nada. Así que surgieron refinadas construcciones, casi imposibles de descubrir para los no iniciados.

Ocurrió que los guardias del gueto buscaran a personas que desaparecían en el suelo delante de sus ojos. De nada servía escrutar, traer perros para localizarlos. En una vieja casa, los esbirros hallaron la trampilla que llevaba a un escondite subterráneo. Encontraron un limpio sótano... vacío. Volvieron a subir, decepcionados, sin sospechar que el viejo fogón que había en la esquina albergaba un

cuento de *Las mil y una noches*. La placa de ese fogón se podía retirar, y por una estrecha escala se descendía a un pasadizo bajo que llevaba a una amplia bóveda. Allí había camas, cómodos muebles, luz eléctrica, conducciones de agua, canalizaciones y alimentos para muchas semanas: conservas, embutidos, leche condensada, bizcochos, cebollas, además de una farmacia bien aprovisionada, sobre todo de vitaminas. Un ventilador se encargaba de renovar el aire. Otros habían construido pasadizos subterráneos que llevaban a casas fuera de la alambrada, para poder huir en caso de emergencia. Nadie podía saber aún qué aspecto tendría ese caso de emergencia. Pero nadie dudaba de que llegaría, y todos se concentraban en salirle al paso.

Después de los crímenes de Paneriai, Gabrielle había hecho telegrafiar a las Natachas a través de Ona, y Pawlascha había viajado a Vilna, con un permiso conseguido por el director del teatro, Kupstas^[119], para recoger a Gabrielle. Gabrielle no parecía judía y ambos viajaron públicamente en tren a Kaunas sin que nadie sospechase de ellos. Ella pensaba volver a buscar un empleo. Por el momento, se alojó con Regina en casa de las Natachas. Estaban en el cuarto trasero, ayudaban a Nataschok con los trabajos de sastrería y, si en el cuarto delantero había visita o clientes, guardaban un silencio absoluto. Ni siquiera los hermanos de Natacha, que vivían en la casa de al lado separados por un fino tabique, debían saber nada de sus inquilinos ilegales. Por las noches salían a veces un ratito, a ver a la señora Binkis o a nosotras. Traían consigo las noticias que habían oído en las emisoras prohibidas [de la] URSS o Inglaterra. ¿Cuándo, cuándo llegará el fin, y cómo será?

Ésta era también la temerosa pregunta que hacían siempre los judíos cuando íbamos a las brigadas. Mi *Cervatillo* trabajaba como siempre en el huerto de la Organización Schuh, y a veces, después de asegurarnos de que no había guardias, yo iba a verla allí y ella me enseñaba sus verduras y sus flores con una alegría libre y pueril, como si todo eso no estuviera destinado a la cocina de los «hombres de Schuh» sino a la suya.

Ese verano había una brigada que trabajaba tres veces a la semana en los huertos municipales, y yo iba por lo menos una vez a la semana a visitar a mis conocidos. Allí estaba Ada, la prima de Lyda. Ahora estaba completamente tostada por el sol y sus ojos fogosos y hermosos dientes relucían en su rostro oscuro. Cuando no había ningún guardia, abandonaba un rato su trabajo, nos sentábamos en un banquito bajo la pérgola, por la que trepaban madreselvas y parras, y charlábamos.

Yo la había conocido cuando, en invierno, di al gueto la noticia de la muerte de Lyda. Desde aquella época nos veíamos a menudo y nuestras relaciones eran tan cálidas como pueden serlo entre personas que se han acercado en una situación inusual, en la que comprenden el sufrimiento del otro a través de la experiencia del propio. El hijo de Ada había sido alumno mío en el Liceo Alemán. Al estallar la guerra se encontraba en Inglaterra. Ella estaba feliz de que él estuviera allí, y soñaba

con volver a verlo. Durante nuestra conversación, no perdíamos de vista lo que nos rodeaba, para asegurarnos de que ningún guardia o empleado del huerto nos viera. Normalmente estos últimos eran gentes bondadosas, que expresaban su repugnancia hacia el antisemitismo y permitían las visitas a los judíos.

Allí trabajaba también la cantante señora Gedan. Su rostro clásico, de magníficos ojos gris claro, estaba consumido. Iba mal vestida y el trabajo en el huerto le resultaba penoso. Era conmovedor ver cómo esas valerosas mujeres marcadas con la estrella del desprecio se habían acostumbrado a su destino. Si pudieran trabajar así el suelo de Palestina... Ya no temían al trabajo físico e incluso habrían estado contentas aquí sólo con que las dejaran vivir.

Cuando las veía arrancar malas hierbas y plantar coles en tan largas filas, siempre lamentaba no tener una cámara fotográfica. Qué encanto natural, qué indestructible dignidad [había] en las humilladas; ni siquiera las pequeñas y atrevidas negociantes, que también había entre ellas y que querían hacer cualesquiera negocios de trueque, ofendían la vista, porque resultaban más grotescas que antipáticas.

Siempre llevaba, entre otras cosas, bocadillos preparados para que desayunaran. La señora Ada acababa de poner en mi cesta unas ramas de rosal cuajadas de rosas de la variedad aromática cuando, de repente, aparecieron cuatro uniformados: control. Hacía un instante estábamos charlando informalmente, y nos quedamos petrificadas de espanto. Ellas cogieron a toda prisa sus rastrillos y rastrillaron los setos, pero yo ya no podía escabullirme.

—¿Quién es usted? ¿Está haciendo negocios con los judíos?

Miraron en mi cesta y yo puse cara inocente, como santa Isabel en el castillo de Wartburg:

—Quiero comprar plantas para mi jardín, estoy buscando al jardinero.

Esos hombres terribles, como tantas veces, quedaron sorprendidos ante mi buen alemán, murmuraron algo como «chusma judía» y me dejaron plantada.

La siguiente vez que acudí, el jefe judío de la brigada me pidió que no fuera tan menudo. También había delatores^[120] entre los judíos y yo ya era demasiado conocida. Desde ese momento sólo fui hasta la cerca. Habíamos acordado un punto por el que pasaba poca gente y donde podíamos charlar a través de la valla con poco riesgo.

En una ocasión hallé el huerto vacío. No salía humo de la barraca de madera que fungía como cocina. Un candado colgaba delante de ella. Quizá tan sólo habían cambiado la jornada de trabajo. Pero un empleado me dijo que desde hacía poco ya no se permitía el uso de trabajadores judíos, así que las citas en el huerto municipal cesaron de pronto. Pero tampoco vino ya la brigada de la Organización Schuh. Todo contacto había quedado abruptamente cortado. Con angustia se veía que se estaba preparando alguna nueva maldad.

También en la ciudad las cosas tenían mal aspecto: grandes transportes de lituanos fueron llevados a Alemania para servir de trabajadores fabriles. Seguían

haciéndose razias en las calles. Gretchen temía todos los días que pudieran detenerla de camino a la oficina. No disponía de salvoconducto alguno. Una parte de mis alumnos había dejado de venir porque habían huido al campo. Los tres estudiantes que tenían un cuarto en mi casa habían desaparecido de repente. Nadie quería atender los llamamientos a alistarse.

El verano no había traído la gran ofensiva anunciada. Pero cuanto peor le iba al ejército, más duras eran las medidas detrás del frente.

Sólo había regularmente cupones de racionamiento para pan. No hubo manteca durante meses. En cuanto a carne, la había de caballo o de baja calidad. La buena se vendía en las tiendas alemanas. Leche para los niños tampoco había más que irregularmente. El libre comercio de alimentos estaba prohibido. En el mercado negro había continuas razias, en las que compradores y vendedores eran llevados a la policía en camiones. El que no podía identificarse satisfactoriamente era deportado para trabajos forzados en el Reich. Aun así, los mercados estaban llenos todos los días. La mantequilla y la manteca, cuyo precio oficial era de 2.20 marcos el kilo, se vendían a entre cincuenta y setenta marcos. Los precios de los demás productos se comportaban de forma análoga.

Aunque daba cinco clases particulares diarias, lo que ganaba no bastaba ni para comprarnos lo más necesario. Vendimos todo lo prescindible: prendas, cubiertos, ropa de cama. A veces dábamos cosas valiosas por una cantidad irrisoria, otras cambiábamos baratijas, bisutería y tintes para el pelo por tocino y harina. Ocurría que teníamos de todo en abundancia y podíamos mandar muchos paquetitos a nuestros hambrientos parientes, y luego volvíamos a pasar épocas de escasez, comíamos pan duro y bebíamos café solo, y todos los días había gachas. Los lituanos contemplaban con mirada torva cómo los clientes de las tiendas alemanas salían con las bolsas repletas de pan blanco, mantequilla, embutido y conservas.

Emmi, que ahora trabajaba en la Organización Todt, había conseguido una cartilla de alimentos alemana. Desde que había estado en prisión venía a vernos más raramente —«porque estoy enfadada con vosotras», decía—, porque sabía que yo no estaba de acuerdo con sus relaciones con su nuevo amigo. La pobre Emmi no había podido soportar su soledad y se había unido al blando corresponsal de prensa Gedamke, que tenía esposa e hijos en el Reich, aunque no le respetaba y le calificaba de falso y egoísta.

Después de haber llevado una doble vida, ahora llevaba una triple: en la oficina, la independiente lituana señorita Wagner, traductora y taquimecanógrafa de primera. Allí se sentaba [...^[121]] a la máquina. En los últimos tiempos se pintaba mucho los labios de un color rojo amarillento, lo que generaba un espantoso contraste con su

rostro amable y sencillo. En su casa de la ciudad vieja era enteramente la mujer de su marido. Allí cuidaba sus cosas y las de sus suegros. Su cuarto estaba lleno de artículos —verdura, miel, tabaco— que recogía para su marido. Allí [se] citaba con gentes a través de las cuales mantenía la relación con su esposo, y en una ocasión me pidió que fuera a verla porque había recibido del gueto la noticia de la muerte de su suegro^[122] y necesitaba desahogarse llorando con alguien.

Además de esa sombría vivienda en el casco viejo —espantosamente incómoda, porque sólo se había reservado para sí un cuarto cuyas ventanas daban a un estrecho y gris callejón, mientras en todas las demás vivían extraños—, había alquilado un cuarto luminoso en la ladera de la montaña, en medio de un gran jardín, y en él vivía con Gedamke. Cuando estaba con él, se ponía guapa y parecía una criaturita despreocupada a la que sólo importaba vivir bien. Él no sabía que ella veía a su esposo casi todos los días y se sacrificaba por él.

[Su marido] trabajaba desde hacía mucho en una fábrica en la ciudad. El guardia alemán estaba sobornado y la dejaba pasar, y ella siempre llevaba algo para los compañeros de su marido. Lifschitz se daba cuenta de que en los últimos tiempos su mujer no estaba bien. Pidió a un médico que viniera a la ciudad con su brigada. En la garita de un portero de la fábrica, él la examinó y le recomendó someterse a tratamiento clínico. Tan sólo aguantó un par de días en el hospital alemán.

En agosto vino de nuevo a verme, después de mucho tiempo. Estaba muy cambiada, con la mirada temblona, agotada y pálida. Los rayos X habían demostrado la existencia de un tumor cerebral. Sólo una operación inmediata podía salvarle la vida. Pensaba ir a Dorpat, en Estonia, a ver a un famoso especialista. Antes, quería poner a mi nombre su casita de Schanzen, para que su marido la recibiera en caso de morir ella.

Me asusté mucho al ver su aspecto. Luego, cuando se sentó en el balcón a fumar, volví a encontrar en ella a la antigua Emmi. Sus mejillas recobraron su color sonrosado y habló de teatro y cine con la señorita Jörsch, que se nos había sumado. Prometió volver al cabo de dos días. Cuando no apareció, la busqué en su antigua vivienda. Nadie abrió. En su oficina me dijeron que había pedido un permiso. Finalmente fui a su nueva casa... una terraza delante de un balcón que daba directamente a su cuarto. Allí yacía en cama, pálida como la cera, moribunda. Gedamke estaba de vacaciones en el Reich.

Ella había pedido a través del trabajo un permiso de viaje para Estonia, e insistía en ir. Pero quería a toda costa ver una vez más a su marido. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se levantó. La vestí y fuimos juntas a verlo.

Vi cómo él corría a su encuentro en el patio de la fábrica y la llevaba a la caseta del portero. Esperé una hora entera en la calle, hasta que por fin apareció. Su marido la sostenía y la llevó hasta la calle como si ambos hubieran olvidado que era algo rigurosamente prohibido a los portadores de la estrella. Un apretón de manos, una mirada; no podían separarse. Luego regresamos, despacio, despacio. Se apoyaba

pesadamente en mí y paramos a descansar varias veces en un portal. Era como si fuera a derrumbarse antes de que llegásemos a casa. Entonces nos encontramos a la buena señorita Jörsch. Entre las tres fue más fácil.

¿Cómo iba a sobrevivir a un viaje como ése? Habíamos encontrado una mujer que estaba dispuesta a ir con ella como acompañante. Pero yo fui aún con la radiografía a dos cirujanos lituanos para pedirles su opinión. Ambos dieron una información imprecisa. Ellos no estaban dispuestos a acometer una operación así. En la clínica alemana, donde se había hecho el diagnóstico, dijeron que la paciente se había ido antes de concluir los exámenes clínicos.

Lo preparamos todo para el viaje. Emmi yacía en la cama, respirando pesadamente. Se iba poniendo más pálida, más débil y flaca a cada hora que pasaba. Sus claros y rizados cabellos brillaban en torno a su rostro cerúleo. Yo consideraba imposible ese largo viaje, pero ella tenía una voluntad férrea. Quería y tenía que curarse, porque de lo contrario su esposo estaba perdido. Me dio mil instrucciones acerca de cómo debía cuidar de su marido durante su ausencia, qué debía conservar conmigo, qué llevarle y qué decirle. Me quedé toda la noche con ella, todo el día siguiente. Durante la segunda noche, estaba sentada junto a su cama oyendo sus cortas respiraciones, esperando que cesaran en cualquier momento. Por la mañana volvió a encontrarse mejor, bebió leche y habló de su marido. No se habló de Gedamke, salvo en una ocasión.

Me entregó la llave de su casa y me pidió que me llevara en ese mismo momento su máquina de escribir, el gran diccionario enciclopédico Brockhaus y algunas otras cosas, para que pudiera cuidar [de] su marido con el producto de su venta. De lo contrario, Gedamke se quedaría con todo.

Cogimos un taxi a la estación. Su simpática acompañante la esperaba. Cuando Emmi me sonrió y me dijo adiós desde su compartimento, hundida en sus cojines, volvía a tener en su rostro el brillo de su antigua amabilidad. Pensé en otros enfermos graves que habían sanado y volví a albergar esperanzas.

Al cabo de dos semanas, la acompañante regresó sola. En la clínica del cirujano, al ser sometido a los rayos X, el tumor cerebral había resultado ser una fantasía. En cambio, la enfermedad renal de Emmi estaba tan avanzada que no cabía esperar salvación alguna. Como no querían tener a la enferma en la clínica privada, que estaba repleta, la trasladaron al hospital de campaña 1/572, donde murió a los pocos días. Fue enterrada en el cementerio militar.

Unos días después de la partida de Emmi, el señor Gedamke volvió de sus vacaciones. Tras algunas palabras sentimentales e introductorias acerca de la enferma, empezó a tratar muy excitado acerca de sus cosas. En ese preciso momento tenía mucha necesidad de la máquina de escribir. Emmi no podía tener nada en contra de que la utilizase. Por aquel entonces yo todavía esperaba que ella volviese y fui lo bastante débil como para dársela. Cuando llegó la noticia de la muerte, él volvió a aparecer. Estaba muy disgustado con que yo tuviera la llave de la casa, estuviera al

tanto de las cosas de la fallecida^[123] y me hubiera llevado varias de ellas. Se consideraba el único heredero y tenía un medio muy eficaz para intimidarme: amenazó con denunciarme por mi conexión con el marido de Emmi.

Me sentí golpeada por tanta vileza, y aunque la señorita Jörsch, que había estado presente en las conversaciones, intervino con mucha audacia, no había nada que hacer. Arrambló codicioso con todas las cosas, se quedó con el Brockhaus y tuve que luchar hasta por la ropa de la familia Lifschitz. Por suerte, poco después lo trasladaron a Minsk y no volví a verlo.

Yo iba a ver a Lifschitz todos los días. Cada una de las veces, había en sus ojos la atemorizada petición de noticias, hasta que al fin tuve que llevarle la última. Seguí yendo a verle a menudo y me esforcé por cumplir el legado de Emmi. Cuando aludí a la lucha por sus cosas, hizo un gesto de desdén. Conocía las relaciones de su esposa con Gedamke. Eso no podía empañar la pura imagen que tenía en su memoria, y la pérdida de sus últimas posesiones le afectaba muy poco.

Poco después, su fábrica puso fin al trabajo de los judíos. Todavía le envié algunas veces paquetitos a la antigua casa de Emmi, a través del policía lituano. En octubre de 1943, él y su madre fueron deportados a Estonia junto con otras tres mil cien personas^[124]. Desde entonces está desaparecido.

Todavía aparecieron como herederas la antigua chica de servicio y una vieja tía del Reich, que me enterró en cartas sentimentales: ojalá que el buen Dios y el buen Hitler lo arreglaran todo. Le envié un paquete con las cosas que aún tenía conmigo y me alegré de no tener nada más que ver con esos chacales. Volvíamos a empobrecernos con la pérdida de otra amiga y guardamos un íntimo luto por ella.

Hacia finales del verano se fueron suprimiendo cada vez más brigadas. Sólo se veían algunas muy pequeñas camino del trabajo. En la tintorería industrial Prikol, que estaba en el centro de la ciudad, se seguía trabajando. Los que trabajaban allí tenían que establecer la conexión con los demás. Fue una época de miedo. Oímos decir que también en Vilijampole se estaban construyendo «malinas», pero nadie sabía si realmente brindarían protección en un caso crítico. Buscamos posibilidades de alojamiento en la ciudad.

Ocurría no pocas veces que los judíos temían incluso abandonar el gueto, en el que desde finales del 41, con la excepción de las deportaciones a Estonia, habían vivido sin duda en condiciones espantosas, pero en relativa seguridad. Fuera del gueto el peligro mortal era máximo en cada momento, no sólo para ellos, sino también para las personas que les daban albergue. Por eso a menudo los más responsables no se decidían a salir.

En septiembre llegaron de Vilna nuevos rumores. La cabeza del gueto, Gens, cuya imponente presencia había causado impresión una y otra vez incluso a los alemanes y que gracias a ello había conseguido algunas cosas imprevistas, fue buscado por la

Gestapo el 14 de septiembre y fusilado. Era el preludio de la completa liquidación del gueto. La pérdida de ese hombre provocó una desesperación próxima al pánico.

Muchos huyeron a los bosques. Se unieron a los partisanos y formaron grandiosas organizaciones, que significaron una grave y constante amenaza para el Ejército alemán. Otros se escondieron en sótanos en el casco antiguo de Vilna y fueron protegidos allí por la población polaca a cambio de elevadas sumas de dinero, o a veces también por compasión. Un artesano me contó después de la liberación que un teniente alemán llamado Niemeyer, de Berlín, le había salvado la vida diciendo que era polaco y dándole un empleo. Por desgracia, precisamente ese hombre bueno cayó en manos de los partisanos y fue fusilado.

Había no pocos en el Ejército alemán que veían con espanto los excesos antisemitas del partido. El mayor Klage advirtió en secreto a los judíos unos días antes de la liquidación. El lunes 20 de septiembre empezó el habitual cerco al gueto. Se produjo una evacuación total. Los que no estaban en plenas condiciones de trabajar, ancianos, niños, fueron masacrados. Mi bella y valerosa amiga Aronhaus se negó a entregar a su padre y fue con él a la muerte. Los que podían trabajar fueron distribuidos por distintos campos. Ya no formaban una comunidad sometida al comisario de distrito, y fueron repartidos como esclavos a distintos empresarios. Muchos fueron a parar al Parque^[125], a la Organización Todt, al bloque de talleres o a provincias, a explotar turberas para la construcción de carreteras y líneas férreas.

En Kaunas, en torno a la misma época, el gueto pasó de las manos del comisario de la ciudad a las de las SS. Desde ese momento pasó a ser llamado campo de concentración. Se suprimió toda vida cultural. Las casas fueron numeradas, divididas en trescientos treinta bloques. En cada casa se controlaba el número de habitantes. Si faltaba uno, todos los demás eran responsables. Una parte fue instalada en el aeródromo, otra en el suburbio de Schanzen. Allí tuvieron que desnudarse para que los despiojaran. Entretanto les quitaron de los barracones todo el equipaje y la ropa. Luego les dieron ropa de presidiario. Se les dijo que les iban a cortar el pelo, pero la medida no fue llevada a cabo. Unos diez no judíos de Alemania, condenados por criminales, vinieron al campo de Kaunas y se hicieron cargo de una especie de vigilancia.

Ahora los asuntos judíos los trataba principalmente Göcke, luego se le añadió...^[126], que había llevado a cabo la liquidación del gueto de Vilna y antes la del de Varsovia, y tenía fama de monstruo.

En octubre, Göcke exigió al Consejo de Ancianos la confección de una lista para un transporte a Estonia^[127]. El comité escogió a los más débiles, a los que tenían defectos. Una vez más, llegado el día, los SS completaron la lista de condenados

sacándolos al azar de sus casas. No hubo noticia alguna de los deportados a Estonia. Sólo tras la liberación se conoció el relato de Anolik, uno de los pocos supervivientes, que había sido deportado a Estonia desde el gueto de Vilna el 22 de septiembre.

El 22 de septiembre del 43, los ancianos e incapaces de trabajar fueron deportados de Vilna, en su mayoría al tristemente famoso campo de concentración de Majdanek, cerca de Lublin; entre dos y tres mil en total. Alrededor de mil fueron a Klooga, a unos cuarenta kilómetros de Tallin. En total había unos veinticinco campos en Estonia. En ellos se concentraban judíos de todos los países. El comandante de todos los campos era el jefe de asalto Brenneis^[128].

Anolik pasó casi un año allí. Lo que contó de la vida en ese lugar es tan espantoso que cuesta trabajo reproducirlo en su totalidad. Todo lo que una imaginación diabólica es capaz de idear se hizo realidad en ese lugar, y la mayoría de las inocentes víctimas murieron entre infernales tormentos. Allí ya no eran personas, sino tan sólo números. Anolik era el 818, y me explicó que esa cifra significaba suerte en hebreo.

Se trabajaba hasta dieciséis horas diarias. Los pequeños delitos eran castigados con penas que sólo cerebros anormales pueden incubar. La más suave era la privación del alimento, de por sí insuficiente, y no satisfacía el sadismo de los torturadores. Ataban a sus víctimas desnudas a un árbol en medio de la helada y observaban, envueltos en pieles, los cambios que el frío provocaba en el cuerpo del que se congelaba. Con la misma calma atendían el efecto de la inyección de una gran dosis de Evipan, que en la mayoría de los casos provocaba la muerte.

Los látigos con los que azotaban estaban hechos de tendones de buey con puntas de acero. La víctima era tendida sobre un tablero, sus compañeros obligados a sujetarle manos y pies. Veinticinco azotes eran la dosis mínima. Si alguien recibía setenta y cinco, en la mayoría de los casos ya no se levantaba vivo.

No lejos de los barracones había un baño y [el] centro de despiojamiento. Hombres y mujeres tenían que bañarse juntos. En diciembre, mientras se desinfectaban las ropas, tenían que correr enteramente desnudos los treinta metros que los separaban de los barracones. En todos los campos excepto en Klooga reinaba el tifus exantemático. Sólo si alguien tenía más de 39 grados de fiebre se le consideraba enfermo y se le llevaba al hospital.

El 4 de febrero del 44 gran parte de los internos, entre ellos mujeres y niños, fueron llevados a Kiviõli^[129] a trabajar en la fábrica de combustible. Tuvieron que hacer los ciento veinte kilómetros de distancia a pie y sin pausas. Muchos estaban debilitados por el tifus y se derrumbaron. El que no podía seguir era arrojado al mar.

El sanitario Wilhelm Gent tenía la costumbre de golpear ciegamente con un mazo a los enfermos. Entre sus víctimas estuvieron el famoso ginecólogo de Varsovia doctor Fingerhut, el radiólogo de Vilna doctor Ivanter y el hijo del abogado Silberstein, también de Vilna.

El jefe de tropa Kurt Stache tenía un gran perro al que azuzaba para tirar un hombre al suelo y luego arrastrarlo hasta su amo.

El trabajo era incommensurablemente pesado. Tenían que cargar vigas de tres metros de largo, sacos de cemento de veinticinco kilos. Cuando se derrumbaban eran objeto de burla, lo mismo que la continua degradación y humillación eran parte del trato diario. Especialmente crueles eran el director del almacén de vestuario, el jefe de escuadra Hellwig y el subjefe de escuadra Schwarze, de Görlitz, Zeppelinstrasse 21.

El médico jefe de todos los campos estonios era el jefe de asalto Franz Bodmann^[130]. Sirvió de comadrón a dos mujeres y arrojó vivos al horno a los recién nacidos. Inyectó 50 gramos de gasolina en el corazón a tres mujeres que habían enloquecido. Murieron entre espantosos tormentos.

En los campos de mujeres, las encargadas de la vigilancia eran mujeres alemanas. Una estudiante llamada Aga y una tal Inge golpeaban a las mujeres con látigos y les arrancaban el pelo y los pendientes. El comandante del campo, jefe de asalto Aumeier^[131], metió la cabeza a un hombre bajo el agua de un riachuelo hasta que perdió el sentido. Luego lo dejó recuperarse y repitió el mismo procedimiento otras dos o tres veces.

El 22 de agosto de 1944. Anolik llegó de Klooga a Lagedi. El 19 de septiembre se levantó allí una pira. Ocupaba seis metros cuadrados y estaba a medio metro del suelo, para que pudiera correr el aire. En medio había una abertura redonda, también para servir de chimenea. Ciento cincuenta hombres de las SS reunieron a la gente. Tuvieron que meter ellos mismos la leña bajo la estructura y luego fueron arrojados a la pira. Se formó una pila de vigas y seres vivos que fue rociada con combustible y prendida. Anolik logró esconderse con su hermano entre la paja de los catres y ambos huyeron durante la noche. Regresaron andando a Klooga. Poco después fueron liberados por el

Ejército Rojo. Anolik llevó a los oficiales hasta la pira de Lagedi. Se hicieron fotos, que Anolik me enseñó. Ninguna pira de herejes medieval alcanza las dimensiones de esta imagen espantosa: los cadáveres medio calcinados, miserables, desnudos, los hombres y mujeres rapados al cero, miembros sueltos en torno a la leña humeante. El relato de Anolik fue ratificado y complementado más adelante por otros que también habían huido^[132].

Los ocupantes de otros campos fueron deportados a Danzig, la mayoría al gran campo de concentración de Stutthof, desde donde fueron distribuidos a otros más pequeños. Al final de la guerra, los alemanes tuvieron que retirarse tan deprisa de allí que no se logró la total aniquilación de los judíos, y posteriormente muchos que se habían dado por muertos fueron reencontrados.

En primavera llegaron largos trenes de mercancías con extraños pasajeros: ¡judíos! Judíos de Berlín, Hamburgo, Praga, Viena, París^[133]. Fueron llevados por la ciudad en grandes grupos desde la estación. Yo vi uno de esos grupos, estrechamente vigilado. No había ninguna posibilidad de hablar con ellos. Muchos iban muy bien vestidos, llevaban elegantes maletitas en las manos. También había niños entre ellos, no muchos. Se les había dicho que iban a trasladarlos a territorio ruso ocupado. La parada en Kaunas se hacía para despiojado y desinfección. No parecían precisamente alegres, pero en sus rostros tampoco había el horror con el que estaban marcados nuestros judíos. En sus ropas llevaban cosida la estrella de David.

Fueron en dirección a Vilijampole, aparentemente al gueto, y en el propio gueto, donde ya se había corrido la voz de la llegada del gran escuadrón, se esperaba el incremento de efectivos que iban a causar los recién llegados.

Los extranjeros fueron en realidad llevados a Vilijampole, pero la caravana pasó de largo ante la alambrada y los habitantes del gueto pudieron observar cómo serpenteaba por el sombrío camino que conducía al Fuerte IX. Sabían lo que esperaba allí a esos inocentes.

Algunos días después, nuestros judíos tuvieron que clasificar el contenido de las maletas, quitar monogramas, lavar, remendar. Luego se lo llevaron todo a la Gestapo. Parte de los objetos fueron clasificados en el antiguo instituto judío de enseñanza secundaria, ahora acondicionado como hospital. Durante la clasificación, los guardias apartaban muchas cosas para ellos, y a pesar de los estrictos controles también los judíos lograron quedarse con algunas: «Mete esto debajo de la almohada de esta y de aquella cama».

La lencería elegante de señora era especialmente codiciada. Vi parado delante del hospital un gran camión con equipaje, buenas maletas [...^[134]] y sacos de lona como los que se veían antiguamente en la estación de Anhalt^[135]. Arriba del todo —daban ganas de llorar—, un orinalito de niño...

Resultaba cada vez más difícil mantener el contacto con los viejos amigos. Ya no venían a la Organización Schuh y el huerto municipal. El *Cervatillo* tuvo que lavar ropa sucia de soldado durante un tiempo en el Grüne Berg. Encontré allí a esa niña delicada, tan triste y rendida que ni siquiera tenía ya fuerzas para alegrarse de las cosas buenas que le había llevado, y no hallé una palabra para consolarla.

Luego pasé mucho tiempo sin volver a verla. Trabajaba en Guma, la fábrica de chanclos de Vilijampole, a dos kilómetros detrás del gueto. La entrada a la fábrica estaba prohibida y costaba mucho trabajo, tiempo y sobornos arreglar un encuentro.

A menudo tuve que hacer en vano el largo camino porque ese día no estaba el guardia adecuado o no se podía hablar con la espléndida Bedorfaite, una joven química lituana que trabajaba en el laboratorio de la fábrica. Ella era la mujer de confianza de los judíos y arreglaba las citas, arriesgándose no poco ella misma. Y gracias a la inventiva de Bedorfaite a menudo conseguí entrar en la fábrica con un pretexto.

Nos veíamos en la caseta de los vigilantes, en el ambulatorio, en el pasillo, a veces un minuto, otras una hora. La señorita Jörsch, que ya se había marchado de Kaunas pero aún vino a visitarnos varias veces desde Königsberg, quería sencillamente llevarse a *Cervatillo* con falsos documentos alemanes y esconderla en su casa. Ya se había preparado al efecto y había hecho transformar un desván de su ático en un cuartito habitable. Pero ella [*Cervatillo*] no acababa de decidirse a dejar a sus padres y hermanos. Hicimos nuevos planes. Quise esconderla en nuestro cuartito detrás de la cocina. Se quedó en plan. A veces yo iba varias veces a la semana y luego pasaba semanas sin ir. No era el largo camino ni el peligro de caer en la boca del lobo lo que hacía el trayecto tan pesado, sino que pasaba por delante de las colinas tras las que se encontraba el Fuerte IX...

En el gueto de Kaunas se sabía muy bien lo que había pasado en Vilna, y era de esperar algo parecido también aquí. Fuera no nos hacíamos ilusiones y la pasividad de los amenazados nos resultaba incomprensible. Nos esforzábamos por encontrar, en la ciudad y fuera de ella, personas que estuvieran dispuestas a acoger a judíos. Era indescriptiblemente difícil. A menudo ya estaba todo hablado cuando retrocedían ante el peligro, o exigían a cambio sumas impagables o —y eso era lo que más nos irritaba— en el último momento los propios judíos no se decidían a abandonar a sus más próximos, o los largos años de represión moral los habían vuelto tan apáticos que no se atrevían a dar el paso hacia la libertad ilegal.

La señorita Jörsch había estado en Vilna cuando, en octubre, volvió a visitarnos, y para nuestra gran sorpresa trajo consigo a Mositchen. Sus conocidos de Vilna le habían confiado que con ellos se encontraba una joven que había escapado de la aniquilación en uno de los campos de trabajo, salvando su vida en el último momento. La señorita Jörsch quiso conocer a la fugitiva y halló a la pobre

Mositchen completamente desesperada. No tenía en Vilna más conocidos que esa familia, pero tenían demasiado miedo como para acogerla más de una noche. En Kaunas sí, allí aún le quedaban amigos, y preguntó a la señorita Jörsch si por casualidad nos conocía. La señorita Jörsch se sintió tan conmovida ante el extraño azar de tener los mismos conocidos en Vilna y Kaunas que se decidió enseguida a traerla consigo.

Allí estaba, contenta de estar con nosotras y al mismo tiempo atormentada ante la idea de ponernos en peligro con su presencia. Nos esforzaríamos por encontrarle un sitio, le dijimos, por el momento se quedaría con nosotras. Lo más importante era conseguirle un pasaporte nuevo, y con ayuda de nuestro Especi lo conseguimos tan perfectamente que pudimos devolverla tranquilamente al mundo como lituana de Memel. La desdichada sólo hablaba alemán. Se quedó con nosotras cuatro semanas y durante ese tiempo se esforzó indescriptiblemente por ser útil en la casa y compensarnos por su presencia.

Por fin hubo una familia lituana en el suburbio de Panemune que, al contarle el asunto, estuvo dispuesta a [tomarla] como niñera de tres niños, tres críos salvajes y maleducados. Pobre Mositchen. Gemía. Siempre había trabajado en oficinas, nunca había tenido nada que ver con niños. Pero quería quedarse allí con todas sus fuerzas, y lo logró. Sus «amos» también gemían un poquito ante la inexperta y poco práctica educadora, que no poseía en absoluto las virtudes alemanas del ama de casa. Por otra parte, se alegraban de tener en casa una persona tan limpia y despierta. La registraron ante la policía, lo único que no tenía derecho a recibir eran cupones para pan.

Mositchen hablaba de un modo tan impresionante de la vida en el gueto de Vilna y su espantoso fin, que buscamos con nuevo afán sitio para nuestros amigos de Kaunas. Un orfanato prometió a Natacha hacerse cargo de algunas muchachas. Transmitimos la noticia al gueto. Pero curiosamente, como justo ese día y el anterior habían sido tranquilos, aquellos que antes nos habían pedido con tanta urgencia que ayudásemos a sus hijas de repente ya no se decidían. Tuvimos que insistir, apremiando, y pasó algún tiempo antes de que se organizara cómo sobornar a los guardias y llevar [a las niñas] a un sitio determinado.

Precisamente en esa época había habido un estricto control en distintos asilos infantiles. La policía se había llevado de un hogar para bebés a ocho niños a los que había desenmascarado como judíos y los había matado. El director había sido detenido. De resultas de ello, todos estaban tan asustados que no querían aceptar ningún niño más.

Ahora teníamos dos niñas pequeñas sentadas en casa de Natacha, mirándonos con ojos tranquilos y graves, y no sabíamos qué hacer con ellas. Y precisamente en esos días llegó también la pequeña Ira, que había estado tan bien alojada en Kulautuva con la señora Lyda y había ido al colegio allí de forma completamente oficial. Los

colonos alemanes de la vecindad se habían escandalizado ante esa niña tan llamativa y habían exigido al alcalde del pueblo que se ocupara de que se fuera. Al alcalde le había incomodado mucho la petición, porque todo lo que la venerable señora Lyda hacía estaba bien hecho. Tuvo que ir varias veces a verla y rogarle encarecidamente, hasta que la señora Lyda se convenció de que no podía quedarse con la niña.

Tres niñas pequeñas: Ira, Danute^[136] y Maryte, y además la madre de Ira, Gabrielle, y Regina, todas en el cuartito de las modistas, pared con pared con los hermanos de Natacha que, por el amor de Dios, no debían enterarse de nada. Los dos anchos sofás se juntaban por las noches y en ellos dormían los siete, contando a las Natachas. No podía pasar mucho tiempo sin que las descubrieran, y no hallábamos a nadie que aceptara a las niñas siquiera por un tiempo.

Nosotras nos habíamos propuesto no recoger en casa a nadie más, porque durante las visitas diurnas a las brigadas podíamos fácilmente sufrir un registro. Pero las semanas con Mositchen, que habían transcurrido tan felizmente, nos dieron valor para seguir arriesgándonos.

Tomamos a Danute con nosotras. Una niña lánguida y rubia, de frente despejada y delicada naricilla, a primera vista nada judía; tan sólo sus ojos verdes y almendrados, con la indecible tristeza de un pueblo antiguo y trágico, revelaban a quienes tenían la mirada más penetrante que no podía tratarse de una lituana. Le dimos bien de comer, libros ilustrados, le contamos historias, le proporcionamos hilos de colores para bordar, pensamos en todo lo que podía distraer a una niña de nueve años... Seguía estando profundamente seria, tragándose las lágrimas. Sus padres y su hermano mayor la habían querido y malcriado tiernamente, y se habían separado de ella contra su voluntad.

En casa de Natacha se encontraba un poco mejor. Allí estaban las otras niñas y Regina, que era pariente suya. Como a la larga las otras dos no aguantaban en su escondite y ansiaban el aire libre y el movimiento, decidimos que todas las tardes vinieran a vernos al caer la oscuridad. Eran horas espléndidas. Se desfogaban, levantaban construcciones, hacían teatro, bailaban. Las que antes estaban tan apáticas se llenaban de vida y fantasía y, finalmente, se precipitaban con hambre de lobo sobre la merienda. Por la mañana temprano Danute ya había vuelto a enredarse en su tristeza, y mientras Gretchen estaba en la oficina y yo daba mis clases, no se quitaba de los ojos el pañuelito, gris por la humedad.

¿Cómo me iría ahora a las brigadas? Quedarse sola en casa le parecía lo más espantoso. Tenía que dejarla con Natacha o llevarla conmigo. Luego la hacía esperar en la esquina de una calle o en un portal, y en cada una de las ocasiones estaba aterrada pensando si entretanto le habría ocurrido algo. Así no podemos seguir, nos decíamos. Pero teníamos que seguir, y las semanas y los meses no trajeron cambio alguno.

Maryte fue acogida por una familia en Schanzen. Por el momento, Ira se quedaría con Natacha junto con su madre, Gabrielle. Danute iba acostumbrándose poco a poco

a nosotras. Su madre había salido secretamente del gueto varias veces. Había consolado a la niña. Estaba previsto que toda la familia se alojara en la ciudad. Entretanto había venido una prima mayor de Danute. Rutkunas la tomó como chica de servicio y la mantuvo allí con valentía, a pesar de la desconfianza de los vecinos. Era terrible el celo con el que los lituanos acudían a la policía alemana cuando tenían alguna sospecha de que un judío trataba de escapar a su aniquilación. En breve se fijaron en nosotras: qué niña era esa con la que nos mostrábamos en la calle. Pronto dejamos de poder llevarla con nosotras, y sólo salíamos un poco con ella por la noche, en la oscuridad, para que tomase un poco el aire.

Por difícil que fuera, entonces aún se podía sacar a algunos. Estaban a veces aquí, a veces allá, hacían cualquier trabajo, pero en la mayoría de los casos sólo podían quedarse por breve tiempo en un sitio. Y cuando no tenían otra cosa, acudían a la señora Binkis. Allí eran acogidos... no sólo acogidos, sino mantenidos con infinita generosidad y bondad. El hermano de Onyte había estado allí muchas semanas, con un indomable chiquillo de dos años^[137]. Rosa llevaba largo tiempo allí, encargándose de la cocina, y finalmente estaba la pobre Fanny, que no podía encontrar acomodo en ningún sitio, y que fue vilmente explotada y denunciada por los lituanos que le habían escondido algunas cosas y finalmente atrapada por la policía durante un viaje a provincias.

Ese eterno miedo a la policía. Cuántas noches pasé despierta, escuchando y creyendo que esos tipos brutales iban a entrar en cualquier momento, coger a Danute, arrancar a mi Gretchen del sueño y llevársenos a todas. A veces me levantaba y me inclinaba sobre la cama de Gretchen, me bebía su silenciosa respiración y esperaba el fin de la noche. Durante el día, todo volvía a parecer inofensivo. Nos tomábamos el café en la cocina, nos alegrábamos cuando podíamos añadirle leche y pan, y si a veces estaba duro, también estaba bien. Era difícil llevar todos los días algo a la mesa, pero nunca tuvimos que pasar hambre.

De vez en cuando dormían con nosotras otras personas; durante algunas semanas, una conmovedora niñita. La habían llevado de un sitio a otro y sus inhibiciones espirituales actuaron de tal modo sobre su pobre cuerpo que fue presa de un grave estreñimiento, que no era posible tratar con enema ni laxante alguno. Con su pálida carita, el vientre hinchado y el duro acento judío con el que hablaba el lituano habría resultado sospechosa para cualquiera. Sólo la podíamos tener en la habitación, donde no había mejora alguna para su dolencia. Y finalmente tuvimos que quitarle también su orgullo, lo único hermoso que tenía, cortar su gruesa trenza castaño clara y frotarle a conciencia la cabeza con vinagre de cebadilla y petróleo.

El año tocaba a su fin. Las alarmas aéreas no nos sacaban de la cama. El oscuro zumbido de los aviones rusos era como música para nosotras. Si por fin llegaran del todo.

En una ocasión, escuché en la calle una conversación entre dos caballeros de la comisaría general en la que intercambiaron sus graves preocupaciones acerca de la situación militar. Pero ya se podía contar con las nuevas armas de aniquilación anunciadas, que entrarían en funcionamiento a principios de año. Yo iba muy pegada a ellos y me regocijaba: podéis esperar sentados.

A veces nos acometía, ya entonces, tal certidumbre de la victoria que dejábamos de tener miedo. Veíamos que las fuerzas de los dominadores se extinguían. Pero queríamos estar tanto más alerta y ser tanto más cautelosas... Y en verdad, cuanto más se acercaba su fin, tanto más terribles se hicieron sus golpes.

En Navidades, Maryte vino a visitarnos. Las niñas adornaron un precioso arbolito y prepararon pequeños regalos... Paz en la Tierra.

Navidades rusas... Cuando Natacha salía de la iglesia con su hermana, la señora Lyda, de Kulautuva, una muchacha les cerró el paso, les puso un hatillo con un niño pequeño en brazos y desapareció. Los circundantes estaban tan sorprendidos como las agraciadas. Junto al niño había una carta en ruso que daba a la criatura el nombre de Nikolai. Su madre, una rusa fugitiva, ya no podía mantenerlo, y el día de Navidad lo puso en manos de las desconocidas. Llevaron el hatillo a casa, donde Regina y Gabrielle se asustaron no poco ante el nuevo inquilino, que enseguida empezó a chillar como un poseso, como si quisiera llamar la atención de todo el mundo sobre aquella habitación hasta entonces tan silenciosa.

La señora Lyda había traído leche de Kulautuva, y Gabrielle, como más experta en cuestiones maternas, le curó el ombligo, le ató los pañales y meció su camita. ¿Qué iba a ser de ese pequeño chillón? La señora Lyda sonrió, socarrona. Se nos ocurrió que no estaba en absoluto sorprendida, sino que lo había preparado todo. ¿Había arreglado esa pía estafa para salvar de manera legal a un chiquillo del gueto? Desde que tuvo que entregar a Ira, había manifestado con frecuencia el deseo de educar a un niño muy pequeño, que no pudiera traicionarse por su lengua. Ella no lo dijo. Pero el carro ya estaba preparado, y al día siguiente envolvió a Kolja en una gruesa frazada [para el] viaje de veinte kilómetros y se fue con él... con el niño, y además con una anciana señora.

Era tía Emma... la tía de Lyda y a la vez de Gabrielle. Todas estábamos felices de que hubiera logrado escapar de su brigada al atardecer, esperar a Natacha en un rincón previamente acordado y que ahora estuviera a salvo con nosotras. Era una mujer maravillosa, llena de calidez y bondad. En su presencia se solventaba cualquier disputa. Cómo había alentado y apoyado siempre a Lyda. Qué paciente había sido con los caprichos de Edwin. Hablaba el más puro alemán e igual de bien ruso y francés, pero el lituano con acento extranjero. Cada una de nosotras le llevó lo que pudiera gustarle, y nos hubiera gustado quedárnosla. Pero había otro plan ideado para ella.

La señora Lyda había hablado con el párroco de Kulautuva y éste estaba dispuesto a acogerla en su asilo de ancianos. Nuestro Especi había vuelto a fabricar un pasaporte perfecto según el cual era viuda de un lituano de Riga, lo que hacía

comprensibles sus conocimientos del idioma. Dado que había venido sin absolutamente nada, la equipamos de ropa de vestir y de cama y prometimos visitarla en Kulautuva.

No volvimos a verla. Se bajó en Kulautuva. La señora Lyda todavía tenía dos kilómetros hasta su finca. Desgraciadamente, el párroco del asilo no estaba en ese momento. La recién llegada, que hablaba tan mal lituano, les resultó extraña a las ancianas. Corrieron a la administración alemana, que hizo traer a esa persona sospechosa. Como se explicó perfectamente, la entregaron a la custodia del párroco, que al cabo de dos días le recomendó regresar a pie a Kaunas.

Se puso en marcha, pero por el camino fue detenida por gendarmes y llevada a la Gestapo. El Consejo de Ancianos hizo grandes esfuerzos por liberarla, es decir, por que la devolvieran al gueto. El jefe de la policía judía, Lipzer, que entraba y salía libremente del edificio de la Gestapo y representaba un eslabón, sin duda ambiguo, entre ambos extremos, también puso de su parte por salvar la vida a la venerable señora^[138]. Por él se supo que ella había confesado enseguida haber huido del gueto. Pero no hubo forma de sacarle quién la había ayudado y a casa de quién quería ir. Insistió en que había caminado a la buena de Dios, en un estado de confusión mental. Al parecer, había destruido el pasaporte. La retuvieron varias semanas en la prisión de la Gestapo, luego recorrió el sangriento camino hacia el Fuerte IX.

Tratamos en lo posible de ocultar a las niñas el espantoso acontecimiento, jugamos y bromeamos con ellas. Pero se daban cuenta de que algo oscuro había ocurrido. No se atrevían a preguntar. Nosotras, tristes, llorábamos la desgracia. Experimentábamos, una y otra vez, que el dolor no insensibiliza, sino que hace cada vez más capaz de sufrir. Crece y pesa, y no palidecerá hasta que la muerte lo extinga. Nos ha destruido, desgarrado de tal modo que ya no reconoce más formas. Recuerdo que Gretchen fue al cine dos días después de la muerte de Lyda...

Lo mucho que había hecho aún no le bastaba a Natacha. Estaba poseída por el deseo de ayudar más y más, deprisa, enseguida. Convenció a la familia lituana con la que se encontraba la pequeña Maryte para que acogiera también a su madre, y planeó con él^[139] toda una aventura: debía construir debajo de su casa una habitación subterránea en la que pudieran alojarse unas doce personas. Sea como fuere, los habitantes de la casa no sólo no tendrían que cargar con los gastos, sino que se les pagaría a conciencia. Por desgracia, la suma exigida fue tan alta que todo el plan fracasó, porque la gente a la que más queríamos atender, los padres de la pequeña Danute, no tenían recursos.

Finalmente, ella decidió construir un escondite bajo su propia casa, no para vivir, pero sí lo bastante grande como para esconder en él en caso de peligro a las personas que estaban con ella en su habitación. Quería acoger al menos a otras tres. Un ingeniero amigo prometió encargarse de la obra. Una trampilla, escondida bajo la

pequeña alfombra, se abriría tan rápida y silenciosamente que la gente de la habitación podría bajar por ella en un minuto, y como la entrada a la vivienda se hacía desde el vestíbulo a la cocina, de ésta al salón y sólo desde allí al cuarto de coser, en caso de registro domiciliario habría tiempo suficiente para desaparecer. Todo el mundo trajo algo para la obra: clavos, bisagras, tablas.

A mediados de febrero llegó la espantosa noticia: Natacha ha sido detenida. Nuestro horror no tenía límites. Estaba involucrada en demasiados complots. Probablemente llevaban mucho tiempo observándola y ahora habían acumulado suficiente material en contra suya. Ante todo, Regina y Gabrielle tenían que desaparecer. Una vez más, fue la señora Binkis la que acogió a las dos, aunque su casa estaba ya llena.

Por la noche, Natacha regresó. Había ido temprano, a una hora acordada, a visitar a una mujer que se había declarado dispuesta a acoger a un niño judío. Apenas había entrado cuando habían aparecido dos policías y se la habían llevado a la sede de la policía lituana. Comprendió que la mujer no tenía ninguna intención de salvar a un niño, sino que había denunciado a toda prisa a la policía a esa persona peligrosa.

Como no podía negar sus conversaciones con la mujer, se hizo muy hábilmente la tonta, la simple, que no hablaba en serio cuando planteó el asunto. Ante todo, había tenido que desmentir la sospecha de que ella misma pudiera ser judía. El interrogatorio había sido bastante largo. Luego se la habían llevado y habían vuelto a interrogarla a las pocas horas. Estaba convencida de que entretanto habrían practicado un registro en su casa, y había sufrido lo indecible.

Al parecer, durante ese tiempo habían comprobado que sus datos personales eran correctos. En el segundo interrogatorio, la habían despedido con la rigurosa advertencia de que jamás volviera a intentar salvar a judíos.

La cosa había salido bien, pero era probable que hubiera una comprobación posterior, y los antiguos habitantes tenían que mantenerse alejados por el momento. El plan del escondite quedó completamente abandonado. La prudente Pawlascha exigió incluso que Danute no se quedara con nosotras, porque las estrechas relaciones entre ellas y nosotras eran tan conocidas en todas partes que también era posible que a mí me practicara un registro. Danute fue acogida por la señora Dauguvietis, una rusa. La vivienda de las Natachas estaba despoblada. «Como una tumba», decían ellas mismas, y todos sufríamos amargamente porque el tiempo apremiaba y no podíamos hacer nuestro trabajo.

Al cabo de algunas semanas nos tranquilizamos. La casa de Natacha volvió a llenarse. Ira y Danute fueron al fin acogidas en un orfanato. No fue fácil para esas niñas tan pequeñas, pero representaron tan bien su papel de huérfanas lituanas que no llamaron la atención de nadie. Desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana se les dejaba visitar a sus «tías». Así que venían a nuestra casa, y los domingos se les sumaban Regina, Gabrielle, Mositchen y algunas otras, y todas estaban contentas de poder abrirse mutuamente sus corazones, porque la mayoría

llevaban una vida llena de peligros, a menudo acompañada de pesado trabajo físico. La que tenía algo de comer lo llevaba y siempre alcanzaba para todas.

Allí se hablaban todos los idiomas y había que advertir una y otra vez a las niñas que no hicieran demasiado ruido, para que esa sociedad ilegal no llamara la atención de nadie. En una ocasión, a mediados de marzo, tuvimos con nosotras a once judíos a la vez, además de las Natachas; fue una cifra récord... todo mujeres, se entiende. Hablábamos de política y hacíamos cuentas de cuánto podía durar aún como máximo el imperio del terror, y nos consolábamos unas a otras diciendo que pronto vendrían tiempos mejores. Todavía era invierno, el cuarto estaba caliente y las ventanas oscurcidas.

Todas disfrutamos de esas horas tranquilas y de la compañía de los amigos. Cuando las vi sentadas así, en pequeños grupos, Regina y Mositchen fumando, las niñas perdidas en sus juegos, Marianne y Onyte llenas de anécdotas humorísticas sobre sus papeles de criada^[140], me acometió de pronto un miedo espantoso. Ahora, ahora llamarán a la puerta. Entrarán, con sus ruidosas botas, con sus ásperas voces, y «abrirán el nido». Nos llevarán a todas. Lo veía con tanta claridad que no podía librarme de la imagen, y me costó trabajo ocultar mi miedo a las otras. El presentimiento de nuevos horrores aún me perseguía cuando todas las demás se hubieron ido y sólo las dos niñas dormían despreocupadas, pegaditas la una a la otra. Durante toda la noche estuve dando vueltas a la locura de las persecuciones antisemitas, a la aciaga obsesión que había acometido a los alemanes, nuestra propia gente. Estaba tumbada y escuchaba tensa los sonidos de la noche, como si ellos fueran a venir en cualquier momento. Pero nada turbó la calma.

Una semana después, el 27 de marzo de 1944, sucedió en el gueto algo tan terrible como nunca había ocurrido. Cuando las brigadas que trabajaban en la ciudad habían salido del gueto, y después de acordonar los talleres, en los que trabajaban unas dos mil personas, por las calles pasaron coches que anunciaban por altavoces que todo el que se alejara de su casa sería fusilado en el acto. Entonces empezó la espantosa acción: se llevaron a los niños.

La policía alemana fue casa por casa, acompañada por «ucranios», broncos tipos de triste fama que trataban de escapar al yugo de la prisión de guerra sirviendo de esbirros a los alemanes, lo que se les pagaba bien. Todos los niños de hasta doce años fueron atrapados y cargados en camiones. Obligaron a las madres a llevar ellas mismas hasta los coches a los más pequeños. Grandes perros policía olfatearon las viviendas, los desvanes, los cobertizos. Estaban adiestrados para sacar a los niños. Las mujeres que se negaron a entregar a sus hijos, las que se lanzaron sobre los camiones y querían volver a sacarlos, fueron abatidas a golpes, algunas a tiros. Muchas madres deseaban sufrir la misma muerte que sus hijos:

—Vosotras, cerdas, todavía tenéis que trabajar. Esta porquería hay que llevársela.

Sacaron a los niños de las camas, completamente sin vestir. Los arrojaron con tal brutalidad a los camiones que muchos se hirieron de gravedad. Gritaban de tal modo que abría las carnes, y los mayores trataron de escapar. En medio de ese lamento indescriptible, de los camiones salía música de radio a todo volumen. El mundo jamás ha visto antes un cinismo tan perverso.

Al mismo tiempo, se llevaron a los ancianos. Cogieron, sin selección alguna, al que no parecía capaz de trabajar o no estaba sano en ese momento. También al padre de Esther, a Hermann y Max, y a nuestra vieja amiga, la esposa del famoso oculista de Memel doctor Pich, la enferma Nunia Rein, que se negó a separarse de su anciana madre; a la doctora Matis con sus hijos... todos desaparecieron ese día.

La acción fue dirigida por Kittel, que ya había demostrado su eficacia en la liquidación de los guetos de Varsovia y Vilna. Se destacó especialmente el SS Heldtke, que debido a su informe gordura era conocido por todos y que, como alumno del instituto de Kaunas, había vivido en armonioso compañerismo con sus compañeros de clase antes de la época de Hitler.

Dicen que unos días después vieron los vagones con los niños en el tramo que iba hacia la frontera alemana, probablemente camino a un crematorio. Nunca más se volvió a saber de ellos. Eran alrededor de dos mil quinientos niños^[141]. Aproximadamente trescientos escaparon al exterminio. Estaban tan bien escondidos en los escondrijos subterráneos o en otros sitios que no los encontraron. A los mayores ya se les había dado por capaces de trabajar.

Entre ellos también se encontraba Sascha, de once años, hijo de la cantante Abramson, con la que nos veíamos con mucha frecuencia. Con ayuda de su antigua chica de servicio, la fiel Anele, y de una de sus antiguas discípulas, hacía mucho que queríamos sacar al chico. Ya [nos] habíamos citado un par de veces en la cerca del gueto y a la orilla del río, pero siempre se había cruzado algo. A través de amigos suizos, habíamos establecido contacto con su hermano en Berna y él enviaba objetos de valor que ella vendía para vivir del producto y sobornar a los guardias en un eventual caso de fuga.

Ahora que [Sascha] se había salvado milagrosamente de la gran aniquilación, le insistimos con tanto más énfasis en que nos lo diera. Por aquel entonces la hallé en el subterráneo de un hospital militar alemán, un edificio al lado de la Gestapo. La entrada estaba rigurosamente prohibida, pero yo me paseé con audacia por el hospital, saludé a la guardia con un «Buenos días» y bajé al sótano sin que nadie me retuviera. Allí estaba ella con otras mujeres y prisioneros rusos, pelando patatas. Otras veces llevaba alguna cosa para Sascha: bombones, o un lápiz y un cuaderno, porque le gustaba mucho dibujar, o sellos, que eran lo que más alegría le daba. Esta vez, intencionadamente, no había traído nada. El niño debía venir con nosotras lo antes posible, y acordamos que saldría con una brigada y con un pase de trabajo prestado. El jefe de la brigada estaría al tanto del complot y lo dejaría en el puente, donde le esperaríamos en una de las puertas. Gretchen esperó a la hora acordada...

Una vez más, no vino. No supimos si su madre había tenido demasiado miedo de enviarlo a la incierta y peligrosa libertad, o si no pudo separarse de él o si fueron otras dificultades externas las que no permitieron la ejecución del plan.

Los acontecimientos habían mostrado con claridad a todo el mundo en el gueto, y a todos nosotros fuera, que se planeaba la total aniquilación. Teníamos que hacer esfuerzos aún mayores, arriesgar aún más, para ayudar al menos a unos pocos más. Fui al convento de los jesuitas y hablé con el padre Fulst, del que se decía que tenía estrechas relaciones con la Gestapo. Pensaba que quizá por eso mismo podría hacer algo con más facilidad. El reverendo lo escuchó todo con atención, pero lamentó no poder hacer nada en absoluto. ¡Cuántos me rechazaron de ese modo!

Nuestros conocidos alemanes, los pocos con los que se podía hablar abiertamente, se encogieron de hombros:

—Os ponéis en peligro inútilmente. De todos modos, los encontrarán y los matarán a todos.

Y es verdad que, precisamente en esa época, no pocos fueron descubiertos en la ciudad y en el campo. En Georgenburg, en casa del viejo doctor Žakevičius, encontraron a doce al mismo tiempo. El doctor los había escondido en su finca a cambio de una elevada remuneración. Su ama de llaves, al parecer celosa de este servicio secundario ilegal, presentó denuncia, y el doctor fue llevado a la policía alemana de Kaunas junto con todos sus acompañantes. Entre ellos se encontraba el doctor Matusevičius, homeópata al que todo el mundo conocía aquí, con su familia. Los mataron a todos, incluso al viejo doctor, después de haberlo tenido en la cárcel durante semanas. De vez en cuando hacían excepciones con algún detenido y lo mandaban de vuelta al gueto.

Sobre todo, queríamos sacar a nuestra Lea, la pianista, con su madre. Trabajaba en una gran brigada en la fábrica de fieltro. Pero la guardia alemana estaba formada, precisamente allí, por gentes peligrosas. Cuando veía al guardia de abrigo azul y sombrero flexible de pie en medio del patio, sabía que no había ninguna posibilidad de hablar. Él ya me conocía y cuando me veía esperar fuera con mi bolso lleno, amenazaba:

—Eh, ¿qué está esperando ahí en la calle? ¡Márchese!

A menudo recorrí con el corazón palpitante aquel largo camino por entre la nieve que se derretía, bajando la resbaladiza y embarrada ladera al pie de la cual se hallaba la fábrica. A veces no había ningún judío, y en esas ocasiones temía una nueva desgracia y atisbaba temerosa la llegada de los marcados con la estrella. Y a menudo volvía sin haber hecho lo que iba a hacer.

En una ocasión había tres soldados alemanes de guardia. Yo había ido con la señorita Jörsch y preguntamos tímidamente si nos permitirían cambiar unas palabras con una de las chicas judías. «Desde luego, adelante», dijeron, y llamaron a Lea, se

sentaron con nosotras y nos abrieron apresuradamente su corazón: cuánto odiaban la guerra y todo el régimen, cómo se avergonzaban de ese insensato antisemitismo y cómo, por su parte, harían todo lo que pudieran para compensar, mediante amabilidad personal y ayuda, lo que su servicio exigía de ellos.

—En nuestra compañía todos estamos de acuerdo —dijeron—. Nuestros superiores lo saben. A nosotros no van a pedirnos que fusilemos judíos.

Seguimos charlando largo tiempo. Pero de repente tuvieron miedo de haber dicho demasiado:

—No irán a traicionarnos, ¿verdad?

No, por nuestra parte, nos daríamos por satisfechas con que ellos no nos traicionaran. Muy bien, ahora podríamos venir con más frecuencia. Probablemente estarían allí mucho tiempo. Se llamaban Erich, Willy y Heini.

La próxima vez ya no estaban, y el guardia borracho tenía órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie. Probablemente se habían dado cuenta de la actitud de los chicos y los habían enviado a otro sitio. Ya no había ninguna posibilidad de encontrarse allí. Lea logró trasladarse a otra brigada, a los talleres de peletería Wolf, que estaban detrás del gueto. Allí no era tan difícil entrar, porque era donde las esposas de los altos funcionarios alemanes se hacían sus pieles. Se le decía al guardia con aire arrogante que venías a probarte y él no se atrevía a llevar a cabo control alguno.

Esto ocurría poco después del asesinato de los niños, y esas figuras profundamente tristes se encorvaban en silencio sobre su trabajo. Lea estaba muy conmovida. Había logrado esconder a su anciana madre. Ahora temía que fueran a por ella. Acordamos que se trasladaran, ella y su madre, con nosotras. Estarían un corto período en nuestra casa y luego la amable señora Kvasiene se ocuparía de ellas. Pasaron algunas semanas, y ya había llegado Semana Santa cuando la señora Kvasiene, Gretchen y yo fuimos juntas a recoger a la anciana en un lugar de la cerca del gueto en el que íbamos a sobornar a los guardias. Por aquel entonces huían no pocos, y había un precio en oro establecido para el caso.

Era la primera tarde hermosa de la primavera, y las gentes a este lado de la valla estaban tan alegres y despreocupadas como si no advirtieran la triste estampa de ese bloque de casas cada vez más pequeño. Después de cada «acción» se hacía retroceder la cerca y se devolvían a la vida normal algunos grupos de calles. La alambrada se cerraba cada vez más, como un lazo en torno a las viviendas del desdichado pueblo.

Caminamos arriba y abajo unas cuantas veces. «¡Circulen, circulen!», gritaban los guardias. Leíamos al pasar el gran cartel colgado por todas partes. Estaba escrito en alemán, yiddish y lituano. El encabezamiento, en grandes letras: «¡Pena de muerte!». Y luego, en larga sucesión, todo aquello que estaba sometido a la amenaza. Quien camine a lo largo de la calle que bordea el gueto. Quien se detenga en ella. Quien

trepe por la cerca o pase a través de ella alimentos u otras cosas. Quien hable con los guardias o con los judíos o les haga señas...

Subimos los peldaños del porche de una casita que había al otro lado de la calle. Desde allí se podían ver mejor las estrechas calles del gueto. Atardecía ya. Había llegado el momento adecuado. Vimos que, a toda prisa y en silencio, un niño se escurría por la cerca. Dos mujeres lo cogieron entre ellas y desaparecieron. De los nuestros, nada. Ya había oscurecido cuando nos fuimos a casa.

He olvidado por qué ese día no se pudo hacer nada. Pero algunos [días] después la señora Kvasiene nos trajo a las dos, a Lea y a [su] madre. No conocíamos a la madre y nos encontramos con una mujer ingenua, sencilla y simpática. Nos alegrábamos de tenerlas a ambas con nosotras.

Teníamos unos vecinos que no debían saber en modo alguno de la presencia de nuestras secretas huéspedes. Ambas tenían un aspecto tan característico que ningún documento hubiera podido certificar su pertenencia a otra raza. La fiel señora Kvasiene mantuvo su palabra. Después de unos diez días lo había preparado todo de la mejor manera con una conocida que tenía una casita en Schanzen. Como antes de su huida ellas habían escondido ya una parte de su ropa y algunos objetos de valor, pudieron pagar bien a la mujercita y comprar lo necesario para la vida diaria. El alojamiento no era perfecto. No podían cocinar, porque la chimenea echaría humo. La mujer, que durante el día estaba trabajando, olvidaba a menudo comprarles comida, y la señora Kvasiene tenía que hacer el largo camino hasta allí para ayudar y deshacer malentendidos.

Entretanto teníamos nuevos motivos de preocupación por nuestras niñas alojadas en el orfanato. Volvían a amenazar con revisiones y tuvimos que sacar temporalmente a Ira y Danute. ¿Adónde las llevábamos? La señora Kvasiene alojó a Danute por algún tiempo. Luego hicieron obras en su casa y la niña volvió con nosotras.

A mediados de mayo, Mositchen apareció llorando, completamente desesperada. Algunos vecinos habían recelado de la pequeña niñera. Se había hablado incluso de denuncias, y sus «amos», que con su gran familia no querían jugársela demasiado, la habían echado. Volvió a quedarse con nosotras, pero nos propusimos buscarle otro sitio lo antes posible.

Exactamente en esa misma época, también Onyte y Marianne tuvieron que dejar de la noche a la mañana sus puestos por los mismos motivos, y no sabían adónde acudir. Cambiaban de vivienda cada día, pernoctaban a veces en casa de éste y a veces en casa de aquél, y les atormentaba indeciblemente poner tan en peligro a sus amigos con su existencia. Por aquel entonces, todas las noches había razias en busca de desertores, y todo el mundo estaba amenazado.

En primavera habíamos alquilado una dacha en el balneario de Kulautuva para tener una segunda vivienda en caso de emergencia. Pensábamos que quizá podríamos

mantener oculta allí a una de las sin techo. En Pentecostés fuimos con el vapor a pasar un día. Habíamos llevado a Danute con nosotras, pero la curiosidad con la que nuestra casera y los vecinos preguntaron por la niña, que de dónde venía, que cómo se llamaba, nos demostró que era más difícil esconder a alguien allí que en la ciudad. Por Ludmila, que había pasado todo el invierno allí fuera, supimos que la policía del lugar era especialmente peligrosa. Ya habíamos tenido una experiencia espantosa con la tía Emma.

El martes siguiente a Pentecostés traté inútilmente de telefonar a la señora Kvasiene. Ya el sábado anterior a nuestro viaje me había sido imposible establecer contacto. Fui allí y llamé. Me abrió un caballero:

—¿La señora Kvasiene? Pase, por favor.

Dio la vuelta a la solapa de su chaqueta: brigada criminal.

La anticuada vivienda, en la que había cuatro cuartos seguidos sin pasillo alguno, estaba en el más absoluto desorden. Aparte de los agentes de la criminal, había dos caballeros que lo revolvían todo y al parecer tomaban notas. Quise escabullirme lo más aprisa posible, pero no me dejaron. La señora Kvasiene había sido detenida y por el momento no era previsible que saliera en libertad. ¿Quién era yo, dónde vivía, qué buscaba en casa de la señora Kvasiene, la conocía bien? Probablemente yo era una de esas personas oscuras, uno de esos especuladores con los que la señora Kvasiene mantenía constante contacto.

Yo llevaba en el bolso una docena de cubiertos de plata que quería vender a un hombre del gueto. Me pesaban como el plomo. ¿Qué iba a decir si me registraban el bolso? Había caído y no veía escapatoria.

Mientras el funcionario de la criminal me interrogaba, uno de los otros, un alemán, salió de las habitaciones traseras. Me dirigí enseguida a él: me parecía extraño que se dudara de mí aquí. Había venido a ver a la señora Kvasiene para que me cosiera una prenda de ropa, debían dejar que me fuera a casa de una vez. El alemán se volvió al de la criminal:

—¿No ve que es una dama?

El funcionario se apartó de la entrada de inmediato. Apenas podía comprender cómo había salido de allí tan inesperadamente y corrí a casa. La señora Kvasiene y yo compartíamos muchos secretos. Probablemente me involucrarían. Podía ser que ya estuvieran allí.

En casa, Mositchen y Danute estaban arrodilladas en el suelo, frotando el parqué de mi cuarto con cepillos de alambre. Habían pensado darme esa sorpresa y les perturbó que de pronto interrumpiera su trabajo y les hiciera irse. Por suerte, unos días antes Mositchen había vuelto a encontrar a sus antiguos amigos lituanos, que la acogieron enseguida. Danute regresó al orfanato. Saqué de la casa a toda prisa todo lo sospechoso que pude encontrar.

Preguntamos con cautela a los vecinos y oímos decir que también el marido de la señora Kvasiene había sido detenido. Pasaron unos días llenos de miedo, y entonces

la vecina vino a decir que la señora Kvasiene había regresado y me rogaba que fuera a verla enseguida.

Estaba completamente cambiada. Su ancho y amable rostro de ojos marrones y cálidos tenía una expresión de profunda seriedad. Había sido detenida el sábado anterior a Pentecostés. (Exactamente en las mismas fechas fueron detenidas Lea, su madre y Franja.) Fue acusada de haber sacado a ambas del gueto y haberles dado albergue, además de haber tenido temporalmente en su casa a una [niña] judía. No pudo negar haber ayudado a Lea. Pero no reveló dónde habían estado antes la niña y Lea.

—Fue difícil callar —dijo, subiéndose la blusa.

Vi en sus brazos y espalda hinchados y amoratadísimos verdugones. Su marido no sabía nada de ellos. Lo habían puesto en libertad unos días antes.

En el patio de la cárcel había podido hablar con las otras detenidas. Se conjuraron para no revelar nada acerca de mí. Aun así, mi nombre apareció en el interrogatorio: ¿Me conocía bien y desde hacía tiempo? ¿Qué relaciones mantenía yo con Lea? ¿Había salvado yo a «muchos» niños judíos? Cuando la señora Kvasiene dijo no saber nada, el intérprete que mediaba en la conversación dijo:

—Yo sé de la señora Holzman más que usted y más que todos los demás que están aquí.

Por esa observación había querido hablar conmigo enseguida, para advertirme.

Había comprado su libertad y la de Franja con un anillo de brillantes que llevaba puesto cuando la detuvieron y unos miles de marcos, y le habían indicado que Lea sería enviada al gueto por mil marcos.

A través de Lipzer, el policía judío, se había conocido la detención de Lea y también que yo estaba involucrada, y los judíos me advirtieron que debía dejar Kaunas de inmediato. Al día siguiente, una mujer liberada de la cárcel trajo una cartita de Lea: un grito de ayuda, que si era posible hiciera algo por ella a través del comité del gueto, alegando que era una cotizada pianista.

A mí me costaba decidirme a salir de la ciudad. Aún no habíamos hecho nada por la señora Abramson y *Cervatillo*. Lea tenía en mi casa algunas joyas que había que vender para satisfacer a la Gestapo. Nuestras amigas, especialmente Pawlascha, prometieron hacerse cargo de todo y me empujaron a irme. Si era posible no a Kulautuva, sino más lejos, donde no pudieran encontrarnos. Pero allí nos creíamos lo bastante seguras.

Pawlascha vendió tres anillos de brillantes y un grueso brazalete, llevó el dinero a la señora Kvasiene y ella lo llevó al edificio de las SS. Cogieron el dinero del rescate, pero no hubo liberación. No tenemos noticia de cómo terminaron.

Cuando fuimos a Kulautuva, todavía teníamos esperanzas. Gretchen había pedido un permiso inmediato en su fábrica. El 4 de junio dejamos la ciudad. En Kulautuva encontramos a nuestros otros amigos. Natacha había cerrado su casa y se había trasladado con todas, con Regina, Gabrielle, Ira, a la finca de la señora Lyda. La

doctora Kutorga había alquilado como nosotras una residencia de verano en el balneario.

Ahora estábamos en medio del bosque. Aún hacía frío y por las noches la lluvia tamborileaba en el tejado de nuestra dacha. Pero pasábamos todo el día en el bosque. Caminábamos a buen paso para combatir el frío. Íbamos en todas direcciones. Cada senda llevaba a un descubrimiento. Encontrábamos flores que aún no conocíamos. Nos las llevábamos y las identificábamos en casa con ayuda de nuestros libros de botánica. Las laderas estaban blancas de flores de arándano. Escuchábamos a los pájaros, al chorlito, al pico cruzado, nos asustábamos con el revoloteo del arrendajo azul y descubríamos en los árboles los nidos de los pájaros carpinteros. Qué trinos, qué amable sinfonía. Nunca habíamos estado en un bosque tan lleno de pájaros como ése. Y no se veía un alma.

A veces nos perdíamos y después de mucho buscar el bosque se abría, y a nuestros pies yacía el valle del Memel, cubierto de rocío. Praderas, matorrales, un rebaño de ovejas negras, un tranquilo caballo con las patas delanteras atadas y ninguna otra obra humana, ninguna casa, y el río se ensanchaba sin dique artificial alguno. A veces se expandía en un lecho de kilómetros de anchura, con muchos arroyuelos, islas llenas de pájaros y lenguas de arena.

En una ocasión llegamos inesperadamente al mar, que habíamos estado buscando en vano. También él carece de límites precisos. El bosque se vuelve cada vez más pantanoso, lleno de montículos cubiertos de musgo. Allí crece el anestésico ledum, la biengranada de umbelas blancas y de aturdidor aroma, y junto a ellas el arándano negro, que está contagiado de sus venenosas vecinas con sus embriagadores frutos. Los montículos que emergen del pantano están coronados con las delicadas flores rosadas de los oxíacos. No se podía avanzar más, porque allí los pinos se hundían ya en oscuras aguas y raíces muertas sobresalían de ellas como osamentas. Los arbustos de hojas inmaculadas soñaban sobre su oscura imagen reflejada en el espejo.

El bosque nos hechizó. El dolor nos había deformado tanto que durante años habíamos permanecido insensibles, e inesperadamente volvíamos a ser receptivas a la belleza. Durante años no habíamos pensado más que en el día siguiente, sin dedicar un solo pensamiento al futuro. De repente estábamos liberadas, y mientras paseábamos Gretchen me expuso sus planes. Quería terminar el bachillerato y después estudiar Biología^[142].

Habíamos llegado a Kulautuva el 4 de junio. El 6, en casa de la doctora Kutorga, oímos en la radio inglesa la noticia de la caída de Roma y el comienzo de la ofensiva contra el Muro del Atlántico^[143]. Y desde entonces, todos los días, nuevos éxitos en el sur y el oeste, y lo más inaudito de todo: en nuestra zona, en el este —apenas si podíamos creerlo—, el Ejército Rojo avanzaba a pasos agigantados.

Al cabo de dos semanas también vinieron Gerta y Nana. Entonces íbamos al bosque con ellas dos, la señora Kutorga y el pequeño a su cuidado. El tiempo se había vuelto espléndido y nos tumbábamos al sol, buscábamos setas, íbamos al río a bañarnos. Eran alegrías inocentes, pero el hechizo de los primeros tiempos se había perdido.

Pensábamos con angustia en nuestros amigos, sin atención alguna en la ciudad. Pawlascha vino y contó que había vendido oro y pagado mil marcos. Todavía contábamos con la liberación de Lea. Ella [Pawlascha] se había encontrado también con la señora Abramson, pero sin llegar a acuerdo alguno. Más adelante tuve que lamentar dolorosamente haberme apartado entonces de mis amigos y no haber viajado enseguida a Kaunas. El instante decisivo, la última posibilidad de salvación, fue desperdiciada. Cuando fuimos a la ciudad, a principios de julio, era demasiado tarde. Ya no salían brigadas hacia la ciudad. Toda comunicación estaba cortada.

En el vapor iba un grupo de alemanes que hablaba a gritos. Hombres y mujeres que comían sus bocadillos y jugaban con su gran perro. En sus gestos seguía estando la expresión de los vencedores, del pueblo de amos. Nosotras, como siempre, hablábamos lituano entre nosotras para no llamar la atención, y a la vez aguzábamos el oído. Eran funcionarios de la comisaría general, para los que se requisaban y amueblaban los mejores chalets del balneario. Habíamos visto los camiones cargados que llevaban las camas y objetos de las casas. En la conversación a bordo del vapor oímos que también se estaba construyendo un campo de tenis. Cuando alguien, mientras dejaba al gigantesco perro olfatear el plato de las salchichas, hizo la observación de que, dada la situación estratégica, no se podía saber si..., los otros le tranquilizaron de inmediato: la cosa no era ni la mitad de grave.

Fue la última hora despreocupada de que gozaron esos caballeros. Cuando llegamos a la ciudad, ésta bullía de agitación. ¡Los rusos estaban a punto de tomar Minsk! Al día siguiente ya había ocurrido, y el Ejército Rojo se aproximaba a nuestra capital, Vilna^[144].

Gretchen había terminado sus vacaciones y había vuelto a su oficina en la fábrica. La envidiaban:

—Margarita, ahora usted se irá a Alemania, y los ivanes nos colgarán a todos.

Pero Margarita los tranquilizó. No tenía la menor intención de huir de allí, y finalmente a los otros también les pareció que lo mejor sería quedarse en casa.

De Vilna llegaron los primeros refugiados. Los primeros, los siguientes y los últimos. La ciudad fue evacuada. Muchos pensaban quedarse en Kaunas, porque entre Kaunas y Vilna —muchos oían siempre lo que querían oír— había grandes concentraciones de tropas alemanas, que detendrían al ejército enemigo.

Para otros, Kaunas no fue más que una estación de paso. Se precipitaron hacia la frontera alemana con tal confianza, como si pudieran cerrar las puertas a su espalda.

Los alemanes obtuvieron sin más una autorización de entrada y pudieron llevar consigo una cierta cantidad de equipaje. Los lituanos tenían que conseguir permisos especiales, pero no era difícil obtenerlos. Uno de nuestros conocidos logró un vagón entero para él y llevó consigo, junto con sus muebles, varios barriles llenos de tocino, azúcar y otros alimentos. Muchos se compraban un caballo y un carro y se iban por cuenta propia, sin preguntar mucho.

El profesor Engert se presentó en nuestra casa. Sólo había podido coger un par de pequeñas maletas. Había dejado atrás todo lo demás, su gran biblioteca, sus trabajos, su hermosa casa de Vilna. No dio señales de comprender nuestra asombrada pregunta de por qué no se quedaba y nos conjuró a huir también, porque sólo las primeras tropas rusas, los rusos europeos, eran humanos. Detrás de ellas vendrían los asiáticos que, con el cuchillo en la boca, no dejarían a nadie con vida. Le deseamos lo mejor y le dejamos partir.

Las ardientes calles hervían de soldados separados de sus unidades, sucios, agotados. Con el cuello de la guerrera abierto, sin afeitarse, sucios, con el miedo y el desánimo en los ojos.

Los trenes entraban lentamente en la estación. Los soldados venían en los estribos y en los techos de los vagones, pegados como abejas a un panal, y luego inundaban sin orden la calle de la estación rumbo a la ciudad. Y al mismo tiempo, la marea contraria de los refugiados fluía hacia la estación. Alemanes que sólo habían sido enviados aquí a «colonizar el Este» se sentaban en los taxis con rostros contraídos. Habían alquilado varios taxis a la vez para poder salvar algunos trastos. Vi a la pediatra alemana, con la lámpara Sollux^[145] en la mano:

—Me alegro de que usted también se vaya.

No, yo pensaba quedarme, sólo estaba por casualidad en la estación.

No estaba del todo por casualidad. Buscaba las vías de maniobra para localizar los vagones que llevaban a los judíos. Esos vagones existían y yo quería hacer un intento más por sacar de ellos a algunos, o al menos a uno.

El 8 de julio, alrededor de mil quinientas personas del gueto habían sido embarcadas en gabarras y habían descendido el Memel. El comandante del gueto, Göcke, había pronunciado uno de sus cínicos discursos: vamos a salvarnos de los rusos y llevarnos con nosotros. A Danzig, decía todo el mundo. Las gabarras habían sido vistas por última vez en Georgenburg. Luego se supo que estuvieron en camino ocho días antes de llegar a su destino, Stutthof. Unos días después hubo un segundo transporte, también por el río.

El siguiente transporte pasó por la ciudad, rumbo a la estación. Oímos hablar de ello y Grete corrió al puente del Vilija, por el que tenían que pasar desde el gueto. Y precisamente venía una larga, larga caravana de personas, lenta, cargada de fardos. Atravesaron el animado puente y toda la ciudad. En el casco antiguo, uno intentó escapar metiéndose a una casa. Fue fusilado allí mismo. Había muy poca vigilancia. Si todos hubieran salido corriendo, nadie habría podido atraparlos. Pero sabían que

las puertas de los lituanos les estaban cerradas, y las despiadadas observaciones que los transeúntes hacían acerca de la caravana, mortalmente triste, confirmaban su aislamiento.

Iban en filas anchas, siempre de diez en fondo. De pronto, Grete descubrió a la señora Abramson; llevaba de la mano a su Sascha. No advirtieron sus señas. Caminaban en silencio, con ojos muertos que nada veían. Grete siguió a la caravana por toda la ciudad hasta detrás de la estación. Ya no vio adónde iban. Le fallaron las fuerzas a la vista de ese sufrimiento. Regresó a casa destrozada. No pudimos averiguar adónde habían ido y dimos por perdidos a todos los deportados. Sólo al cabo de un año, cuando la guerra ya había terminado, regresaron algunas personas sueltas, que contaban cosas tan espantosas de su vida en los campos que los sentidos se negaban a creer los primeros relatos. Sin embargo, las dudas acerca de su veracidad pronto se disiparon, porque los distintos testimonios coincidían.

Empezaremos por el relato que hizo Emma Frenkel, de unos cuarenta años, cuando regresó de Alemania en junio de 1945:

Había trabajado en el gueto de Kaunas, en la lavandería que lavaba para la Gestapo. Cuando el lunes 4 de julio de 1944^[146] no recibió de allí ningún envío de ropa sucia, intuyó que pasaba algo malo. Pero estuvo tranquila unos días, hasta que salió la notificación de que cinco mil personas iban a ser enviadas a trabajos forzados. Las primeras eran aquellas a las que se envió río abajo en las gabarras. Luego vino el transporte en tren, la caravana que Grete había visto en la ciudad. Entre ellos estaba Emma Frenkel.

Fueron cargados en vagones de mercancías y les dieron pan, miel artificial y limonada como provisiones de viaje. En cada vagón había unas cincuenta personas y un SS armado. En cuanto el tren atravesó territorio lituano, siete valientes salieron de un vagón por los ventanucos y saltaron. El guardia dormía. También de los otros vagones se salvaron varios de esta forma. Algunos, entre ellos la dentista Baron, lograron incluso, ya en la estación de Kaunas, aprovechar la confusión general y huir.

La tarde del segundo día, el tren se detuvo. Los hombres fueron separados y los llevaron a Dachau. Ellas [las mujeres] tuvieron que subir a vagonetas y fueron conducidas a un centro de despiojamiento. Aún tuvieron que caminar unos dos kilómetros, hasta que llegaron a un gran patio. Allí tuvieron que amontonar todo el equipaje y fueron llevadas a un vestíbulo en el que tuvieron que desnudarse por completo, aun estando presentes los soldados de guardia. Pudieron conservar en las manos tres cosas: cepillo de dientes, peine y gafas. Un médico polaco les examinó no sólo los oídos, la boca y el pelo, sino [también] desde el punto de vista ginecológico, en busca de oro. Después de despiojarlas, tuvieron que formar cola, desnudas como

estaban, y se les dio a cada una de ellas una camisa de franela, unos calzoncillos de hombre y una bata a rayas^[147].

De noche, todavía caminaron unos cuantos kilómetros hasta llegar al campo de concentración de Stutthof. Allí no había trabajo. La mayor parte del tiempo se iba en las revistas, que tenían lugar tres veces al día y durante las que tenían que estar a menudo horas en pie sobre la arena ardiente, bajo el sol abrasador. A la menor irregularidad, les golpeaban. No les llamaban de otra forma que «vieja puta, vieja cerda».

Después de una semana separaron a mujeres con niños —sólo había unas pocas — e incapaces para trabajar. Se las llevaron al crematorio. Las demás fueron clasificadas en grupos de cien. SS y chicas de la Asociación de Jóvenes Alemanas les dieron un número a cada una, que tenían que llevar en un brazalete y por el que las llamaban. Se les prohibió llamarse mutuamente por su nombre.

A cada una de ellas se le dio una manta, un abrigo, una escudilla, una cuchara de madera y zapatos, sin preocuparse de si les valían, y se las llevó en tren a Dörbeck (¿Döbern?^[148]). Por el camino, tenían prohibido acercarse a las ventanas y asomarse. En la estación, tuvieron que descargar unas tiendas de campaña y cargarlas en carros. El campo al que iban era una llanura pelada. Allí tendieron cien tiendas en diez filas. En cada tienda entraban diez mujeres. Dormían sobre paja.

Tenían que hacer el más duro de los trabajos de la mañana a la noche. Cada dos o tres mujeres tenían que cavar con palas fosas antitanque en las rastrojeras, fosas de seis metros de largo por cuatro de ancho y tres y medio de profundidad. Antes de empezar las amenazaban:

—Si no termináis, no habrá nada de comer.

En una ocasión dieron una paliza a Emma porque al pasar había cogido un nabo de un sembrado. «Cerde judía» y «bestia asquerosa» eran los vocablos más frecuentes que tenían que oír. A las cinco de la mañana pasaban revista. El lugar de trabajo estaba a cinco kilómetros de distancia. Simplemente llevar hasta tan lejos las pesadas palas era agotador. Trabajaban diez horas, con un descanso de media hora. Los domingos se trabajaba hasta las dos.

Por las noches, les daban una sopa con patatas sin pelar, remolacha o gachas. A veces dejaban las ollas de sopa hasta que se enfriaban, porque «después de comer se ponían muy bravías». Les daban al día 275 gramos de pan, 20 gramos de margarina o mermelada, y por la mañana café caliente.

De las mil morían todos los días siete u ocho. Las enterraban juntas. El jefe de escuadra Engel maldecía:

—¡Hoy sólo cinco! ¿Por qué morís tan pocas de vosotras? En los otros campos mueren todos los días veinte y más.

Al cabo de tres semanas llegaron a Gutava, en la frontera polaca. Sus tiendas fueron transportadas con ellas. En el duro suelo de la pradera tuvieron que cavar también fosas antitanque y para cableados. Un capataz polaco supervisaba la tarea.

Les procuraba algún alivio a espaldas de los SS de uniforme negro: les llevaba sal, pan y, como gran obsequio, agujas de coser.

El jefe del campo, jefe de escuadra Engel, natural de la región de Memel, les prohibía coger agua de la bomba; eso sólo era para los alemanes. Tenían que beber agua del río y lavarse en el río. En noviembre, cuando ya hacía un frío gélido, les dieron tiendas finlandesas de fina madera, sin ventanas. Cien mujeres vivían juntas en una misma tienda. La plaga de piojos, de la que hasta entonces se habían defendido con la mayor limpieza posible, se impuso. También la enfermería estaba completamente llena de piojos. En ella había muchas con los miembros congelados, que ya no querían curarse. Tenían que ponerse por la mañana temprano los abrigos calados por la lluvia, que no se secaban durante la noche. La camisa, cuando la lavaban, se congelaba en vez de secarse.

En diciembre obtuvieron una estufita de hierro en la tienda. No daba calor suficiente para cien personas. Ellas se buscaban los piojos en la ropa y en las mantas con los dedos hinchados, se lavaban con el café caliente de la mañana. Vaciaban una patata y la llenaban de margarina para usarla como combustible. Mejor pasar hambre que sentarse en medio de las tinieblas.

Enero fue sombrío, frío, ventoso. El barro del suelo se congeló hasta hacerse piedra y se descongeló después en una pasta densa que se hacía terrones.

Una recia voluntad de vivir las mantenía en pie. El tronar de los disparos se aproximaba cada vez más. Una judía húngara que limpiaba las habitaciones del jefe del campo oía allí, de vez en cuando, las emisoras extranjeras. Así supieron lo mal que le iban las cosas al Ejército alemán y esperaron, esperaron. Se podía entender por qué el jefe de escuadra de inadecuado nombre^[149] estaba de mal humor.

El jueves 25 de enero (de 1945) se llevaron a quinientas de las más fuertes. En la enfermería, Engel hizo inyectar el bacilo del tifus en el antebrazo de las cincuenta mujeres que yacían en la barraca de tifoideas. Otras trescientas, a las que no se consideró capaces de trabajar, fueron conducidas a una colina el viernes y se les hizo tumbarse en la nieve de tres en tres. Engel y otros dos fueron disparándoles una tras otra. No habían avanzado mucho cuando debieron interrumpirse:

—Tenemos que irnos. Es el momento de largarnos.

Las víctimas, entre las que se encontraba Emma, se pusieron en pie. Los asesinos desaparecieron a la carrera. Eran libres. También las enfermas de tifus vivían. Las inyecciones destinadas a darles muerte estaban tan torpemente preparadas que erraron su efecto. Y sin embargo, tenían tanto miedo que aún no se atrevían a moverse.

El domingo por la mañana llegaron los rusos. Entraron en los barracones y quedaron profundamente conmovidos a la vista de las lamentables figuras que vieron. Enfermas, reseca, hambrientas, llenas de piojos, harapientas, tempranamente encanecidas, su visión había sido para los alemanes motivo repetido

para el escarnio, para aumentar la humillación. Los rusos no mostraron repugnancia alguna, sino una profunda compasión humana:

—Creíamos que era propaganda cuando nos contaban estas atrocidades en el cine, y jamás las habríamos creído ciertas si no las hubiéramos visto aquí.

Sacaron a las mujeres de las tiendas y las llevaron a la casa en la que habían vivido sus torturadores. Al cabo de unos días llegó un hospital de campaña ruso. El doctor Marosov llevó sobre sus propios hombros a las enfermas graves a la casa. Grupos de veinte mujeres eran cargadas en un trineo y se las llevaba a una granja en la que se había dispuesto un baño. Se les quitaban las mantas viejas para despiojarlas y se les daba mantas de soldado frescas, ropa interior y jerséis. Cuando regresaban del baño, encontraban lechos de paja limpios, leche caliente, vitaminas, medicamentos, inyecciones. La enfermera Vera, sacrificada, les cortaba el pelo lleno de piojos y cuidaba todos los días de que hubiera agua caliente para que se lavaran. En el piso de abajo estaban las enfermas graves, arriba los casos leves y las sanas. Se enseñó a las sanas a cuidar a las enfermas. No pocas estaban tan extenuadas que, a pesar de los buenos cuidados, murieron. Otras se recobraron con rapidez. Los soldados que pasaban les daban pan crujiente, azúcar, ropa. Los periodistas las entrevistaban y fotografiaban.

Se quedaron allí cuatro semanas y luego fueron a un segundo paraíso, a Deutsch-Eylau, al hospital de campaña 1749, a la casa magníficamente acondicionada de un general alemán.

La doctora Stolova, hermosa, maternal y concienzuda, las visitaba dos veces diarias, les procuraba termómetros, vendas y medicamentos. Les daban café y té con leche y azúcar, a las enfermas pan blanco y a mediodía una dieta. A las sanas les daban sopa, carne, verdura, compota. Dormían en camas de almohadas blancas. Era todo bellissimo y a la vez daban ganas de llorar amargamente. Porque sólo ahora eran conscientes de su soledad, de su cuerpo consumido, de su pobreza.

Al cabo de tres [semanas] el hospital de campaña se trasladó y fueron a parar a otro donde se les trató con mucha más aspereza. Tenían que barrer el patio, limpiar las ventanas, y la hostil enfermera Marussia les negaba los medicamentos. Otras cuatro semanas más y un tren hospital magníficamente acondicionado las llevó a Lodz, al punto de concentración y registro. De las mujeres lituanas quedaban veintidós. Las devolvieron a su patria.

Por aquel entonces, dábamos por perdidas a todas las deportadas. Nos enteramos de que también Esther había sido deportada con su familia. Su hermano Hermann estaba desde hacía unas semanas en Schanzen, en casa de...^[150] y trabajaba en el oculto subterráneo adonde poco a poco habría de seguirle toda su familia. La deportación se adelantó a muchos planes. Al cabo de un año hubo noticias del hermano de Hermann, Max, y del marido de su hermana Sonja. Ambos habían sido deportados a Dachau y seguían con vida.

El gueto fue eliminado. Después de que se hiciera el último transporte, se hizo un registro a fondo en él. Una parte de las «malinas» había sido revelada bajo las torturas de la Gestapo. Los allí encontrados fueron en parte deportados, en parte fusilados in situ. Pero se sabía que muchos aún no habían sido descubiertos, y mientras los asesinos se aprestaban ya a la retirada culminaron sus diabólicos manejos quemando el gueto casa por casa.

Los accesos a los escondites humeaban y los seres humanos se asfixiaban y quemaban. Los guardias vigilaban. El que trataba de buscar su salvación en la huida era abatido a tiros. Sólo para unos pocos su vivienda subterránea significó la salvación. En una «malina» había treinta y cuatro personas que estuvieron allí tres semanas, hasta que la retirada de los alemanes los liberó.

Cuando, después de la entrada de los rusos, fuimos a visitar las ruinas, entre las chimeneas rampantes se veían los cadáveres, en medio de los escombros de las casas quemadas. En el calor del verano, el olor a putrefacción se extendía a lo largo de kilómetros.

Habíamos visto desde la montaña cómo se alzaban las columnas de humo al otro lado del Vilija, y al principio las tomamos por un incendio casual, hasta que la cruel sistemática quedó de manifiesto. Aún habían encontrado tiempo para eso antes de «largarse».

El tronar de los cañones se hacía cada vez más amenazador. Como el latido de un cuerpo enfermo, se alzaba en oleadas y volvía a calmarse. La población era presa del pánico. Espantosos rumores acerca de las atrocidades de los rusos y el miedo de que el frente se aproximara hacían perder la cabeza a la gente. Las fábricas y oficinas no trabajaban, la gente cogía a toda prisa sus pertenencias y abandonaba la ciudad. Ya no se conseguía nada a cambio de cupones. Había que implorar el pan a los soldados.

Muchos se llevaban la casa auestas. Las carreteras estaban llenas de carros y camiones con muebles. No se podía saber qué quedaría de la ciudad. Los refugiados de Vilna contaban que allí habían sido destruidas calles enteras y que la lucha en calles y casas había sido cuerpo a cuerpo.

Mientras todo el mundo huía de la ciudad... ¿quién apareció? ¡La señorita Jörsch! Era incomprensible cómo había conseguido obtener un visado en esos tiempos. Había estado tan preocupada por nosotros que tenía que vernos a toda costa antes de cerrar la puerta de esa etapa. La recibimos con noticias sobre Lea, sobre el gueto quemado.

Habríamos querido retener a la señorita Jörsch. Pero ella quería esperar a los rusos en Königsberg y se fue. En su bondad, Mositchén, que no sabía qué hacer, la convenció de que la llevase con ella. La pobre estaba confusa. Dado su desconocimiento de los idiomas, quería vivir en un país de lengua alemana.

Consiguió —entonces era fácil— documentos falsos, y pocos días después cruzó la frontera alemana como «aria» con un transporte de refugiados.

Natacha había venido con nosotras a Kaunas. Había hecho grandes esfuerzos para salvar a la madre de «la pequeña Regina».

Pocos días antes, la madre de «la pequeña Regina» había sido abatida a tiros en el intento de huir del gueto, junto con una joven lituana a la que quería salvar^[151]. Lea y su madre... era demasiado.

Rutkunas había viajado al campo con su familia y había dejado a Stasia sola en casa. Esto les bastó a los vecinos para correr a la policía y denunciarla. Cuando fuimos a visitarla, nos dijeron que se había marchado. Me resultó sospechoso. Al día siguiente Natacha se informó y se enteró de que dos policías se la habían llevado.



Gutia Šmukler, *Stasia*, después de la guerra.

Nos quedamos en casa de Natacha, tristes.

Cuando me iba a casa —no daba crédito a mis ojos— me salió al paso Stasia, con paso trabajoso, movimientos pesados, el rostro desfigurado. La aparición de un ángel no habría podido parecerme más agradable que la de esa mísera figura. Es ella realmente, Stasia. Me hizo una seña de que no quería hablar conmigo en mitad de la calle, y corrí a casa para llevar a Grete la noticia del milagro. Por Natacha supimos que habían liberado a la pobre criatura después de casi matarla a palos. Natacha la había instalado en una habitación vacía en casa de unos vecinos, porque ella tenía que regresar a toda prisa a Kulautuva.

Volvimos a Kulautuva con Natacha. Gerta Zarchi se había llevado allí a su madre y su amiga. Natacha había sacado a Danute del orfanato y se la había llevado. En Kulautuva caminamos intranquilas por el bosque. Los pájaros aún cantaban, pero su canto ya no penetraba en nuestro corazón. El sordo tronar a lo lejos nos conmovía más. Ya no teníamos paz; cogimos uno de los vapores —que ya no zarpaban con regularidad— y regresamos a casa.

Desde el puerto fuimos por un camino lateral, para que no nos reclutaran para trabajar en la construcción de trincheras y puentes. Pero precisamente en un callejón de la ciudad vieja caímos en la red de los esbirros. Y con nosotras no pocos más, que fueron concentrados en un patio y luego cargados en camiones. Ya nos creíamos perdidas, pero quise ensayar mi acreditado recurso:

—¿Cómo? ¿Quieren emplear a un nacional alemán en trabajos inferiores?

Y les puse delante de las narices mi pasaporte lituano, del que no entendían una sola palabra.

—Ah, nacional alemán, disculpen.

Y nos dejaron libres.

Apenas habíamos llegado a casa cuando vino nuestro casero y nos dijo que dos días antes, entrada la tarde, dos miembros de la Gestapo habían venido a buscarme. Exigieron al casero que abriera nuestra casa. Cuando él aseguró no tener llave, se fueron.

Nos quedamos muy asustadas con la noticia y no quisimos arriesgarnos a pasar la noche en casa. Esa misma tarde volvimos a Kulautuva. Desde el vapor, oímos grandes detonaciones y vimos elevarse en distintos puntos grandes nubes de humo negro. ¿Ataques rusos? Las alarmas habían cesado desde hacía unos días. Un par de horas antes habíamos visto desde nuestro balcón un combate aéreo sobre la ciudad, sin que la población hubiera tomado mucha nota de ello.

En nuestra casita del bosque nos sentíamos seguras. Pero yo no aguantaba estar así apartadas del mundo y en cuanto hubo ocasión de viajar regresé a Kaunas. En el vapor había pocos pasajeros, en el embarcadero en cambio mucha gente con mucho equipaje, que quería huir de la ciudad y no encontraba ya forma de hacerlo.

La ciudad estaba silenciosa y parecía totalmente desierta. Las ventanas de las estrechas calles del casco antiguo tenían los postigos cerrados y tablas claveteadas. Muchos cristales estaban rotos. Todas las calles estaban llenas de cristales. Los escaparates de las tiendas, destrozados. Ninguna estaba abierta. La avenida Laisves desierta, sin un alma. Y sin embargo, los edificios estaban intactos. Los castaños, llenos de fruto. En los tilos aún se arremolinaban las abejas.

De pronto, ante mis ojos surgió la expresión «tierra de nadie». Sí, éste es el aspecto de la tierra de nadie. Ésta es la pausa sin aliento entre frente y frente. En esta tierra de nadie, ningún ser humano preguntará por ti. No vendrá ningún miembro de la Gestapo a sacarte de noche de la cama. Y sin embargo, de pronto volví a tener miedo y decidí telefonear por precaución a nuestro casero para saber si todo estaba en orden. Correos estaba abierto, pero las ventanillas estaban cerradas. Tras ellas, se empaquetaba a toda prisa. No había ni que pensar en telefonear. Seguí adelante. Olía a incendio y sobre el camino se arremolinaban pavesas de papel. La central eléctrica era un humeante montón de ruinas. Allí había unas cuantas personas, perdidas.

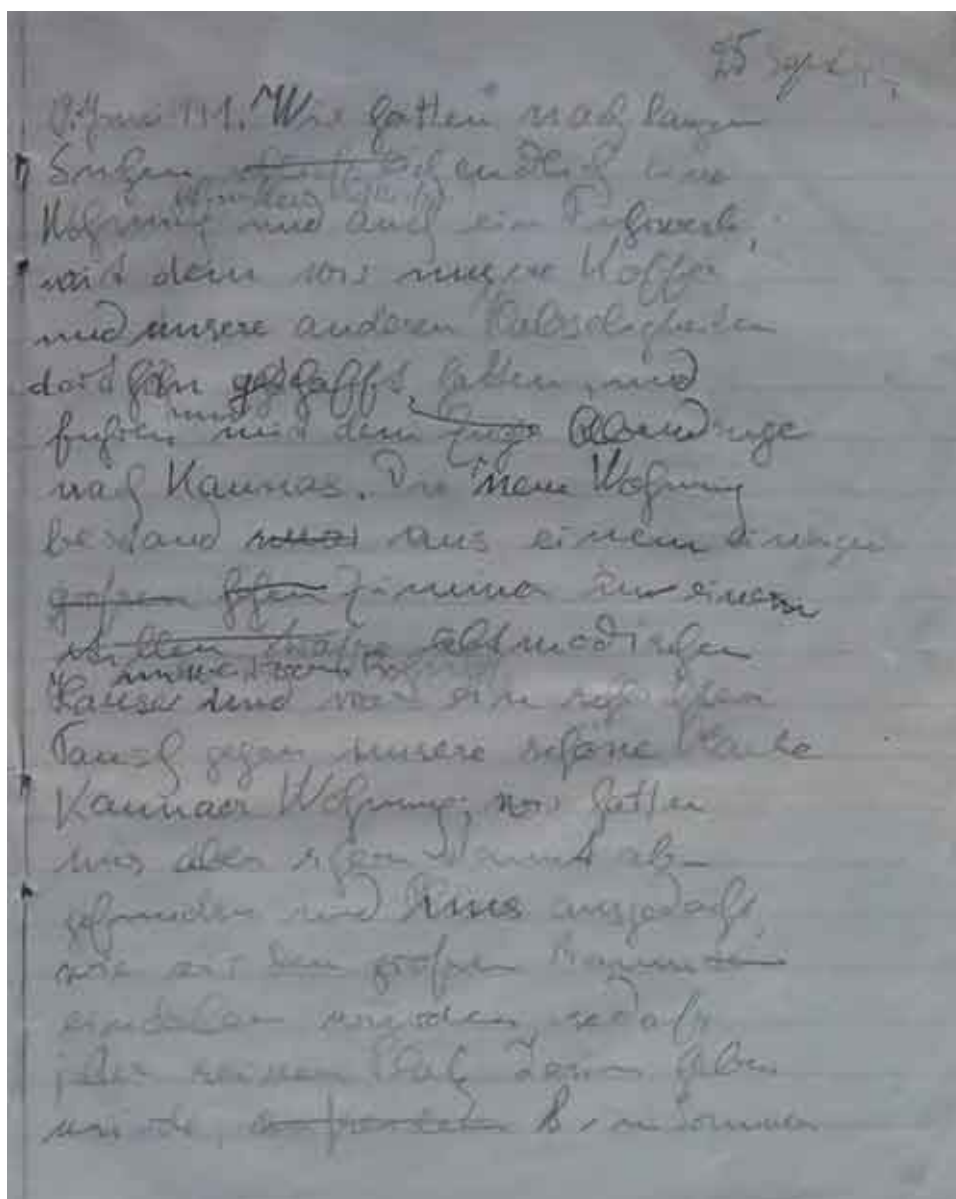
En esta ocasión mi casero me recibió de forma diferente. No daba la impresión de que la policía siguiera interesada en persecuciones. Se decía que, después de la voladura de la central eléctrica, de las centrales de abastecimiento de aguas, de todas las grandes fábricas, de la estación y de los talleres del aeródromo, la Gestapo ya había dejado el país.

Nuestra casa estaba silenciosa e intacta. Yo no había podido decidirme a hacer grandes recogidas de objetos y había dejado en manos del azar que me dejara o no algo de mis pertenencias. Dormí espléndidamente, a pesar de que el aire estaba lleno del tronar de los cañones. A las cuatro de la mañana, pareció que la tierra temblaba. El aire estaba cargado de un bochorno agobiante. Me asomé a la ventana y vi el cielo del color del azufre. Una tormenta matinal se había mezclado con los cañonazos y gruñía igual que un perrito que ladra entre los rugidos de los leones. Pero ese «sssss» de largo silbido, al que seguían los duros impactos como latigazos, no procedía de la sinfonía de las catástrofes naturales.

Fui al mercado a por algo de comer. Una mujer vendía pepinos, otra sacarina. Eso era todo. Encontré harina, azúcar, algunas conservas en casa, verduras en el jardín, y le llevé parte a Stasia. Estaba sentada en su habitación como si no se hubiera movido de su sitio junto a la mesa en toda la semana que ya llevaba allí. No podía recobrase de lo vivido. Yo me había propuesto hablar con ella de otras cosas para distraerla. Pero durante todo ese tiempo ella apenas había cambiado una palabra con nadie y quería sacarse del corazón el espantoso recuerdo.

Estaba en nuestro patio cuando entraron tres policías y, al verme, se dirigieron enseguida hacia mí llamándome «perra judía» y me pidieron mis documentos. Entraron conmigo a nuestra casa. Yo busqué mi bolso y les enseñé mi partida de

bautismo. Los hombres dijeron que estaba falsificada y que debía confesar de inmediato que era judía. Yo dije que no sabía nada. Me ordenaron coger mi bolso y acompañarles. Quise sacar del bolso a toda prisa mi diario, que no podía por menos de delatarme, pero no lo logré. Tuve que llevarlo conmigo.



La primera página de las anotaciones de Helene Holzman.

Me llevaron a la comisaría, donde el jefe de policía me apremió a confesar, diciendo que de lo contrario me iría mal. Yo me mantuve en que era lituana y no sabía lo que querían de mí.

Entonces, los mismos tres policías me llevaron a los servicios de seguridad. En el tercer piso, en una sala grande, había unos quince funcionarios. Uno estaba sentado a la mesa. Los policías le entregaron el acta que su jefe había levantado de mis declaraciones. Los funcionarios sonrieron cuando entré.

—Una perra judía, se ve a simple vista.

El que estaba sentado a la mesa comenzó el interrogatorio:

—¿Cuándo saliste del gueto? ¿En qué fuerte está tu padre? ¿Cómo te llamas, Maja o Sara?

Si no respondía enseguida, me pegaban. Los circundantes contemplaban el interrogatorio como una diversión especial, se reían, hacían chistes.

—Esta judía pretende que es lituana.

Yo dije que, como podía verse en mi pasaporte, era de Utena. Era un feliz azar que Utena, en la punta más alejada de Lituania, ya hubiera sido tomada por los rusos, de forma que no se podía comprobar mi testimonio. Mi padre había muerto. Como mi madre era pobre, yo había cogido un puesto de chica de servicio aquí en la ciudad.

—Si eres católica, santíguate. Di una salve, un padrenuestro.

Yo dije las palabras de la señal de la cruz, pero no sabía las oraciones. Más golpes.

—¿Has ido a la iglesia? ¿Dónde está el órgano? —Eso lo sabía—. ¿Dónde está el retrete? —Bestial jolgorio de los funcionarios circundantes—. Mañana te haremos confesar.

Me llevaron al sótano, a una oficina. Allí, me quedé sola dos minutos. Saqué mi diario del bolso y me lo metí en las mangas del vestido. El carcelero vino, me quitó el anillo y el bolso y me metió en una pequeña celda. En cuanto estuve encerrada, rompí mi diario en trocitos y lo tiré por la reja de la ventana, donde, entre la ventana y la pared del sótano, había tanta suciedad acumulada que los trocitos de papel se perdieron en ella.

En el alféizar había doce naipes. Los barajé y me dije: si saco una carta negra será la muerte, si es roja, la vida. Saqué el diez de diamantes.

La cama estaba rota. Puse la manta en el suelo y dormí profundamente, dormí también casi todo el día siguiente. No toqué la comida que me trajeron. Por la tarde volvieron a llevarme al tercer piso, esta vez a presencia de alguien vestido de paisano. Lo intentó con suavidad, trató de convencerme de que confesar enseguida era lo mejor para mí. Mantuve mis primeros testimonios.

Regresé al sótano. No toqué ni el café, ni el pan ni la miel sintética del desayuno. A la mañana siguiente, otra vez al primer piso. Esta vez se sentaba a la mesa un hombre bajito de uniforme verde con botones plateados y una perillita. Lo intentó con la sugestión, me miró de manera penetrante a los ojos y graznó:

—¡Confiesa!

Por fin, dijo:

—Enseguida vamos a hacerte confesar.

Se levantó, cogió una porra de goma, a las que llamaban bananas, y dio un sonoro golpe sobre la mesa.

—¡Confiesa rápido! Te concedo cinco minutos.

Miró el reloj. Yo callaba. Entonces me cogió, me tumbó sobre una silla y me levantó el vestido. Yo llevaba unas bragas de seda azul bordadas y él gritó:

—Tus bragas no son las de una chica de servicio. ¡Confiesa, judía, confiesa!

Me resistí furiosamente, pero él me pegó hasta que, de puro dolor, dejé de sentir el dolor. Entonces me arrojó sobre un sillón y me roció con agua fría. Gritaba sin cesar:

—¡Confiesa! ¡Confiesa!

Salió del cuarto, furioso, y regresó con tres hombres altos y fuertes. Uno de ellos estaba borracho. Dos me sujetaron con fuerza, el tercero me pegó. Yo no cedía en mi resistencia. Me llovían los golpes en la espalda, el trasero y las piernas. Luego, otra vez al sillón y a rociarme de agua fría. A pesar del dolor, yo no había emitido un solo ruido, pero entonces les dije a los hombres:

—¿No os da vergüenza pegar así a una pobre e inocente chica?

El pequeño de la barbita temblaba de irritación.

—No vamos a entregarte a la Gestapo ni a llevarte al Fuerte IX, vamos a fusilarte aquí mismo, en el patio.

Luego, otra vez interrogatorio:

—¿En qué calle de Utena vivías? ¿Dónde estaba la escuela?

Yo dije algunos nombres al azar, que podían estar en cualquier ciudad pequeña.

Un nuevo funcionario entró y se dirigió a mí en yiddish:

—Yo te conozco. Lavabas la ropa en los talleres del gueto. Cuando te pegaban gritaste «Mamele».

Luego pronunció una oración en hebreo y dijo algunas palabras soeces en la misma lengua. Yo no pestañeé:

—No entiendo nada, no sé lo que quiere.

Sentía que ese hombre empezaba a tener dudas acerca de mi origen. Por eso, cuando ya estaba a punto de irse, le pedí que me ayudase a salir pronto de allí. Respondió que no podía hacer nada. Su colega se encargaría de todo.

Regresé a la mazmorra. No pude tumbarme de espaldas a causa del dolor. Me tumbé boca abajo y dormí hasta el mediodía siguiente. No toqué la comida. Hacia las cinco me llevaron a la oficina-mazmorra en la que me habían quitado el bolso. El del bigotito que me había interrogado la primera vez trató de convencerme:

—Chiquilla, quiero ayudarte. Trabajarás conmigo, y cuando vengan los rusos les dirás que te he salvado y soy una buena persona. O, si quieres, podrás ir a Alemania con los otros judíos. ¿Te duelen las piernas? Mójate las bragas, es como una compresa y ya no duele. Ahora, dime quién eres y cómo te llamas.

Repetí tercamente lo mismo. Que era una pobre chica lituana y no sabía lo que querían de mí.

—Qué judía testaruda. Pero espera, mañana hablaremos de otro modo.

Cuando volví a mi celda, lloré hasta volver a quedarme dormida. Por la tarde, el carcelero me preguntó:

—¿Por qué no comes nada? ¿Por qué te retienen aquí? Cuando le pedí que me ayudara, dijo:

—No puedo ayudarme ni a mí mismo. Quisiera irme de aquí, pero no me dejan.

Por la noche hubo alarma aérea. Los funcionarios bajaron corriendo al sótano y los oí hablar en el pasillo, delante de mi celda. Sí, la Gestapo alemana ya había huido al Reich, pero de ellos nadie se preocupaba. Los rusos se acercaban, era hora de largarse. Oí su atemorizada conversación con profunda alegría por el mal ajeno, y deseé que una bomba pusiera fin a un tiempo tanto a mis tormentos como a sus preocupaciones.

Por la mañana, otra vez al tercer piso. El del bigotito estaba muy excitado y cuando, una vez más, callé obstinadamente, me tapó la boca con una mano y me pegó con la otra. Me revolví furiosa, le rompí la chaqueta. Él me golpeó en las zonas hinchadas y amoratadas. Dolía lo indecible. Cuando se detuvo, estaba rojo por el esfuerzo y completamente agotado.

Regresé a mi celda, me tumbé boca abajo y lloré durante horas. Por la tarde, hacia las siete, vino a verme el mismo funcionario. Había estado en el gueto, se había informado y lo sabía ya todo sobre mí. Yo callé, callé. Entonces sacó del bolsillo un paquetito con un panecillo de leche con embutido.

—¿Por qué no comes nada? ¡Cómete esto!

Yo no quería, pero él insistió:

—Si no comes, te irá mal.

Yo lloraba mucho, pensé que quizás el panecillo estaba envenenado. Finalmente, lo cogí y comí. Me sentía muy mal, y lloré aún más.

El martes por la mañana volvieron a llevarme ante el del bigote.

—¿Hablas alemán?

Dije que no. Me ordenó ponerme de cara a la pared. En cuanto quería darme la vuelta, me pegaba. En esa postura tuve que quedarme, mientras él me hablaba desde atrás. Ponía los nervios de punta. Creía a cada momento que iba a dispararme por la espalda. Él amenazaba, gritaba, sin sacar nada de mí.

Hasta las cuatro de la tarde estuve en mi mazmorra, perdiendo poco a poco las esperanzas. Pero no quería confesar jamás. Que me fusilaran. A las cuatro, otra vez a subir los tres pisos. El mismo hombre me leyó un acta:

—La judía Stasia Birietaite, que afirma ser lituana, es entregada a la Gestapo.

Me acordé de la conversación de los funcionarios abajo, en el refugio antiaéreo, y dije que me parecía muy bien, porque seguro que la Gestapo alemana no me trataría de forma tan brutal. Sentí que se quedaba perplejo.

—Sabes, voy a llevarte en persona al Fuerte IX y a fusilarte. —De pronto, se me acercó hasta pegarse a mí—: ¿Entiendes? Si me prestas un servicio, te dejaré libre.

Me asusté mortalmente; dije que sí, que sabía cocinar, lavar, remendar medias. Entonces él dijo:

—Si quieres pasar esta noche conmigo, te dejaré libre.

Entonces ya no pude contenerme. Grité como si me estuvieran matando, aullé, lloré desesperada. El funcionario se sobresaltó, abrió la puerta para asegurarse de

que nadie escuchaba y me dijo:

—No grites. Ya he terminado contigo.

Me llevó en persona a la oficina de abajo, me dio mi métrica^[152], las dos fotografías de Rutkunas y su esposa, ordenó al guardia que me diera el abrigo y el bolso.

—Vete, maldita judía. ¡Lárgate a casa!

El portero me llevó a la salida. No podía mover las piernas. Con esfuerzo, con mucho esfuerzo, me obligué a caminar; necesité horas para llegar a casa.

Yo quería visitar a nuestros amigos holandeses, pero la carretera estaba cortada.

—Va usted derecha al frente —gritaron los soldados, que esperaban junto a sus antiaéreos.

Fui campo a través, pasando de largo ante los campamentos de los soldados, y llegué a los huertos municipales. Los invernaderos, trazados a compás, tenían sus largas hileras sanas y salvas. Las vacas pastaban entre los hierbajos del arroyo. La casita con el gran porche, acariciada por los frutales, gozaba de la suave calma de julio. Entre los macizos surgidos a lo largo de quince años de una tierra yerma y cenagosa, la elevada figura del jardinero.

«¿Cuánto faltará aún?», nos preguntamos. Fuimos por entre los cuidados invernáculos, en los que colgaba la pesada cosecha de las vides. ¿Llegarían este año a madurar? ¿Soportarían las casas de cristal las tormentas que se avecinaban? En el horizonte se alzaban por doquier oscuras nubes de humo y el aire gruñía y atronaba. En el entorno incultivado delante y detrás de los huertos se alzaban los finos tubos de los antiaéreos, bullían los soldados.

¿Lograría la sabia tranquilidad de su propietario apartar la tormenta de ese pequeño paraíso? Allí no había ni rastro del pánico de la ciudad, ni tampoco le había alcanzado la posterior petrificación. Las palas seguían hoy arrancando las malas hierbas y trazando surcos para los plantones que habían de dar sus frutos al año siguiente.

En la ciudad vacía y petrificada se sentía que el punto de inflexión estaba cerca. Igual que antes de un parto: temor y expectativa al mismo tiempo. Contagiada por la tranquilidad de nuestro amigo el jardinero, me había traído frutas e hice conservas con ellas. Quité todas las ventanas de la casa, las bajé al sótano —para evitar el peligro de los bombardeos— y me fui al puerto.

Ya no había vapores, pero muchas canoas cargadas hasta los topes se deslizaban río abajo... Refugiados, que trataban de salvarse de ese modo. Un pequeño remolcador, rebosante de todos los cachivaches de quién sabe cuántas viviendas, me llevó hasta la mitad del camino. El resto lo hice por la orilla. El río estaba lleno de

embarcaciones, la carretera llena de vehículos que en el último momento lo sacaban todo de la ciudad que amaban.

En Kulautuva ya me estaban esperando, impacientes. Queríamos vivir juntas la llegada del Ejército Rojo. Ahora el balneario estaba lleno de gente. Sólo los chalets incautados por el Comisariado General estaban abandonados, con sus carteles advirtiendo que la entrada estaba rigurosamente prohibida a los lituanos.

No habíamos hecho acopio de provisiones y era difícil comprar algo comestible. Acudimos a los campesinos y les ofrecimos vestidos y ropa de cama a cambio de sus productos.

Hasta entonces habíamos visto poco movimiento militar, pero de pronto, por la noche, la tierra tembló y esos monstruos gigantescos, chirriantes y rechinantes entraron rodando, uno tras otro, más y más de ellos.

Abrieron en el seco camino del bosque, que no estaba hecho para esas cargas sobre cadenas, profundos surcos y agujeros, rompieron al pasar las jóvenes acacias de las avenidas y se instalaron bajo los pinos, detrás de nuestra casa.

Los de uniforme de campaña gris se movían como escarabajos en torno a sus tanques, y después de haber parado los motores llenaron el aire con sus gritos y el lugar entero con su vitalidad. No nos habíamos dado cuenta de que ya algunos días antes habían establecido en algunos otros lugares del bosque grandes campamentos con muchos caballos y vehículos. Probablemente los campamentos de la campaña de Francia^[153], y de todas las demás de todos los tiempos, no tenían un aspecto muy diferente, y la preocupación por el forraje para los caballos y la propia cocina de campaña se ha plasmado desde siempre en la incautación de todo aquello que pueda encontrarse a mano.

El cabrestante de nuestro pozo trabajaba de la mañana a la noche y teníamos que ir muy temprano con nuestros cubos a coger agua para nosotras. Algunas de esas bestias gigantescas se metieron en nuestra finca, debajo de los pinos, y a toda prisa llevaron ramas para camuflarlas. Su tripulación se alojó en nuestra casa. El dialecto vulgar de esos pequeñoburgueses del centro de Alemania atravesaba las paredes de madera. Se entendía cada palabra. Nos convertimos en involuntarias oyentes de obscenas anécdotas.

Salían al porche con nosotras. Estaban muy sorprendidos de haberse encontrado con nuestro oasis germanoparlante, y nos invitaban una y otra vez a ir con ellos «al Reich».

—Ninguna de vosotras conservará la vida con los bolcheviques. Salvaos tan rápido como podáis.

Querían llevarnos a todas y poco a poco empezaron a recelar ante el hecho de que no diéramos ninguna muestra de querer sustraernos al flagelo ruso que se aproximaba. ¿Quizás éramos espías? Tuvimos que escenificar toda una comedia, diciendo que nuestra abuela Urchs estaba enferma y no podía ser transportada. Se pusieron pesados con las guapas Gerta y Gretchen, trajeron vino, pan, carne, y se

mostraron ofendidos de que no les hiciéramos más aprecio. Esperábamos con impaciencia que al fin se retirasen del todo, y un día escuchamos en verdad la orden: ¡Retirada inmediata! Estrépito, gritos, resonar de cadenas... y se habían ido.

Al día siguiente llegaron nuevas tropas en retirada. Unos soldados de infantería preguntaron el camino a un pueblecito por el que ya habían pasado hacía algunos kilómetros. Cuando les propuse quedarse aquí, porque sus tropas se retiraban igual que todas, se sintieron movidos a abrirnos su corazón ante esa muestra de comprensión. Desde luego que se retiraban, y además arriesgando la piel de manera completamente inútil. Eran austriacos. El régimen por el que tenían que morir aquí les era odioso de antemano, y sólo podían alegrarse de que los rusos se dirigieran hacia Prusia Oriental y Berlín. En su compañía no podían decir una sola palabra. Por ejemplo, era mejor que no hablásemos con ese bajito que venía corriendo. Al cabo de un cuarto de hora nos estrechamos las manos con profundo acuerdo: ojalá pudiéramos quedarnos con vosotras.

El 1 de agosto, los rusos tomaron la ciudad de Kaunas. «Tras una dura lucha», afirmaba el parte del ejército... En realidad, por suerte para la ciudad, se habían retirado sin combatir. Y ahora venía otra ola. Junto al río, instalaron potentes antiaéreos. Ya no había vehículo alguno en el río. Se había tendido a toda prisa un puente hacia la otra orilla... no para los tanques, cuyo punto de paso estaba veinte kilómetros más abajo, sino sólo para cargas ligeras.

Trajeron el ganado de los campesinos lituanos. Los rebaños de vacas, caballos, ovejas, los camiones con aves, cerdos y cochinitos se alineaban interminablemente. Les seguían carretadas de heno y forrajes varios, una tras otra. Como por una herida se vaciaba la vida del país, dolorosamente. Los campesinos corrían junto a las reses requisadas, trataban de llevárselas, imploraban con ademanes suplicantes, lloraban, gritaban, maldecían. Nos llevaron a la carretera para que les sirviéramos de intérpretes. Al fin y al cabo un soldado es una persona y tiene que entender lo que significa que le quiten a uno la última vaca y el último cerdo. Los soldados no les prestaban ninguna atención. Empujaban con paso tranquilo sus trofeos.

Era admirable la organización con la que echaban mano en su retirada a todo lo que aún podían agarrar. ¿Qué les importaba el país que dejaban, al que en adelante ya no podrían chupar la sangre?

Una vez más, uno de esos monstruos chirriantes se metió en nuestro jardín. Quince hombres de tripulación, todos sajones.

—¿Cómo? ¿Aún seguís aquí, siendo alemanas? Aquí se van a utilizar las nuevas armas de aniquilación. No quedará nadie vivo en varios kilómetros a la redonda.

Cuando manifesté mis dudas, se pusieron suspicaces. Especialmente uno, con el rostro enharinado de polvo, tomó mi escepticismo como una ofensa personal. Ahora iban a despejar el país de enemigos, y dentro de dos o tres semanas volverían a avanzar. Hitler estaba dejando acercarse a esos necios rusos hacia Prusia Oriental para hacerlos caer en la trampa.

A la mañana siguiente se marcharon. Las noches se habían vuelto iguales a los días. En el horizonte parpadeaba una luz estridente y el furioso estrépito no hacía pausa alguna. Gretchen y yo no podíamos decidirnos a ir como los otros a los refugios antiaéreos, bien disimulados entre los abetos. Estábamos tan excitadas, tan tensas, que el miedo personal no representaba ningún papel, y el temor y los nervios de los otros nos resultaban casi molestos.

A pesar de sus advertencias, fuimos al bosque. Había octavillas por todas partes: «El judío es vuestro enemigo. Él ha empezado la guerra». Allí no crecería esa venenosa semilla. En esa espesura se alojaban los pájaros carpinteros y los azules alciones, y las setas lituanas no prestan atención a nada impreso. Penetramos más, hasta las laderas en las que brotaban las fresas, y las recogimos en nuestros cestitos. De pronto se oyó a nuestro alrededor un tronar, crujidos, una granizada, toc, toc, toc, como por todas partes al mismo tiempo. Nos tiramos al suelo y escuchamos hasta que la salva amainó. Nos habíamos caído en medio de las fresas más hermosas. No, no podíamos levantarnos. Volvían a sonar las detonaciones, ensordecedoras, muy próximas, y volvimos a tumbarnos en el suelo muy pegadas, y volvimos a escoger las fresas relucientes, gordas, y nos reímos y asustamos alternativamente, sintiéndonos como el sirio que llevaba un camello del ronza^[154]. Entonces un zumbido siseó por encima de nosotras y chocó en las ramas, y enseguida otro más. Fue demasiado. Corrimos a casa, tirándonos al suelo todavía un par de veces por el camino, corriendo de árbol en árbol, campo a través, y en casa nos quedamos admirando nuestros aromáticos frutos.

Nuestra propia inactividad nos pesa en este momento. Es el frente lo que atruena de esa manera, es cuestión de vida o muerte, y lo que zumbaba sobre nosotras en el bosque es una esquirla del frente. Andamos por el pueblo, hablando con los soldados. Hemos estado mudas durante tres años. Habíamos cerrado los oídos al sonido de la lengua materna. Cada individuo nos resultaba odioso, un asesino de nuestros seres más queridos, en el mejor de los casos un necio extraviado. Pero ahora, cuando venían derrotados, tan cansados, con miradas erráticas, nos resultaban próximos. Les llevábamos café a la valla del jardín y había algunos que no nos decían que no nos quedásemos allí, sino que nos envidiaban. Nosotras hablábamos con sinceridad y notábamos que nuestras palabras germinaban. El terreno estaba abonado.

En casa de la señora Kutorga había desde hacía unas semanas una chica que había huido del gueto un año atrás y trabajaba como criada. Con su rostro tierno y su pelo rubio, su pronunciación carente de acento, ni siquiera su señora tenía idea de a quién tenía en casa.

Cuando la familia se fue al campo, la señora Kutorga tomó a la chica a su cargo. Aldona y Gretchen pronto se hicieron amigas y todos los días iban juntas a bañarse en el río. Una tarde, Aldona viene a vernos, pálida: la policía está haciendo un registro

en casa de la señora Kutorga. La han denunciado por comunista y amiga de los judíos. Aldona comprendió al instante la situación. En cuanto el coche de policía se detuvo delante de la casa, cogió la carpeta con los documentos y los diarios, saltó por la ventana y lo escondió todo en unos matorrales en lo más profundo del bosque. Luego vino a advertirnos. Quién sabe si después no vendrían a interrogarnos a nosotras. Y volvió corriendo al bosque. Vimos el coche por entre los árboles... durante un tiempo interminable, nos pareció a nosotras, hasta que por fin dos oficiales salieron de la casita, se subieron a él y se fueron. ¡No había detención!

Corrimos a ver a la señora Kutorga, todavía aturdida por el interrogatorio. Habían hecho un minucioso registro y no habían encontrado nada acusatorio. Ella había respondido con audacia y tranquilidad a las preguntas, y estaba claro que su superioridad había impresionado a los interrogadores.

Un día después estábamos ya en mitad de la zona de combate. Las calles estaban vacías, la gente había corrido al bosque o se había escondido en los refugios. Las oleadas de disparos se sucedían. Había esquirlas de granada por todas partes, se veían los impactos en casas, cercas, árboles. Una casa ardía. De la pequeña ciudad de Zapykis, al otro lado del río, se alzaban nubes de humo. Nuestra casa de madera temblaba como si fuera a derrumbarse. Descendimos al búnker con los otros. Lo habíamos construido de manera sólida, apoyado en vigas, cubierto de arena, camuflado con pinos. Era espacioso y seco, pero se había concentrado en él mucha gente de la vecindad con cestas, maletas, camas. El aire era asfixiante, y en cuanto el tronar se calmó un poco volvimos a salir.

Estábamos preocupadas por Ludmila, completamente sola en su casa de la montaña, y decidimos ir a visitarlas a ella y a la señora Lyda con todos los suyos. Nos camuflamos con ropa poco llamativa y caminamos, no, reptamos por el bosque. No siguiendo el camino, sino por la ladera, siempre agachadas, de árbol en árbol. La carretera y los campos estaban desiertos. El trigo, en parte segado, estaba en haces, cuando no había sido ya retirado y consumido.

Pegados a una hondonada del terreno con vistas sobre el valle había dos soldados muy jóvenes. Nos asustamos, y ellos también, cuando estuvimos de pronto ante ellos.

—¿Sois radiotelegrafistas? —pregunté.

Ellos sonrieron al ver que les hablábamos en su lengua, y de pronto todo me pareció como antaño, cuando de niños jugábamos en el bosque a princesas y ladrones.

La finca de la señora Lyda estaba desierta y silenciosa, ni un alma, ni un animal, pero la puerta estaba abierta, y encontramos a la vieja criada Lisaweta, que nos indicó que la señora Lyda se había ido al bosque con toda la servidumbre y sus muchos huéspedes ilegales. Hacía mucho que se habían llevado las vacas al bosque, después de que los soldados robaran los cerdos.

Mientras hablábamos vino Natacha con el piloto rubio de vuelo sin motor, amigo y hombre de confianza de la casa, que había ayudado a llevarla durante todo el

verano y ahora también había participado en el traslado al bosque. La casa de la señora Lyda estaba en una colina, en un lugar expuesto, de manera que habían considerado demasiado peligroso quedarse todos allí, especialmente porque no habían preparado ningún refugio.

Estábamos los cuatro delante de la casa, con el ancho valle del Memel ante nosotros, y observábamos cómo disparaban sobre la otra orilla. Zapykis ardía y humeaba. Vimos que una granja sufría un impacto directo y se quemaba por completo en diez minutos, cómo las granadas zumbaban sobre el río y caían en el agua. Pero de pronto empezaron a volar a nuestra izquierda y derecha, estábamos en medio de la lluvia de fuego. Silbaba a nuestro alrededor, las ramas crujían, las esquirlas salpicaban delante de nosotros. Corrimos detrás de la casa, nos dimos cuenta de que eso no representaba protección alguna y regresamos corriendo al bosque. Al cabo de unos minutos estábamos a la entrada de una cuenca que nos protegía un poco. Nos miramos: nadie había sufrido ningún daño, y descendimos la montaña más tranquilos. Por encima de nosotros se oían crujidos y estampidos, pero el valle estaba intacto.

Cuando llegamos al barranco en que se encontraban todos, nos recibieron con gran cordialidad y nos invitaron a quedarnos. Ya había atardecido y la ocupación era preparar un sitio adecuado para dormir. Ludmila también estaba allí. Tenía una hamaca, y con cojines y mantas se hizo una auténtica cama. A pesar del clima seco, aquí abajo, junto al arroyo, había humedad y se estaba fresco. Deduschka^[155], el anciano ruso que [había sido] expulsado por los alemanes de su patria y deportado aquí, y que hacía ya un año que había encontrado alojamiento y ocupación con la señora Lyda, tejió para su hija y [sus] dos nietos un artístico nido, invisible en medio de la espesura, acolchado con musgo y mantas. La maternal Claudia Stepanovna se instaló en él como una virgen entre el verdor. Para Babuschka^[156] se había trenzado un pequeño mirador en el mismo nido, y el propio Deduschka se plantó ante él como guardián, con su guardapolvo atado con un cinturón y su digna barba.

La preocupación de la señora Lyda era ante todo por los niños. Además de Kolja, había un chiquitín judío con una rusa que le había dado albergue y que hacía unas semanas, cuando ya no sabía cómo seguir en Kaunas con el niño, había acudido a la señora Lyda, a la que no había tenido que pedir refugio en vano. No había forma de saber cuánto tiempo deberían quedarse allí. Habían traído pan y tocino en abundancia. Las vacas pastaban al borde del arroyo y había cubos para ordeñarlas.

La señora Lyda se quedó con los niños, para echar un vistazo también a las vacas y a los chiquillos que las pastoreaban. Los demás trepamos unos metros más arriba. Allí había un espeso matorral de alisos y rompimos unas ramas para ocultarnos con ellas. Los chicos mayores, Danute, Ira y el sordomudo Mudito, que también formaba parte del abigarrado inquilinato de la señora Lyda, acaparaban a Gretchen. Natacha, el piloto y yo queríamos ver, y subimos por la montaña hasta una meseta. Allí había grandes tanques metidos en el suelo, con los cañones apuntando al aire como lobos

que aullasen. El tronar llegaba amortiguado al barranco. Pero aquí había un rugir, un crujir y un retumbar incesante. No nos atrevimos a ir más allá, y retrocedimos.

En nuestro campamento ya se habían preparado el lecho. Como al salir de casa no habían contado con nosotras dos, las mantas no alcanzaban. Todos tuvieron que apretarse para que tuviéramos sitio en el gran lecho común. Mi almohada fue una hogaza de pan envuelta en hojas de tusílago. Junto a mí estaba la tierna Pawlascha, con su cara achinada. Todo tenía que ser muy, muy silencioso y no se nos podía escapar ningún ruido sospechoso, para que los soldados de patrulla no se fijaran en nosotros. Susurramos un poco todavía, hasta que todo quedó en silencio.

Había oscurecido por completo. Los alisos colgaban negros, los pinos ondulaban sobre nuestras cabezas. El cielo palpitaba. El tronar de los cañones amainó. A lo lejos, en la carretera, se oía crujir y chirriar de tanques. Dormimos más tranquilas que todos aquellos años en nuestras camas.

Cuando despertamos, temprano, el piloto ya volvía de hacer una inspección.

—Se han ido —dijo, y todos comprendimos lo que eso significaba.

Quisimos verlo con nuestros propios ojos; escalamos la montaña y encontramos vacíos los profundos agujeros en los que habían estado los tanques, y la meseta, silenciosa. Nuestro explorador había encontrado igual el valle del Memel, y la granja de la señora Lyda, intacta.

La señora Lyda fue la primera en levantarse. Recogimos todo lo que habían traído y todos estaban ansiosos por regresar a casa, en esa nueva situación acerca de la cual no era tan fácil aclararse aprisa. La anciana Lisaweta se había quedado allí. Todo estaba en orden, y enseguida encendieron fuego para la sopa del desayuno.

Los niños pequeños, a los que no habíamos querido despertar, se habían quedado en el bosque con los rusos y las vacas. Pero la señora Lyda quería tener consigo a su Kolja y me pidió que fuera a buscarlo.

Lo saqué de entre sus mantas, todavía completamente dormido, lo cogí en brazos y descendí el barranco. Allá donde el bosque se abría, se veía el valle envuelto en niebla. El rocío brillaba sobre los prados. El pequeño Kolja se había despertado y sonrió con sus hermosos dienteitos cuando tuvimos que cruzar el arroyo. La señora Lyda le esperaba ya arriba, y me sentí como la esclava de la hija del faraón con el pequeño Moisés salvado.

Ese día había terminado el espantoso sueño, la espantosa realidad que había destruido nuestra vida, la vida de miles y cientos de miles de manera absurda y demente. Mirábamos confiados^[157] hacia la nueva era.

Apéndice: El relato de Tolja

El viernes 29 de junio de 1945 vino a vernos Tolja [Szabszewicz]. Iba de camino a Kedainiai, pero primero quería preguntar por telegrama, a los amigos de su esposo, si era bienvenida allí. Había conseguido nuestra dirección de amigos por caminos indirectos. La invitamos a quedarse provisionalmente con nosotras. Las primeras indicaciones que nos hizo acerca de su persona eran contradictorias, nos parecieron un tanto inverosímiles y contrastaban con su forma de ser, sencilla y sincera. Al cabo de una semana, cuando ya tenía confianza en nosotras, aclaró los datos incorrectos, que nos había dado forzada por la situación. No hay duda de la veracidad de todo lo demás que contó. Tanto los grandes acontecimientos como muchos detalles han sido confirmados por otros.

Tolja tenía trece años cuando el Ejército alemán conquistó Polonia y ella tuvo que trasladarse con su familia al gueto de su ciudad natal, Lask. Eran seis hermanos: un chico y cinco chicas. La hermana mayor, casada, había huido a tiempo a [la] URSS con su marido cuando los alemanes invadieron Polonia.

Durante los primeros años, el gueto no estuvo vallado. Sin duda a los judíos no se les permitía la estancia en los otros barrios de la ciudad, pero no era difícil eludir la prohibición, y las relaciones con los polacos eran muy vivas. También iban al gueto gendarmes, soldados y, a menudo, incluso habitantes de la ciudad. Un gran taller de sastrería en medio del mismo servía de pretexto a los vecinos para acudir, y en él se hacían florecientes negocios.

Tolja trabajaba en una sastrería en la que se cosían abrigos para oficiales del Ejército alemán. Cuando, como a menudo sucedía, no había trabajo, la requerían para otras ocupaciones. En una ocasión la reclutaron para fregar suelos. Una joven alemana uniformada le exigió que fregara con agua fría una gran estancia del edificio del mando. No le dieron bayeta:

—Quítate las bragas y friega con ellas.

Tolja se negó, lloró, imploró. La mujer fue implacable. Volvería por la tarde. Ay de ella si el trabajo no estaba hecho. La estancia estaba helada, el agua a punto de congelarse. No había nada que hacer. Se quitó las bragas y fregó con ellas. Cuando vino la mujer, el trabajo estaba hecho. Ni una palabra de agradecimiento.

—Puedes irte, ramera.

—¿Qué significa ramera? —preguntó Tolja cuando me lo contó.

En el camino de vuelta al gueto la acompañó un soldado. Cuando llegó a su casa, la encontró vacía. Todos se habían escondido en el cobertizo, porque en casa de los vecinos, los Gad, el inspector del gueto había obligado a toda la familia a desnudarse.

Primero los padres, luego el hijo y la hija. La hija no estaba limpia, dijo el inspector, y el hijo tuvo que coger un cepillo de púas, de los de fregar suelos, y frotar con él el cuerpo de su hermana.

La noticia de esa monstruosidad había asustado tanto a la familia Szabszewicz que durante toda la noche no se atrevieron a entrar en su casa, y sólo al amanecer se fueron a dormir. A las seis de la mañana el inspector se presenta en la casa:

—¡A desnudarse todos!

Las chicas están confusas, miran a la madre:

—Niñas, desnudaos.

Pero el inspector la golpea con la porra de goma:

—Tú también, vaca vieja.

La más pequeña, la angelical Liuba, se ha escondido debajo del edredón, pero el monstruo la saca:

—¿Quién diablos sigue durmiendo aquí?

Se quitan la ropa, sólo la digna madre se niega, a pesar de los golpes.

—¡Súbete el camisón!

No ceja hasta consumir el oprobio.

Al día siguiente oyen que a muchos otros les han hecho lo mismo y cosas peores. El rabino tuvo que tumbarse en la mesa con su mujer y...

Estas incesantes humillaciones se habían dado en el gueto de Lask, exactamente igual que en los otros, y allí como en todos los guetos se ahorcaba a la gente. En Vilna los propios judíos habían ejecutado a un ladrón y asesino. En Lask no se halló ningún criminal. Por eso se tachó de tales a inocentes. Se exigió al judío más anciano, Kochmann, que entregase a veinte criminales. Él dijo que no había ninguno, que no podía entregarles ninguno, que buscasen ellos mismos.

—¡Escoge tú!

Todo el mundo temblaba ante la posibilidad de ser el chivo expiatorio.

Los hermanos Scher, de diecisiete y dieciocho años, son acusados de haber robado carbón en el trabajo. Se levanta un patíbulo. Los jóvenes apenas entienden aún que son ellos las víctimas. Los llevan atados, guiados por policías judíos. El más anciano, Kochmann, lee la sentencia:

—*Itzter ween zwei Idn gehengt, weil sei hobn gemacht a Varbrechn. Wen a Id ganwet oder geit af die ander Seit vun Ghetto, wet men em machn wie mit die zwei*^[158].

Los jóvenes oyen todo esto y no pueden comprenderlo. También han traído a su madre y su hermana. Tienen que presenciar el espectáculo. Se les hace subir los cuatro peldaños, y el Katte^[159], el verdugo, exige que el mayor le ponga la cuerda al cuello al más pequeño. El joven se queda plantado, con su redondo rostro infantil.

—Dejadme vivir cinco minutos más^[160].

Entonces el propio Katte le pone la cuerda al cuello, y los policías abren la trampilla. La madre contempla cómo el rostro infantil se amorata. El segundo le

sigue. Los Katte se suben a sus coches y se marchan.

Los ahorcados estuvieron en el cadalso hasta el día siguiente. La gente lloraba y se lamentaba. Nadie cocinó ni comió ese día.

A pesar de todos los horrores, hasta el comienzo de la guerra con Rusia no hubo un peligro mortal agudo para los judíos como comunidad. La aniquilación sistemática no empezó hasta el verano de 1941. Entonces se produjo el primer recuento exacto de los habitantes del gueto y su sellado. Todos, desde los ancianos hasta los bebés, tuvieron que desnudarse y fueron examinados por un médico y por el tristemente famoso inspector, cuyo especial campo de actividad era al parecer el «sector sanitario». A los capaces de trabajar les ponían en el pecho, los brazos y los muslos un sello de tinta con una A, a los mayores una B, a los enfermos y niños una P. La labor de sellado tenían que hacerla muchachas judías.

Unos diez días después, en agosto de aquel año, la policía alemana llamó al más anciano a la pequeña ciudad de Zdunska Vola, situada a catorce kilómetros de distancia. Habían llegado de Posen cincuenta judíos, treinta oriundos de Zdunska Vola y veinte de Lask, entre ellos también el joven Szabszewicz, el hermano de Tolja. El más anciano debía ir a recogerlos. Antes de ponerse en camino, Kochmann comunicó mediante un mensajero la alegre noticia a todos los familiares de los recién llegados. La familia Szabszewicz estaba fuera de sí ante tan inesperada dicha. Limpiaron su cuarto a toda prisa, prepararon comida y toda la familia esperó en la calle al largamente anhelado.

Así estaban, aguardando en alegre excitación, cuando una mujer se acercó a ellos y les hizo notar que en la plaza del mercado, fuera del gueto, se estaba congregando un sospechoso número de coches de gendarmería. Los gendarmes recibieron sus órdenes. Ya se ve cómo entran al gueto porra en mano. La familia vuelve corriendo a casa. Ellos ya están entrando.

Tolja, acalorada por la carrera, quiere lavarse, pero no le dejan tiempo. Lleva sólo un zapato, así que el gendarme le deja volver a la habitación por el otro.

En cada casa hay unos tres gendarmes que echan a todo el mundo fuera. Kochmann aún está en camino. En su casa los reúnen a todos, a todos, a todos. La mayoría ha recogido lo más valioso de sus pertenencias, unos pocos alimentos, y sostienen temerosos sus hatillos. Las casas están vacías. Son unos nueve mil, que ahora son sacados del gueto como un rebaño trastornado y metidos a presión en una iglesia católica. Allí había tal multitud que nadie podía moverse, y además hacía un calor espantoso. Las puertas y ventanas estaban cerradas. Así los tuvieron tres días sin comer ni beber, sin posibilidad de salir. Los encerrados tenían que hacer sus necesidades allá donde estaban. En el aire apestoso, muchos se desmayaron, muchos se asfixiaron.

Al cabo de tres días los dejaron salir. Había una gran multitud a la entrada de la iglesia. A cada uno de ellos le parece que no puede aguantar un minuto más. Todos esperan poder correr a casa, beber, comer, lavarse y descansar. Pero no dejan ir a casa a los desesperados. La plaza de la iglesia es acordonada y se les obliga a ponerse en filas. De cinco en fondo. Las lamentables figuras ya no pueden tenerse en pie y los alemanes recorren las filas haciendo gestos de asco y de desprecio. Luego viene la selección: iglesia/plaza. La mayoría a la iglesia; a la plaza aquellos que han sido estampillados con una «A», e incluso de éstos sólo una parte.

La familia Szabszewicz está en la misma fila. Tolja y su hermana pequeña son apartados de ella, la madre con tres hijas condenada a la iglesia.

—¡Mamá! —grita Tolja.

Se abre paso hacia la iglesia, con su hermana de la mano; no quieren separarse. Lleva un pan y aún alcanza a dárselo a la madre. La madre ha recibido de Kochmann —que ha vuelto sin los veinte hombres esperados, que al mismo tiempo, en Zdunska Vola, padecen el mismo trato que los de Lask— un poco de azúcar, que quiere alcanzar a las dos chiquillas. Tolja lo rechaza: «Tú lo necesitarás más, madre», mientras los gendarmes las separan a porrazos. Ve cómo la madre le arranca un botón del delantal negro. No se pierden de vista, y en el grupo de los hombres, que forman separados, el padre contempla la escena.

En la plaza sólo quedan ochocientos. Kochmann ha impuesto, con gran energía, que su hijo, que ya había sido condenado a la iglesia, vuelva con él. También está con él su esposa... Todas las demás familias están separadas.

Los empujan a unos cuarenta metros de la iglesia. Ven cómo traen los cañones y los emplazan. Luego les llevan hasta un lodazal, en el que les obligan a tumbarse. En un poste de telégrafos hay una lámpara, y Tolja y su hermana reconocen a su prima.

Así, tumbadas, oyen el tronar de los cañones. La iglesia es destruida con todos sus ocupantes^[161]. Las tres chiquillas lloran amargamente.

A la mañana siguiente empieza el traslado de los ochocientos a Litzmannstadt^[162]. Caminan despacio, despacio, día y noche, sin que los dejen descansar. Cuando por la tarde llegan a Balut, un suburbio, el pequeño y gordo comandante del gueto, Biebow, pronuncia un discurso para ellos:

—Aquí os irá bien. Se os dará ropa y comida, manzanas y naranjas, tantas como queráis. Si entregáis ahora todo el oro, piedras preciosas y relojes que llevéis, también vuestros parientes os seguirán. Sabemos dónde habéis escondido vuestros objetos de valor, así que ahora desnudaos. Sacad lo que habéis escondido en los tacones y suelas de los zapatos, en los sujetadores y en las ligas. Seguramente preferiréis entregar el oro antes que perder a vuestros padres e hijos. Así que no os quedéis con nada. Más adelante se examinarán con rayos X la ropa y los zapatos. Ay,

si todavía encontramos algo. No queremos ver quién da qué. Confiamos en vosotros y en vuestra honestidad.

Mientras estaban tumbadas en el lodazal, habían visto las llamas que dieron muerte a sus familiares y, sin embargo, en aquel momento el discurso de Biebow las aturdió de tal modo que volvieron a tener esperanza. Quizá la luz de las llamas venía de otro sitio. ¿Habrían liberado previamente a los ocupantes de la iglesia?

—Ha hablado en un tono tan dulce que dan ganas de creerle —dijo Tolja.

Colocaron un gran baúl abierto, y un judío fue pasando con un saco y recolectando. Todos dieron lo que tenían, y el baúl se llenó de oro y relojes. No hubo ningún control. Biebow estaba seguro del hipnótico efecto de su discurso.

Después de este procedimiento, los ochocientos entraron en el gueto. Les estaba esperando una olla de café caliente, y pan. Luego pasaron al baño y pudieron asearse. Cupones provisionales de pan para dos días. El primer paseo fue a la oficina de trabajo, donde no tuvieron comprensión alguna para con la necesidad de descanso de los recién llegados.

—Estáis hartos de vida tranquila, nosotros vamos a daros trabajo.

A Tolja le daba igual qué trabajo. La asignaron a los trabajadores de la paja.

La paja se clavaba en las manos y salían úlceras en los dedos. Durante un tiempo fue instructora, pero pasaba demasiado frío. Era mejor trabajar caliente en el pajar. Empezó a trenzar paja, y en poco tiempo adquirió gran habilidad. En una ocasión, de manera del todo inesperada, el revisor le dio un cupón extra: 50 gramos de aceite, 200 gramos de azúcar y 100 gramos de copos de avena como recompensa «por lo bien que trabajas».

El gueto de Litzmannstadt era grande, y el lugar de trabajo estaba a una hora de camino del diminuto cuartito que habitaba junto con su hermana y su prima. Salía con su prima a las cinco de la mañana y volvía a casa doce horas después. Su hermana trabajaba en la central de baja tensión.

Después del trabajo tenían que guardar una larga cola delante de la tienda para recoger sus raciones. En una ocasión Tolja estuvo hasta las once de la noche para recoger dos raciones de 15 kilos de briquetas. En el largo camino a casa creyó que iba a derrumbarse de agotamiento.

Cuando subía por el empinado viaducto que unía las dos partes del gueto sintió ardientes dolores en el costado derecho. Nunca en toda su vida había estado gravemente enferma y no quiso saber nada del médico. Su hermana intentó curarla con compresas y botellas de agua caliente. La vecina vino con un termómetro, que indicó 40 grados. Trajeron al médico, que mandó llevarla enseguida al hospital.

La fiebre sube a 41 grados, los dolores se hacen cada vez más crueles. ¿Cálculos biliares? El gran cirujano de Lodz, doctor Eliasberg, diagnostica una apendicitis y dice a la hermana que es preciso operar de inmediato. Pero la chiquilla no quiere admitirlo, y la paciente se niega. ¡Todo menos abrirla! El médico la convence:

—Si sale bien, seguirás viviendo... sin operarte, no. Te operaré personalmente.

Al cabo de tres horas de anestesia, despierta como borracha: su hermana le sujeta los pies. Siente en el vientre la presión de un saquito de arena. Está muy débil, y tendrá que estar tumbada y muy tranquila durante mucho tiempo.

Dos días después hay una tremenda agitación en el hospital: todos los enfermos van a ser entregados a la Gestapo. El terrible control va pasando de estancia a estancia, y se llevan a los enfermos. Tolja salta de la cama, se envuelve en la sábana y se encaja entre las dobles ventanas, que tienen papel negro por dentro y por fuera para oscurecerlas. «Cogí una sábana, me envolví en ella y me metí entre las ventanas».

Una gélida corriente de aire paraliza sus miembros, pero no mueve un músculo hasta que ha pasado la terrible visita. Se han llevado a los enfermos en camiones. El personal de la clínica se encuentra, estremecido, en las salas vacías. Entonces descubren a Tolja. Lloro, y no puede bajar de la ventana. Los médicos vienen corriendo, conmovidos ante la milagrosa salvación.

Pero la alegría dura poco. Apenas vuelve a la cama empieza a sufrir escalofríos y la fiebre sube una vez más a 40 grados. Se teme una nueva revisión y no quieren que permanezca en la clínica. Se la llevan a casa con un coche de punto. Al día siguiente, cuando el doctor Eliasberg acude a verla, se retuerce de dolor. El vientre está hinchado, la infección está tan extendida que el médico la da por perdida. La hermana y la prima se retuercen las manos, imploran en vano su salvación al médico.

Así yace algunos días, enloquecida por los tremendos dolores, hasta que una noche la herida se abre y vierte litros de sangre y pus. La hermana vuelve a llamar al médico. La herida está abierta de tal modo que por ella se ven los intestinos. No hay esperanza. Pero él vuelve a llevarla al hospital. Allí, la temperatura desciende y al poco tiempo (siete días) la herida ha sanado. Tolja enseña su gran cicatriz. La enfermera y la prima no pueden contener la alegría ante el nuevo milagro, y la convaleciente quiere irse lo antes posible a casa con las dos chiquillas. Todavía está muy débil cuando, un día, llega vacilante para sorprender a sus seres queridos.

Encuentra la casa vacía. Un día antes se han llevado a todos los niños menores de diecisiete años. Tolja se tumba en la cama desierta y grita de dolor y desesperación. ¿Por qué sólo ella sigue con vida? ¿Qué va a hacer sola, sin sus seres más queridos? Finalmente, viene la vecina. Ha salvado a su hija de doce años, enferma de hidropesía, y esta pequeña se queda a cuidar a la otra enferma.

El doctor Eliasberg le da un volante para que pueda ir en un coche de punto a la clínica a recibir tratamiento diatérmico^[163]. Después de cada tratamiento tiene espantosos dolores. No puede comer nada. Aun así, tras seis diatermias el médico prescribe otras seis, dieciocho en total, hasta que finalmente la considera curada.

Vuelve a empezar a comer: cien gramos de ruibarbo, un panecillo, semillas de amapola, y poco a poco tolera ya el pan y vuelve al trabajo. A las pocas semanas sufre una recaída, con un desvanecimiento y un vómito de sangre, y precisamente en ese momento reclutan a cinco mil trabajadores y Tolja se queda en el gueto como

convaleciente. Va al trabajo, como antaño en los talleres de paja, y por las tardes vuelve a su desolada habitación. El trabajo es pesado, la alimentación, mala. Tolja vuelve a enfermar y regresa a la clínica, y vuelve a curarse y regresa al trabajo. Y a través de su pena vuelve a abrirse paso su alegría de vivir, y a menudo se muestra relajada con sus compañeros de sufrimiento, a todos los cuales les [queda] la dolorosa alegría de las personas que ya no tienen nada que perder.

En la primavera de 1943 el gueto es liquidado poco a poco. Hay acciones cada par de días. En cada ocasión se llevan a unos miles sin tener en cuenta su utilidad, se les deporta a campos de trabajo o se les mata en el acto, según. Y todos saben que, si no es hoy, les tocará el turno la próxima vez^[164].

También en Litzmannstadt había, como en todos los guetos, refinados escondites subterráneos, y cuando llegaba un coche de policía alemán, el que podía se escondía. La mayoría de las veces acordonaban algunas calles. El que trataba de escapar o de resistirse era fusilado.

Tolja estuvo en un sótano tres días, con otras treinta y dos personas. Acababa de terminar una acción y daban gracias a Dios de que nos los hubieran descubierto. Entonces, uno de los esbirros alemanes regresó a la casa para ir al baño. Los traicionó un ruido imprudente. Los descubiertos fueron brutalmente apaleados, derribados, cargados en carros y llevados a la estación.

Allí se les dio un pan a cada uno. Subieron a los vagones en grupos de cincuenta. Olía tanto a cloro que sentían ganas de vomitar y los ojos se les enrojecían. Se veían obligados a asomarse por turnos a la ventanilla durante unos minutos para respirar aire fresco. Al cabo de un día y una noche, en la que murieron cinco de ellos, los vagones se abrieron. Se encontraban delante del campo de concentración de Auschwitz.

Detrás de una alambrada vieron seres humanos sin pelo que les hacían señas, sus futuros compañeros de infortunio. Los niños y los ancianos fueron apartados enseguida.

Los llevaron a un baño con duchas frías. Debilitados, se aplicaban el tubo de goma a la boca para beber.

En mitad de la ducha, alarma aérea. Todos en pie desnudos en la oscuridad, congelándose miserablemente, calentándose los unos contra los otros. Todos se apretaban especialmente contra una chica que tenía fiebre, para calentarse con su cuerpo acalorado.

Luego pasaron, desnudos y mojados, a otra estancia. Allí les raparon el pelo. Ese trabajo lo hacían cuatro mujeres alemanas. En otra habitación les entregaron ropa. A cada mujer un vestido, algunos mejores, otros peores, sin importar si les valían. No les dieron ropa interior. No volvieron a ver sus propias ropas y pertenencias. En otra estancia les repartieron zapatos y chanclos^[165], una vez más sin tener en cuenta para

quién era cual. Luego marcaron la espalda de cada vestido con una gran mancha roja. Tolja lloró amargamente cuando sus hermosos rizos oscuros cayeron al suelo. Rompió una ancha tira del vestido de lana azul que le habían dado —y que era demasiado largo— y se la ató en torno a la cabeza. Con el resto se hizo un pequeño bolso. Sus torturadores lo habían calculado todo muy bien, porque una persona nunca está tan indefensa como cuando está desnuda y rapada.

Se hicieron las dos de la mañana antes de que todos los procedimientos culminaran. Quien había terminado tenía que esperar en el patio^[166]. Finalmente vino un hombre de las SS, gritó: «¡Todos al suelo!», y tuvieron que tumbarse toda la noche, temblando de frío y de miedo, en el patio ventoso y sucio.

A la mañana siguiente fueron a parar a los «bloques». Eran largos barracones de madera divididos en distintos compartimentos. En medio se extendía una larga estufa de ladrillo rojo. Arriba, entre las vigas, había pequeñas ventanas que no se podían abrir. El aire sólo entraba por las dos puertas de los lados estrechos. Tolja fue a parar al bloque 31. Por fin les dieron algo de comer: una sopa de harina caliente.

Luego hubo revista. Tuvieron que ponerse en fila de a cinco y los contaron. En su bloque había mil trescientas mujeres. Luego, la más antigua del bloque pronunció un discurso. Liuscha Simanowicz había sido deportada de Litzmannstadt hacía mucho, por desfalco. Estaba gorda, hermosa, vestía con elegancia y lucía todo el adorno de sus rubios cabellos. Había sabido hacerse popular entre sus superiores alemanes y gozaba de una posición especial.

Tenía una ayudante, Adele, una chica procedente de Alemania, también sin rapar, que con rigurosa ortodoxia ponía el viernes por la tarde candelabros de sabbat sobre la estufa y los bendecía, y en todo lo demás era el terror de todas, porque las golpeaba y rociaba con agua helada a la menor falta^[167].

Se levantaban a las cuatro de la mañana. Hasta alrededor de las seis había revista en el patio. Si todo cuadraba, podían regresar a sus compartimentos y dormir. Pero ¡ay si faltaba alguna! Entonces la revista duraba hasta las siete o las ocho, hasta que la cifra era correcta. Para desayunar, había sopa de harina o café. A las doce, otra vez revista, hasta las dos. Luego, a comer. Tenían que cargar por turnos con la marmita de la comida desde la alejada cocina. Cuando Tolja, aún debilitada por su enfermedad, no quiso cargar con la pesada olla, Liuscha señaló una lejana casa de piedra con una alta chimenea:

—¿Ves ese horno? Es el crematorio, para los enfermos.

—Ya estoy curada.

Hizo acopio de fuerzas y arrastró la marmita sin quejarse.

Siempre había un cuenco para cada dos, sin cucharas. Tenían que llevarse el cuenco a la boca o comer con los dedos. Tenían que tragar a toda prisa, porque no había fuentes suficientes y el próximo compartimento esperaba impaciente y apremiaba. La comida del mediodía no era mala: nabos con cebada perlada,

guisantes, remolacha, sopa de sémola. Después de comer tenían que lavar los cacharros. De cuatro a seis, otra vez revista.

Ese recuento lo hacía la más antigua del barracón en presencia de un control alemán. A menudo se confundía y como castigo todas tenían que pasar tres horas de rodillas hasta que todo estaba en orden. Por la noche había un trozo de pan y dos gramos de margarina. La mayoría guardaba parte de esos 250 gramos de pan para la mañana siguiente, porque era para todo el día. Como no tenían nada donde guardarlo, tenían que tenerlo en la mano durante toda la noche y llevarlo con ellas si salían.

Las llevaban al baño a todas juntas. Un gran barracón con unos cien agujeros practicados sobre unas tablas. Cuando una se sentaba, ya había otras esperando al lado. Por las noches, cubo.

A las ocho, a descansar. Todavía se charlaba, la Lagerowka^[168] Adele venía con el cubo de agua. Dormían sobre las tablas desnudas, sin manta, los zapatos o los chanclos como almohada, y tan estrechas que no podían moverse. No había trabajo, salvo recoger y ayudar en la cocina. Auschwitz no era un campo de trabajo, sino un punto de reunión^[169].

Al cabo de alrededor de tres semanas llegó la orden de que todo el bloque pasara a despiojarse. Fueron conducidas a la casa de piedra con la larga chimenea. Había tubos a lo largo de las paredes, pero no se veía ningún grifo. Al parecer, había muchas cámaras como ésa. Entraban en grupos de alrededor de treinta. Se les hacía desnudarse y sentarse en los bancos. Veían que eso no era un baño, sino algo desconocido, horrible. Un terrible descubrimiento: esto es una cámara de gas. Todas esperaban la muerte con petrificado espanto.

De pronto vino un uniformado alemán, gritó: «¡Todas al patio!» y las hizo formar. Desnudas y descubiertas, con las cabezas rapadas, formaron una fila. El hombre se acercaba a cada una de ellas y le daba un fuerte rodillazo en el vientre. La que se desplomaba o mostraba cualquier debilidad volvía a ser llevada a los «baños». A las otras, unas quinientas, les dieron uno de los vestidos que se acababan de quitar y regresaron a los barracones.

A la mañana siguiente, a la estación. A cada cinco personas se les dio un pan como provisión de viaje. Tuvieron que esperar hasta la mañana siguiente, porque no había vagones. Faltaba agua potable, y estaban ya medio desfallecidas cuando al fin embarcaron. Otra vez cincuenta en un vagón. El calor era asfixiante. Al parecer, la anterior carga de los vagones había sido cal o tiza. El suelo estaba blanco y el aire, lleno de polvo blanco y seco, que irritó aún más las sedientas gargantas. A la mañana del tercer día, el tren se detuvo. Habían llegado al tristemente famoso campo de concentración de Stutthof, en la bahía de Danzig.

Nada más llegar hubo revista. Estuvieron desde las siete hasta las diez en pie en las cegadoras arenas y volvieron a sufrir el espantoso procedimiento del recuento. Luego,

debieron lavarse. Cada una recibió media pastilla de jabón de barro. El baño era tan pequeño que sólo podían entrar pocas a la vez. Las otras se apretujaban. No había tiempo de lavarse. Luego, otra vez al soleado patio. Allí había un cajón revestido de chapa con café. Siempre dos personas por cuenco.

Aquí los bloques estaban divididos en habitaciones. Una ucraniana, Maruschka, que hablaba ruso y alemán, era la jefa del bloque 2, en el que estaba Tolja, y ejercía un auténtico régimen de terror. Cada habitación tenía una reclusa más antigua que era responsable del orden. En una habitación había entre ciento veinte y ciento treinta personas. Estaban tan apretadas como arenques. Una vez tumbadas, era imposible darse la vuelta. A todas les dieron un saco de dormir hecho de papel en el que tenían que escribir sus nombres. En el mismo instante les advirtieron de que serían castigadas si rompían su saco.

A mediodía les daban una sopa, gachas con remolachas sin pelar o patatas, nabos. Como había demasiadas pocas cucharas, ellas mismas tallaron algunas de un tablero, con un cristal caído de una ventana rota. Si quedaba algo de sopa en el cajón, las mujeres salían corriendo de los barracones y pescaban con los dedos una remolacha o una patata. Pero ¡ay si la guardiana del bloque I les sorprendía!

Comparada con Bárbara, Maruschka era suave. Bárbara, polaca, de tan sólo dieciocho años, era tan temida por todas que muchas intentaban trasladarse al segundo bloque. Pero como no estaban registradas en él, no les daban comida y tenían que regresar. Barbara tiene a muchas sobre su conciencia; iba todo el día con [un] bastón en la mano, Maruschka con [una] correa. A la menor falta, Barbara golpeaba a sus víctimas con el bastón en la cabeza pelada, que luego metía en el cajón de la sopa y rociaba con agua. Cuando traían los sacos de dormir, rechazaba los de su bloque. Hacía dormir a su gente sobre virutas de madera, que se clavaban en la ropa e irritaban la piel. Porque allí, como en Auschwitz, no llevaban más que un vestido, sin ropa interior.

Como en Auschwitz, las tres revistas diarias ocupaban la mayor parte de la jornada. No había trabajo. Por las noches, una guardia nocturna tenía que cuidar de que no se ensuciara el espacio que había delante de la casa. A veces Tolja cogía prestado el vestido de esa guardiana, que dormía durante el día, para poder lavar el suyo.

La que enfermaba iba a parar a la enfermería. A las enfermas graves se las llevaban varones judíos, enganchados como caballos a los carros. ¿Adónde? Se creía que al crematorio, no lejos del campo, y todo el mundo pensaba que iba a terminar así.

Así vivieron durante unos tres meses. Luego vino una revisión alemana. Todas fueron inspeccionadas completamente desnudas [sic] y se eligió a las más sanas. ¿Para el trabajo o para la muerte? Tolja tenía miedo y se escondió en un montón de sacos de dormir de papel. Pero la sorprendieron y la colocaron en la fila.

Las elegidas tuvieron que caminar unos diez kilómetros hasta el punto de reunión. Allí, a cada una le escribieron un número en el brazo con papel de calco. Tolja era el número 75525. Se les advirtió de que no se les ocurriera borrar el número. Les dieron bragas, una camisa, un vestido, una chaqueta, un abrigo. Todo con una marca de pintura roja. Tolja aún llevaba la mancha roja en la chaqueta cuando vino a nuestra casa. El abrigo llevaba una estrella roja. Además, les dieron calcetines y zapatos o chanclos, y pañuelos de cabeza blancos. La ropa era en parte muy buena, pero inútil para trabajar. Había prendas de ropa interior y vestidos de seda. Todo esto eran señales de que por el momento no querían matarlas, sino que todavía las necesitaban. Volvieron a meterlas en vagones y viajaron durante una noche. A la mañana siguiente estaban en Schippenbeil^[170].

Este campo acababa de ser construido. Aún se trabajaba en los barracones. Les dieron sacos, que tuvieron que llenar de virutas de madera. La primera noche durmieron al aire libre sobre sus sacos, a la siguiente los barracones estaban listos. Había grupos de tres literas superpuestas en las que tenían espacio seis personas. La manutención era la misma que en los otros campos, sólo que aquí les daban una cuchara —para cada dos—, un plato de loza y una taza. En los bloques 1 y 2 había mil doscientas cincuenta mujeres, en el bloque 3 cien hombres procedentes de Lituania, en el bloque 4 los enfermos.

En Schippenbeil la vida de las que habían llegado en el transporte de Stutthof giró en torno al trabajo desde el primer día. A las cinco de la mañana, formación del comando de trabajo y distribución en los diferentes lugares del mismo. La mayor parte de las veces se formaban brigadas de cien o doscientas personas, que tenían que caminar hasta cinco kilómetros para llegar al lugar de trabajo. Debían desenterrar raíces de árboles en el bosque, llevar troncos al ferrocarril, cargar tierra en vagonetas con paletas y palas. Los hombres tenían que llenar sacos de cemento, cargar raíles, allanar terrenos. Siempre se trataba de trabajos físicos muy agotadores, no hechos para las fuerzas de mujeres.

De la vigilancia se ocupaban sobre todo lituanos o polacos. Siempre elegían a personas especialmente crueles, que se entregaban por placer a su sombrío antisemitismo. No se separaban de la porra de goma y vigilaban que nadie se detuviera. «¡Más rápido, más rápido!», acompañaban su esclavitud en distintas lenguas.

Llevaban^[171] un brazalete blanco con su número escrito en tinta negra y les estaba prohibido llamarse mutuamente por su nombre. Ya no eran personas y nada debía recordarles su anterior humanidad.

No les daban nada de comer en todo el día. A las seis de la tarde, cuando regresaban, había revista. Si faltaba uno, todos tenían que seguir de pie, hasta que lo encontraban. En una ocasión, después de larga búsqueda, se encontró a una muchacha muerta por el camino. Nadie se había dado cuenta de que se había quedado atrás. Quien estaba enfermo tenía que presentarse temprano a la revista con los demás e ir a

trabajar con ellos. Si se derrumbaba por el camino, le llevaban a la enfermería, donde trabajaban un médico judío y dos enfermeras.

Había muchos casos de disentería y tifus. Para los enfermos no había ni dieta especial ni medicamentos. Una chica, a la que los guardias dispararon por coger unas pocas patatas en el camino de regreso, murió en la enfermería porque no había desinfectante alguno.

En una ocasión dijeron que iban a devolver a todas las enfermas a Stutthof. La que quisiera podía apuntarse voluntaria para acompañarlas. Cuando Tolja, que aún no se había recuperado de su grave enfermedad, se apuntó también, la vigilante le advirtió: le aconsejaba ocuparse mejor del más pesado de los trabajos. Así que se quedó.

A las cincuenta enfermas se les sumaron cincuenta voluntarias. Las metieron en un lavabo y durante dos días no les dieron de comer. Tuvieron que desnudarse por completo. Tolja debía quitarles la ropa. Cuando se negó, le pegaron. También las otras se negaron. Entonces, la capataz ordenó que se desnudaran solas, por completo, que se envolvieran en mantas. Su ropa y calzado se puso a disposición de las otras. Envueltas únicamente en mantas, fueron llevadas al tren por dos guardias. Una fantasmagórica caravana. Probablemente nunca llegó a Stutthof. Fue liquidada en algún sitio por el camino.

Llegó el otoño, la comida empeoró, el trabajo se hizo más pesado. Las fuentes de loza y las cucharas de chapa se habían ido rompiendo. Un grupo tenía que esperar largo rato hasta que el otro hubiera comido. Cuando una chica se escondió un día en un barril de alquitrán para no tener que ir a trabajar, el bloque entero tuvo que quedarse de pie en el patio sin comer, bajo una lluvia torrencial, hasta las doce de la noche. No, ya no podían más. Estaban tan desbordadas por la desesperanza que al llegar la siguiente revista pidieron al jefe del campo que las fusilara a todas. La respuesta fue:

—No vamos a perder balas con vosotras. Las necesitamos para los ivanes. A vosotras también os liquidaremos.

Un sábado vino una comisión de cuatro gruesos uniformados. Recorrieron los barracones, probaron los catres, probaron la sopa en la cocina. La encontraron demasiado aguada, y esa misma noche hubo una espléndida sopa a base de patatas peladas y diez kilos de carne. Luego llamaron a cada número y le dieron una nueva manta de barragán^[172].

El domingo era el día más triste de todos. No iban a trabajar, pero cuando a las seis de la mañana todavía no se habían levantado, la vigilante Trudchen entraba porra en mano y gritaba:

—Cerdas, ¿aún dormís?

Los domingos se lavaban a conciencia [y] tenían que limpiar los barracones y vaciar las letrinas. Había que cavar fosas para los desechos y prestar al personal de vigilancia alemán distintos servicios especiales, como limpiarles las botas, etc. Una

vez llevados a cabo esos tristes servicios, se sentaban llorando, heladas, en sus catres y se sentían aún más presas que de costumbre de la desesperada miseria de su existencia.

De los acontecimientos políticos apenas les llegaba noticia y sin embargo corrían rumores de que el Ejército Rojo se aproximaba, y por pequeña que fuera la esperanza de la liberación, las mantenía en pie.

En mitad de la noche llegaron una vez cuatro camiones de nabos. Despertaron a treinta mujeres para descargarlos. A la mañana siguiente iban a darles el día libre y dejarlas dormir. Tuvieron que pasar los nabos a mano de los camiones a cestos y llevarlos luego al búnker. La guardiana, Trudchen, las vigilaba envuelta en un cálido pijama rojo —exhibiendo sus rubios rizos— y les metía prisa^[173]. Pero los nabos eran como de cristal, estaban congelados y pegados unos a otros. El trabajo avanzaba con lentitud. Trajeron a un número mayor de hombres. Entre ellos estaba el eficaz Perelmann, de Vilna, que inesperadamente encontró entre las mujeres a su amiga Renja y, en medio de toda esa miseria, festejó un feliz reencuentro.

Aunque los nabos estaban helados y medio podridos, se los comieron crudos y trajeron dos cubos de la cocina para, ocultos en la nieve, hacer una pequeña reserva. Querían comer de ella si al día siguiente les dejaban quedarse en los barracones. Antes de que se hiciera de día todo estaba en el búnker, y cuando resonó el toque del comando de trabajo para las otras, fueron a echarse a dormir. Pero la vigilante había hecho controles con el jefe del campo y lo había descubierto todo. El prometido descanso diurno fue suprimido y tuvieron que ir con los otros a trabajar, vacilantes de agotamiento.

Aquel diciembre fue frío y gris. No les daban combustible para la calefacción, pero estaba permitido traer del bosque un poco de ramaje. La madera estaba tan empapada que no quería arder, y en el patio había muchas hermosas estanterías de madera. En realidad debían haberlas montado en los barracones, pero el jefe del campo había considerado innecesario ese «lujo», así que se pudrían bajo la lluvia. Tolja se escurría todos los días fuera, cogía uno de los estantes y volvía con él. Otra hacía guardia en la puerta. Acordaron la palabra «seis» para el caso de que viniera un control^[174], y se pusieron a desmenuzar la estantería. Ardía de maravilla, pero pronto resonó el grito de advertencia: «seis», y echaron toda la leña de golpe a la estufa. El jefe del campo descubrió un trocito que había quedado en el suelo y lo reconoció al instante. ¿Quién ha robado los estantes? Como nadie se acusó, se impusieron tres días de ayuno a todo el bloque.

Todas disuadieron a Tolja de que se entregara. Preferían pasar hambre juntas. Pero cuando por la noche realmente no hubo nada de comer, Tolja decidió confesar por la mañana temprano. Cuando se dirige al jefe del campo, éste grita:

—¡A tres pasos de mí!

Al confesar, le da una fuerte patada:

—Esta cerda ha confesado. Y ahora viene el castigo.

Tiene que tumbarse en el búnker de los muertos, entre dos cadáveres. Ella implora: cualquier otro castigo, éste le resulta demasiado espantoso. De nada sirve. De vez en cuando, controles para ver si no se ha movido de su sitio:

—Eh, diablo, ¿vives aún?

Tiene que pasar veinticuatro horas en medio del olor de los cadáveres que se descomponen; entonces la sacan y la hacen arrodillarse sobre la tapa de cemento del pozo.

—¡Levanta las manos!

Pero está tan agotada que se le caen los brazos. No hay porra que consiga hacérselos levantar. Durante todo el día a trabajar con las otras; por la noche, a la oficina. Allí se le da una paliza y recibe veinticinco latigazos. Libre.

Por más que los guardias se esforzaban por impedir que les llegara cualquier noticia, no pueden evitar que a finales de 1944 el sordo atronar de los cañones llegue a los oídos de las torturadas y las llene de nueva emoción. ¿Cómo será? ¿Las matarán antes a todas?

Una orden: el campo será disuelto. De las mil doscientas cincuenta mujeres originales, cien han sido asesinadas, doscientas han muerto. Las ciento cincuenta mujeres de la enfermería fueron separadas de las otras. Debían quedarse. Las otras, en ese momento ya sólo ochocientas, debían prepararse para el viaje. Treinta y cuatro, las más capaces de trabajar, también debían quedarse para despejar el campo. Tolja estaba entre ellas. No logró mezclarse con las que se marchaban. Fue descubierta y la hicieron retroceder a golpes. De los cien hombres sólo habían muerto algunos, los otros marcharon con las mujeres. El viaje sería a pie hasta Königsberg. Debían hacer ochenta kilómetros en tres días. Tres hombres especialmente fuertes debían quedarse también para recoger. Entre ellos estaba Perelmann. Los otros eran judíos lituanos: Schimke y Judel.

Se dio gran valor a que los barracones quedaran en tales condiciones que no fuera posible advertir que aquello había sido un campo de concentración. Hubo que sacar la viruta de los sacos y quemarla. Los sacos estaban tan tiesos que hubo que rasgarlos. Luego hubo que empaquetarlos en hatos. Las latas de conserva vacías que habían recogido durante sus recorridos de ida y vuelta al trabajo fueron echadas a un montón. Las tarimas fueron fregadas a fondo y en la cocina se limpiaron todas las ollas y se desmontó y empaquetó todo lo utilizable. Perelmann entendía de todo y se encargó de conseguir mejor comida. Por la noche, hubo patatas cocidas y margarina.

Al cabo de tres días el jefe del campo regresó en coche:

—La gente ha llegado a Königsberg y está esperando sus sacos de paja.

La espantosa vigilante se había quedado y controlaba el trabajo con la misma falta de clemencia de siempre. Por la noche, se les ordenó levantar a las enfermas de sus sacos de paja y hacer que se tumbaran en el suelo. Los sacos estaban llenos de piojos, especialmente aquellos sobre los que se habían acostado muertos. Tuvieron que

vaciarlos todos durante la noche. Por la mañana, se apilaron las tablas de las literas y se dio la orden de partir^[175].

Un alemán hasta entonces desconocido, al que llamaban «jefe de frente», debía acompañar la pequeña caravana. Además, iban cinco guardias. Les dieron treinta panes, veinte kilos de margarina, diez kilos de mermelada como equipaje. Debían llevarlo todo a Königsberg. A cada uno le dieron un pan a modo de provisiones. Perelmann confiscó un trineo, en el que cargaron el equipaje.

Cuando habían caminado algunos kilómetros, les alcanzó otro guardia, que se había quedado atrás. Informó al jefe de frente que habían quemado a las ciento cincuenta enfermas. Las habían amontonado entre las tablas de las literas, habían echado gasolina por encima y habían prendido la pira.

Caminaron todo el día, descansaron un poco y siguieron andando toda la noche. El jefe de frente siempre veinte pasos por delante, sin hablar una sola palabra con los judíos. Por la mañana temprano, el frío era helador. El pan estaba tan congelado que no era posible morderlo. Lo descongelaban en los bolsillos, pero los bolsillos estaban sucios y llenos de piojos. Poco a poco, a dos mujeres les empezaron a fallar las fuerzas. Cada vez que una se quedaba atrás, uno de los guardias esperaba junto a ella hasta que el grupo se alejaba un poco, entonces le disparaba y alcanzaba a los otros.

La segunda noche entraron a un establo. Estaba lleno de vacas, caballos y refugiados. El jefe de frente entró a la granja y exigió allí comida y una cama. Los guardias se quedaron con los treinta y cuatro.

Al día siguiente hizo aún más frío. Partieron ya a las cinco de la mañana y caminaron y caminaron^[176]. La tercera noche volvieron a pasarla en un establo. La campesina se apiadó de la mísera caravana y les llevó café y pan. El jefe de frente llegó, cogió la jarra del café y la vertió en el suelo. Su gente no necesitaba café.

Cuando a la mañana siguiente volvieron al camino, los alcanzó un camión. Cargado hasta los topes con sus sacos de dormir, los accesorios de cocina y las provisiones de Schippenbeil. En lo más alto se sentaban el jefe del campo y, con un elegante abrigo de piel, la vigilante Trudchen.

Los guardias estaban cansados, el trineo era difícil de arrastrar por las carreteras borradas por la nieve. En todas partes topaban con refugiados y el tronar de los cañones se acercaba cada vez más. A pesar de su agotamiento, la pequeña caravana estaba de un humor excelente. De pronto, uno empezó a cantar audazmente una canción, y al final todos la cantaron. Durante esos tres días de marcha ya habían hecho amistad con los guardias, simples soldados que todo lo permitían, y nevaba de tal modo que el jefe de frente, que les precedía, no oyó nada.

De pronto éste indicó detenerse. Se detuvieron al borde de la carretera y él se adentró en el bosque. Cuando regresó, apartó a los guardias para decirles algo. Luego dio la orden: todos al bosque. Entretanto, Perelmann había ordenado a todos que no se sometieran a ninguna orden más.

Se negaron a dar un solo paso fuera de la carretera. Todas las mujeres empezaron a implorar al mismo tiempo al jefe de frente que las dejara con vida. Alzaban las manos e imploraban, y los copos de nieve se posaban en sus pestañas y se fundían con sus lágrimas.

—No os dejaré en manos de los ivanes. Antes os mataré, y luego me mataré yo.

Los soldados estaban a un lado y no decían una sola palabra. El jefe de frente sentía que ya no podía confiar en ellos. No podían seguir avanzando. Iban de cabeza al frente. Un avión ruso pasó, muy bajo, con su profundo rugido. La estrella roja fue como una promesa para ellos.

El jefe de frente ordenó tirar el equipaje del trineo y dar la vuelta. Recorrieron catorce kilómetros en dirección contraria y volvieron a entrar a una granja. El frente se les acercaba cada vez más por todas partes. El jefe de frente quería partir por la noche con su caravana^[177], pero las mujeres se negaron. No, se quedaban allí. Sólo los tres hombres, Tolja y Renja estuvieron dispuestos a ir con él. Perelmann tenía un plan. No quería dejar que el jefe de frente escapara con vida y sólo buscaba una oportunidad para matarlo. Tres guardias se quedaron con las veintinueve mujeres. Según se supo mucho después, salieron corriendo, y las mujeres pudieron esperar a salvo su liberación.

Así que los cinco siguieron su camino, con el jefe de frente y dos guardias. Al cabo de algunos kilómetros, aún estaban en medio de la noche, volvieron a entrar a una granja. El mozo de labranza era un polaco, un prisionero de guerra, con el que Perelmann se entendió con rapidez. Wassil ocultó a los tres hombres en el desván, escondió a las mujeres entre el heno y, cuando el jefe de frente vino con los guardias y preguntó si los había visto, dijo que los cinco se habían escapado.

El polaco Wassil dio a los hombres pantalones y chaquetas, robadas al granjero, para sustituir sus trajes rayados de presidiario. Se quitaron los brazaletes con los números. A las dos chicas les dieron pañuelos rojos para cubrir sus cortos cabellos, que entretanto habían vuelto a crecer un poquito.

A mediodía Wassil tuvo que enganchar el carro y llevar a su granjero a ver a unos vecinos que vivían apartados de allí. Cuando regresó dio de comer a los cinco liberados del pajar. Todos los alemanes habían huido, pero ellos también temían quedarse solos en el camino del ejército. El polaco volvió a enganchar el carro y los llevó a casa del mismo vecino, cuya granja estaba apartada, en el bosque. Mientras viajaban, los tiros pasaban zumbando junto a ellos. Se habían atrincherado con edredones en el carro y llegaron felizmente. Wassil le dijo al granjero que Perelmann y las dos chicas eran polacos. Los otros dos, Judel y Schimke, se escondieron directamente en el establo, dado su aspecto judío. Era mejor que no se dejaran ver. Les dieron leche, huevos y patatas, y se tumbaron a dormir en el establo. Allí había otros refugiados, entre ellos una rusa blanca que los despertó en mitad de la noche. Había oído gritar «¡Hurra! ¡Hurra!». Todos corrieron al patio y vieron cómo se

alzaban grandes llamas de la pequeña ciudad de Landsberg y las balas llovían por doquier. Estaban en medio de la zona de combate.

Por la mañana las cosas se calmaron. Los disparos eran más infrecuentes y lejanos. Wassil se aprestó a ir a Landsberg. Al cabo de una hora regresó, trayendo muchos caramelos, y contó que los rusos ya estaban allí. Todos se abrazaron y besaron y entraron en la granja. Se presentaron ya como judíos, cosa que no inmutó al granjero. Desayunaron juntos y se despidieron de él. Un segundo polaco, Mischka, tenía un caballo, y se dirigieron todos juntos al encuentro de los rusos.

En Landsberg hablaron con un mayor judío, que les aconsejó salir de la ciudad lo antes posible, porque la lucha a su alrededor aún no estaba decidida. Siguieron a toda prisa en dirección a Bartenstein... para suerte suya, porque Landsberg fue reconquistada por los alemanes ese mismo día. En la carretera entre Bartenstein y Landsberg, el camino hacia el bosque estaba cerrado con alambradas por todas partes. No sabían por dónde entrar ni salir.

Finalmente descubrieron una granja y entraron en ella. De la pared colgaba un gran retrato de Hitler. Tolja se dirigió directamente a él, lo descolgó, lo pisoteó y gritó:

—Éste fue el que mató a mis padres, el que exterminó a todo nuestro pueblo. Yo misma he estado ya condenada a muerte.

Los granjeros dijeron:

—Así está bien. Menos mal que está roto.

Las hijas de los granjeros se arrancaron los brazaletes con la cruz gamada y los tiraron al fuego.

En Bartenstein detuvieron su vehículo. Los dos polacos, Judel y Schimke, y la rusa blanca fueron enrolados para trabajar. Las dos chicas habían implorado tanto al mayor que las dejara ir, a Perelmann y a ellas, que se dejó ablandar. Querían dar un rodeo pasando por Schippenbeil. Quizás aún viviera alguna de las ciento cincuenta enfermas y necesitara de su ayuda. Pero las carreteras estaban cortadas por la marea del Ejército Rojo.

Así que los tres siguieron solos. Pero no llegaron muy lejos. Pronto también Perelmann fue registrado para trabajar. Renja se quedó con él. Tolja fue a parar como auxiliar a una explotación agrícola en Freudenberg. Había mucho trabajo, pero era un ser libre y el trabajo le resultó fácil. Sus amigos, Perelmann y Renja, la visitaban a menudo. Al cabo de algunas semanas los alemanes capaces de trabajar fueron deportados. Sólo se quedó un viejo zapatero con su mujer.

Tolja enfermó de difteria. Un médico ruso le puso una inyección, le dio Prontosil. Se curó, y poco después enfermó gravemente de nuevo, esta vez de gastroenteritis. Estuvo semanas en cama sin poder comer, pero finalmente también esta vez se curó.

Estaba sana y guapa y floreciente y tenía vestidos, tanta ropa interior como quisiera, zapatos, un reloj de oro. Sus rizos oscuros enmarcaban su rostro moreno de relucientes ojos castaño claro. Sus blancos dientes eran tan regulares que ni siquiera

molestaba mucho que la fila estuviera interrumpida por algunos huecos. Así la describió más adelante Perelmann, y ése era su aspecto cuando llegó hasta nosotras. Aún había tenido que superar muchas aventuras antes de aterrizar aquí.

En Bartenstein, donde Renja trabajaba en la comandancia, Tolja perdió todas sus cosas en un incendio. Le robaron el reloj. Volvía a ser tan pobre como antes. Perelmann fue reclutado para el ejército.

Cuando la población civil tuvo que registrarse en la localidad de Korschen, no quisieron creer que era «una chica judía». La acusaron de espionaje y la encerraron. Cuando fueron a encerrarla con mujeres alemanas en una misma habitación armó tal escándalo que al fin le dieron una celda aparte. Sus datos personales no estaban claros y la llevaron al Kepaze^[178] de Insterburg. Estuvo en la celda 14 con otras dieciocho mujeres, polacas, rusas, y en otra de las celdas estaba Renja. Así estuvieron tres meses. No querían creer que se habían salvado siendo judías.

Por último, llegó a pie a Gumbinnen y Kybartai, donde también la retuvieron una semana. Allí, al fin, la interrogaron una vez más por el derecho y por el revés y obtuvo un certificado de no ser políticamente sospechosa. No sabía cuándo había salido Renja de la cárcel de Insterburg y si, como tenía intención, había llegado a Lodz.

Tolja no quería volver a Polonia, donde habían matado ante sus ojos a sus seres más queridos. Prefería vivir en la República soviética, porque su único deseo era aprender algo. Estaba en el gueto desde los trece años. Hablaba y escribía un hermoso y vital polaco, sabía calcular rápido y bien... eso era todo lo que sabía. Ni idea de Historia, Geografía, Lenguas, Gramática. ¿Cómo podía calmar su ansia de saber, cómo compensar la inarmonía que inquietaba a esa chica tan cargada de vivencias y experiencia, y tan carente de sabiduría académica?

Alguien en Kybartai le había dado mi dirección y ahí estaba, trágica e infantil, sabia y simple. Como no hablaba lituano, le aconsejamos ir a Vilna: quizás allí también encontrase a Perelmann. Gretchen fue a Vilna. Con ayuda de amigos, aseguramos a Tolja un puesto de trabajo suficiente, que le daría la posibilidad de acudir a una escuela nocturna. Gretchen también encontró en Vilna a Perelmann... inválido. En los últimos meses se había alistado como soldado para luchar contra el nacionalsocialismo. Una septicemia tras un tiro en la pierna había hecho necesaria una amputación.

Unos días después, de paso para Moscú, donde iban a ponerle una prótesis, estuvo en el hospital militar de Kaunas. Tolja y yo fuimos juntas a verlo. Un rostro surcado por el dolor, unos ojos claros infinitamente suaves, sabios, amistosos. Los dos amigos estaban profundamente conmovidos por volver a verse. Se contaron sus penas el uno al otro. El más amargo dolor de ese hombre ya no joven, que se había convertido en inválido, era que Renja no había vuelto con él. No puede consolarse de que le haya abandonado, pero reprime su propio dolor y se ocupa con paternal ternura de Tolja, le da veinte tscherwonez^[179], todo lo que tiene. Él no necesita nada, tan sólo quiere que

le pongan la prótesis lo antes posible para que la gente no sienta demasiada compasión por el cojo.

—Todo irá bien —consuela una y otra vez a Tolja, y a sí mismo.

Al día siguiente ella fue sola a verle y dos días después fui yo, también sola. Tolja tenía fiebre y dolor de cabeza. Pensábamos que era gripe y que pasaría pronto. Pero los dolores de cabeza se hicieron cada vez peores y al tercer día tenía 40 grados. El médico aconsejó llevarla al hospital de infecciosos, posiblemente se tratase de tifus. Y así fue. Nuestra casa fue desinfectada y yo iba todos los días a llevarle alguna cosa y a informarme. La fiebre subió aún más, y la enfermera dijo que estaba inconsciente y que su vida corría gran peligro^[180]...

Epílogo

por
Reinhard Kaiser

Tres cuadernos

El 25 de septiembre de 1944, un lunes, una mujer de cincuenta y tres años, Helene Holzman, pintora, profesora de Arte y de Lengua Alemana, librera, empieza a escribir, en la ciudad entonces soviética y hoy otra vez lituana de Kaunas, lo que ha vivido, sufrido, visto, oído, pensado y hecho durante los tres años anteriores. Escribe a lápiz, en un grueso cuaderno.

Ocho semanas antes, a finales de julio, el ejército y la administración civil alemanas se han retirado de Lituania. Hasta la definitiva capitulación del Reich alemán pasarán todavía casi ocho meses. Pero en Lituania y para Helene Holzman la guerra ha terminado desde el 1 de agosto de 1944. En sus anotaciones, registra ese día en agosto de 1945, después de haber escrito durante once meses y haber llenado otros dos cuadernos.

Las páginas del primer cuaderno son rayadas, las de los otros dos, cuadriculadas. Las tapas o encuadernación se han perdido. Los pliegos de papel, cosidos con grapas de metal, estuvieron antaño encolados y reforzados con cordeles. La mayor parte de la quebradiza cola se ha desprendido. La mayoría de los pliegos se han separado los unos de los otros.

Las páginas están llenas de caligrafía latina en lengua alemana. El texto muestra correcciones en número y densidad variables. Apuntan a que se trata de una primera versión. Las correcciones han sido llevadas a cabo en parte durante la escritura y en parte después, al hojear y releer lo ya escrito. Esto se advierte ocasionalmente en que texto y corrección han sido escritos con lápiz de distinta punta. Sólo se encuentran rastros de goma de borrar en el último cuaderno, e incluso aquí sólo raras veces. Los cambios de formulación de frases o partes de frases suelen figurar interlineados. En cambio, las palabras sueltas han sido cambiadas con frecuencia —y son a veces difícilmente legibles— simplemente escribiendo encima. La reincorporación de textos tachados se indica mediante líneas de puntos o subrayadas bajo los pasajes tachados, una convención conocida en el ámbito de la corrección de pruebas, en el sector editorial y de la imprenta.

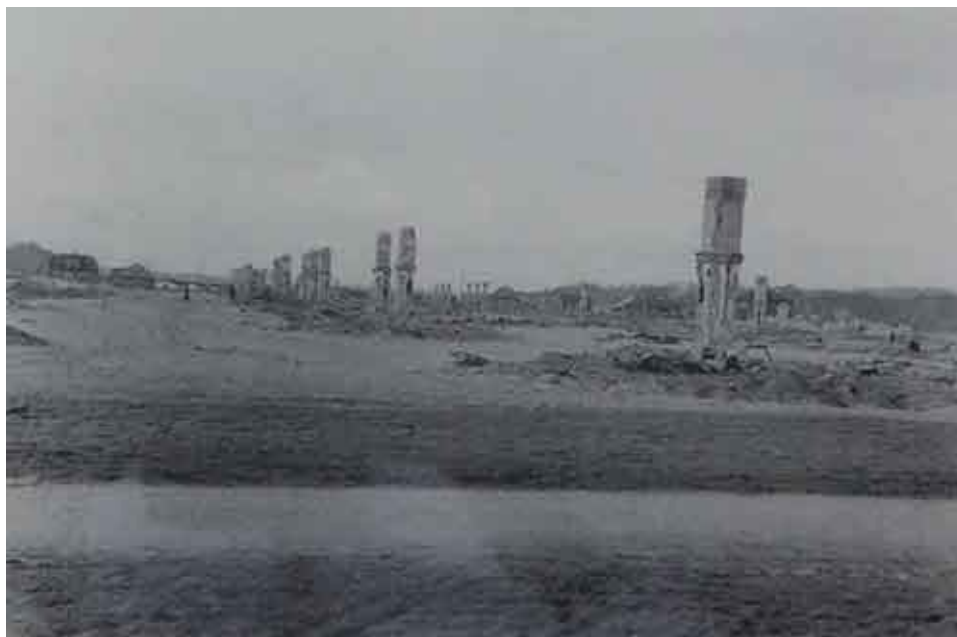
Las hojas de los tres cuadernos están paginadas a mano, el primero de la 1 a la 224, el segundo de la 1 a la 200, el tercero y más amplio de la 1 a la 216 y, después de varias páginas en blanco, otra vez de la 1 a la 65, para el relato de Tolja. En total, setecientas cinco páginas.

Al comienzo de sus anotaciones, Helene Holzman sitúa la fecha del día con cuya descripción comienza su relato: el 19 de junio de 1941. Describe un viaje en tren que les conduce a ella y a su marido desde Vilna, donde parecen haber encontrado una nueva vivienda para la familia, de vuelta a Kaunas, con sus dos hijas adolescentes. Describe el reencuentro con las niñas, que se han cuidado solas durante unos días, y concluye la alegre escena con la frase: «A ninguno se nos pasó por la cabeza que ésa era la última hora de alegría que pasábamos juntos».

Tres días después de ese 19 de junio, la guerra que Alemania ha llevado a Europa desde finales del verano de 1939 alcanza también a la «República Socialista Soviética Lituana», también a la ciudad de Kaunas, también a los Holzman. Seis días después de aquel 19 de junio, el primer día que sigue a la ocupación de la ciudad por el Ejército alemán, Max Holzman y su hija mayor, Marie, son detenidos en plena calle por partisanos lituanos, lo mismo que otros cientos de personas. Max Holzman desaparece. Para siempre. Marie es liberada al cabo de tres días. A comienzos de agosto vuelve a ser detenida en un hospital militar alemán en el que, a pesar de las advertencias de su madre, ha visitado ya en varias ocasiones a soldados heridos, para discutir con ellos acerca de la paz. Esta vez ya no sale en libertad, sino que es retenida durante doce semanas en la cárcel de Kaunas y fusilada a finales de octubre de 1941, junto con algunos centenares de ocupantes de la cárcel y diez mil habitantes judíos del gueto instaurado entretanto, seleccionados el día anterior en la llamada «gran acción».



La plaza Demokratu en el gueto de Kaunas, donde tuvo lugar la «gran acción».



Los restos del gueto, después de que las SS en retirada quemaran las casas; agosto de 1944.

Helene Holzman sigue viviendo. Con elevado riesgo. «Marido judío, hija comunista», anota un funcionario en un registro nocturno de su vivienda. Sin embargo, después de un tiempo desesperado de petrificación interior, se libra de todo el miedo. El lugar de la duda lo ocupa la decisión, no sólo de salvar a su hija menor, Margarete, sino, con ella, a tantos otros amenazados y en peligro como sea posible.

No está sola en aquello que ahora inicia. Mantiene contacto secreto con otras «conjuradas», en su mayoría mujeres: lituanas, rusas, alemanas, y entre ellas no pocas cuyos maridos también han desaparecido en las primeras semanas que siguieron a la invasión de la Wehrmacht. Todas ellas luchan con todas sus fuerzas por que no se rompan los contactos que aún mantienen con el gueto, y por anudar otros nuevos. Animán a la fuga a los habitantes del gueto y tratan de procurar, a los que se arriesgan a dar el paso hacia una libertad amenazada de muerte, un primer escondite, luego una nueva identidad y finalmente un sitio en el que poder seguir viviendo sin llamar la atención y medianamente seguros.

«Un pequeño grupo de conjurados trabajaba con celo en esa labor subterránea», anota Helene Holzman. De este grupo forma parte también la oftalmóloga lituana Elena Kutorga, con cuyo hijo había mantenido amistad la hija mayor de Helene Holzman, Marie. Durante la ocupación alemana, Elena Kutorga llevó un diario. En él se encuentra, sin que se mencione su nombre, un retrato de Helene Holzman en los días inmediatamente posteriores al asesinato de Marie:

«31.X [1941]... Hoy ha venido a verme una mujer maravillosa, única en fortaleza de carácter y en valor. Su marido —que luchó en la Primera Guerra Mundial (tenía una condecoración)— murió en los primeros días de la guerra, cuando los judíos fueron barridos de la calle y enviados a la muerte. Su hija, una muchacha de 17 años, fue fusilada en la cárcel en esas mismas fechas, su segunda hija ha tenido que

ir al gueto por ser medio judía... La madre vive en constante peligro, pero ayuda a otros de todas las maneras a su alcance. Me ha pedido que le proporcione un veneno para poder elegir el suicidio si es detenida. Con qué firmeza y con qué orgullo lleva su gran dolor de madre... La admiro, y me inclino ante la grandeza de su corazón»^[181].

Al contrario que Elena Kutorga, Helene Holzman no escribió un diario. Cuando empieza sus anotaciones sobre los tres años de la ocupación alemana de Lituania, sabe lo que le espera como escritora. Sabe de qué horrores se ha propuesto escribir y sabe también que al final podrá hablar de un día en el que esos horrores concluyen. Es aquel día de principios de agosto de 1944 en el que, por la mañana temprano, mira el valle del Memel, en cuya otra orilla el Ejército alemán se retira hacia el oeste mientras por el sureste se aproxima el ejército soviético. Helene Holzman intuye —se ve en una corrección de la última frase de sus anotaciones—^[182] que ese día no terminan todas las miserias y todo el horror. Pero el genocidio, que en Kaunas y en otros lugares se ha convertido en espantosa cotidianeidad durante los pasados tres años, ha terminado. Con el pequeño Kolja en brazos, también él un niño sacado a escondidas del gueto y que va a vivir, se siente como la esclava de la hija del faraón con el pequeño Moisés.

Quizá, saber que esta escena estaría al final de un relato que empieza con la última hora feliz de su propia familia le haya dado fuerzas para asumir y superar la torturadora tarea de recordar y revivir, fuerzas también para esa descripción sobria, inmoviblemente precisa, que resulta tanto más emocionante cuanto que en numerosos pasajes se percibe lo mucho que Helene Holzman tiene que luchar por conseguir esa *impassibilité*.

A su hija menor, que entonces tiene diecinueve años, no se le escapa que su madre escribe regularmente durante casi un año. También sabe acerca de qué escribe la madre, pero no lee con ella y no la agobia. Ambas siguen viviendo juntas como antes, pero cada una deja su espacio a la otra. Sólo después de la muerte de su madre, Margarete Holzman lee por primera vez sus anotaciones. A veces, recuerda, la madre alzaba la vista de su cuaderno y le preguntaba por un detalle, una fecha, un nombre, y cuando ella, Grete, sabía la respuesta, la madre decía: «Tienes la mejor memoria de las dos».

Regularmente Helene Holzman anota en los márgenes de las páginas las fechas de los días en los que escribe. De modo que no sólo sabemos cuándo empezó las anotaciones y cuándo las terminó; se muestra también el ritmo de su trabajo: que no ha escrito día tras día, que en un día de escritura ha llenado la mayor parte de las veces cuatro o cinco páginas de cuaderno, a veces incluso diez, y a veces sólo dos. Se aprecia que en octubre y diciembre de 1944, y luego una vez más en julio y agosto de 1945, ha trabajado con especial intensidad en sus anotaciones. Y se ve, por fin, que

sólo hubo un mes en el que prácticamente no escribió nada: de finales de abril a finales de mayo de 1945.

En este período no sólo termina la guerra para Europa. En este período el poder soviético en Lituania empieza también a deportar al Asia Central a ciudadanos de origen alemán, entre ellos, una vez más, supervivientes judíos. Helene Holzman y su hija Margarete ya han subido a ese tren el 26 de abril, como centenares de personas más. El haber escapado a la «deportación» se lo deben a Fruma Viktin, entonces de doce años, quien después de su salvación del gueto estuvo escondida un tiempo en casa de las Holzman, vive ahora con ellas como hija adoptiva y alarma en el último momento a un funcionario soviético amigo, que se atreve a hacer una excepción con ellas. Probablemente fueron esos dramáticos acontecimientos los que condujeron a la interrupción de la escritura en mayo de 1945.



Fruma Viktin, Helene Holzman, Matalija Fugaleviciute (*Natacha*), Gutia Šmukler (*Stasia*).



Rivka Šmukler-Oscherowitsch (*Regina*), Margarete y Helene Holzman, años cincuenta.



Helene y Margarete Holzman con Fruma Viktin-Kuciskiene, a finales de los años cincuenta, en el balcón de la casa de la calle Vicinskio de Kaunas



Fruma Viktin-Kuciskiene y Margarete Holzman en el balcón de la casa de la calle Vicinskio; abril de 2000



La casa de la calle Vicinskio, en el Grüne Berg, donde los Holzman vivieron antes y durante la guerra.

La posición desde la que Helene Holzman observa en sus anotaciones los acontecimientos del período comprendido entre 1941 y 1944 es, si se quiere establecer con tal sobriedad estratégica, ideal: vive fuera del gueto y puede moverse libremente, pero mantiene intensos contactos con él; aunque según las categorías nazis es «medio judía», los que entran en contacto con ella no la ven como «judía», sino como «alemana», y sin embargo es al mismo tiempo plenamente solidaria con los judíos; es alemana por origen, pero posee la nacionalidad lituana; es víctima por

la pérdida de su esposo y de su hija mayor, pero al mismo tiempo animosa activista, que no quiere seguir siendo víctima y organiza su resistencia. Las perspectivas, conocimientos y puntos de vista que se obtienen desde esa posición de observador son múltiples, fragmentarios, marcados por contrastes y contradicciones... en pocas palabras: muy próximos a la realidad.

El destino de los allegados, de los amigos y conocidos y del judaísmo lituano ocupa el centro de las anotaciones de Helene Holzman. Pero nunca pierde de vista a los otros grupos implicados o afectados, sigue con mirada alerta los cambios y rechazos en la actitud de sus conciudadanos lituanos frente a sus supuestos libertadores, observa a los civiles alemanes retornados, a los soldados del ejército, a los funcionarios del aparato represivo en su autoelegido papel de amos, y sobre todo no pasa por alto a los prisioneros de guerra rusos que, incluso en opinión de los habitantes del gueto judío, empujados a la miseria, ocupan el escalón más bajo de la sordidez cotidiana.

La paciencia en el detalle, el interés por las particularidades hacen a Helene Holzman inmune a las tentaciones del cliché. Para ella no hay lituanos, judíos, rusos... tampoco nacionalsocialistas, o alemanes. En una ocasión escribe: «Nuestros enemigos son los alemanes», y enseguida le quita a la frase el esquematismo al transformarla: «Nuestros enemigos son alemanes... como nosotras»^[183]. Es asombroso cómo, con la escasa distancia que separa a la escritura de sus recuerdos de lo ocurrido, encuentra siempre fuerzas para retener, dejando a un lado el estereotipo, la multitud de actitudes y estados de ánimo, y para no pasar por alto los matices en las intervenciones y discursos hasta de los más siniestros criminales.

También es asombroso con qué visión de conjunto, con qué sentido incluso de la tensión y el retardo de la tensión traza Helene Holzman sus anotaciones ya en la primera versión, que es la única que tenemos^[184]; con qué planificación entrelaza las distintas historias que cuenta y retoma, sigue y entreteje una y otra vez las distintas tramas: la historia de su propia familia, las historias de Edwin y Lyda Geist, de Dora Kaplan, de las dos Natachas y muchas otras. Entre unas y otras ubica sus consideraciones sobre la situación política, sobre los estados de ánimo en la ciudad, entre la población lituana, entre los distintos grupos de alemanes, entre los judíos del gueto, entre sus amigos y «compañeros de conjura».

Helene Holzman da aún más claridad y energía a sus anotaciones recogiendo algunos documentos, entre ellos dos cartas de Marie sacadas a escondidas de la prisión, y sobre todo a través de algunos pasajes de mayor entidad en los que levanta acta de lo que otros le han contado de sus propias vivencias y experiencias: Sonja y Beba, que con otras tres mil mujeres fueron detenidas en los progromos del comienzo de la ocupación alemana y llevadas a los fuertes de los alrededores de Kaunas, de los que los hombres no regresaban; Anolik, que cuenta el terror en los campos de trabajo estonios y el espanto de su liquidación; Emma Frenkel, que en los últimos días de la ocupación alemana fue deportada al oeste junto con los últimos habitantes del gueto

de Kaunas; Stasia, que fue torturada durante días por policías lituanos y aun así no reveló su origen judío... y, finalmente, el relato de Tolja Szabszewicz sobre su vía dolorosa a través de los guetos de Lask y Lodz, de los campos de Auschwitz y Stutthof, hasta la Prusia Oriental, hacia una precaria libertad al otro lado del frente que se acerca^[185].

Al contrario que muchos de sus conciudadanos, Helene Holzman no apartó la vista, sino que miró con mucha atención... con la mirada de la cronista, con presencia de espíritu, pero también con la mirada de la pintora. No sólo levanta acta, sino que cuenta Historia e historias, evoca imágenes y no pocas veces, me parece, proyecta películas. El hecho de que un texto que dispone de tales cualidades literarias carezca en algunos pasajes de detalles estilísticos resta poca fuerza a su energía. Durante cincuenta y cinco años, Helene Holzman y su hija han guardado en silencio los tres cuadernos llenos de esa energía. Ahora sale a la luz, y tendrá efectos.

Helene Holzman: Estaciones de su vida

Viene al mundo en Jena, el 30 de agosto de 1891, como Leni Czapski. Su padre, Siegfried Czapski, originario de una familia germano-judía, y su madre, Marguerite, educan a sus ocho hijos en el cristianismo. Helene es la tercera de ellos. Tiene tres hermanos y cuatro hermanas. Siegfried Czapski es físico, estrecho colaborador de Ernst Abbes, el director de las fábricas Zeiss de Jena, y a su muerte en 1905 su sucesor por breve tiempo... hasta que él mismo muere en 1907, a la edad de tan sólo cuarenta y seis años.

Después de hacer el bachiller en la Escuela Carolina de Jena, Helene Czapski empieza a estudiar Arte, primero en la escuela de artes y oficios fundada en Weimar por Henry van de Velde en 1906, luego como discípula de Erich Kuithans en Jena, y finalmente, de 1909 a 1911, en la Academia Estatal de Artes y Oficios de Breslau, dirigida por Hans Poelzig, en la que aprueba el examen de profesora de dibujo. Luego trabaja en Hermsdorf y Berlín como discípula de Max Beckmann. Allí conocerá al que luego será su marido. Max Holzman también estudia pintura con Beckmann. En el año 1913, Helene Czapski viaja por breve tiempo a París, donde trabaja de manera autónoma, y a principios de 1914 se convierte en profesora de dibujo en el moderno colegio Odenwald de Oberhambach.



Helene Holzman, 1911.



Alrededor de 1912.

Después del estallido de la Primera Guerra Mundial regresa a Jena, donde imparte clases privadas de arte, sobre todo para niños. En su libro *De Berlín a Jerusalén*, Gershom Scholem, que estudió en Jena durante el invierno de 1917/18, recuerda un encuentro con la joven artista:

«A través de Käthe Holländer, trabé [...] conocimiento con su amiga de juventud Leni Czapski, una joven pintora hija de uno de los principales colaboradores de Ernst Abbe en la construcción de las fábricas Zeiss, el segundo centro, junto a la universidad, alrededor del cual giraba Jena. Era una criatura encantadora y vital, educada en el cristianismo siendo hija de un matrimonio mixto, y a través de mí topó por vez primera con el mundo judío. Fuimos amigos durante años. Alrededor de

1925 se marchó a Kowno con su marido, el pintor expresionista Max Holzman. Allí, Holzman fue asesinado durante la guerra mundial por ser judío, ella salió adelante con su hija y me visitó en Jerusalén poco antes de su muerte. A finales de marzo de 1918, de una visita a Weimar volví corriendo con ella a Jena, en una maravillosa noche estrellada. Fue la primera persona que me pintó»^[186].



Junto al caballete, alrededor de 1914.



Helene Holzman: *Mercado campesino en Odra*, 1918

En otoño de 1917, Helene Czapski expone por primera vez sus propios trabajos en la Kunstverein de Jena, junto con el pintor y dibujante Hans Leistikow (1892-1962), que posteriormente se convertirá en importante colaborador y miembro del equipo del arquitecto Ernst May. La amistad con Leistikow aporta a su trabajo importantes estímulos. En los años 1919 y 1920 pinta mucho en la finca de Odra que su abuelo posee en la provincia de Posen (Poznan), perteneciente hasta 1920 al Imperio alemán y luego a Polonia. Durante esta época también es huésped frecuente de Hans Leistikow en Tampadel, Silesia.

El crítico e historiador del arte Franz Roh le dedica en 1913 un artículo en el *Anuario del Arte joven*:

Permítasenos señalar aquí por vez primera una joven pintora alemana que aún no ha salido nunca a la luz pública. Pertenece a una familia de Jena... Esta pintora parece llamada a alcanzar la primerísima fila de los jóvenes artistas alemanes. Sin duda ya se encuentra entre sus mejores representantes femeninos.^[187]

Helene Czapski no se mantiene fiel a su propósito, adoptado en una ocasión en un impulso inconformista, «Hijos, sí, matrimonio, jamás». En 1922 se casa con Max Holzman y al año siguiente se va con él a Kaunas. Las dos hijas, Marie y Margarete, vienen al mundo en abril de 1922 y en diciembre de 1924. Durante los primeros cinco años, Helene Holzman trabaja en Kaunas como profesora de dibujo en el Liceo Alemán.



Helene Holzman, autorretrato. Finales de los años veinte. El original ha desaparecido.



Max Holzman: *Helene da de mamar a nuestra hija Marie*, dibujo, 1922.



Helen Holzman: *Personas y animales*, 1923.



Helen Holzman, primera estancia en Kaunas. Pintado durante una enfermedad, en 1923.



Helen y Max Holzman, Kaunas, 1927.

Max Holzman, nacido el 7 de octubre de 1889 en Obornik, provincia de Poznan, hijo del juez de primera instancia imperial Julius Holzman y de su esposa Agnes, de soltera Priebatsch, había conocido Kaunas siendo soldado en la Primera Guerra Mundial. En su crónica familiar, su madre escribe:

Max llegó el 16.11.[1916] a Kowno, la ciudad de su destino... Allí se transformó. Tomó contacto con jóvenes importantes, como los orientalistas Scheder y Schropsdorf y el lituano Oselies. El club literario Oberost, que se reunía en un alojamiento de oficiales, le proporcionó ese contacto. En Kowno vio un mundo distinto. Por primera vez conoció el judaísmo, que vivía en un mundo espiritual e intelectual cerrado y no quería salir a uno más libre. Lo vio de manera idealizada, en marcada contradicción con la soldadesca que le rodeaba. [...] En una ocasión, por orden del capitán, tuvo que escribir un artículo para la revista *Kownoer Zeitung* sobre la belleza del emplazamiento de su batería en el Grüne Berg. Salió muy bien del apuro. La describió como un pintor. El capitán le había escrito al margen del manuscrito: «¡Más luminosidad! ¡Más armonía! ¡Hay que meter a Hindenburg!». Max nos envió la revista. Sonaba bien.

Su tío Félix Priebatsch, propietario de una conocida librería y tienda de artículos educativos en Breslau, pero al mismo tiempo historiador y autor de importantes panorámicas de la historia de Prusia, introduce a Max Holzman después de la guerra en el comercio librero y le hace posible fundar una filial de la casa matriz de Breslau en Kaunas: Pribacis. El clima en la Lituania de aquella época es favorable a un proyecto así. Al igual que los otros países bálticos después de la Primera Guerra Mundial, Lituania había salido de la confederación del Imperio ruso y se había constituido como república autónoma, para la que la vecina occidental, Alemania, se convirtió en el más importante punto de orientación exterior. Se desarrolla un vivo interés por la lengua alemana, por la literatura y la cultura alemanas, y Kaunas es, desde que en el año 1920 Polonia se apropia de Vilna y su territorio, la capital provisional de Lituania.

En Kaunas, que cuenta alrededor de ciento veinte mil habitantes, hay por aquel entonces tres librerías de literatura extranjera. Todas se ubican en muy poco espacio: la librería Mokslas, que tiene el monopolio de libros de la Unión Soviética; la Librería Alemana, que sólo vende literatura alemana y, después de 1933, no oculta sus simpatías por el nuevo régimen de Alemania; y finalmente la librería Pribacis de Max Holzman, para literatura alemana, inglesa y francesa. Después de algunos años Max Holzman abandona el comercio de artículos educativos y, en su lugar, empieza a trabajar como editor. Los principales manuales de enseñanza de las lenguas alemana y francesa en los colegios lituanos aparecen en los años treinta en la Editorial Oriental de la Librería Pribacis, Kaunas y Leipzig. De la colaboración con los autores surgen a menudo relaciones amistosas, y no pocos de los amigos y conocidos a los que Helene Holzman menciona en sus anotaciones están también en la lista de los autores editados por Pribacis: Edwin Geist, Kazys Binkis, Horst Engert, Vladimiras

Stankevičius y Viktor Zinghaus^[188]. La clientela de la librería es intelectual y cosmopolita.

Helena Baltrusaitis, la esposa francesa del historiador del arte de origen lituano — que posteriormente trabajó sobre todo en Francia— Jurgis Baltrusaitis y que en 1939 enseñaba Historia del Arte en la Universidad de Kaunas, escribe en sus memorias:

La vida en Kaunas bullía. Siempre se hallaba algo si se hacía una visita a la librería Pribacis. Siempre tenía lo último que había salido de la imprenta. Era una buena librería. Acudíamos gustosos a ella, nos sentábamos una horita, hojeábamos los libros^[189].

En cualquier caso, a lo largo de los años veinte la estancia en Kaunas parece haberse ido convirtiendo en una carga para Helene Holzman. Su trabajo como pintora sufre por las angostas y pobres circunstancias de su vivienda, por la actividad docente y el trabajo en la casa y la familia, sin olvidar el que hace en la librería de su marido. Margarete Holzman recuerda que incluso más adelante su madre era conocida en la ciudad como «la mujer que siempre corre y jamás camina».



Helen Holzman con sus hijas Margarete (izquierda) y Marie, alrededor de 1929.



Helen, Margarete y Marie Holzman, alrededor de 1938.



En 1928, Helene Holzman se va con sus dos hijas a la Alta Silesia, y durante dos años y medio vive como secretaria de la finca Unwürde, cerca de Löbau. Allí empieza a pintar otra vez, pero su esperanza de encontrar un empleo en Alemania y de ese modo poder quizá persuadir a su marido para regresar no se hace realidad. Mucho antes de la época en que los nazis llegan al poder, se le hace ver que como esposa de un judío no debe hacerse esperanzas de encontrar un empleo. Posteriormente a esto regresa a Kaunas, en 1930.

Allí trabaja como profesora de dibujo en el Liceo Alemán, un colegio privado. Después de 1933, las ideas nacionalsocialistas ganan cada vez más terreno en el centro. La hija mayor, Marie, sigue yendo a clase en él, Margarete se traslada en 1937, por deseo propio, a un instituto lituano. En el año 1936, los Holzman adoptan la nacionalidad lituana, en parte para poder seguir viajando a Alemania sin ser molestados, a ver a sus parientes de Jena, Magdeburgo y Berlín y a la feria del libro de Leipzig.

A la «literatura del exilio», de la que Max Holzman sigue teniendo en su librería textos que en Alemania hace mucho que ya no es posible encontrar, se unen a finales de los años treinta, sobre todo después del comienzo de la guerra, los exiliados mismos... algunos de los cuales encuentran refugio durante algún tiempo en casa de los Holzman: el señor Löw, que viene de la Unión Soviética, Klaus Feuchtwanger, sobrino de Lion Feuchtwanger, y también el geólogo Rudolf Kaufmann, que, después de cumplir una pena de prisión de tres años por «delito racial», ha huido desde Königsberg cruzando la frontera lituana y sigue esperando vivir con la mujer que ama al otro lado del Báltico, en Estocolmo^[190].



La familia Holzman en el salón de su casa, Kaunas, 1940. La foto la hizo el señor Löw, un emigrante que estuvo alojado un tiempo en casa de los Holzman.



Marie y Margarete con su amiga Ludmilla Branavickaja.



Marie y Max Holzman. Alrededor de 1940.

Después de la ocupación de Lituania en el verano de 1940 y su conversión en República Socialista Soviética, la librería Pribacis es expropiada y cerrada. Tras una larga y desesperada búsqueda, Max Holzman encuentra un empleo en un anticuario estatal en Vilna. Su hija Marie se afilia en esta época al Komsomol, la organización juvenil comunista. En cualquier caso, esto no impide que los Holzman, como muchos otros, vayan a parar a las listas soviéticas de deportación, en tanto que «burgueses». Antes de que se produzca la deportación a Siberia, el Ejército alemán invade el

Báltico en junio de 1941 y allana el camino a los comandos asesinos alemanes que, apoyados por partisanos lituanos, organizan la persecución y aniquilación de los judíos, por vez primera de forma sistemática y en todo el país.

Tras la retirada de los alemanes de Lituania, de noviembre de 1944 a septiembre de 1950 Helene Holzman da clase de alemán en la Universidad Politécnica de Kaunas. Uno de sus estudiantes de entonces, Vladas Zukas, escribe acerca de esa época:

Desde el tercer semestre nos daba clase una alemana, Helene Holzman, una mujer alta, oscura e inteligente. Se dedicaba a la docencia con toda el alma. Trabajaba por separado con aquellos que mejor dominaban la lengua, e incluso los invitaba a su casa. [...] Durante las clases nos ocupamos intensamente de la narración romántica de Adalbert Chamisso *La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, que leímos, tradujimos, analizamos. En una ocasión, la lectora me increpó con vehemencia en el aula, probablemente porque no estaba prestando la necesaria atención a su lectura o estaba demasiado poco preparado. Me puse en pie y escuché con calma sus reproches. Por eso me quedé sorprendido —agradablemente, se entiende— cuando unas semanas después se disculpó conmigo en la misma aula, porque había llegado a la convicción de que yo no era como al principio le había parecido... Posteriormente fue alejada de su puesto debido a su intervención a favor de estudiantes políticamente poco fiables.^[191]

Después de su despido de la Universidad, Helene Holzman trabaja hasta 1957 como profesora de alemán en la escuela de música de Kaunas, y después de jubilarse sigue dando clases particulares.

En los años cincuenta vuelve a empezar a pintar. Tras largos esfuerzos, en junio de 1965 obtiene de las autoridades soviéticas el permiso para viajar con su hija Margarete a la República Federal de Alemania.

Tras una breve estancia en Tegernsee, ella y su hija se trasladan a Giessen. En la primavera de 1967, ambas hacen un viaje a Israel y allí visitan a parientes, conocidos, antiguos alumnos de Helene Holzman. El 25 de agosto de 1968, pocos días antes de cumplir setenta y siete años, Helene Holzman muere en Giessen a consecuencia de un accidente de automóvil.

Cronología

Lituania después de la Primera Guerra Mundial

- 1915, septiembre:* Lituania, que desde 1814 pertenece a Rusia, es ocupada por tropas alemanas. El Imperio alemán intenta inútilmente convertir el país en Estado satélite.
- 1918, 2 de noviembre:* El consejo lituano (Taryba) proclama en Vilna la República de Lituania. Tras la retirada de las tropas alemanas, el Ejército Rojo soviético amenaza a la joven democracia.
- 1919, 5 de enero:* Después de la toma de Vilna por la Unión Soviética, el gobierno lituano se retira a Kaunas. En los meses siguientes el Ejército Rojo es repelido.
- 1920, 12 de junio:* Se firma en Moscú un tratado de paz en el que la Unión Soviética reconoce a una Lituania independiente.
- Octubre:* Vilna y el territorio que rodea la ciudad son ocupados por las tropas del mariscal polaco Josef Pilsudski y anexionados a Polonia en abril de 1922. Durante las dos décadas siguientes la capital polaca será Kaunas.
- 1923, 16 de febrero:* Lituania se hace cargo del territorio de Memel, perteneciente hasta 1920 a la provincia de Prusia Oriental, luego bajo mandato francés, y gana con la ciudad de Memel (Klaipeda) una salida al mar Báltico.
- 1926, 17 de diciembre:* Después de que en las elecciones de mayo de 1926 la hasta entonces oposición de izquierdas se convierta en la fuerza más votada, se produce un golpe militar, en el curso del cual dimite el presidente Kazys Grinius. En su lugar, los diputados de la derecha eligen a Antanas Smetona el 19 de diciembre. Asume la dirección del gobierno Augustinas Voldemaras, que desde ese momento gobierna dictatorialmente el país.
- 1939, 22 de marzo:* En el anexo secreto al Pacto Hitler-Stalin, Lituania es asignada a la esfera de interés soviética.
- 23 de marzo:* Tras intensa presión por parte del gobierno alemán, Lituania devuelve a Alemania el territorio de Memel.
- 1 de septiembre:* Alemania comienza la Segunda Guerra Mundial con el ataque a Polonia. El Ejército Rojo soviético ocupa por su parte Polonia Oriental a lo largo del mes de septiembre.
- 10 de octubre:* La Unión Soviética devuelve Vilna y su territorio a Lituania, y recibe a cambio el derecho a mantener guarniciones y puntos de apoyo aéreos en territorio lituano.
- 1940, 15 de junio:* Toda Lituania es ocupada por el Ejército Rojo.

- 3 de agosto:* Lituania es incluida formalmente en la confederación de la URSS como República Socialista Soviética Lituana.
- 1941, 13/14 de junio:* Unos treinta y cinco mil ciudadanos lituanos son deportados a Siberia como «burgueses».
- 22 de junio:* Comienzo de la invasión alemana de Rusia.

Kaunas durante la ocupación alemana

1941

- 24 de junio:* Kaunas y Vilna son ocupadas por tropas alemanas. Animados por las unidades de las SS que llegan inmediatamente después de las tropas del ejército, partisanos nacionalistas lituanos organizan progromos en todo el país, de los que sólo en Kaunas son víctimas cientos de judíos en pocos días.
- 6/7 de julio:* En el Fuerte VII, unos tres mil judíos son fusilados por partisanos lituanos a las órdenes del jefe del tercer comando de intervención alemán, Karl Jäger.
- 15 de agosto:* Antes de esa fecha, todos los judíos de la ciudad deben haberse trasladado al gueto instalado en el suburbio de Vilijampole (Slobodka). En un estrecho espacio viven unas treinta mil personas, que en los meses siguientes serán diezmadas por varios fusilamientos masivos, hasta dejar el núcleo de los especialmente fuertes y capaces de trabajar.
- 18 de agosto:* En la «acción contra los intelectuales» son asesinados 534 judíos.
- 26 de septiembre:* Alrededor de mil habitantes del gueto son fusilados en el Fuerte IV.
- 4 de octubre:* El llamado pequeño gueto es eliminado. El hospital es quemado con sus médicos y pacientes. Alrededor de mil ochocientos habitantes son fusilados en el Fuerte IX.
- 28 de octubre:* Todos los habitantes del gueto son sometidos a una selección, en la que alrededor de nueve mil doscientos judíos, el 30% de la población total del gueto, son apartados a la derecha y al día siguiente fusilados en el Fuerte IX junto con los reclusos judíos de la cárcel municipal de Kaunas. Sigue una fase de «calma» de apenas dos años.

1943

- 1 de noviembre:* El gueto de Kaunas es sustraído a la influencia de la administración civil alemana y transformado en campo de concentración a las órdenes de las SS.

1944

27/28 de marzo: En la «acción infantil», unos mil trescientos habitantes del gueto de menos de doce y más de cincuenta y cinco años son reunidos y transportados para ser asesinados.

8 de julio: Mientras el Ejército Rojo se acerca cada vez más, el gueto de Kaunas es liquidado. Los judíos restantes son deportados al oeste, los hombres a Dacha, las mujeres al campo de concentración de Stutthof, cerca de Danzig. El gueto es incendiado. La mayor parte de los que se habían escondido en «malinas» pierden la vida.

1 de agosto: El Ejército Rojo ocupa Kaunas.

1945

26 de abril: En Lituania, ciudadanos de origen alemán son deportados al interior de la Unión Soviética.

7/8 de mayo: Con la capitulación del Ejército alemán termina la guerra en Europa.

Referencias bibliográficas

Sobre Helene Holzman

- HOLZMAN, Margarete, «Die Verlagsbuchhandlung Pribacis in Kaunas 1923-1940», en *Annaberger Annalen*, n.º 6, 1998, pp. 89-101.
- SCHMID, Maria, «Helene Czapski-Holzman (1891-1968)», en *Feministische Studien*, año 14, 1996, vol. 1, PP. 89-98.
- STÄDTISCHE MUSEEN Jena (ed.), *Helene Czapski-Holzman. Gemälde, Aquarelle und Collagen*. Exposición del 6 de octubre al 28 de diciembre de 1999, Städtisches Museum Jena.

Escritos de Edwin Geist

- «Rundfunk-Film-Schallplatte. Bedeutung und Aufgabe der elektrischen Musikinstrumente», en *Melos*, año 12, 1932, pp. 49-52.
- «Die künstlerischen Aufgaben elektrischer Musikinstrumente», en *Funk. Die Wochenschrift des Funkwesens*, vol. 20, 13 de mayo de 1934 pp. 77-78.
- «Verzögerungssituation in Wagners Werken. Ein Beitrag zur dramatischen und epischen Oper», en *Signale für die musikalische Welt*, año 92, 1934, n.º 13/14, PP. 196-199.
- «Die Bedeutung des Volksliedes», en *Signale für die musikalische Welt*, año 92, 1934, n.º 34/35, PP. 473-474.
- «Form und Stil. Alban Bergs "Wozzeck"», en *Signale für die musikalische Welt*, año 93, 1935, n.º 1/2, pp. 2-3.
- «Vom litauischen Volkslied», en *Schweizer Musikzeitung und Sängerblatt*, Zürich, 79, 1939, pp. 4-6.
- Antikes und Modernes in Litauischen Volkslied* (Prefacio de VI. Jakubenas), Kaunas, Pribacis, 1940.

El Holocausto en Lituania: Testimonios, fuentes

- BINKIENE, Sofija (ed.), *Ir be ginklo kariai* [Héroes desarmados], Vilnius, Leidkyla Mintis, 1967.
- BIRGER, Trudi, *Im Angesicht des Feuers. Wie ich die Hölle des Konzentrationslagers entkam*, München, Piper, 1990. [Ante el fuego, traducción de Tamar Martín,

Madrid, Aguilar, 2000.]

- , Zev, *Keine Zeit für Geduld. Mein Weg von Kaunas nach Jerusalem*, Munich, Luchterhand Literaturverlag, 1997
- ERENBURG, Michail, y VIKTORIJA Sakaite (eds.), *Gyvybe ir duona nesancios rankos / Hands Bringing Life and Bread*, Vilnius, The Vilna Gaon Jewish State Museum 1997, vol. 1 [Bilingüe lituano/inglés, sobre «salvadores» y salvados]. Vol. 2., ed. de Daliya Epstainaite y Viktorija Sakaite, íbidem, 1999
- FROME, Frieda, *Some Dare to Dream. Frieda Frome's Escape from Lithuania*, Ames, Iowa State University Press, 1988.
- GORDON, Harry, *The Shadows of Death. The Holocaust in Lithuania*, Lexington, University of Kentucky Press, 1992.
- GROSSMAN, Wassili, y EHRENBURG, Ilja, *Das Schwarzbuch. Der Genozid an den sowjetischen Juden*, Reinbek, Rowohlt, 1994
- KAISER, Reinhard, Königskinder. Eine wahre Liebe, Frankfurt am Main, Schöffling, 1996; Frankfurt am Main, Fischer, 1998.
- KRUK, Raya, *Lautlose Schreie. Berichte aus dunklen Zeiten*, Frankfurt am Main, Fischer, 1999
- KUTORGIENE-BUIVYDAITE [Kutorga], Elena, «Tagebuch Juni bis Dezember 1941», en Grossman, Ehrenburg: *Das Schwarzbuch. Der Genozid an den sowjetischen Juden* (véase antes), pp. 621-673.
- MISHELL, William W., *Kaddish for Kovno. Life and Death in a Lithuanian Ghetto, 1941-45*, Chicago, Chicago Review, 1988.
- TORY, Avraham, *Surviving the Holocaust. The Kovno Ghetto Diary*, ed. de Martin Gilbert, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1990.

Investigaciones históricas y obras de referencia

- BENZ, Wolfgang, y NEISS, Marion (eds.), *Judenmord in Litauen. Studien und Dokumente*, Berlín, Metropol, 1999.
- , GRAML, Hermann, y WEISS, Hermann (eds.), *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*, CD, Berlín, Directmedia, 1999
- BROWNING, Christopher R., *Ganz normale Männer. Das Reserve-Polizeibataillon 101 und die «Endlösung» in Polen*, con un posfacio (1998), Reinbek, Rowohlt, 1999 [Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la solución final en Polonia, traducción de Montserrat Batista Pegueroles, Barcelona, Edhasa, 2002.]
- DIECKMANN, Christoph, «Der Krieg und die Ermordung der litauischen Juden», en Herbert, Ulrich (ed.), *Nationalsozialistische Vernichtungspolitik, 1939-1945 Neue Forschungen und Kontroversen*, Frankfurt am Main, Fischer, 1998.
- , Christoph, «Das Ghetto und das Konzentrationslager in Kaunas 1941-1944», en Herbert, Ulrich; Orth, Karin, y Dieckmann, Christoph (eds.), *Die*

- nationalsozialistischen Konzentrationslager-Entwicklung und Struktur*, Göttingen, Wallstein, 1998, pp. 437-471.
- GILBERT, Martin, *Endlösung. Die Vertreibung und Vernichtung der Juden. Ein Atlas*, Reinbek, Rowohlt, 1982.
- , *The Holocaust. A History of the Jews of Europe during the Second World War* (1985), Nueva York, H. Holt, 1987.
- GUTMAN, Israel, *Enzyklopädie des Holocaust*, Berlín, Argon, 1993.
- , *Hidden History of the Kovno Ghetto*, United States Holocaust Memorial Museum, Boston, Nueva York, Toronto, Londres, Bulfinch Press/Little Brown and Company, 1997.
- KIBELKA, Ruth, «Litauen: Verfolgung und Rettung unter deutscher Besatzung», en Benz, Wolfgang, y Wetzel, Juliane (eds.), *Solidarität und Hilfe für Juden während der NS-Zeit. Regionalstudien II*, Berlín, Metropol, 1996, pp. 273-293.
- KRAUSNICK, Helmut, y WILHELM, Hans-Heinrich, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD, 1938-1942*. Stuttgart, DVA, 1981.
- Lietuvis Telefono Abonentu Sarasas 1940* (Guía telefónica de toda Lituania, 1940), Administración Postal Lituana.
- LITTMAN, Sol, *War Criminal on Trial. The Rauca Case*, Toronto, Lester & Orpen Dennys, 1983.
- MEISSNER, Boris (ed.), *Die baltischen Nationen. Estland — Lettland — Litauen*, Colonia, Markus, 1990. En él: V. Stanley Vardys, «Die Entwicklung der Republik Litauen» y, del mismo autor, «Litauen. Sowjetrepublik mit Widerwillen».
- STANG, Knut, *Kollaboration und Massenmord. Die litauische Hilfspolizei, das Rollkommando Hamann und die Ermordung der litauischen Juden*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1996.
- STENGEL, Theo, en colaboración con Herbert Gerigk, *Lexikon der Juden in der Musik*, Berlín, Hahnfeld, 1943
- STOSSUN, Harry, *Die Umsiedlungen der Deutschen aus Litauen während des Zweiten Weltkriegs. Untersuchungen zum Schicksal einer deutschen Volksgruppe im Osten*, Marburg, Herder Institut, 1993
- STREIM, Alfred, «Konzentrationslager auf dem Gebiet der Sowjetunion», en *Die vergessenen Lager*, Dachauer Hefte, 5, ed. de Wolfgang Benz y Barbara Distel, Munich, DTV, 1994, pp. 174-187.
- Vilnius getas: kaliniu sarasai: 1 / 2 tomas — Vilnius Ghetto: Lists of Prisoners: vol. 1 / 2*, Vilnius, Lietuvis valsty binis zydu muziejus, 1996, 1998.
- WEINMANN, Martin (ed.), *Das nationalsozialistische Lagersystem (CCP)*, Frankfurt, Zweitausendeins, 1990.
- WEISSWEILER, Eva, *Ausgemerzt! Das Lexikon der Juden in der Musik und seine mörderischen Folgen*, Colonia, Dittrich, 1999

Procedencia de las ilustraciones: Donde no se indica otra cosa, las fotos son propiedad de Margarete Holzman. 19: Ruth Kaiser, Viersen. 20, 25, 27, 28, 29: George Kadisb, Beth Hatefutsoth, Tel Aviv. 21: Museo Judío, Vilnius. 23, 26: YIVO Institute for Jewish Research, Nueva York. 24: Archivo Fotográfico y Videográfico Litauano, Vilnius. 34, 35, 36, 37, 41: Sofia Binkiene, *Ir be ginklo karai* [Héroes desarmados], Vilnius: Mintis 1967. 45-60: Reinhard Kaiser, marzo y abril de 2000.



HELENE HOLZMAN (1891-1975), autora de estas estremecedoras memorias. Era alemana de nacimiento, lituana de adopción, descendiente de judíos, pintora de renombre y profesora de dibujo, estaba casada con un intelectual cosmopolita, Max Holzman, alemán, aunque parece que de «sangre contaminada», su pasión era la literatura y se dedicaba al comercio de libros. Con la entrada de las primeras tropas alemanas en Kaunas se truncó de golpe el destino de los Holzman. Max y Marie —la mayor de las dos hijas del matrimonio— fueron detenidos de inmediato por partisanos cazajudíos. Al librero lo fusilaron al día siguiente, Marie volvió a casa, pero al ser una pacifista que incluso visitaba en el hospital a los soldados alemanes heridos para convencerlos de la inutilidad de la guerra, acabó por caer otra vez en manos de los patriotas. Encarcelada durante semanas, la asesinaron en diciembre de 1941 durante la llamada «gran acción», que costó la vida a los detenidos políticos y a 10.000 judíos de Kaunas, uno de los lugares más remotos del Holocausto.

Tras perder a su marido y a Marie, a Helene sólo le quedaba Margarete, la hija pequeña. En su desesperación y a la vista del desmoronamiento moral que la rodeaba, del peligro que corría su vida, sólo la mantuvo viva la idea de que su pequeña debía vivir a toda costa. De ahí el título que más adelante adoptarían sus recuerdos. Madre e hija se libraron de momento de ir al gueto por su procedencia alemana. Abandonaron su espaciosa casa y se refugiaron en la pequeña cabaña de dos rusas, Las Natachas.

En torno a las nuevas amigas acabó formándose un círculo exclusivamente femenino —los maridos, novios, hijos, habían muerto o estaban presos— que empleó toda su fortaleza e ingenio en ayudar a los habitantes del gueto, bien enviándoles comida,

escondida de mil maneras, o bien llegando incluso a evadir personas a través de las alambradas, sobre todo niños, a los que luego alimentaban y daban cobijo.

Estos «tres cuadernos» los redactó Helene en el año 1944, a salvo ya de la locura colectiva que le tocó padecer, pero acusando las huellas indelebles del sufrimiento: su prosa concisa, su objetividad exenta de sentimentalismo son un poderoso antídoto contra la punzada de unos hechos traumáticos, indelebles e imperdonables. Por lo demás, si por una parte el relato testimonia la transformación de cientos de ciudadanos «normales» en bestias feroces ávidas de rapiña, si da cuenta de los crímenes perpetrados por lituanos y nazis, por otra da fe de la grandeza humana de esas valerosas mujeres, todas ellas «marcadas», como señala Holzman, con la estrella amarilla que debían llevar como distintivo los judíos, o con el hierro candente e invisible de la vida rota.

El prestigioso premio alemán Hermanos Scholl le fue concedido a *Esta niña debe vivir* con la observación de que «en su calidad de testimonio individual impresionante y profundo bien merecía figurar junto a los diarios de Ana Frank y Victor Klemperer». En cualquier caso, la historia de Helene Holzman y sus amigas demuestra que a las locuras colectivas provocadas por ideologías y fanatismos siempre acaba por oponérsele el valor individual, hijo del amor a la libertad y la solidaridad espontánea con los que sufren, y que la saludable educación humanista, encaminada a salvaguardar la dignidad humana, cuando arraiga en buena tierra da sin rémora sus frutos.

Notas

[1] La librería que Max Holzman había fundado en Kaunas en 1923, como filial de la librería y tienda de artículos de enseñanza Priebatsch, fue expropiada («nacionalizada») y cerrada después de la ocupación de Lituania por el Ejército Rojo en el verano de 1940. Véase epílogo. <<

[2] Los Holzman vivían en esa época en el Grüne Berg de Kaunas, un barrio habitado principalmente por personas acomodadas, con muchos edificios nuevos y alejado del centro. Vivían en la calle Visinskio n.º 22. La casa aún sigue en pie. <<

[3] Vilna (Vilnius), la mayor ciudad de Lituania, fue después de la Primera Guerra Mundial y por breve tiempo sede del gobierno de la nueva República de Lituania, surgida del Imperio ruso, pero en 1920 la ciudad y sus alrededores fueron ocupados por Polonia. Hasta 1940, Kaunas fue la capital de Lituania. A mediados de septiembre de 1939, una vez iniciado el asalto alemán sobre Polonia, el Ejército Rojo soviético invadió Polonia Oriental y devolvió Vilna y su comarca a Lituania, obteniendo a cambio el derecho a estacionar tropas en territorio lituano, y en el verano de 1940 ocupó toda Lituania. Después de eso, Vilna volvió a ser capital de la República Soviética Lituana. <<

[4] Se refiere, naturalmente, a los soldados del Ejército Rojo. <<

[5] Fuera de Alemania vivían grupos étnicos alemanes que no tenían la nacionalidad alemana, sino la de otro país, p. ej., los alemanes del Volga en Rusia, los suabos banatos en Rumania... distintos de los «alemanes del Reich», que disponían de un pasaporte alemán. <<

[6] Se trata de los progromos de los días 9 y 10 de noviembre de 1938, escenificados en toda Alemania por los nacionalsocialistas contra los judíos y sus propiedades. <<

[7] Según la nomenclatura nazi, en tanto que hijo de dos padres judíos Max Holzman era «judío pleno», En tanto que hija de padre judío y madre no judía, Helene Holzman era «medio judía», pero no fue considerada «judía» sino «alemana» por las autoridades lituanas y alemanas, tanto más cuanto que, igual que sus dos hijas, estaba bautizada como evangélica. <<

[8] Los Holzman adquirieron la nacionalidad lituana en el año 1936. <<

[9] Helene Holzman retoma aquí con ironía un eslogan acuñado originariamente por el político alemán de los Sudetes Konrad Heinlein durante la crisis de esa región de 1938, y que se trasladó luego como frase hecha a circunstancias similares (p. ej., el conflicto de Danzig). <<

[10] Una formulación más que amable, pensando probablemente en potenciales lectores soviéticos: tras la ocupación de Lituania por el Ejército Rojo, el 15 de junio de 1940, la librería de Max Holzman fue cerrada. Los Holzman figuraban como «burgueses» en las listas soviéticas de las deportaciones a Siberia, que empezaron pocos días antes de la invasión alemana. <<

[11] Edwin Geist y su esposa Lyda tenían buena amistad con los Holzman. Su historia es, como se verá, parte sustancial de las anotaciones de Helene Holzman. La entrada referida a él en el *Diccionario de los judíos en la Música*, de Theo Stengel y Herbett Gerigk (Berlín 1943, columna 88), dice: «Geist, Edwin Ernst Moritz (M), *Berlín 31-7-1902, comp., escr. mus., MC, Berlín». Las abreviaturas significan: M = Medio judío, comp. = compositor, escr. mus. = escritor musical, MC = maestro de capilla. <<

[12] El 24 de junio de 1941. Al atardecer de ese día, Kaunas fue tomada por el Ejército alemán. <<

[13] Estos partisanos lituanos lucharon contra los miembros del Ejército Rojo y formaron además la tropa auxiliar más importante de las fuerzas de ocupación alemanas a la hora de cometer acciones criminales contra la población judía. Incluso antes de la invasión del Ejército alemán, los partisanos organizaron los primeros progromos. <<

[14] Respecto al círculo de los «tolstoianos», al que pertenecían tanto este amigo como el novio de Marie, Viktor, hijo de la oftalmóloga Elena Kutorga, véase también pp. 34-35 <<

[15] Véase nota 2. <<

[16] Durante el «año soviético» (de junio de 1940 a junio de 1941), Marie se había afiliado al «Komsomol», la organización juvenil comunista. <<

[17] En el manuscrito figura erróneamente «23 de junio». Véase nota 12. <<

[18] La Laisves Aleja (avenida de la Libertad) era la calle principal y el paseo más importante de Kaunas. En el n.º 48 había estado la librería Pribacis, de Max Holzman.
<<

[19] Literalmente, «El patio lituano», una cooperativa comercial semipública de alimentos como fruta, verdura y miel, en cuyas oficinas Marie había trabajado durante un tiempo. <<

[20] Hans Multscher (aprox. 1400-1467), pintor y escultor. Su principal obra pictórica es el *Altar de la pasión de Wurzach* (1447), con Cristo cargando con la cruz, actualmente en Berlín. <<

[21] El general Statys Rastikis, antes de la guerra jefe del Estado Mayor del Ejército lituano, fue nombrado ministro de Defensa del gobierno lituano formado en julio de 1941 y de todos modos ampliamente ignorado por la fuerza de ocupación alemana.
<<

[22] Al borde de la página hay un añadido, probablemente posterior, que no se puede clasificar; posiblemente fue algo que Moschinskis contó entonces a Helene Holzman: «En Vilna, por orden de los alemanes, el Ayuntamiento ha decretado que todos los judíos tienen que llevar una estrella amarilla en el pecho. El Ayuntamiento de Kaunas se ha negado a promulgar semejante orden». En Vilna la orden fue emitida por primera vez el 3 de julio de 1941; en Kaunas, por el comisario municipal Cramer, el 31 de julio de 1941. <<

[23] Helene Holzman dejó en blanco el espacio para el número de víctimas, probablemente para escribirlo más adelante. El 27 de junio de 1941 cayeron víctimas de esta masacre, en la que numerosos alemanes de uniforme estaban presentes y haciendo fotos, alrededor de sesenta judíos. El patio del garaje de la cooperativa Lietukis no estaba en la Bahnhofstrasse (calle de la Estación), como escribe Helene Holzman, sino en la avenida Vytautas, que conduce a la estación. En la época anterior a la ocupación soviética de Lituania se encontraba allí la gasolinera de Shell. <<

[24] El 10 de julio de 1941, el comandante militar lituano de Kaunas, Jurgis Bobelis, y el alcalde de Kaunas, Kazys Palciauskas, dieron orden de que todos los judíos se trasladasen al gueto de Vilijampole antes del 15 de agosto. <<

[25] En el momento de la invasión alemana vivían en Kaunas alrededor de cuarenta mil judíos. Cerca del 15% de las aproximadamente treinta mil personas que todavía en junio de 1941 fueron deportadas por los sóviets de Lituania a Siberia eran judíos. Al principio, en el gueto de Vilijampole vivieron alrededor de treinta mil personas.
<<

[26] Véase nota 19. <<

[27] Viktor Kutorga. <<

[28] Pasiva en el sentido de «desarmada», «sin armas». <<

[29] Véase nota 5 sobre el concepto «nacional alemán». <<

[30] Fritz Jordan. Comandante de asalto de las SA, responsable de cuestiones judías en la administración civil de Kaunas. <<

[31] Antes incluso del decreto de 31 de julio de 1941, según el cual todos los judíos tenían que llevar una estrella amarilla en el pecho y en la espalda, el comisario alemán de la ciudad de Kaunas, Hans Cramer, había establecido, el 28 de julio de 1941: «Queda prohibido emplear las aceras a la población judía. Los judíos tendrán que ir por el margen derecho de la calzada y en fila india». (*Hidden History of the Kovno Ghetto*, p. 49.) <<

[32] La fecha límite fijada para el traslado al gueto era el 15 de agosto de 1941. <<

[33] Robert Stender, primer violín de la ópera de Kaunas. Fue asesinado en la «acción contra los intelectuales» (véase pp. 70 y ss.). <<

[34] Probablemente Franz Vocolka, del que se hablará más adelante. Posteriormente volvió a sacar a su esposa del gueto. <<

[35] Helene Holzman copió en sus anotaciones las dos cartas siguientes de Marie. Los originales no se han conservado. <<

[36] Ya en la antigüedad se decía de los pelícanos que se rasgaban el pecho para alimentar con su propia sangre a sus crías. <<

[37] La amiga de Grete y Ludmila, Bella Feigelovich, llamada «Beka», había sido deportada a Siberia con su familia al final del año soviético. <<

[38] Añadido al margen: «Para la fuga necesitábamos sobre todo dinero. Vendimos muy baratos la ropa de cama, los libros, los vestidos, los cacharros de cocina. De todos modos, ya no tenían ningún valor para nosotras». <<

[39] En el sentido de «intimidar». <<

[40] En el sentido de «fanfarronear». <<

[41] Cigarrillos rusos con una larga boquilla de cartón. <<

[42] Hubo un oficial alemán relativamente humano, el coronel Erich Just, que estuvo en el Báltico como comisionado del comandante en jefe del ejército en los Territorios Ocupados del Este. Pero posiblemente se haga referencia a Heinz Jost, un mayor general de la policía que en todo caso no se hizo famoso por su blandura. En marzo de 1942 fue nombrado comandante en jefe de la policía de seguridad y del servicio de inteligencia, y del grupo de intervención A. Cuenta Avraham Tory (p. 251) que el Consejo de Ancianos del gueto de Kaunas había tratado de entrar en contacto con Jost, porque antes de la guerra tenía amistad con algunos judíos que ahora vivían en el gueto. Al parecer, esperaban hallar en él a un defensor. <<

[43] Véase nota 31. <<

[44] Se trata de la llamada «acción contra los intelectuales». Los fusilamientos se llevaron a cabo en el Fuerte IV. El número 534 se menciona en muchos informes. Según el llamado «Informe Jäger» del 1 de diciembre de 1941, hasta setecientos once judíos fueron víctimas de esta acción. <<

[45] Marijonas Senkus. <<

[46] Como en el alfabeto cirílico no hay H, el apellido Holzman empezaría en su transcripción rusa por G o por Ch (en cirílico, G o X). <<

[47] Según las investigaciones históricas disponibles sólo hubo guetos duraderos en tres ciudades del territorio lituano: Kaunas, Vilna y Iauliai. Al comienzo de la ocupación alemana se instalaron guetos por breve espacio de tiempo en numerosos lugares más pequeños. <<

[48] El Consejo de Ancianos se formó el 4 de agosto de 1941, por orden alemana, como instrumento de autoadministración interna. Los representantes de la comunidad judía de Kaunas eligieron como presidente al prestigioso médico Elchanan Elkes. También pertenecía al Consejo de Ancianos Avraham Tory (Golub), cuyo diario *Surviving the Holocaust. The Kovno Ghetto Diary* es una fuente especialmente ilustrativa sobre la historia del gueto de Kaunas. <<

[49] También fueron llamados «certificados Jordan», por el nombre del responsable alemán de cuestiones judías en Kaunas, Fritz Jordan, que fue quien los introdujo. <<

[50] Barrio, sector. <<

[51] Probablemente ese día, 26 de septiembre de 1941, fueron asesinadas dos mil personas. (Véase *Hidden History*, p. 143.) Es posible que Helene Holzman agrupe esa acción y la liquidación del gueto pequeño descrita más adelante, el 4 de octubre, en la que fueron asesinadas unas mil ochocientas personas (Helene Holzman cita la cifra de dos mil). El «Informe Jäger» cifra el número de víctimas en esas dos acciones en 1.608 Y 1.845. <<

[52] En el texto: jefe de escuadra de las SA. <<

[53] Aquí la cronología de los acontecimientos se hace confusa. El atentado simulado contra el comandante alemán del gueto, Willy Koslowski, sirvió de pretexto para la acción criminal del 26 de septiembre de 1941, de la que Helene Holzman da cuenta arriba. Véase al respecto Tory, p. 60. <<

[54] Se refiere al estereotipo del «judío» de nariz bulbosa, que miraba taimado bajo unas gruesas cejas y un cabello negro y ensortijado, difundido en incontables caricaturas sobre todo por *Stürmer*, el antisemita «Semanario alemán en lucha por la verdad» editado por Julius Streicher, pero también por otros medios de la época nazi.
<<

[55] Véase al respecto la anotación del diario de Elena Kutorga de 31 de octubre de 1941 citada en el epílogo. <<

[56] Helene Holzman emplea aquí excepcionalmente el nombre alemán para Kaunas utilizado por la fuerza de ocupación alemana. <<

[57] El Colegio de Consejeros Generales, fundado en agosto de 1941, fue el órgano supremo de «autoadministración» lituana durante la ocupación alemana. Su presidente fue Petras Kubiliunas. El consejero general al que Helene Holzman se confió era Vladas Jurgutis. <<

[58] La parte de Prusia Oriental situada al norte del Memel (en ruso Njemen, en lituano Nemunas) y el Rus quedó tras la Primera Guerra Mundial, junto con su mayor ciudad, Memel (en lituano, Klaipeda), bajo administración francesa, y en 1923 fue anexionada por Lituania. En marzo de 1939, el Reich alemán exigió su devolución. Después de la Segunda Guerra Mundial, el territorio de Memel se unió a la República Soviética de Lituania, y hoy pertenece a Lituania. <<

[59] La denominación oficial de Hans Cramer era la de «comisario de la ciudad». <<

[60] Durante la guerra se controlaba severamente el oscurecimiento obligatorio de las ciudades, como protección contra los bombardeos. La iluminación de las calles se apagaba y las ventanas de las casas se cubrían con cortinas opacas de oscurecimiento.
<<

[61] Ese 28 de octubre de 1941 tuvo lugar en el gueto de Kaunas la selección descrita en las pp. 95 y ss., la llamada «gran acción». <<

[62] Olga Fugaleviciute. <<

[63] La Organización Todt, fundada en 1938 por el ingeniero Fritz Todt (1891-1942) con vistas a la construcción del Muro del Atlántico, desempeñó durante la guerra importantes tareas en el ámbito de las construcciones militares. <<

[64] Productos agrícolas, alimentos. <<

[65] No identificado. <<

[66] Helene Holzman escribe el apellido de Sofija Binkiene en su forma alemana. <<

[67] Jurgis Bobelis no era comandante del Fuerte IX, sino comandante militar de Kaunas. <<

[68] Con la oferta de liberar a las dos o tres mil mujeres y niños judíos concentrados en los primeros días que siguieron a la invasión alemana, los organizadores del exterminio de los judíos en Lituania, Walter Stahlecker y Karl Jäger, presionaron a un grupo de cinco representantes de la población judía de Kaunas para que promovieran bajo su propia responsabilidad el traslado de todos los judíos al gueto de Vilijampole. (Véase Tory: *Surviving the Holocaust*, p. 10.) Los alrededor de tres mil hombres que también habían sido detenidos en esos días fueron fusilados en el Fuerte VII. <<

[69] Probablemente la fecha indicada es errónea: los días 5 y 6 de febrero de 1942, los judíos del gueto de Kaunas fueron deportados a Riga, en Letonia, para realizar trabajos forzados. Tory, p. 69, estima que eran trescientos ochenta. *Hidden History*, p. 144, da la cifra de trescientos cincuenta y nueve. Una segunda deportación llevó en octubre de 1942 a unas trescientas setenta personas de Kaunas a Riga. <<

[70] La acción de la que se habla aquí (y antes, con la indicación también errónea del 19 de febrero) tuvo lugar el 6 de febrero de 1942. <<

[71] Siguen algunas repeticiones de lo contado más arriba, en las pp. 124 y ss. <<

[72] Hermann Lurje. Su hermana, Esther Lurje, mencionada más adelante, es *Cervatillo*. <<

[73] Helene Holzman dejó un espacio para indicar la fecha exacta y posteriormente no lo rellenó. <<

[74] En el original: «acondicionado como» en vez de «transformado». <<

[75] Se refiere a los alemanes que abandonaron y que tuvieron que abandonar Lituania tras su ocupación por el Ejército Rojo en el verano de 1940. <<

[76] Sin necesidad de cupones. <<

[77] El diario de Edwin Geist y su legado como compositor se encontraban después de la guerra en casa de Helene Holzman. Cuando en 1965 ella abandonó la antigua Unión Soviética con su hija y se trasladó a la República Federal de Alemania, tuvo que dejar el diario y las partituras. Margarete Holzman entregó el diario, redactado en lengua alemana, a un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Soviética Lituana. Posteriormente, el escritor Jokubas Skliutauskas se basó en él para una obra de teatro escrita junto con Mykolas Jackeivičius: *As girdziu muzika* [Oigo música], Vilnius, 1973. El diario está hoy tan desaparecido como el legado musical de Edwin Geist. Este último fue a parar a manos del director Juozas Domarkas, que en marzo de 1973, durante una gira de conciertos por la RDA, se lo entregó al entonces viceministro de Cultura de la RDA y posterior intendente de la ópera Cómica de Berlín, Werner Rackwitz. La prensa lituana informó al respecto; el periódico *Tiesa*, p. ej., en marzo de 1973, bajo el título «Las obras de E. Geist vuelven a casa». Los esfuerzos de Margarete Holzman por averiguar el destino final de las partituras de Geist no han tenido éxito hasta el momento. <<

[78] No identificado. <<

[79] Helene Holzman dejó en blanco el espacio para la cifra. <<

[80] Tachado: gobernador de Sumatra. <<

[81] Ilse Kaufmann, de soltera Meses (de ahí Mositchen), era la esposa del geólogo alemán Rudolf Kaufmann. Rudolf Kaufmann fue quien hizo la «multifoto» de Marie y Margarete Holzman. Ellas le llamaban Hermanito. De la historia de su vida y de su relación con la sueca Ingeborg Magnusson trata mi libro *Los hijos de un rey: Un amor verdadero*. El hecho de que Rudolf Kaufmann, que después de su huida de Alemania se alojó largo tiempo en casa de los Holzman, no sea mencionado en ningún otro sitio de las anotaciones de Helene Holzman se explica quizá porque todavía durante la etapa soviética consiguió un empleo como geólogo y desde entonces dejó de vivir en casa de los Holzman. Sin embargo, según recuerda Margarete Holzman, les hacía visitas ocasionales durante la época de la ocupación alemana. <<

[82] Véase también Tory, p. 59, nota 2. <<

[83] Elena Kutorga. <<

[84] Originariamente, la formulación rezaba: «Nuestros enemigos son los alemanes». Corregido en el manuscrito de Helene Holzman. <<

[85] Restauradas. <<

[86] La movilización de «voluntarios» para las SS en el Báltico, que la fuerza de ocupación alemana intensificó después de comienzos de 1943 tras la decisión de la «guerra total», tuvo poco éxito en Lituania, al contrario que en Letonia y Estonia. Véase Stossun, pp. 217 y ss. <<

[87] Agnes Holzman, de soltera Priebatsch, se había trasladado en los años veinte de Obornik, cerca de Poznan, donde había perdido su casa durante la inflación, a Jena, a casa de Marguerite Czapski, la madre de Helene Holzman. <<

[88] Agnes Holzman fue asesinada en Theresienstadt, probablemente en 1943 <<

[89] Suse von Hörner-Heintze. Su novela *Muchachas de uniforme. Un trozo de vida*, Leipzig, 1934, sobre su vida como enfermera en la Primera Guerra Mundial, había tenido mucho éxito. <<

[90] Papel de filtro desarrollado por el médico alemán Theodor Billroth (1829-1894).
(*N. del T.*) <<

[91] Diminutivo de Helene. (*N. del T.*) <<

[92] *Auktuju imonių likimas* [El destino de Simón de la montaña] publicada por vez primera en Kaunas en 1935. <<

[93] De un primer matrimonio. <<

[94] Campo de concentración. <<

[95] La fecha es probablemente errónea. Véase nota 4, p. 199. <<

[96] Según el diario de Avraham Tory, p. 158, Edwin Geist fue devuelto al gueto el 3 de diciembre de 1942. <<

[97] El 10 de diciembre de 1942. Véase Tory, p. 159. <<

[98] La mayor parte del 6.º Ejército alemán capituló en Stalingrado el 31 de enero; el resto, el 2 de febrero de 1943. <<

[99] En esta casa estaba la librería Pribačis, de Max Holzman, antes de trasladarse al n.º 48 de la avenida Laisves. <<

[100] En el manuscrito, aquí sigue una frase cuya relación con el resto es poco clara: «Stütz sabía que ella no tenía muebles, y le preguntó con desconfianza de dónde había sacado los dos colchones sobre los que dormían». <<

[101] Véase la anotación del diario de Elena Kutorga citada en la p. 350. <<

[102] Véase «Primer cuaderno», nota 3, p. 13. <<

[103] La copia mecanografiada se reproduce aquí en facsímil (la imagen se encuentra en el archivo adjunto Láminas en esta edición digital) <<

[104] Emisora de radio de Kaunas. <<

[105] En el original, erróneamente: trabajo negro. <<

[106] Este yerno, el músico Vladas Varcikas, escondió y salvó, junto con Sofía Binkiene, a numerosos judíos. Actualmente vive en Kaunas. <<

[107] Hasta febrero de 1944, alrededor de cincuenta mil lituanos fueron deportados a Alemania para hacer trabajos forzosos. <<

[108] Susanne Czapski, posteriormente casada con el periodista de televisión y publicista Gert von Paczensky. Los esfuerzos de Gert y Susanne von Paczensky contribuyeron en los años sesenta a que Helene Holzman y su hija Margarete pudieran trasladarse de la Unión Soviética a la República Federal de Alemania. <<

[109] Este *Especi* era el ya mencionado Vocolka. <<

[110] Véase pp. 171 y ss. <<

[111] Véase W. Grossman, *El libro negro*, pp. 501 y ss., y la obra de teatro *Gueto*, de Joshua Sobol, del año 1984. <<

[112] La planta baja estaba constituida por la biblioteca privada que el acomodado erudito y comerciante Matitjahu Straschun (1817-1885) había donado a la comunidad judía de Vilna. <<

[113] El Instituto para la Investigación de la Cuestión judía, planeado desde 1938, fue inaugurado en marzo de 1941 en Frankfurt am Main. La base de sus existencias la formaba la colección judaico-hebraica de la Biblioteca Municipal de Frankfurt. A ella se añadió el botín de los territorios ocupados. El instituto iba a estar subordinado a la Escuela Superior del NSDAP, que jamás superó la fase de planificación. <<

[114] En el texto, en vez de esto: «De la vida de proscritos». <<

[115] Helene Holzman añadió el texto en una copia manuscrita de sus anotaciones hecha por ella misma. <<

[116] En el manuscrito dice, erróneamente, «marzo». La sublevación del gueto de Varsovia empezó el 19 de abril y terminó con la liquidación del gueto el 16 de mayo de 1943. <<

[117] Jacob Gens no era «comandante del gueto», sino presidente del Consejo de Ancianos del gueto de Vilna. <<

[118] Probablemente no se trató, como parece asumir Helene Holzman, de un «caso único», sino de una de muchas acciones asesinas que se difundió más que otras por la forma «irregular» en que ocurrió, debido a la resistencia opuesta por las víctimas. En Paneriai (Ponary) estuvo uno de los mayores centros de asesinato de Lituania. Los judíos eran llevados hasta allí en trenes —sobre todo desde Vilna, pero también de otros lugares— y fusilados, unos setenta mil entre 1941 y 1944. Josef Mackiewicz describe un acontecimiento similar al expuesto aquí por Helene Holzman (o el mismo, en todo caso indicando como fecha octubre de 1943) en *El punto de apoyo*, reimpreso en Benz, Neiss (eds.), *Genocidio judío en Lituania*, véase también Grossman, *El libro negro*, pp. 471 y ss. <<

[119] Aleksandras-Vytautas Kupstas era director del teatro de Kaunas. <<

[120] En el sentido de «denunciantes». <<

[121] Dos palabras ilegibles. <<

[122] Ilegible: eventualmente podría decir «cuñado». La grafía alemana de las palabras «suegro» y «cuñado» es parecida. <<

[123] En el original, erróneamente: «las cosas de la superviviente». <<

[124] El 16 de octubre de 1943, «al menos dos mil setecientos» judíos de Kaunas fueron deportados; los que eran capaces de trabajar, a los campos de Vaivara y Klooga, en Estonia; los niños y ancianos, a Auschwitz. *Hidden History*, p. 247. <<

[125] Al Parque Móvil del Ejército, un taller para vehículos militares. <<

[126] Helene Holzman dejó el hueco en blanco para añadir el nombre más adelante. Se refiere a Bruno Kittel. Véase también p. 264 y Grossman, *El libro negro*, pp. 487 y ss. <<

[127] Véase también p. 241, nota 32 <<

[128] En el manuscrito: «Brenneisen», corregido siguiendo a Streim, p. 178. <<

[129] Según Weinmann (ed.), Lagersystem [El sistema de los campos], p. 619. En el manuscrito: «Kivieri». El campo de Kiviõli pertenecía, como el campo de Klooga, al campo de concentración de Vaivara. <<

[130] En el manuscrito: «Botmann», corregido siguiendo a Streim, p. 178; allí: doctor barón von Bodmann. <<

[131] En el manuscrito pone «Augmeyer», corregido siguiendo a Streim, p. 178. <<

[132] Véase al respecto Streim, pp. 184 y ss. <<

[133] Tampoco éste fue un caso aislado. Desde el mes de diciembre de 1941, varios trenes de deportados de Alemania y Europa Occidental fueron desviados a Kaunas. En total, en Kaunas fueron asesinados entre diez y quince mil judíos de Alemania y otros países. <<

[134] Una palabra ilegible: ¿bandejas de cocina? <<

[135] En Berlín. <<

[136] Fruma Kučinskiene (nacida en 1933, de soltera F. Vitkin). <<

[137] Kama Ginkas, que llegó a ser un famoso director teatral. <<

[138] Benjamín Lipzer era jefe de la brigada de trabajo judía en el cuartel general de la Gestapo, y disponía por tanto de buenos contactos con ella. Según Tory, pp. 59 y ss., intentó hacerse con el control de la policía judía del gueto. El jefe de esa policía era Moshe Levin. <<

[139] Probablemente con el padre de esa familia. <<

[140] Añadido de Helene Holzman: «Marianne, que hablaba bien alemán, se había convertido en ama de llaves de una familia alemana. Pasaba por rusa y era la mano derecha de la ignorante ama de casa, que repetía sin cesar que no sabía que una rusa pudiera ser tan limpia y eficaz. Su máximo elogio era: “Podría usted casarse con un alemán”. Marianne replicaba que la raza le era indiferente, que por su parte también podía ser un negro. “Pero no un judío”, decía con toda seriedad la señora Balz, porque quería preservarla de algo tan abominable». <<

[¹⁴¹] *Hidden History*, p. 248, menciona la cifra total de mil trescientos niños menores de doce años y adultos de más de veinticinco. <<

[142] Margarete Holzman estudió posteriormente Economía Agraria en Kaunas, y luego en Moscú Fisiología Vegetal. Hasta su traslado a la República Federal de Alemania, en el año 1965, trabajó en el jardín Botánico de la Academia Lituana de Ciencias, en Kaunas, y desde 1965 en el Instituto de Cultivos y Centro de Investigación Agrícola de la Universidad de Giessen. Desde 1974 trabaja en Giessen como traductora e intérprete de ruso y lituano. <<

[143] Roma fue ocupada por los aliados el 4 de junio de 1944. El 6 de junio tuvo lugar el desembarco en Normandía. <<

[¹⁴⁴] Minsk fue tomada por el Ejército Rojo el 3 de julio de 1944; Vilna, el 13 de julio. <<

[145] Las lámparas Sollux servían para tratar con luz ultravioleta los casos de luxación, reumatismo muscular y catarro. <<

[146] El 4 de julio de 1944 era martes. <<

[147] Añadido al margen: «Cortaron tiras de la camisa y se hicieron guantes, pañuelos y sujetadores. Una aguja de coser era la mayor de las joyas. Se tallaron cucharas con trozos de cristal». <<

[148] Así en el manuscrito. <<

[149] Engel significa en alemán «ángel». (*N. del T.*) <<

[150] En el manuscrito quedó en blanco el sitio destinado a los nombres. <<

[151] La madre de «la pequeña Regina» (nombre de guerra, Edit) era Cile vabaite, la joven lituana Irena Gaiauskiene. <<

[152] Del lituano: «Partida de nacimiento». <<

[153] Bajo el título *Campaña en Francia* (1792), Goethe describió la campaña de un ejército austroprusiano durante la primera guerra de coalición contra la Francia revolucionaria y el decisivo punto de inflexión de esa campaña: el cañoneo de Valmy.
<<

[154] En el poema de Friedrich Rückert *Había un hombre en Siria*, un camellero se salva de la repentina ira de su animal tirándose a un pozo. Se queda a mitad del mismo, enganchado en un zarzal, y poco a poco va comprendiendo su situación: arriba, el camello desbocado; en el fondo del pozo, un dragón con las fauces abiertas, y dos ratones royendo el zarzal que aún le ofrece asidero. Entonces Rückert dice: «En medio de su angustia y su temor, / rodeado, cercado, amenazado, / en miserable estado de suspensión, / en vano buscaba la salvación. / Y cuando miró a su alrededor, / vio una ramita que se balanceaba / ¡llena de maduras moras! Y no pudo resistir la tentación...». <<

[155] En ruso, «abuelo». <<

[156] En ruso, «abuela». <<

[157] Debajo, tachado: «con fe». <<

[158] En yiddish en el original: «Ahora van a ser ahorcados dos judíos, porque han cometido un crimen. Si un judío roba o sale del gueto, se hará con él como con estos dos». (*N. del T.*) <<

[159] *Kat* significa en el suroeste de Rusia, y también en Polonia y Ucrania, «verdugo» o «torturador». <<

[160] Añadido al margen de la página: «El Katte exige que otro judío lo haga: si no, te colgaremos a ti. Se niega». <<

[161] Esta acción tuvo lugar a finales de agosto de 1942. Martin Gilbert, *The Holocaust*, p. 433, cifra en ochocientos el número de judíos que llegaron al gueto de Lodz. Los demás, cuyo número estima en dos mil quinientos, fueron asesinados con gas, no en la iglesia de Lask, sino en el campo de exterminio de Chelmo. <<

[162] Nombre alemán de Lodz entre 1939 Y 1945 <<

[163] Electroterapia con corriente alterna de alta frecuencia, que produce calor en el cuerpo. <<

[164] Añadido al margen de la página: «Se les da algo de tiempo para coger un hatillo de cosas, ropa, hasta 25 kilos de alimentos». <<

[165] Sandalias de madera. <<

[166] Al margen de la página: «Valla electrificada». <<

[167] Intercalado: «Pasadas [¿pateadas?] y golpeadas como animales salvajes. Durante el recuento, empujadas con bastones». <<

[168] Inspectora del campo. <<

[169] Según es hoy generalmente conocido, Auschwitz fue tanto campo de trabajo como de exterminio. <<

[170] Un poco por encima de la línea Bartenstein-Rastenburg, en la parte polaca de la antigua Prusia Oriental. <<

[171] No los vigilantes, sino los trabajadores. <<

[172] Añadido ilegible, aproximadamente: «Mantas deshilachadas, los bordes arrancados para hacer bragas. A los dos días ya no hay mantas». <<

[173] Añadido: «J., una chica [¿joven/judía?], tenía que peinarla todos los días. Se hacía coser el ajuar. Coser a máquina en el almacén helado. Se cambiaba varias veces al día los más hermosos vestidos. Lacitos rojos en el pelo, siempre con la permanente hecha». <<

[174] Añadido: «Si se oían zapatos de cuero, se sabía: control. Si venía un envío de ropa, cogían para ellos lo mejor y dejaban lo más inservible para los judíos». <<

[175] Añadido al borde de la página: «Dedos enfermos. Pies purulentos, podridos, nada de comida, muertas, llenas de piojos. Con tijeras se cortan los vestidos de las muertas, muertas en cajas, partida en coche». <<

[176] Añadido al borde de la página: «Cada vez que resonaba la funesta orden: “¡En marcha!”, desesperación... los rusos ya cerca». <<

[177] Añadido al borde de la página: «El jefe de frente ha buscado órdenes de la comandancia en la pequeña ciudad, no quería hacer nada bajo su propia responsabilidad». <<

[178] Kepaze, en realidad Kapeze o KPZ, es la abreviatura rusa de Kamery Predvaritel'nogo Zakliutchenia, «Celdas de detención provisional», pequeñas cárceles locales situadas en estaciones, puertos o pueblos. <<

[179] Unidad monetaria rusa. Un tscherwonez corresponde a diez rublos. <<

[180] Aquí se interrumpe la anotación del relato de Tolja. Tolja superó también esa enfermedad. Se casó en Lituania y en los años sesenta se trasladó a Israel. <<

[181] Elena Kutorgiene-Buivydaite (Elena Kutorga), «Diario. Junio a diciembre de 1941». En: Wassili Grossmann e Ilia Ehrenburg, *El libro negro. El genocidio de los judíos soviéticos*. Hay que corregir que Marie tenía diecinueve años en el momento de su asesinato, y que su hermana Margarete, como se desprende del relato de Helene Holzman, sin duda tendría que haber ido al gueto conforme a los preceptos de la administración civil alemana, en su calidad de «medio judía», pero no fue allí. <<

[182] Véase p. 310, nota 64. <<

[183] Véase p. 181, nota 28. <<

[184] Sólo hay esbozos de algunos de los largos pasajes en los que Helene Holzman cede la palabra a otros testigos oculares, como Emma Frenkel, Stasia y sobre todo Tolja: notas breves, probablemente escritas al oír los relatos o poco después. Como una botella histórica lanzada al mar, entre esas notas aparece una que esboza una historia que no halló lugar en las anotaciones, y por eso ha de ser reproducida literalmente aquí: «El hermano había sido detenido y deportado en 1940 con otros hombres. La familia le creía perdido, pero al cabo de tres meses llegó una postal: “Estoy en Poznan, campo de trabajo, estadio; estoy bien de salud”. A la petición de los allegados de que escribiera con más detalle llegó una segunda postal: “Respondo '*pod znaczek*' [bajo el sello], sigo trabajando, estoy bien”. Los internados en los campos sólo podían escribir una vez al mes diez o quince palabras en alemán, y recibir otras tantas. ¿Qué significaba la palabra polaca en la frase escrita en alemán? Desprendieron el sello y hallaron debajo, en letra diminuta: “A menudo hay revistas y matan al décimo de cada fila, a todo el mundo va a llegarle el turno”». <<

[185] Junto a sus propios recuerdos y a esos testimonios orales, al parecer Helene Holzman también utilizó material escrito, del que en todo caso dispuso en poca cantidad tan inmediatamente después de los acontecimientos. Junto con los cuadernos, se han conservado tres de esos documentos escritos: 1) un acta de 18 de agosto de 1944, que recoge las declaraciones de un superviviente del gueto de Kaunas, Ch. S. Gordon, sobre las distintas acciones criminales; 2) la traducción alemana sin revisar de un comunicado, publicado en la revista soviética *Pravda*, de una comisión polaco-soviética de investigación de las atrocidades alemanas en el campo de exterminio de Maidanek, de septiembre de 1944; 3) un artículo de un periódico de Kaunas (*Taryba Lietuva*) del 13 de octubre de 1944 sobre la liquidación del gueto. <<

[186] Gershom Scholem, *Von Berlin nach Jerusalem. Jugenderinnerungen*. [De Berlín a Jerusalén. Recuerdos de juventud], Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1977, pp. 119 y ss. No se sabe nada del paradero del retrato. <<

[187] Franz Roh, «Una nueva pintora: Helene Czapski», en: *Anuario del Arte joven* 1923, pp. 273 y ss. <<

[188] Edwin Geist, *Antigua música popular lituana*, 1938; *Clasicismo y modernidad en la canción popular lituana*, 1940. De Kazys Binkis se publica ya en 1928 su traducción de *Struwwelpeter* al lituano. Horst Engert, *Poesía lituana. Versiones alemanas*, 1936. Viktor Zinghaus, *Cabezas bálticas*, 1938. Vladimiras Stankevičius, *La estrella de Oriente*, 1937, y *Dinámica de la economía mundial*, 1937. Entre las publicaciones importantes se encuentran también la de Nikolai Worobiow, *M. K. Ciurlionis, el pintor y músico lituano*, 1936, y *El conde Alfred Keyserling cuenta*, 1937 <<

[189] Helena Baltrusaitis, «Lietus lyja Lietuvoje» [La lluvia cae sobre Lituania], en: *Santara*, n.º 33, P. 97. Kaunas; invierno de 1999. (Traducción de M. Holzman.) <<

[190] Véase Reinhard Kaiser, *Los hijos de un rey. Un amor verdadero.* <<

[191] Vladas Zukas, *Prisiminimu puslapiai* [Páginas de recuerdos], Vilnius, Baltos Lankos 1999, pp. 58 y ss. (Traducción de M. Holzman.) <<